

AMANDA SEIBIEL

2a Masajista

Y EL HOTEL
RED
PLEASURE

2a
EDICIÓN



Max Estrella
Erotica

D.J.57

Mayores de
18

Amanda Seibiel

LA MASAJISTA
Y EL HOTEL RED PLEASURE



Primera edición: septiembre 2018
Segunda edición: noviembre 2018

©Grupo Editorial Max Estrella
©Amanda Seibiel
©La masajista y el hotel Red Pleasure
©Portada de la edición: Max Estrella Ediciones
Diseño de portada: Alexandra Osbourne Artworks

ISBN: 978-84-17008-30-7
Depósito Legal: M-28546-2018

Max Estrella Ediciones
Dr. Fleming, 35
28036 Madrid

editorial@maxestrellaediciones.com
www.maxestrellaediciones.com

*A mis lectores que me animan todos los
días para que siga creando historias.*

*A mi familia por soportarme
cuando escribo y me pongo insoportable.*

*A la editorial Max Estrella Ediciones por darme esta
oportunidad y poder realizar mi trabajo con más tranquilidad.
Gracias a todos.*



Amanda Seibiel

Es una escritora gallega afincada en Alicante, donde desarrolla y escribe sus libros. Lleva publicadas varias novelas eróticas que han llegado a ser número uno en ventas y su devoción por los lectores es lo primero.

Publicó *Lo que quiero lo consigo*, la novela que marcó un antes y un después.

Su pasión por la escritura hace que siempre esté creando historias nuevas para que mujeres y hombres, de cualquier edad, puedan disfrutar de sus novelas, escritas con un lenguaje sencillo, con el que es fácil que cualquier persona se identifique y se sumerja cada vez más en la historia. Le encanta el género que escribe y su lema es: «La literatura erótica está de moda». Disfruta leyendo *La masajista*.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

1

No podía creer lo que me estaba contando mi amiga Mila. La historia parecía sacada de una *pelí* porno o de la imaginación del día después de una buena borrachera.

—Que no te miento —dijo—. Ese lugar existe y es la hostia. Todavía estoy temblando de lo bien que me lo pasé.

—No puede ser —respondí—. ¿Un hotel con sexo a la carta? A ver si me aclaro: ¿me estás diciendo que, en ese hotel donde has estado, pulsabas un botón y se presentaba en tu habitación un machaca al momento?

Mila se ruborizó, dejando escapar una sonrisa.

—O una... —puntualizó.

Me quedé blanca al escucharla. No esperaba semejante respuesta.

—¿Has estado también con mujeres? —Eso no entraba en mi cabeza.

—Tenía que probar... Y la verdad, te lo recomiendo. Es una experiencia... diferente.

—Me estás dejando pasmada Mila.

—Verás, me lo recomendó un cliente. Es un lugar para personas que no tienen tabúes con el sexo, o que quieren romperlos sin complicaciones ni compromisos. Te explico: tú estás en la habitación y, cuando pulsas el botón rojo que hay en el teléfono, aparece a los pocos minutos un chico o una chica para satisfacer y cumplir tus deseos sexuales. Yo tenía la curiosidad de estar con una tía y probé.

—Pero... ¿son profesionales?

La intriga me podía. Todo lo que me estaba contando mi amiga era una novedad, algo fascinante y realmente tentador.

—¡Nooo! Son chicas y chicos que buscan lo mismo. Es algo aleatorio. Tú puedes pedir que suene tu teléfono y ser tú a la que llamen, pero yo no estaba preparada todavía para eso.

—¿Y entonces?

—Entonces pulsé ese jodido botón rojo y pedí una morenaza que me hizo la mejor comida de coño de toda la historia. Luego me folló hasta dejarme el clítoris en carne viva. Estoy deseando volver. —Mi amiga sonreía al recordarlo.

Miré escandalizada a Mila. No la reconocía. Hacía apenas unos meses tenía pensamientos de casarse con Rubén, su novio de toda la vida, y ahora le daba por el libertinaje puro y duro. Suspendió la boda porque no se veía preparada, se había mudado a un piso con dos desconocidas y cambió su trabajo por uno en un local de masajes. Su vida sufrió una completa transformación. Mi amiga se había convertido en una persona muy diferente de la que yo conocía.

—Mila, ¿qué te ha pasado? Tú no eras así. Tu novio, tu antiguo trabajo... Ahora vas desbocada y...

Se puso seria. Antes de que pudiera continuar con el sermón que tenía preparado y me cortó:

—Olga, lo único que he hecho es abrir los ojos. Ahora hago lo que realmente me apetece, sin reprimirme. No me quería casar con veintitrés años. Quiero vivir la vida y disfrutar de todo cuanto me rodea. Trabajar en los masajes me ha hecho crecer como mujer. Los hombres y las mujeres me desean, se confiesan ante mí, me idolatran..., pero no pueden tenerme. Me siento como una reina y eso no lo consiguió nunca Rubén en todos los años que estuvimos juntos.

Ese argumento me desarmó. Por un momento sus palabras me envolvieron y llegué a sentir envidia de su estado de ánimo. Hacía un año desde que terminara la carrera de Historia y las posibilidades de trabajo eran nulas. Mi novio se había ido con mi compañera de piso de la universidad, dejándome traumatizada y con una depresión de la que me costó lo mío salir. Lo conseguí gracias a mis padres, que siempre estaban ahí apoyándome y cuidando de mí. Si fuera por el capullo de Hugo ya podría haberme muerto de asco mientras él se tiraba a mi compañera de piso a mis espaldas. Lo único que me quedaba en esos momentos era mi amiga Mila. Nos conocíamos de toda la vida y nunca nos habíamos fallado la una a la otra. Estábamos en un parque; allí habíamos quedado para hablar, por lo que busqué con la mirada un banco de piedra y fui a sentarme.

—¿Sabes? Me das envidia —admití con tristeza—. Por lo menos tú tienes el valor de hacer lo que sientes y tiras hacia delante. Yo seguro que me quedaré solterona en casa de mis padres, leyendo libros de historia mirando al mar y rodeada de gatos.

—Ven a trabajar conmigo. Yo también tengo una carrera y mírame. Tu novio te dejó y te costó salir de la mierda, todavía sigues un pelín perdida. En serio, Olga, en este trabajo vas a crecer como persona y superarás lo de ese mamón. Prueba y, si no te gusta, lo dejas. No tienes nada que perder.

—¡Pero si no tengo ni idea de dar masajes! —exclamé—. Yo solo entiendo de libros y poco más.

Bajé la mirada. Además, mi atuendo dejaba mucho que desear. Había perdido la ilusión por arreglarme y ni me molestaba en mirar si combinaba rayas con lunares. Hugo me jodió la vida, aunque ya no pensaba tanto en él.

Mila se echó a reír. Me pasó el brazo por encima de los hombros y apoyó su cabeza en la mía.

—Yo te enseñaré, no te preocupes.

—No sé si seré capaz...

—Si yo pude aprender tú también lo harás. Allí somos una piña y, luego, ya verás que lo siguiente que querrás probar va a ser el hotel ese.

—Lo dudo —negué con la cabeza.

Mila me acompañó al centro de masajes donde trabajaba. Me quedé impresionada. Era un balneario urbano de lujo donde, una vez dentro, accedías a la zona de aguas. Allí, hombres y mujeres hacían un pequeño circuito: piscina, *jacuzzi*, agua fría, caliente, sauna y baño turco, para regresar de nuevo a la piscina. Al acabar, casi todo el mundo contrataba el servicio de masaje relajante, que realizaban tanto hombres como mujeres. El lugar era increíble. Una decoración arabesca con todo lujo de detalles bien cuidados que expelía un suave olor a incienso que inundaba las estancias. Me gustó el lugar nada más entrar.

—Ven, te voy a presentar a mi jefa.

Mila me agarró de la muñeca y me condujo hasta una mujer morena de unos treinta años. Tenía el pelo largo y negro y un cuerpazo de infarto. Llevaba un ajustado vestido oscuro y unos zapatos de tacón de aguja rojos. Era una belleza exótica. Me sentí acobardada y diminuta ante aquella mujer. Sonrió al vernos y nos recibió con amabilidad.

—Hola, Mila, ¿quién es tu amiga? —Me miró con curiosidad.

—Loreto, ella es Olga. Está un poco cortada, pero quería saber si le puedes hacer una prueba.

La mujer se levantó y empezó a dar vueltas a mi alrededor, lo que me incomodó. Me hacía sentir como un caballo al que fueran a vender. Tras unos segundos, regresó a la mesa de su despacho y me dijo:

—¿Has hecho masajes alguna vez?

Agaché la cabeza cohibida. Aquella mujer me imponía muchísimo respeto.

—No, señora —respondí con un hilo de voz.

—Por favor, no me llames señora. ¿Puedes mirarme a la cara cuando hables conmigo?

Levanté la mirada y clavé mis ojos verdes en los suyos.

—Tienes unos ojos preciosos. Me gusta hablar con las personas mirándolas de frente y más cuando tienen una mirada tan bonita como la tuya.

Aquella mujer hizo que me ruborizara. No solían echarme piropos. Yo era una chica normalita, del montón, con una melena larga, oscura, que más bien pasaba inadvertida. En eso también influía mi forma de vestir, que en ese momento era un desastre.

—Entonces... ¿me va a dar una oportunidad? —me atreví a preguntar.

—Puedes empezar ahora mismo. Que te vaya enseñando Mila y después te daré yo misma un refuerzo.

Todo iba demasiado deprisa; era como un sueño. Había empezado el día reprendiendo a mi amiga y ahora iba a trabajar en el mismo lugar que tanto había criticado. Lo dicho: todo demasiado rápido.

Mila me dio una bata corta y unas mallas a modo de uniforme. Había camillas y tatamis. De momento, me iba a enseñar a hacer los masajes en la camilla, que eran más sencillos. Me explicó la técnica, los movimientos, los tiempos... Mi amiga era buena explicando y tenía mucha paciencia conmigo.

Tras eso, tuve que hacerle un masaje a una compañera para ver si lo hacía de forma correcta. Era divertido y me gustaba. Por otro lado, no era demasiado complicado aprender la técnica y, además, mi capacidad cognitiva era muy rápida. Me di cuenta de que, mientras hacía el masaje, me centraba tanto en la tarea que conectaba con la persona a la que estaba

masajeando. Entraba como en un pequeño trance de relajación tan agradable que, más que un trabajo, se convertía en un auténtico placer. Ese día me lo pasé practicando y aprendiendo antes de pasar a un cliente de verdad.

*

Al día siguiente, Mila pasó a por mí y fuimos juntas al trabajo. Estaba un poco nerviosa porque iba a empezar a hacer masajes a clientes auténticos, aunque confiaba en que lo haría bien.

—Olga, mañana nos vamos de compras y a la *pelu*. Necesitas un cambio de *look*. Además, tarde o temprano el cuerpo te lo va a pedir. Yo lo único que hago es adelantarte a los acontecimientos.

Tenía razón; y yo, a pesar de que lo negaba, en el fondo estaba también convencida de ello. Me había encerrado en los estudios y después en el novio. La última siempre era yo. Aunque ese día me vestí algo mejor, mi aspecto seguía siendo deprimente. Al menos, mi actitud había mejorado notablemente; lo demás vendría rodado.

—Hecho —respondí con una sonrisa—. Mañana nos vamos de pingos por ahí.

Llegamos al trabajo y Loreto nos recibió con otro despampanante vestido, esta vez de color blanco. A mí no me gustaban las mujeres, pero Loreto era impresionante, sexi, guapa, perfecta... Lo tenía todo. Seguro que muchos hombres venían al centro solo por verla.

—¿A que está buena? —me susurró Mila.

No me di cuenta de que me había quedado embobada mirando a Loreto. Aquellas palabras me sacaron del trance. Enrojecí al instante.

—¡Mila, por Dios! Es una mujer... Solo estaba admirando el vestido.

La jefa de aquel lugar tenía una elegancia y un gusto para la ropa que hacía imposible no admirarla.

—Pues a mí no me importaría ver lo que hay debajo de él... —admitió sin pudor Mila, mientras se mordía el labio inferior y la miraba con descaro.

—Tía, córtate un poco, es nuestra jefa... —Le di un codazo.

—Buenos días, chicas —nos saludó Loreto—. Olga, ¿estás lista para tu primer masaje?

Asentí con la cabeza y, enseguida, eché la vista al suelo para desviar la mirada. Fui a cambiarme y esperé en un cuartito de descanso que había para el personal. Me recogí la melena para que no me estorbara y, al momento, la misma Loreto vino a buscarme y me acompañó a una cabina de masajes. Yo iba hecha un flan.

—Tranquila... —me animó—. Abel es un buen cliente, muy educado.

Entré en la sala. Un hombre de unos treinta años, rubio, guapo, con los ojos azules y totalmente desnudo, estaba tumbado sobre la camilla. Tragué saliva porque la boca se me había secado. Le coloqué una toalla sobre los genitales, intentando no mirar demasiado, pero era difícil. Era un hombre realmente muy guapo. No tenía comparación con el idiota de Hugo.

—Buenos días, me llamo Olga y hoy voy a ser su masajista. Cierre los ojos y procure relajarse.

Mi voz temblaba. Él se incorporó un poco, apoyándose sobre un codo. Me miró y sonrió. Luego volvió a tumbarse.

—Eres nueva, ¿verdad?

Su voz sonó divertida.

—Sí, señor. —Intenté que no notara mis nervios.

Bajé tanto la mirada que casi me clavo el mentón en el cuello.

—Estoy en pelotas; trátame de tú que no voy a comerte ni nada por el estilo. Puedes estar tranquila.

Respiré aliviada al escucharlo y empecé a hacerle el masaje. Unté mis manos con aceite de almendras dulces y bajé por su pecho. Estaba fuerte, se notaba que iba al gimnasio. Acaricié con suavidad su torso y deslicé mis dedos con delicadeza de arriba abajo por toda la parte delantera de su cuerpo. Su pecho subía y bajaba al compás de la respiración.

Tenía un cuerpo precioso y era agradable tocarlo. Bajé mis manos hacia sus muslos y, entonces, la toalla cobró vida. En un segundo se había formado una tienda de campaña. Abel tuvo una erección y yo no sabía cómo reaccionar. Lo miré. Parecía dormido, así que me hice la *longuis* y seguí con el masaje, procurando no mirar hacia la zona en cuestión. Pero aquello no se bajaba ni de coña. Yo intenté centrarme en el masaje, pero era muy difícil tener a un tío bueno desnudo y armado delante de mí: hacía que mi concentración fuera nula. Había terminado la parte delantera y Abel debía darse la vuelta. A ver cómo me las ingeniaba para decírselo...

Me acerqué suavemente a su oído y le acaricié la mejilla. Parecía dormido y no quería asustarlo.

—Señor, tiene que darse la vuelta —susurré.

Me cogió de la mano y tiró de mí. Caí encima de su pecho.

—¿Qué está haciendo? —le grité, asustada.

Abrió los ojos, desorientado, y se ruborizó.

—Lo siento —se disculpó al instante—, estaba soñando. Tienes manos de ángel. Nadie ha conseguido que me relajara tanto. No te asustes, por favor. No era consciente de lo que hacía. ¿Puedes continuar con el masaje? Te lo suplico...

Sonaba sincero y parecía estar realmente avergonzado. Asentí con la cabeza y le indiqué con un gesto que se diera la vuelta. Así lo hizo. Su espalda y su trasero eran aún más perfectos. Aquel hombre hacía que mi cuerpo entrara en calor nada más mirarlo.

—Joder —musité sin querer.

—¿Pasa algo, Olga? —preguntó Abel.

—Nada, nada...

Menos mal que, al estar boca abajo, no podía ver lo encendida que tenía la cara en ese momento. La siguiente media hora fue una tortura para mí. Tocar y acariciar aquel maravilloso ejemplar masculino me producía unos calentones mortales. Mis manos se deslizaban por su espalda, por sus muslos, por sus glúteos... Dios mío, ahora entendía a Mila. Daban ganas de arrancarle la toalla y tirarse encima de aquel ser maravilloso. Mi vida sexual llevaba meses muerta y aquel extraordinario ser de la naturaleza me había despertado la libido de una forma sobrenatural. Me dolía la entrepierna de la excitación. Jamás me había puesto tan cachonda, y solo por tocar a un hombre. Tenía que salir de aquella habitación lo antes posible.

—Eres fantástica —ronroneaba Abel, adormilado—. Mañana voy a reservar contigo otra vez.

—Gracias...

Antes de terminar el masaje le acaricié la cabeza, enredé mis manos por su suave pelo rubio y finalicé en sus sienes.

—Eres una diosa...

»Y tú un puto dios,« pensé para mis adentros.

—Ya está, señor —concluí.

El masaje había finalizado. Me disponía a salir de la habitación cuando él se levantó de la camilla de un salto.

—Espera, ¿podría verte fuera de aquí?

Me quedé mirándolo con la boca abierta. ¿Aquel ser maravilloso y divino quería salir conmigo? Eso tenía que ser una broma de Mila, la novatada del día.

—No creo que sea posible. No podemos quedar con clientes y, además, no lo conozco de nada...

—Mujer, ¿qué quieres saber de mí? Porque todo lo demás ya lo has visto —sonrió Abel, estirando los brazos para exhibirse aún más.

—Lo siento, tengo otro cliente.

Cerré la puerta y salí de allí con el corazón acelerado. En el cuarto de descanso me encontré a Mila. Me preguntó por mi primer masaje y le conté lo ocurrido. Ella me miró sin pestañear.

—¿Abel te ha pedido una cita en tu primer masaje?

—No me vaciles, que eso seguro ha sido idea tuya. He tenido que salir corriendo. Me metes en cada lío...

—Te juro por mi vida —Se puso la mano en el corazón— que ni sabía que ibas a entrar con Abel. Todas soñamos con ese tío. Nunca ha intentado nada con ninguna. Ni siquiera se empalma... ¿Y dices que a ti se te ha puesto Pinocho en el primer masaje?

—Que sí, Mila, que sí —insistí—, pero que no me creo que se haya fijado en mí así por las buenas. ¿Tú has visto cómo está de bueno?

—¿Que si lo he visto? —Puso los ojos en blanco—. Yo me lo hubiera tirado sin pensar. Estamos aquí todas loquitas por él y pasa de nuestra cara y llegas tú y le dices que no.

—Perdona, pero yo soy masajista, no prostituta. Si me quiero tirar a alguien lo haré porque a mí me apetezca, no porque alguien me lo imponga.

—¿Quién te ha dicho lo contrario? —contestó mi amiga rebotada—. Yo a ese tío le tengo muchas ganas y, si veo la oportunidad de tirármelo, pues me lo tiro. No malinterpretes las cosas. Yo me follo a un tío aquí, en un coche o en la plaza del pueblo. El lugar no importa si los dos estamos de acuerdo, ¿no?

—Vale, Mila, que tienes razón... Tampoco es que el tío me quisiera pegar un polvo. Solo ha comentado lo de verme fuera.

Apreté los labios un poco frustrada.

—¿Y por qué no has quedado con él? —insistió.

—Porque pensé que me estaba vacilando, que era una de tus bromas. ¿Cómo va a fijarse un tío de esas características en mí?

—Porque eres preciosa, tienes una figura increíble y le ha gustado tu masaje. Desde luego, Hugo te ha dejado con la autoestima por el suelo.

—Déjalo...

A punto estábamos de enzarzarnos en una discusión cuando entró Loreto. Nos callamos de inmediato. La jefa venía a felicitar me por mi masaje, ya que Abel se había marchado encantado y con cita para el día siguiente. Estaba tan contenta conmigo que quería prepararme para los masajes en tatami, algo que iba a hacer ella personalmente.

—Supe que eras un buen fichaje nada más verte —me felicitó, y se marchó contoneándose divinamente.

—¿Ves, tonta? El mérito es todo tuyo. —Volvió a reafirmar Mila—. Venga, te veo luego que ahora tengo un masaje.

*

Mi segundo cliente fue un ejecutivo casado que no paró de relatarme sus problemas conyugales. Tenía dudas de si su mujer lo engañaba o si eran solo paranoias suyas. No pasaban mucho tiempo juntos y estuvo toda la hora desahogándose conmigo. Al final se echó a llorar y el hombre se sintió mejor. Mi tercer masaje fue a un señor mayor que buscaba el relax del momento y el charlar con una mujer. Era un hombre solo, que únicamente quería pasar un rato agradable y tener alguien con quien hablar y matar el tiempo. Ahí empecé a darme cuenta de la importancia de ese trabajo. No solo proporcionábamos el relax y la tranquilidad del cuerpo, sino también ayudábamos a la calma de la mente, a paliar la soledad que sienten muchas personas. Éramos masajistas, pero también psicólogas, amigas... e incluso diosas, como había dicho Abel. Ellos encontraban en nosotras su refugio, su momento de evasión, y eso me provocaba una gran responsabilidad. Igualmente, me gustaba que una niñata como yo pudiera reconfortar a personas tan diferentes y solo con un simple masaje.

Aunque únicamente hice tres masajes ese día, el trabajo fue tal que, al final, no pude hacer el repaso con Loreto. Sin embargo, me fui muy

satisfecha a mi casa.

—¿Qué tal el día? —Mila y yo salimos juntas del trabajo.

—Agotada. Pero ha sido una experiencia muy positiva —le dije esbozando una sonrisa.

—¿Te ha tocado algún baboso?

—¿A qué te refieres?

La pregunta me sorprendió.

—Ya sabes, el típico que quiere que le toques algo más que la espalda.

—Nooo... —Puse cara de horror—. Y espero que no me toque nunca nadie así. No sé cómo reaccionaría... Todos los clientes que he tenido han sido muy correctos; el único que se ha salido un poco es Abel.

—Joder, ya quisiera yo que ese me pidiera cualquier cosa. No le negaría nada. —Mila se ponía bizca al pensar en aquel hombre.

—Pues tenías que ver cómo se ha puesto. La toalla parecía el pico del Everest.

Mila ocultó la cara entre las manos y negó con la cabeza. Yo me eché a reír. El día había sido intenso y provechoso y mañana nos esperaba la peluquería y una jornada de compras intensivas antes de ir al trabajo, por lo que había que acostarse cuanto antes. Mi amiga tenía mucha vitalidad y, cuando empezaba, costaba seguirle el ritmo. Así que mejor descansar.

*

—¿Qué le queda? —le preguntó impaciente Mila a la peluquera.

Mi cabeza estaba llena de papel de plata e íbamos con el tiempo justo. Mi amiga se había empeñado en que me hiciera mechas y eso llevaba su tiempo. La peluquera se acercó y husmeó sobre mi cabeza.

—Ya está.

Media hora después salí con mi nuevo *look*. Ahora lucía el pelo más claro: un color castaño con reflejos rubios. Me lo habían cortado a capas, dándole forma a todo ese montón de cabello desordenado. Me quedaba bien y el cambio era notable. Mila se había puesto un tinte pelirrojo y se lo había cortado hasta dejarse una media melena que le favorecía mucho. Además, ese tono rojizo intensificaba sus ojos azules.

Íbamos justas para entrar al trabajo, por lo que habría que dejar las compras para otro día. Estábamos en el cuarto de descanso cuando entró

Loreto, que llevaba otro arrebatador vestido de color rojo. Me miró y me dijo:

—Muy guapa, Olga, te favorece ese corte de pelo. Abel ya te está esperando. Cuando termines con él, pasarás a tatami y haremos el repaso. Hoy quería hacerse el masaje en tatami contigo, pero le he tenido que decir que no, aunque ha insistido igualmente en que seas tú su masajista.

—Termino de cambiarme y ya voy. —Me puse en marcha.

Loreto se quedó junto a la puerta mirando mientras Mila y yo nos poníamos el uniforme. Nos observaba sin perder detalle, hasta el punto de hacerme sentir incómoda. Por el contrario, mi amiga disfrutaba cada movimiento que realizaba: se desnudó con lentitud y luego se volvió a vestir con la misma parsimonia, todo bajo la atenta mirada de nuestra jefa. Yo me vestí a toda prisa y me fui a la cabina donde me esperaba Abel.

—Buenos días. ¿Listo para su masaje?

Él se quedó mirándome y me sonrió.

—Eres como una preciosa aparición. Hoy estás aún más bonita que ayer. Sus palabras hicieron que me ruborizada de los pies a la cabeza.

—Abel, cierre los ojos y relájese, por favor —le pedí.

Él obedeció y yo unté mis manos con aceite de lavanda. Era una esencia muy relajante y este hombre la necesitaba con urgencia. Empecé, igual que el día anterior, pasando mis manos por su pecho. Noté cómo Abel suspiraba; su respiración, lejos de relajarse, se aceleraba. Enseguida formó su particular tienda de campaña y a mí me subió el calor hasta la cabeza.

Acariciaba su cuerpo con suaves masajes. Pude notar el calor que emanaba su piel. Cuando mis dedos rozaron sus muslos, él se estremeció y soltó un leve suspiro. Lo miré de reojo, pero permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Traté de relajarme, aunque percibía su excitación y estaba consiguiendo contagiármela. Entonces me acerqué muy despacio a su cara y le susurré que se diera la vuelta. Sus manos me sujetaron la cara y me plantó un beso en todo el morro. Me dejó patidifusa. Abel me sujetó con fuerza y aquellos labios aprisionaron los míos sin dejarme escapatoria. Le agarré las muñecas para separarme de él, pero me dejé llevar por ese cálido beso que comenzaba a marearme. Su lengua había invadido mi boca y yo lo besé como una loca descontrolada.

Entonces, Abel se incorporó en la camilla y se puso de pie. Me había dejado llevar por el momento y el calentón: ahora tenía a un tío desnudo y

cachondo que venía a por mí.

—Olga, me tienes loco desde la primera vez que te vi —susurró jadeando.

—Abel, no, me pueden despedir.

Fue lo primero que salió de mi boca. Se estaba acercando demasiado y un escalofrío recorrió mi cuerpo. En menudo lío me estaba metiendo. No podía ser real. Esas cosas solo les pasaban a las tías buenas como a Mila, ¿pero a mí?

Abel volvió al ataque. Me rodeó con sus brazos para besarme con pasión. Sus manos recorrían mi cuerpo haciéndome vibrar de puro deseo. Logré zafarme, poniéndome al otro lado de la camilla.

—Abel, me gustas mucho, pero aquí no podemos hacerlo —esa barbaridad sincera salió de mi boca.

Cogió una toalla y se tapó. Se acercó con tranquilidad y me dijo:

—¿Me prometes una cita fuera?

—Está bien, pero que no se entere Loreto, por favor.

Me dio su número de teléfono y me besó de nuevo. Mis piernas temblaban cada vez que ese hombre posaba sus labios en los míos.

—Espero tu llamada...

Abel se metió en la ducha que había en la cabina y yo aproveché para salir de allí. Necesitaba aire. Tenía un calentón de los gordos. Ese hombre me había puesto a mil y había estado a un paso de ceder a sus encantos. Enseguida me arrepentí de no haberlo hecho, porque me dolía la entrepierna de lo caliente que estaba. Así que intenté pensar en otras cosas, pero nada me funcionaba; solo veía a Abel desnudo y duro como el acero.

Los calores me estaban matando. Fui a por un vaso de agua y me encontré con Loreto, que iba con la bata de hacer masajes, sin mallas debajo. Casi me atraganté cuando la vi. Esa mujer hacía cuestionar a cualquiera su condición sexual.

—Te estaba buscando. Ya tengo preparada la sala del tatami para enseñarte el masaje. Sígueme.

Obedecí y me fui tras ella. Entramos en una sala un poco más grande y también decorada con estilo árabe. Había un tatami en el suelo rodeado de cojines de varios colores y un *jacuzzi* al fondo de la estancia. La tenue luz

de las velas, el olor del incienso y la suave música te envolvían y te transportaban a uno de esos exóticos lugares de *Las mil y una noches*.

—Desnúdate —me indicó Loreto—. Tienes que sentir el masaje para poder repetirlo luego.

—¿Desnuda por completo? —Me pilló desprevenida.

Me moría de la vergüenza. Tenía mucho pudor hacia los demás. No me importaba ver a otras personas, ni darles el masaje desnudas, pero en cuanto a mí... Eso era harina de otro costal.

—Pues claro, igual que se lo das a tus clientes. No tiene sentido hacerlo de otra forma. ¿Algún problema?

—No, no, para nada —mentí descaradamente, ya que no quería perder el trabajo. Además, después de todo, estaba junto a otra mujer.

Así que me desnudé y me tumbé sobre el tatami. Casi no veía a Loreto debido a la escasa luz. Empezó a explicarme las posiciones que se hacían, muy diferentes a las que se realizaban en camilla. Ese era un masaje más sensitivo e íntimo.

Loreto empezó a masajear mi cuerpo con una sutileza que me puso la carne de gallina de inmediato. Menos mal que estaba oscuro, porque pude notar el rubor en mi cara. Deslizó ambas manos sobre mis muslos y noté un pinchazo en mi entrepierna. Todavía no se me había bajado el calentón de Abel y Loreto lo estaba acentuando. Cerré los ojos y traté de evadirme, pensando en cosas negativas, pero las manos de Loreto seguían recorriendo mi cuerpo y me hacían arder en llamas. Sin querer, se me escapó un gemido. Aguanté la respiración, rezando para que Loreto no lo hubiera escuchado, y, como ella siguió con el masaje, yo me relajé de nuevo en mi tortuoso calentón. Sus manos se dirigieron entonces al interior de mis muslos y prácticamente rozaron el exterior de mi vagina. Una oleada de calor me abrasó el cuerpo. No iba a poder soportar más esa situación; tenía que huir de allí.

—¿Te gusta el masaje? —musitó Loreto con una voz cargada de erotismo.

—Sí —susurré con la boca seca.

—¿Quieres más?

No sabía si debía responder a aquella pregunta, pero estaba cachonda perdida.

—Sí, por favor —ya estaba jadeando.

Loreto no se lo pensó dos veces. Se quitó la bata que llevaba puesta y se quedó desnuda. Sus manos acariciaron mis pechos y me puse tensa. Luego, su boca se apoderó de uno de mis pezones y me agarró una mano para dirigírmela a sus tetas. Joder, aquello era muy morboso... Tenía las tetas grandes y suaves y la sensación de tocar otros pechos que no fueran los míos era muy agradable. Me estaba calentando, pero bien...

Mi cabeza tenía un conflicto de la hostia. Estaba sobando a una mujer y ella a mí, pero el calentón que me había provocado Abel no se me iba ni con agua bendita.

Loreto continuó. Bajó suavemente las manos para separarme las piernas. Todos mis sentidos se agudizaron y los ojos se me abrieron como platos. Pude ver cómo la cabeza de mi jefa se hundía entre mis piernas. Lancé un gemido al notar su cálida boca en mi coño. Fue una sensación dulcemente devastadora. Con una mano separaba los pliegues de mis labios vaginales y sentí su lengua pasando de arriba abajo por todo mi clítoris. Creí que iba a enloquecer de placer. Con delicadeza, metió un dedo dentro de mi vagina al tiempo que su boca seguía cebándose con mi clítoris: tiraba de él, lo chupaba, lo devoraba como una loba hambrienta. Yo me retorcí del gusto y ella me sujetó por las caderas para inmovilizarme y seguir con aquel manjar. Ahora su lengua me penetraba y sus brazos, que se entrelazaban por debajo de mis muslos, le ayudaban a impulsarse y comerme con más ganas.

—Loreto, no puedo más, para...

Sin hacerme caso, se aferró más a mi sexo y se lo metió entero en la boca. Me corrí de una forma exagerada. Luchaba por librarme de los labios de Loreto, pero ella me succionaba y no me soltaba por nada del mundo. Me dejó muerta del gusto. Esa mujer era una folladora nata.

—Ahora me toca a mí, preciosa. Te tengo ganas desde que te vi.

»Pues sí que había causado sensación, «pensé. Todos me tenían ganas. Y yo, mientras tanto, en casa, perdiendo el tiempo entre libros de historia...

Loreto se colocó sobre mi cuerpo, se metió entre mis piernas y, con su mano, me separó los labios vaginales para dejar expuesto mi clítoris, aún hinchado por el reciente orgasmo. Puso su vagina sobre la mía y se acopló de tal forma que nuestros clítoris quedaron unidos. Empezó entonces a moverse y la fricción me encendió de nuevo. Sentí que Loreto estaba mojada y yo me humedecí al instante.

—Por Dios, esto es fantástico —gemí entre jadeos.

—Te voy a follar. No necesitarás que ningún hombre te dé placer.

Loreto me besó en la boca y sentí sus labios, sensuales y delicados con sabor a sexo. Sus caderas se movían y nuestras vaginas se frotaban frenéticas, despidiendo más calor que un volcán. Ella gemía y aceleraba sus movimientos como si estuviera bailando. Se retorció y se frotaba en busca de su placer y a mí me tenía otra vez al límite. Ese calor que me daba, esa humedad blanda, esos restregones... Empezó a coger velocidad y su coño embestía el mío de arriba abajo, hundiéndose con firmeza. Notaba su clítoris duro, hinchado y empapado. Entonces hizo un movimiento circular y yo la cogí por las caderas para que nuestros cuerpos se fundieran. Volví a estremecerme en un nuevo orgasmo. Loreto chilló cuando le llegó el suyo. Tras eso, nos quedamos las dos tumbadas en el tatami sin decir ni una palabra. Yo estaba muerta de la vergüenza.

—¿Te ha gustado? —me preguntó, pasando su mano alrededor de uno de mis pezones.

—La verdad es que sí —reconocí tímidamente.

Me dio un beso en los labios, se vistió y salió sin más. Era una mujer que imponía, que te dejaba descolocada. Yo volví a vestirme y fui a la sala de descanso para tomar algo.

La mañana se me había pasado volando y tenía hambre. Me encontré con Mila, pero no le dije nada. Allí no era buena idea, así que di un bocado rápido y volví al trabajo.

*

Durante el resto de la jornada, aunque las horas pasaban apenas sin darme cuenta, mi cabeza no dejó de darle vueltas a mi encuentro con Loreto. ¿Acaso me habría vuelto lesbiana? Me había encantado follar con ella, pero los remordimientos me estaban volviendo loca. A punto de terminar el turno llamé a Abel. No quería quedarme con la duda y acostarme dando vueltas a la cabeza toda la noche. Me cogió el teléfono al primer tono.

—¿Diga?

Estuve a punto de colgar. De repente no me pareció una buena idea, pero su voz era tan sensual...

—Abel, soy Olga. Me preguntaba si querías tomar algo ahora, después del trabajo. Salgo dentro de media hora.

—Paso a recogerte. Espérame junto al aparcamiento de la esquina.

No se lo pensó demasiado. Colgó el teléfono y pude notar en su voz ese tono divertido de cuando lo conocí.

Ya no tenía más masajes, por lo que me dispuse a acicalarme. Mila entró entonces y me miró con curiosidad.

—¿Dónde vas tan arreglada? ¿Acaso has quedado?

Cerré la puerta y le hice un gesto con el dedo para que bajara la voz. No quería que nadie nos oyera.

—He quedado con Abel —le conté—. No quiero que nadie se entere, no sea que me echen a la calle. Ya te contaré.

Mila agitaba las manos intentando no chillar de la emoción.

—Joder, qué suerte tienes. No te lo pienses y pégale cuatro polvos si puedes; dos por ti y dos por mí.

—Calla, loca. Ya veremos lo que pasa. Bueno, te dejo que me está esperando.

Salí a toda velocidad, con cuidado de no romperme una pierna con los tacones. No es que fuesen muy altos, pero entre que no estaba acostumbrada y las prisas...

Llevaba una falda vaquera y una camiseta de manga corta. Las sandalias con un poco de tacón le daban algo de vida a mi atuendo, porque todavía no había tenido tiempo para renovar mi escaso fondo de armario.

Llegué al aparcamiento y allí estaba Abel, esperándome en un Jeep de color negro. Nada más verlo se me aceleró el corazón... Pues sí que era guapo el condenado.

—Hola, espero que no lleves mucho tiempo aquí.

Intenté disimular mi timidez mientras subía al alto coche.

Llevaba unos vaqueros grises y una camiseta negra que le quedaban impecables. Era más guapo vestido que desnudo.

—Acabo de llegar, pero vale la pena esperar lo que sea con tal de tenerte cerca. ¿Dónde quieres ir?

—Donde tú quieras.

Sonrió satisfecho y arrancó el motor. Me llevó a su casa, sin más rodeos. Nada más dejar el coche aparcado en el garaje de su casa se abalanzó sobre mí y empezó a besarme.

Abel era muy alto y yo tenía que ponerme de puntillas para alcanzar sus labios. Me agarré a su cuello y él, con sus enormes manos, me alzó y me colocó alrededor de su cintura. Me llevó así hasta el interior de la casa, sin dejar de besarme ni un instante. Su lengua hacía maravillas en mi boca. Jugaba alrededor de mis labios, me los humedecía con su saliva y, luego, con voraz apetito, introducía de nuevo su lengua para enroscarse con la mía. Yo tenía la falda subida hasta la cintura y mi tanga y mis nalgas descansaban bajo sus manos.

Cuando llegamos al salón, un dedo furtivo se coló entre mi ropa interior y se hundió en mi vagina. Un gemido salió de mi boca y Abel lo ahogó con un apasionado beso. Me tenía tan encendida que me daba miedo prender fuego de un momento a otro. Bajé mi mano a su entrepierna y noté que estaba muy dura. Él me miró muy cachondo, frotándose contra mi mano.

—Voy a explotar si no te follo ahora —jadeó con la respiración entrecortada.

—No vamos a permitir eso, señor.

Yo tenía más ganas que él. Ni recordaba la última vez que lo había hecho, a excepción de con Loreto unas horas antes. Abel sacó un preservativo del bolsillo y se bajó los pantalones hasta las rodillas. Me dio la vuelta y me apoyó contra el respaldo del sofá. Separó mis piernas y pasó la mano por mi húmeda y caliente vagina. Yo me arqueé hacia atrás, quedando expuesta para él y dejando toda mi abertura lista para que me penetrara. Él me agarró de las caderas y se insertó en mi cuerpo. Fue un alivio sentir cómo su polla se deslizaba a través de las paredes de mi vagina. Entraba y salía una y otra vez, golpeando sus huevos contra mis nalgas.

—Qué rica estás, Olga.

Sus palabras me ruborizaron y me encendieron al mismo tiempo. Abel sacaba mi lado salvaje y dejaba mi timidez a un lado. Pasé entonces mi mano por debajo de mi cuerpo y le agarré los testículos mientras él seguía proporcionándome maravillosas embestidas. Aquello le hizo gemir de placer.

—Mmm... Tú sí que estás bueno...

Me había desmelenado y tenía que recuperar todo el tiempo perdido. Abel salió de mi cuerpo y volvió a darme la vuelta. Me besó, apretando

mis pechos como si quisiera estrujarlos. El calor subió hasta la temperatura de mi alma.

—Tengo que probarte...

Y, tras decir eso, se puso de rodillas. Me agarró por las caderas y se llevó mi sexo a la boca.

—Joder —gemí, mientras su lengua se internaba en mi interior.

Era la segunda vez que me comían el coño ese día. Abel estaba pegado a mí como una lapa con su lengua hurgando en el interior de mi vagina. Tenía mucha habilidad. Las piernas empezaron a temblarme.

Le agarré del pelo y mis caderas se movieron involuntariamente sobre su cara. Mi corazón latía muy rápido, mi entrepierna quemaba y estaba empezando a sudar del sofocón que me provocaba toda aquella situación tan morbosa. Iba a correrme encima de su cara si no paraba ese ataque masivo a mi vagina. No había ser humano que aguantara tanto placer. Abel me atrajo más y su lengua llegó donde nunca había llegado nadie. Un latigazo me recorrió todo el cuerpo.

—¡Madre mía! —grité presa de la lujuria.

Volví a cogerle del pelo y seguí frotándome sobre su boca, sus labios, su cara... Su lengua seguía clavada dentro de mi coño y hacía cosas que me llevaban a la locura. Le tiré del pelo muy fuerte e inundé su cara con mi orgasmo.

Tuvo que cogerme en brazos, pues las piernas no me respondían. Me posó en el sofá y se tumbó de nuevo sobre mí. Su polla se abrió paso suavemente en mi vagina. Pasaba la punta de su capullo de arriba abajo de la abertura, sin llegar a metérmela. En menos de un minuto, yo ya estaba caliente otra vez y deseaba sentir a Abel en mi interior.

Él jugaba, me acariciaba con su polla. La pasaba por encima de mi clítoris y yo movía la cabeza hacia ambos lados, desesperada de placer. Entonces le agarré la polla, dura como el hierro. Me volví y me senté encima de él. Guie su polla hasta mi coño y me la introduje, clavándome sobre el excitado y duro pene de Abel. Él sonrió satisfecho. Luego soltó un largo y sonoro gemido.

—Me encanta cómo eres... —susurró con sensualidad—. Fóllame tú, Olga.

Abel me acarició la espalda mientras me chupaba los pechos. Yo me movía frenética sobre él como si me fuera la vida en ello. Los dos jadeábamos y chillábamos sin miedo a que alguien nos escuchara. Ni que

decir tiene que yo estaba en el séptimo cielo. Besé sus pezones, recorrí con mi lengua su cuello, su pecho y aterricé en su boca. Sabía salado por el sudor, pero eso me excitó aún más .Posó sus manos en mis nalgas y me abrió por completo. Me levantaba y me bajaba con violencia. Sus testículos contraídos golpeaban mi clítoris y yo empecé a acelerar. Me agarré al sofá para tomar impulso. Estábamos tan excitados que el chapoteo de nuestros fluidos a cada embestida sonaba por toda la habitación.

Abel seguía jadeando, yo gemía... Hasta que los dos llegamos a la cumbre de un excitante orgasmo, que nos dejó exhaustos sobre el sofá durante un buen rato.

Me tenía rodeada con sus brazos y yo no quise hacer nada por zafarme de aquel bendito amarre. Mi cabeza reposaba en el hueco de su cuello y notaba el palpitar de su corazón, agitado como el mío. Tenía claro que no era lesbiana, pero me había encantado follar con Loreto. Y lo de Abel había sido apoteósico...

Así que, siguiendo el consejo de mi amiga Mila, lo había probado. ¿Y qué pasó? Que me gustó. A partir de ese momento ya no sentiría vergüenza ni remordimiento. Mientras no me enamorara, si me follaba a Loreto o a Abel, eso era cosa mía y no iba a dejar de hacerlo. Los masajes habían cambiado mi vida por completo. Y eso que todavía me quedaba probar aquel hotel del botón rojo.

2

Un mes después de empezar a trabajar en el *spa* urbano de Loreto ya tenía una cartera de clientes fijos. Mi vida había dado un cambio radical. Nada tenía que ver la antigua Olga universitaria a aquella masajista experimentada. Mis clientes me adoraban y yo a ellos: en especial a Abel. Seguía viniendo todos los días, puntual como un clavo, y luego, dos veces por semana, me llevaba a su casa y me follaba hasta dejarme escaldada la entrepierna. Él quería más, pero yo lo frenaba y procuraba ir con calma. Además, tenía encima a la loba de mi jefa, que, cuando le apretaba el calentón, me encerraba en un tatami y me comía el coño a su antojo. Luego se frotaba hasta correrse y me proporcionaba unos orgasmos del carajo.

Mi vida sexual era muy activa y cada vez me gustaba más el sexo. Sentía curiosidad por cosas nuevas. No es que Abel y Loreto no me tuvieran más que satisfecha, pero Mila no hacía más que escaparse al hotel del botón rojo y las historias que me contaba me provocaban mucho morbo y curiosidad.

Fui como cada mañana hacia el trabajo. Esa vez no me acompañaba Mila, pues tenía cita con el médico y llegaría un poco más tarde. Me estaba cambiando cuando entró la arrebatadora Loreto con uno de sus ajustados vestidos. Tenía un escote tan pronunciado que casi se le veían los pezones. Me arrinconó y me besó apasionadamente. Su mano fue directa a mi coño; tenía ganas de marcha. Me encendió como un mechero, pero tuve que parar y separarla de mí. Ella me miró, entre enfadada y confundida, porque no le gustaban ni el rechazo ni que le llevaran la contraria.

—¿Qué te pasa? ¿Es que te has cansado de mí? —Su indignación era más que evidente.

—No, no. Es que tengo un cliente ahora y me estás entreteniendo. No puedo llegar al trabajo y ponerme a follar cuando tú estés cachonda.

Volvió a acercarse y me besó con pasión, cortándome el paso. Sus manos se metieron entre mis bragas. Solté un gemido sin poder evitarlo.

—Ves cómo te gusta. —Sonrió seductoramente.

Hundió todavía más sus dedos dentro de mí y comenzó a jugar en el interior de mi vagina. Enseguida me humedecí y el deseo me nubló el juicio. Loreto me bajó las mallas y las bragas. Se subió el vestido y dejó a la vista su coño, perfectamente depilado. No llevaba ropa interior. Me aplastó contra la pared y empezó a frotar su vagina contra la mía. Si fuera un tío no lo hubiera hecho con más violencia. Estaba enfadada, salida y desesperada: me agarraba los pechos, me besaba, me poseía... Y todo con una rabia que me provocaba una frenética excitación. Le agarré las nalgas y la apreté contra mí. Estábamos muy mojadas y el calor entre las dos era brutal. Su lengua atrapó la mía y me dejó sin aliento. Su fricción era deliciosa; me agarraba por las nalgas y yo la sujetaba a ella con desesperación. Gimió entonces de placer ante el orgasmo que le llegó y yo me convulsioné en su vagina. Me dejó hecha polvo.

—Ahora me quedo más tranquila —comentó, recolocándose el vestido—. Ya puedes dar tu masaje.

—¿Qué significa eso? —La miré con desconfianza—. ¿Por qué no ibas a estar tranquila?

Ella me lanzó una mirada desafiante y un brillo que no había visto antes me dejó helada.

—¿Crees que no sé lo tuyo con Abel? No voy a permitir que te tires a ningún cliente más. Te mantendré saciada a todas horas y así no necesitarás de ningún hombre. Ese coñito me pertenece.

La miré alucinada. ¿Se le había caído algún tornillo?

—¿Estás hablando en serio? Yo no soy tu pareja y no te debo ninguna fidelidad, ni a Abel tampoco. Yo voy con quien quiero. Me gusta follar contigo, pero mi coñito no te pertenece y mucho menos me vengas con imposiciones...

—Pues si quieres seguir aquí tendrás que seguir mis reglas.

—¿Y son...?

—Eres mía en exclusividad —sentenció.

La miré con los ojos muy abiertos. No podía creer lo que me estaba pasando. Loreto se había pasado de rosca.

—Muy bien —respondí—. Mándame los papeles del despido. No voy a acatar tus reglas.

Loreto me fulminó con la mirada.

—No serás capaz...

—Ya me has oído.

Antes de comenzar mi jornada laboral prácticamente la había terminado. Loreto se puso hecha una fiera y luego se tornó mansa como una gatita. Me suplicó que no me fuera, pero yo no podía estar bajo el mando de una acosadora sexual y seguir atendiendo a sus absurdas reglas.

*

Horas después recibí la llamada de Mila, que flipó con mi despido. Quedé más tarde con ella para detallárselo mejor. Cuando colgué me llamó Abel, que también se había enterado de que ya no seguía en el *spa*. Se había marchado sin darse el masaje y quería verme para hablar conmigo. Yo no tenía ganas de muchas historias, pero al final accedí. En el sitio de costumbre vi su Jeep aparcado.

—Hola —le saludé sin mucho ánimo mientras subía al coche.

—¿Qué ha pasado? He tenido una buena con Loreto en el *spa*. Nunca la había visto así. Me he ido por no liarla...

Soplé para apartarme el pelo de la cara. Esto se complicaba y el día parecía que no iba a tener fin.

Le pedí a Abel que me llevara a un sitio tranquilo donde poder hablar, pero no quería ir a su casa, porque al final siempre terminábamos desnudos y follando como locos. No le debía ninguna explicación, pero si iba a reaccionar como Loreto, mejor dejar las cosas claras y cortar por lo sano. Me gustaba mucho y me lo pasaba bien con él, pero nada más. Llevábamos un mes así, y no sabía prácticamente nada de su vida privada. Tampoco quería intimar demasiado en lo sentimental, por lo que cuanto menos supiera de su vida personal mejor. Aparcó el coche cerca de un faro y unos acantilados preciosos. Era un lugar que a mí me gustaba mucho y hacía siglos que no visitaba. Aunque estábamos a punto de entrar en verano, había marejada y las olas rompían con violencia contra las rocas.

La humedad del mar calaba en el cuerpo, así que nos quedamos en el interior del coche y volvimos al tema:

—No sé por dónde empezar a contarte todo este embrollo. Es un poco embarazoso para mí.

Intenté ser sincera. Abel me miró intensamente y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Empieza por el principio y dime la verdad. Suele funcionar.

Me sonrió con dulzura y sus ojos azules se volvieron más brillantes todavía. Al final le conté todo, sin omitir nada, incluyendo mi rollo paralelo con Loreto y cómo se le había ido la pinza al descubrir mi romance con él. Abel respiró hondo y se tomó unos segundos para digerir mi historia. Me puse en lo peor.

—¿Has dejado el trabajo por mí?

—No, no. —Meneé la cabeza hacia los lados—. No te confundas. Lo he dejado porque Loreto me quería en exclusividad y yo no soy de nadie... ¿Lo entiendes?

—No... ¿Te gustan las mujeres? Cuando estás conmigo eres muy fogosa y me consta que disfrutas.

Madre mía, ya estaba hecho el lío. ¡Cómo iba a explicarle yo ahora...!

—No sé si me gustan —respondí ante su mirada confusa—. Solo me atraía Loreto. Nunca antes había estado con ninguna mujer. Todo vino por mi amiga Mila, que me habló de un hotel y un botón rojo, de sexo a la carta... Me picó la curiosidad y la libido se me disparó. Además, el día que me tiré a Loreto tú tuviste la culpa. Me calentaste en el masaje y luego esa me pilló por banda.

Me acaloré al contarle la historia. En cierto modo él era el responsable de que hubiera sucumbido a los encantos de mi jefa.

—Pues haber follado conmigo. Así no te hubieras ido con soberano calentón. Yo hago el trabajo y la otra se lleva el premio... ¡Joder!

—Mira, Abel, si hubieras permanecido tranquilito y no te hubieras puesto Pinocho, quizá nos hubiéramos ahorrado todo este marrón y ahora yo tendría trabajo.

Me había alterado; estaba gritando y pagando mi enfado con él.

—¡Eh! Relájate. —Me cogió la mano e intentó serenarme.

—Lo siento... Sé que esto ha sido solo culpa mía. No pretendo que lo entiendas ni te pido nada. Es más, nunca lo he hecho. ¿Puedes llevarme a

casa? —le pedí.

Abel me miró sorprendido.

—Olga, no quiero llevarte a tu casa ni quiero dejar de verte. Me gusta cómo eres y me alegra que me hayas dicho la verdad. Ahora creo que debes saber algo de mí.

—No me acojones...

Abel se echó a reír y me dio un suave beso en los labios. Sabía a chicle de menta y olía muy bien.

—Soy una persona muy tradicional y bastante sencilla, aunque no te lo creas —me explicó—. Soy contable, aunque no me dedico profesionalmente a ello. Mi padre murió hace cinco años y nos dejó en su testamento una propiedad muy valiosa a mi hermano y a mí. Él siempre ha sido el emprendedor hombre de negocios, ambicioso, y con ideas muy arriesgadas...

—Perdona que te interrumpa. No es que tu vida no me interese, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

No pretendía ser borde, pero no entendía adónde quería ir a parar detallándome su árbol genealógico.

—Escucha y lo entenderás —siguió—. Mi hermano quería crear algo diferente, algo que nos hiciera ricos. Lo que más vende hoy en día es el sexo, el alcohol y las drogas. En el terreno ilegal no iba a entrar, así que con la otra propuesta dejé que fuera a su bola.

Me ponía de los nervios. Estaba dando demasiados rodeos y no acababa de soltar lo que llevaba dentro. Me revolví nerviosa en el asiento del coche.

—Abel, ¿quieres soltarlo ya? —inquirí.

—Mi hermano Bruno y yo somos los dueños del hotel Red Pleasure. El famoso hotel del botón rojo.

Abrí la boca todo lo que pude. Estaba flipando.

—Pero...

—Déjame que te explique. Yo nunca he querido saber nada de ese negocio. Simplemente me limito a cobrar los beneficios que genera. Pero ahora mi hermano ha contraído una enfermedad muy grave y no puede continuar llevando las riendas él solo. Me ha pedido que le ayude a gestionar el negocio y yo no tengo ni idea de cómo afrontar lo que me pide. Olga. —Me cogió de nuevo la mano y me miró fijamente—. Mi

hermano puede que se muera si no cuida sus excesos y yo no puedo hacer lo que me exige.

Lo abracé instintivamente. Me partía el corazón verlo de esa forma, pero, por otra parte, en mi cabeza se encendió una lucecita.

—Yo te ayudaré con el Red Pleasure. Al fin y al cabo, estoy en el paro. Seguro que Mila, si se lo pedimos, se apunta también.

Abel se separó y me miró boquiabierto.

—Si no tienes ni idea de cómo funciona. ¿Has estado ahí alguna vez?

Su pregunta parecía ir con segundas.

—No he estado, pero he oído hablar maravillas de él. Tampoco sabía dar masajes y aprendí en un solo día. Estoy segura de que puedo ayudarte a gestionar ese hotel. Tú ocúpate de los números y déjame el resto a mí.

—No puedo hacer eso. Eres muy joven y aquello te viene grande. No sabes lo que se mueve ahí dentro.

No lo sabía, pero era algo que quería descubrir. Sin embargo, Abel me lo estaba poniendo difícil, tenía que usar otra táctica.

—Tengo veintitrés años, casi veinticuatro. —Me puse seria—. Cuando me follas y me haces de todo ya no te parezco tan joven, ¿no? Puedo ayudarte, confía en mí. ¿Tenéis servicio de masaje en el hotel?

—Creo que sí, aunque yo nunca lo he probado.

—Pues contrátame de masajista y déjame ver cómo funciona el tema desde dentro. Así podrás venir a darte los masajes conmigo y te mantengo informada.

Abel dudó. Lo besé suavemente, mordiéndole con delicadeza el labio inferior. Tiré de él de forma provocativa y mi rubio se excitó. Su mano fue directa a mi pecho y su boca se lanzó contra la mía. Empezó a besarme con pasión. Se estaba poniendo cardíaco cuando sonó mi móvil y se asustó, dándose con la cabeza en el techo del coche.

—Joder —maldijo.

Descolgué. Era Mila, preguntándome dónde estaba. Quería cotillear y se moría de curiosidad por saber lo ocurrido. Le dije que en media hora la veía en su casa. Abel puso mala cara al escucharme. Estaba como un toro y se iba a quedar cargadito y sin corrida.

—Tengo que irme. Entonces, ¿qué me dices?

—Me lo pensaré —me respondió con un gruñido.

—Yo necesito trabajar y los masajes me encantan, así que o me das trabajo tú o me busco la vida.

—Olga, ya te diré algo, no me presiones. Todavía estoy asimilando muchas cosas.

No seguí pinchando y lo dejé tranquilo.

Me llevó a casa de Mila. Vivía en un piso de alquiler compartiendo habitación con otras dos chicas: Gema opositaba para policía nacional siguiendo los pasos de su padre que era inspector, y Nadia, que era una friki de los ordenadores. Trabajaba por libre y podía hackear hasta el mismísimo Pentágono si se le antojaba. Era muy buena en lo suyo. Le habían ofrecido varios puestos en varias empresas, pero ella prefería ir a su bola y hacer trabajos por encargo.

Me despedí de Abel y quedamos en llamarnos. Subí al segundo piso sin ascensor donde vivía Mila y me abrió la puerta Nadia, que era venezolana. Tenía veinticinco años y el pelo corto de punta, tintado de rubio platino, aunque la última vez que la vi lo llevaba rosa. Era una chica un tanto peculiar, pero me caía bien.

—Hola, Nadia, bonito peinado. ¿Está Mila por ahí?

—En su habitación. —Me indicó con el dedo—. Estás en tu casa.

Crucé el estrecho pasillo y fui directa a la habitación de Mila.

Mi amiga estaba tumbada escuchando música. Su habitación era pequeña. Una cama nido que más parecía la de un adolescente, un armario empotrado y un triste mueble donde reposaba una tele de las antiguas. Era uno de esos pisos que solían alquilar a estudiantes.

—Joder, tía, ¿no te ahogas en este sitio tan pequeño?

La habitación era claustrofóbica y deprimente.

—Es lo que hay. Cuando tenga pasta me mudaré a un sitio mejor y mandaré esto a tomar por culo, pero por lo menos tengo independencia. —Era feliz, aunque fuese en una lata de sardinas.

—Lo dices por mí, ¿verdad?

Yo seguía viviendo en casa de mis padres, aunque ocupaba una pequeña casita en el jardín. Aun así, seguía bajo sus faldas y, si me pasaba un día por llegar tarde, tocaba dar explicaciones.

—Tus padres son geniales y vives de lujo, pero deberías independizarte ya.

—Bueno, ahora me he quedado en el paro, así que lo tengo un poco difícil.

Solté una carcajada. Mila tiró de mí y me sentó a su lado en la cama.

—Cuenta, cuenta... Me tienes en ascuas.

—Uf... —resoplé.

Volví a empezar la historia de nuevo. Mila no sabía lo de Loreto y cuando se lo conté casi le da algo. Agitó las manos, se puso de pie, luego volvió a sentarse...

—Jo-der. —Estaba sentada mirando al suelo; luego reaccionó—. ¿Pero qué les das? Loreto y Abel, los dos pibonazos en versión masculina y femenina, y todos para ti. ¡No me lo puedo creer!

—Pues aún hay más —añadí sonriendo.

—¿Más? —Mila estaba asombrada.

Asentí con la cabeza y proseguí con las novedades:

—Abel y su hermano son los dueños de tu hotel favorito, el del botón rojo —le di el notición.

—No jodas. Yo conozco a Bruno, pero no sabía que era hermano de Abel. Madre mía, no me lo puedo creer.

—Bien, pues Bruno está enfermo, por eso igual no lo ves tan a menudo.

—¡Hostia! No tenía ni idea. —A Mila le dio bajón—. Es un tío majo, un poco loco...

Le resumí a mi amiga la conversación que había tenido con Abel en el coche. También le relaté mi propuesta de ir a trabajar allí para ayudarle. Mila se puso otra vez de pie muy acelerada.

—¿Qué te pasa? —levanté la voz un poco al ver su reacción

—Madre mía, Olga. ¿Tú sabes lo que sería trabajar allí? Sería como un sueño hecho realidad. Antes de empezar con Loreto eché una solicitud allí, pero eso es como que te toque la lotería. Se gana un montón de pasta, las propinas son astronómicas y ya no te digo cómo nos íbamos a poner...

A Mila se le secaba la boca.

—Te conoces bien el hotelito, ¿eh? —Le guiñé un ojo.

—Te podría hacer una tesis sobre él. Este mes he ido tres veces por semana y me lo conozco todo.

Me quedé sorprendida ante su confesión.

—Después te quejas de que no tienes dinero. Si te lo vas fundiendo en tu vicio particular...

Mila sonrió y me miró con cara de pilla.

—Ya te conté que no siempre pagabas...

—¿Has dejado que sonara tu teléfono?

—Lo he probado todo, Olga... —me confesó—. Todo.

—Cuéntame, por favor. Necesito saber. Quizá tengamos una oportunidad de trabajo única y tengo que saber cómo funciona ese hotel. Así, tal vez, yo pueda independizarme y tú salir de este cuchitril.

Tenía el corazón acelerado y la emoción y la curiosidad me envolvían. Estaba loca por ir al Red Pleasure y probar todo lo que podía ofrecerme.

Mila empezó a contarme lo que sabía:

—El hotel tiene un acceso privado para los coches. Desde allí subes directo a la recepción, o a la habitación si ya eres habitual. Tienes que rellenar un formulario la primera vez que vas.

—¿Un formulario? —la interrumpí.

—Sí, pero este es especial. Tienes que poner tus preferencias sexuales; desde lo que vas buscando hasta lo que no quieres ni probarías por nada del mundo.

—Pero, ¿cómo puedo saber si algo me gusta si no lo he probado aún?

—Olga, son cosas muy concretas. Por ejemplo: un tío que es muy hetero que jamás se acostaría con otro tío o viceversa. Por eso las habitaciones se dividen en dos alas, las mujeres en una parte y los hombres en otra. Así se evitan escauceos no deseados a las habitaciones equivocadas. Está todo muy pensado y controlado.

—¿Y si yo tengo pareja y quiero hacer un trío? —Las preguntas se agolpaban en mi cabeza.

—Pues el tío tiene que ir al ala de los hombres y la mujer con las mujeres. En el formulario hay un apartado concreto para eso. En la tercera planta están las salas para más de dos.

—Me pierdo, demasiada información... —Me estaba volviendo loca sola de imaginarlo, la cabeza se me embotaba.

—Cuando yo iba las primeras veces —siguió Mila—, pulsaba el botón y aparecía un chico o una chica, según lo que demandaba. Siempre en mi habitación. Una vez solicité en el formulario que quería una pareja y ser llamada. Cuando el botón se encendió y sonó el teléfono, me indicaron que subiera a una sala de la planta de arriba. En la puerta ponía «Infieles con autorización».

—¿Estás de coña? —le pregunté incrédula.

—No, allí las salas tienen nombres muy cachondos. Hay otra que es «Mírame y no me toques», para los *voyeurs*. La gente se lo toma en plan divertido y natural, como debe ser.

—¿Y qué pasó? Sigue...

—Pues que llegué a una sala con una enorme cama redonda en el centro. Cortinas rojas cubrían toda la habitación. Un enorme *jacuzzi* con pétalos de rosas rojas sobre el agua lucía al fondo. Todo era de color rojo, hasta las luces. Un matrimonio de unos cuarenta años esperaba allí. El tío era normalito, no muy alto, de cuerpo más bien fofo, moreno y con barba. Eso sí, menuda pedazo polla le colgaba entre las piernas...

Me estaba sofocando con la historia de Mila, pero la curiosidad y las preguntas seguían inundándome la cabeza.

—Mila, ¿y si te toca una pareja, tío o tía, que no te gusta?

—Para eso tienes el cuestionario. Tú sabrás lo que rellenas. Puedes negarte, por supuesto. Pero olvídate de que te vuelvan a llamar o que te manden a nadie. Si quieres recibir... tendrás que dar.

—¿Entonces con la pareja bien—? Me picaba la curiosidad.

—¡Buaaa! Un flipe. Me lo pase pipa. Lo que tienes que hacer es preguntar menos e ir a probarlo. Así sabrás cómo es en realidad. Si quieres, vamos mañana.

La idea se me hacía muy tentadora, pero estaba con la píldora y me tocaba la regla ya.

—Mañana no puedo. Me toca mi amiga de todos los meses, así que tendré que esperar unos días. —Mi gozo en un pozo.

—En cuanto a lo de trabajar allí de masajista, cómele la polla a Abel y si no voy yo. Eso sería la locura, Olga.

—¿Pero son masajes eróticos? Porque si son de esa clase, Abel no va a permitir que trabaje allí. Creo que se está informando de cómo va su negocio, porque no tiene ni idea de lo que se cuece allí realmente. El que mueve el cotarro es Bruno.

—Por lo que yo sé, los masajes no incluyen sexo —comentó Mila—. Una amiga trabajaba allí y me dijo que recibía a los clientes después de follar. También a veces tenía que ir a la habitación, pero no había problema porque está prohibido tocar a las masajistas.

—Pues menuda mierda, ¿no?

Mila se echó a reír al escucharme decir eso.

—Amiga, eso es como en todo. Las leyes se hacen para romperlas. Mientras no te pillen... —Me guiñó un ojo.

—¿Quieres decir que tu amiga se follaba a los clientes?

—Pues a los que estaban buenos y le gustaban, sí. Y encima le daban unas propinas que te cagas. Olga, yo quiero ese trabajo... Convince a Abel. Entre las dos le ayudaremos en todo; soy una experta en ese hotel. Además, haría un par de cambios que le haría ganar más dinero. Por favor...

Mila estaba de rodillas y tenía las manos en una plegaria. Me eché a reír y la levanté del suelo. La verdad, era una idea muy tentadora. Pero primero tenía que convencer a mi rubio de ojos azules, y el que me bajara la regla no era de gran ayuda.

—Lo intentaré —asentí—. Bueno, me voy a casa que me empieza a doler la tripa un poco.

—Lámame en cuanto sepas algo.

—Lo haré.

3

Me desperté a causa del dolor y el escozor que tenía en la vagina. Era algo insoportable y me levanté para ir al baño. La regla todavía no me había bajado, pero aquel dolor y aquel picor eran muy extraños. Llamé a mi madre por el móvil desde la casita del jardín, pues no era capaz ni de acercarme a la vivienda principal. Le conté lo que me pasaba. La verdad es que estaba cagada de miedo. Mi madre era matrona y mi padre ginecólogo, así que supuse que tendrían alguna idea de lo que me estaba ocurriendo, pero ni de coña iba a dejar que mi padre me viera.

Al instante llegó mi madre, toda preocupada. A sus cincuenta y cinco años seguía siendo una mujer muy atractiva. Siempre iba impecable con su pelo rubio de peluquería y su figura bien cuidada. Era más alta que yo y tenía un carácter dulce y afable, menos cuando le daban sus neuras.

—¿Qué te pasa, mi niña? —me preguntó angustiada.

Yo estaba encogida, con las manos en el bajo vientre, rabiando de dolor.

—No lo sé —sollocé—. Tenía que bajarme la regla y ha empezado a dolerme y a picarme ahí abajo...

—¿Te escuece al orinar?

—Sí, como si meara cuchillos.

Mi madre torció la boca en una mueca y me dijo:

—Seguramente sea una infección de orina, pero si te pica mucho puede que también hayas cogido hongos.

—¿Hongos? —grité horrorizada.

Mi madre se echó a reír por la cara que había puesto.

—Es normal que los cojas. Es más, no sé cómo todas las chicas de tu generación no los pilláis cada dos por tres. Tenéis la manía de depilaros como muñecas y os dejáis desprotegidas ante todas estas cosas. El pelo

está por algo, hija. Es una protección natural contra estas enfermedades, y ahora te ha tocado a ti sufrir las consecuencias.

Me picaba de una manera enfermiza. Solo tenía ganas de rascarme y arrancarme el chichi a restregones. Era horrible.

Mi madre me acercó a urgencias, donde me confirmaron lo que ella ya me había dicho. Tenía una infección de orina con una candidiasis, que solía aparecer cuando te bajaba la regla estando baja de defensas. En fin, que me tocó el pack completo. Me dieron la medicación y un folleto con los consejos y precauciones a tomar para evitar que esto me volviera a ocurrir. Lo primero que leí fue:

»Mientras dure la infección no se recomienda usar tampones ni espermicidas y es aconsejable abstenerse de mantener relaciones sexuales».

Genial, la primera en toda la cara. Tras eso recomendaban llevar bragas de algodón, las duchas vaginales y, a ser posible, no depilarse por completo para proteger la flora vaginal.

De todas formas, ganas de follar no tenía en aquellos momentos. Más bien, me daban ganas de meterme un palo entre las piernas. Si tenía que dejar de depilarme, lo haría, pues con tal de no volver a pasar por ese calvario... En cualquier caso, también se podía ir mona con un poco de pelo ahí abajo. Lo primero era la salud.

*

Regresamos a casa y mi amiga Mila me estaba esperando en la puerta. Era una vivienda antigua, de piedra, de una sola planta, que mi padre había heredado de mis abuelos. Estaba en una zona de playa a las afueras de la ciudad. En el jardín, adosado a la casa principal, mi padre habilitó un cobertizo transformándolo en un pequeño apartamento. Cuando cumplí los dieciocho me permitió que me instalara allí. Tenía la playa al lado, pero no una playa cualquiera, sino una a la que solo los residentes teníamos acceso. Si mi padre no hubiera heredado aquella casa, jamás nos hubiéramos permitido vivir en un lugar así.

Por las noches, mi padre y yo solíamos ir a pescar y luego mi madre cocinaba el pescado que conseguíamos. Ahora ya hacía mucho tiempo que no lo hacíamos, pues su trabajo era su pasión y tenía pocas horas libres y

yo me iba haciendo mayor. Pero echaba de menos esos momentos. Otra afición que mi padre y yo compartíamos era el boxeo y las artes marciales. Él era 5º dan en kárate y me había enseñado todo lo que sabía, aunque yo nunca había competido profesionalmente como lo había hecho él. A mí me dio por los libros y por la historia; luego apareció mi novio y pasé de todo. Aquel cabrón me había destrozado la vida.

Ahora había vuelto a resurgir como el ave fénix de sus cenizas. Tenía ganas e ilusión por hacer cosas nuevas. Pensé en retomar el boxeo o el kárate, quería ponerme en forma... Pero primero tendría que pasar por este picor horrendo.

—Hola, llevo un rato esperando y no hay nadie en casa —me saludó Mila.

—¿Por qué no me has llamado?

—Lo tienes apagado. —Hizo un gesto de fastidio.

Miré en el bolso. En efecto, el móvil se había quedado sin batería. Siempre me pasaba lo mismo.

—Está muerto. —Le enseñé el aparato sin vida.

—Olga, entra, que tienes que empezar con el tratamiento ya —ordenó mi madre.

—Hola, Maite —saludó Mila a mi madre.

—Hola, cielo. ¿Alejandro no estaba en casa cuando has llamado?

—A mí no me ha abierto nadie. —Mila se encogió de hombros.

—Se habrá ido a trabajar. Entrad.

Fuimos a la enorme cocina de la casa, en cuyo centro había una isla. Alrededor, muebles clásicos de color cerezo. Una gran mesa de cristal de dos metros de largo y diez sillas reinaban en la cocina. Nos sentamos y mi madre nos preparó un zumo de naranja con tostadas y nos dejó a solas.

—¿Qué te ha pasado? ¿De dónde venías? —preguntó Mila.

—Tía, he pillado una infección de orina y hongos. Tengo un picor que me muero.

Mila se echó a reír y casi le tiro el vaso a la cabeza.

—No me río de ti, perdona —se excusó—. Es que yo ya he pasado por eso varias veces y es realmente horroroso. La única solución real: no te depiles del todo. Cada vez que me depilaba los pillaba a los dos días. Me pasé así un año, hasta que di con un médico genial que me aconsejó eso. No me hacía mucha gracia, pero ahora estoy encantada.

—¿A ti también te ocurría?

—Cada dos por tres.

—Ya, pero eso de no ir depilada del todo...

—Estás muy equivocada —respondió Mila—. Tú no sabes el morbo que le da a los tíos y a las tías eso. Como ahora todas vamos peladas como las muñecas, pues lo natural se ha perdido. Cuando los hombres ven a una mujer con pelo en el coño se ponen locos. Eso sí, bien arregladito y cortito. Sé que hay algunas que se lo dejan largo, pero hasta ahí no llevo. —Hizo una mueca de desagrado.

—Joder, Mila, pareces el Trivial. Tienes las respuestas a todas las preguntas referentes al sexo. Deberías escribir un libro.

—Tú ponte buena que tenemos trabajo que hacer y así no me eres productiva.

—Ya, menuda putada. Ahora Abel pensará que le huyo y que no quiero saber de él.

—Calla, no hay mal que por bien no venga. Déjalo esta semana a pan y agua. Además, él está encoñado contigo, así que cederá. Pero no hables con él ni le cojas el teléfono. Luego tienes la disculpa perfecta de que has estado mala.

—Mila, eres maléfica. Puede que se canse de esperar y me mande a la mierda directamente. Yo lo haría.

—No lo hará —afirmó muy convencida.

Me tomé las pastillas y me despedí de Mila.

Solo quería que aquel picor se pasara de una vez. Abel me llamó por la tarde, pero no se lo cogí. También llamó al día siguiente y así toda la semana. Mi respuesta fue la misma: no atendí a sus llamadas, tal como me había sugerido Mila. No me hacía gracia no devolverle las llamadas, porque Abel me gustaba y era una pena fastidiarla con él, aunque, gracias a Dios, todavía no me había enamorado. Era cauta y no quería que me hiciera sufrir y pasarlo mal, como con Hugo.

*

Había pasado la semana, la infección, los hongos y la regla. Hacía un día maravilloso y fui a darme un baño a la playa, el primero del año. No había nadie, estaba completamente desierta y el agua cortaba de lo fría que

estaba. No me lo pensé mucho y me metí de golpe, para que no me diera tiempo a arrepentirme. La primera sensación fue de impresión, pero luego mi cuerpo se acostumbró y disfruté del mar como una enana. Cuando me cansé regresé a casa y el móvil sonaba impacientemente. Era Abel.

—¿Diga?

—¡Por fin! Llevo toda la semana llamándote y estaba preocupado. ¿Estás enfadada conmigo? —Su voz sonaba agitada.

—Abel, he estado con la gripe en cama y mi madre se ha llevado el teléfono para que no me molestaran. Una semana chungu... —mentí.

—¿Estás bien ya? —Noté su preocupación. Me daban ganas de comérmelo y me sentí mal por mentirle.

—Sí, perfectamente. —Me alegraba oír su voz.

—Me muero por verte, te echo de menos. ¿Quieres que quedemos hoy?

—¿Has pensado en lo que hablamos? —le contesté con otra pregunta.

—Sí, algo he pensado. Si quieres nos vemos y te cuento.

—¿Seguro?

Sabía que luego me llevaría a la cama y se olvidaría de hablar.

—Seguro —respondió—. Vamos a hablar de ese tema que tanto te interesa. ¿Te recojo en una hora donde siempre?

—Mejor en hora y media. Acabo de llegar de la playa y tengo que arreglarme.

Oí que gruñía en voz baja. Estaba desesperado por verme y el tiempo se le hacía eterno.

—Está bien, una hora y media.

—Hasta luego, ojazos.

Una hora después estaba en el sitio de siempre, esperándolo. Me había puesto un vestido corto de tirantes ajustado, color azul marino. Tenía que camelármelo y decidí esmerarme. Miré el reloj, porque pasaban ya diez minutos de la hora y Abel no aparecía. ¡»Qué raro ,«!pensé. Él era siempre muy puntual. Lo llamé al móvil y saltó el buzón. Empecé a preocuparme, así que tomé un taxi hasta su casa. No era normal este desplante sin avisar. Le dije al taxista que esperase, por si no estaba allí. Llamé al timbre y mi sorpresa fue monumental.

—Hola, qué gusto verte de nuevo.

La mismísima Loreto me abrió la puerta en ropa interior.

—Hola, creo que no es buen momento. —Estaba un poco en shock—. Dile a Abel que he venido.

Permanecí impertérrita delante de mi explosiva exjefa. Me sorprendía verla con Abel, pero, al fin y al cabo, no había ningún compromiso entre nosotros.

—Si quieres, puedes entrar y decírselo tú misma. —Me abrió la puerta, invitándome a pasar.

—Gracias, pero no. Adiós, Loreto.

Me fulminó con la mirada al sentirse de nuevo rechazada. Oí a Abel que salía a la puerta gritando mi nombre, pero yo ya estaba dentro del taxi. Lo miré con pena a través de la ventanilla y le dije al taxista:

—Arranque, por favor.

Ni me molesté en mirar atrás. Entendía la desesperación de Abel. Para él, una semana sin follar podía ser una eternidad, pero ¿para qué había quedado conmigo y luego se estaba pinchando a Loreto? Había cosas que no me cuadraban. Desde luego, para mí ya era agua pasada. Me sentía mal porque echaba por tierra mis planes de negocio del hotel, pero... ¡Joder! ¡Claro! ¿Cómo no había caído antes? Seguro que estaba con ella para que lo asesorara y hacer los negocios que se negaba a hacer conmigo. ¡Hijo de puta!

Llamé a Mila y le conté lo sucedido. Se puso histérica y me dijo que la esperara, que saldría antes del trabajo para hablar conmigo. Si yo estaba furiosa, mi amiga estaba que se la comían los demonios...

*

—Llevo todo el día sin quitarme de la cabeza a la zorra esa. —Mila estaba hecha un basilisco—. Cuando la he visto llegar al trabajo casi le meto un guantazo. No vamos a dejar que nos pise nuestra idea.

—Ahí no hay nada nuestro... Era una idea que se ha ido al garete. No tenemos nada que hacer. Abel seguro que le dará el mando del hotel a Loreto, que es una profesional. Nosotras no dejamos de ser dos niñas...

Me sentía derrotada y decepcionada.

—No está todo perdido. Aún podemos meter la nariz. Te dije que conocía a su hermano de verlo en el hotel... Si llegamos hasta Bruno, tal vez podamos entrar a trabajar e irnos colando poco a poco.

—¡Pero si está muy enfermo! —repuse—. Eso es lo que me dijo Abel, al menos; por eso él tiene que tomar las riendas del negocio.

—Estará enfermo, pero siempre anda rondando por la barra del bar del hotel y, por lo que sé, es como tu Abel: le encantan los masajes... pero los que se dan allí.

—No sé, Mila, quizá debamos olvidarnos de esto...

—Y una mierda. Esta noche nos vamos al hotel y así lo pruebas. Vas a ver lo que se cuece allí y lo que te pierdes. Luego me dices si vale la pena intentarlo o no.

Dudé un poco, pero la curiosidad me podía. Había imaginado tantas veces ir al Red Pleasure que, solo de pensarlo, me entraba un cosquilleo en el estómago.

—Está bien, vamos a despendolarnos esta noche —acepté.

—Suavecito. Tú empieza tranquilita, no vayas a lo loco y escojas la opción de que te llamen. Es muy pronto para eso. Piensa que esta noche entrará un desconocido en tu habitación... Y eso ya impone.

—Está bien. Voy a casa a cambiarme y vengo.

Mila me agarró de la muñeca y me detuvo en seco.

—Estás divina de la muerte, no necesitas ningún cambio. Vámonos ya y no perdamos el tiempo.

Subimos al Renault Clio blanco de Mila. El hotel estaba en las afueras, en un lugar con un acceso muy escondido, sin letreros. Apenas había nada construido alrededor, tan solo una gasolinera a un kilómetro y dos chalés particulares.

La estructura del hotel era cuadrada, muy moderna. Estaba pintado en tonos rojos oscuros y claros, dando la sensación de un cubo de Rubik gigante. Arriba, un letrero brillante en letras rojas decía: HOTEL RED PLEASURE.

Me chocó un poco que fuera todo tan llamativo, porque, desde luego, el hotel cantaba desde lejos y la discreción brillaba por su ausencia. Lo bueno del hotel es que tenías que saber su ubicación, porque, si no, la zona no la conocía ni Dios. Yo nunca había estado allí ni sabía que existía ese lugar.

—Así que este es el famoso hotel del botón rojo... Madre mía, pero si parece un hotel de Las Vegas con tanta luz y colorido...

Me quedé mirando absorta. No me lo esperaba así.

—¿A que mola? Pues espera a verlo por dentro... —Mila lo miraba fascinada, con los ojos brillantes.

Cuanto más nos acercábamos, más rojo lo veía. Entramos por un aparcamiento privado y, desde allí, fuimos a recepción. Había otro ascensor que te llevaba a las habitaciones directamente. Si eras cliente habitual podías reservar por teléfono y subir directo a tu habitación.

El suelo del hall del hotel era de cristal, con luces de color rojo brillando a través de él. Una pequeña recepción decorada con un cuadro de una pareja semidesnuda abrazada me llamó la atención nada más entrar.

—¿Es que en este hotel es todo de color rojo? —le pregunté en voz baja a Mila. Ella se echó a reír y me señaló hacia la pequeña recepción. Casi me caigo de culo.

Un tío bueno un poco más mayor que nosotras, moreno, con barba y lleno de tatuajes, nos esperaba con un uniforme rojo y una increíble sonrisa blanca. Nos acercamos y nos dijo:

—Buenas noches. Bienvenidas al hotel Red Pleasure, donde todas vuestras fantasías sexuales se pueden hacer realidad. ¿Es la primera vez?

Joder, menos mal que todo era rojo, porque ahora la que estaba sofocada era yo.

—Yo ya he estado, pero para mi amiga sí es la primera vez— le informó mi amiga con voz provocativa.

—Me llamo Kevin. No sé si conoces las normas del hotel. Aquí te dejo un cuestionario para que lo leas y lo rellenes con calma.

—Algo me ha contado mi amiga, pero si no me aclaro, te pregunto.

—¿Alguna petición en especial para ti? —Miró a Mila provocativamente.

—¿Qué me sugieres? —le insinuó ella.

—Ahora que lo mencionas... Esta noche inauguran una sala. «Tócame y no me mires». Si rellenas este cuestionario te llamarán y seguro que lo pasarás de vicio.

Mila lo miró un poco rara.

—Esa sala ya existe... Yo no la he probado todavía, pero es donde la gente va a mirar, ¿no?

Kevin sonrió y se pasó la mano por el pelo. Estaba coqueteando también, sabía que gustaba a las mujeres.

—Esa es «Mírame y no me toques». La que yo te digo es una en la que tú y tu amiga, si ella quiere, podéis entrar. Os acostáis en una habitación a oscuras. La pared tiene espacios por donde personas, tanto hombres como mujeres, podrán introducir las manos y llegar a todas las partes de vuestro cuerpo. Os podrán tocar, pero no los podréis ver, ni ellos a vosotros.

Solo de pensarlo me estaba volviendo loca.

—Pero eso es una especie de pasillo francés —dijo Mila.

—Se parece, pero piensa que tú estás cómodamente acostada. La sala está diseñada para que la gente acceda a ti sin que tú tengas que moverte y disfrutes de todas esas manos recorriendo tu cuerpo. Cuando te canses, ve a tu habitación y pulsa el botón rojo si tu cuerpo te sigue pidiendo acción.

Mila tenía los ojos encendidos. Respiraba acelerada; su mirada lo decía todo.

—Olga, yo me apunto, ¿qué me dices?

Me parecía un poco *heavy* empezar no con uno, sino con a saber cuántas manos recorriendo mi cuerpo. Aunque, por otra parte, yo no iba a verles la cara, ni ellos a mí tampoco, así que no era tan mala opción.

—Primero déjame ver el cuestionario este. Parece el test de cuando fui a sacarme el carné de conducir.

Leí bien el cuestionario; era la hostia. Te preguntaban de todo. Si te gustaban las tías, los tíos, preferencia de edad, raza, altura, complexión... Me quedé muerta con una pregunta. ¿«Cuál era el máximo de longitud de polla que admitías»? Ahora resulta que había que ir con un metro midiendo los rabos de los tíos que te follabas... El cuestionario no tenía desperdicio. Preguntaban también si te gustaba el sado, si eras sumisa, si aceptabas los tríos o con más de tres... Dios, había preguntas que no sabía ni a qué se referían.

—Kevin, yo voy a rellenar lo que sé, pero es que hay cosas que todavía desconozco... —Fui sincera.

—No te preocupes, ya te irás poniendo al día. ¿Entonces os pongo en la sala» Tócame y no me mires» ...?

—¿Pero estaríamos juntas? —pregunté—. Quiero decir: ¿nosotras tampoco nos veríamos?

—No, tranquila. Son cuartitos pequeñitos e individuales. Tenéis vuestra intimidad. Ya me contaréis la experiencia.

Kevin nos guiñó un ojo.

—¿Tú no vienes por aquí en tus ratos libres? Digo por llamarte alguna vez. —Mila le tiró el lazo.

—Te lo haré saber —respondió él con su sonrisa seductora.

—¿Y ahora qué hacemos?

Kevin nos entregó dos tarjetas de habitación.

—Subir a la segunda planta y esperad a que os llame. Que tengáis una placentera noche.

—Una pregunta antes de subir. ¿Tenéis alguna vacante de masajista? — Me salió del alma.

Mila me dio una patada por debajo del mostrador. No estaba siguiendo su plan, pero no perdía nada con preguntar.

—Pues precisamente estamos buscando personal. —Nos miró fijamente—. Se han marchado dos y empezamos las entrevistas mañana. ¿Estáis interesadas en el puesto?

Vamos, vi el cielo abierto.

—Pues sí —asentí—. Además, somos muy buenas. Bueno, si nos conceden una entrevista y nos hacen una prueba, podrán comprobarlo.

Kevin me lanzó una mirada de esas que te cortan la respiración. El recepcionista tenía un polvo... qué digo, tres o cuatro bien echados.

—Tomad, llevaros estos impresos y mañana a las diez presentaos para la entrevista. Así que mejor será que no trasnochéis mucho...

De nuevo nos guiñó un ojo.

Los impresos del hotel habría que llevarlos y rellenarlos. Yo estaba pletórica y ya ni me apetecía subir a que me magrearan. Estaba pensando en que teníamos una oportunidad de trabajar y eso era lo que más me excitaba en ese momento. Mila también estaba eufórica.

—¿Qué hacemos? Porque es tarde... Si subimos nos pueden dar las tantas y mañana hay que estar espabiladas para la entrevista.

—Eso estaba pensando. Pero no quiero que te mosquees si nos vamos. —Me sentía culpable por arruinarle el plan.

—¡Qué va! Si entramos a trabajar aquí ya tendremos tiempo de probar hasta el último rincón del hotel. Me sabe mal por ti, porque te vas sin probar el botón rojo.

Cogí mi formulario y sonreí feliz. El hotel y el botón rojo no se iban a mover de allí. Ahora lo más importante era conseguir ese puesto de

masajista.

—Como bien dices, si conseguimos el trabajo nos cansaremos de pulsar ese botón. Vámonos a casa a descansar, que mañana tenemos que darlo todo en esa entrevista.

—Vamos a conseguirlo, ¿verdad? —preguntó Mila nerviosa.

—No lo dudes ni por un segundo.

Le devolvimos las tarjetas a Kevin y nos despedimos, diciéndole que volveríamos al día siguiente. Fuimos al aparcamiento a por el coche de Mila y regresamos a casa completamente ilusionadas.

4

Esa mañana podía ser el gran día. Salté de la cama hacia la ducha y luego puse el armario patas arriba en busca de algo que ponerme. No sabía si tenía que ir en plan modosita o algo más atrevida. Al final opté por unos vaqueros ajustados y una camiseta de gasa negra transparente. Por debajo llevaba un sujetador de encaje negro que, evidentemente, se transparentaba. Iba a dar lo mejor de mí, así que mejor apostararlo todo al rojo.

Mila vino a recogerme y comprobé que también apostaba a caballo ganador. Llevaba un vestido ceñido de color blanco y negro. El escote era de vértigo, largo para tapar lo justo. Se había hecho ondas en el pelo. Yo prefería llevarlo en una coleta, pues sabía que me favorecía. Además, si teníamos que hacer algún masaje me estorbaría menos. Las dos coincidimos en una cosa: nos maquillamos lo justo para no parecer vulgares y extravagantes.

—¿Preparada? —me dijo al subir al coche.

—Estoy hecha un flan, pero tengo buenas vibraciones. Creo que todo va a salir bien.

—¿Sabes algo de Abel?

—Tengo un montón de llamadas perdidas de él, pero no le he cogido el teléfono. Lo tengo en el desierto. Que sufra un poco.

Sonreí con malicia. La verdad es que no me apetecía verlo. No estaba enfadada, aunque sí bastante decepcionada, pero, al fin y al cabo, no teníamos ningún compromiso y no me debía fidelidad.

Llegamos al hotel Red Pleasure. De día no impactaba tanto y los colores no parecían tan llamativos. Había muchos coches estacionados fuera, así que nosotras también lo dejamos allí. Cuando entramos en la recepción casi se nos cae el alma a los pies. Había más de treinta chicas, todas ellas

explosivas e imponentes, para la entrevista. Quise salir huyendo de allí, de pronto me sentí ridícula con mis pantalones vaqueros. Tenía que haber escogido la opción putona.

—Joder —maldije.

—Tranquila. Mucha teta y mucha percha, pero lo importante es saber hacer magia con estas. —Mila movió las manos ante mi cara.

En eso tenía razón.

Abel me decía siempre que tenía manos de ángel y que era la diosa de los masajes. Además, Mila y yo no estábamos tan mal, teníamos buen tipo y éramos guapas, pero las que se habían presentado allí parecían los puñeteros ángeles de Victoria's Secret. Fuimos a recepción y no estaba Kevin; en su lugar había una chica guapísima con un vestido dorado ajustado. Tenía el pelo liso y color canela. Sus ojos eran grises y parecían los de una gata. Le entregamos la solicitud que nos había dado Kevin el día anterior.

—Hola, chicas, me llamo Olivia. En breve os llamaré para la entrevista. ¿Quién es Olga?

—Soy yo —contesté intimidada.

—Entonces tú eres Mila. —Le dedicó una sonrisa seductora.

—La misma —respondió ella, natural y espontánea.

—Bien, sentaos y esperad un poquito.

Olivia siguió atendiendo a las demás candidatas. Había salido de casa con muy buenas vibraciones, pero me iba desmoralizando poco a poco, al ver el alto nivel de las candidatas.

La recepcionista fue llamando por nombre y las chicas pasaban a un despacho detrás de la recepción. Me estaba poniendo nerviosa y me dio por morderme las uñas. Mila me dio un manotazo y me dijo que parara, que al final la iba a contagiar a ella también. Me quedé sin pestañear cuando vi de refilón a un hombre alto y rubio. Hubiera jurado que era Abel. Lo que me faltaba para arreglar el día. Me levanté para cotillear, pero no lo volví a ver. Los nervios me estaban jugando una mala pasada. Me senté y, de nuevo, lo volví a ver. Le apreté el brazo a Mila inconscientemente.

—¡Ay! —se quejó.

—Abel. Viene por ahí. —Me escondí detrás de ella.

Mila levantó la cabeza hacia donde yo le indicaba y se levantó sonriendo. Me miró y me dijo:

—No es Abel. Es su hermano Bruno. Hacía tiempo que no lo veía. Voy a saludarlo, a ver si se acuerda de mí.

Le agarré el brazo y tiré de ella.

—No vayas. ¿Y si se lo cuenta a Abel? —Tenía miedo que lo fastidiara todo.

Mila resopló y me miró con cara de aburrimiento.

—Olga, a veces pareces tonta... A ti qué más te da que se lo diga. Lo que nos importa ahora es conseguir el trabajo y si puedo hacerlo a través de Bruno no voy a perder la oportunidad.

—Joder...

Mila fue directa hacia él. Yo me quedé atrás, pero los escuchaba y veía perfectamente. Bruno recibió a Mila con una radiante sonrisa. Era increíble el parecido que tenía con Abel. Se veía más mayor y deteriorado, con ojeras y cara de cansado, pero era tan guapo o más que su hermano. Tenían los mismos ojos azules, pero los de Bruno carecían de brillo. Su enfermedad le había hecho mella.

—Bruno, qué alegría verte. —Mila le estampó dos besos en la cara—. Hacía tiempo que no coincidíamos. ¿Te acuerdas de mí?

—Tan guapa y amable como siempre. No podría olvidar esos ojos azules... ¿Qué haces por aquí, pequeña Mila? —Bruno se la comía con la mirada.

—He venido con una amiga a la entrevista para el puesto de masajista.

Bruno ahora la miró sorprendido. Yo no podía apartar la vista de él. Me recordaba tanto a Abel...

—Si querías trabajar aquí, ¿por qué no me lo has pedido? Sabes que estaría encantado de darte trabajo.

—No quiero aprovecharme. Prefiero hacerlo por mis propios méritos. Bueno, gracias, Bruno, me alegro de verte; solo he aprovechado la ocasión para saludarte.

Mi amiga se dio media vuelta y lo dejó allí desconcertado.

—Espera, Mila.

Ella se paró en seco. De espaldas a Bruno, Mila me guiñó un ojo. Yo alucinaba con lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa? —Mila se giró sobre sus talones con delicadeza.

—Ven con tu amiga; os haré personalmente la entrevista.

No salía de mi asombro. Mila era una arpía digna de un Oscar. Se había llevado a su terreno a Bruno.

—¿En serio? —Se hacía la tonta y seguía metida en su papel.

—Claro, seguidme.

Mila me hizo una seña con la mano para que fuera hacia donde estaban ellos. Avancé despacio como si fuera flotando en una nube. Varias chicas nos observaban, lanzándonos miradas de auténtico odio. Nos habíamos colado por todo el morro.

Llegué al lado de ellos y Mila me presentó a Bruno. Me quedé hipnotizada mirando al hermano de Abel. El parecido era asombroso.

—Encantada de conocerle, señor. —Mi voz sonó al de una lela.

Bruno me dedicó una intensa mirada y me sonrió.

—No me digas señor —me pidió amablemente—. Me haces parecer más mayor de lo que soy. Llámame Bruno. Es un placer conocerte, Olga.

Lo seguimos a través de un pasillo y entramos en un despacho que rompía con la estética del lugar. Fue un alivio para la vista. Era en tonos cálidos y blancos. La mesa de la habitación era de acero y cristal. También había un sofá de tres piezas y sillas de piel, todo de color blanco. No había nada allí de color rojo. Nos sentamos en las sillas y él lo hizo enfrente, tras la mesa de despacho. Empezó preguntándonos nuestra experiencia en los masajes. Bruno era muy profesional e imponía a la hora de hacer la entrevista. Estaba claro que no te iba a contratar solo por ser una cara bonita.

—Olga, ¿crees que desempeñarías bien tu trabajo en el hotel Red Pleasure? —Se quedó mirándome fijamente a los ojos y yo le sostuve la mirada. Dios, qué apuesto era.

—Contrátame primero y repítame la pregunta dentro de un mes. No puedo contestar a algo que no sé.

Esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Así lo haré —afirmó—. Pero tendré que probar tus habilidades como masajista. Os contrataré a ambas, si pasáis la prueba.

No me lo podía creer. Joder, qué pasada. Iba a trabajar en el hotel del botón rojo. Bueno, si pasaba la prueba, que seguro que la pasaría. Mila estaba que no cabía dentro de sí.

—¿Cuándo hay que hacer la prueba? —preguntó.

—Pues ahora mismo. —Bruno era directo—. Le diré a Olivia que prepare las salas. Me haréis media hora cada una y rotaréis con Olivia, pues ella será vuestra encargada en caso de que os contrate.

Llamó por teléfono y, en un minuto, apareció la de los ojos de gato. Bruno le indicó que nos acompañase a las salas de masaje y que lo dispusiese todo. También le indicó que, cuando estuviéramos listas, lo avisara.

Salimos de su despacho y pasamos por delante de la recepción. Las chicas habían desaparecido. Miré a Mila con cara de interrogación y ella se encogió de hombros, tan sorprendida como yo. Cruzamos un pasillo y Olivia abrió una puerta. El olor a incienso me invadió de inmediato. El pasillo rojo estaba pintado con dioses del hinduismo como Ganesha o Shiva, que contrastaba con algunas imágenes explícitas del *Kama Sutra*. Puertas a ambos lados separaban las salas de los masajes. Al final del pasillo teníamos nuestro sitio de descanso y un vestidor. Me chocó que no hubiera una recepción donde atender a los clientes.

—¿Dónde recibes a los clientes? —pregunté por curiosidad, ya que solo veía pasillo y puertas.

—Ahora cuando entres en la cabina lo entenderás. Aquí se nos conoce por la discreción. —Esquivó Olivia mi pregunta—. Aunque el hotel en sí es todo un espectáculo.

Me quedé como estaba y seguí con mi duda. En el vestidor, Olivia nos entregó nuestros uniformes: unos pantaloncitos cortos y un top. Por encima, una bata de color rojo. Me sentí muy ridícula y, al mismo tiempo, muy sexi. No sabía qué lado me tiraba más.

—La bata la usaréis cuando hagáis el masaje en camilla. El pantalón y el top para cuando hagáis masajes en tatami, así la bata no limitará vuestros movimientos. Todo es pura comodidad. Tendréis varios uniformes. Si os mancháis os ponéis otro limpio, porque debéis estar siempre impecables de cara a los clientes.

Eso lo tenía más que claro. En el *spa* de Loreto funcionábamos del mismo modo. Por el momento no veía nada que me asustara y que no supiese hacer. Me puse el uniforme y seguí a Olivia hacia una de las salas. Mila venía a mi lado. Cuando entramos tampoco me sorprendió mucho. Era muy parecida a las del *spa*, solo que ahí las paredes eran rojas y la decoración más atrevida.

—Por aquella puerta entran y salen los clientes —nos aclaró Olivia—. Así evitamos cruces no deseados en el pasillo interior. Desde ahí acceden directamente a sus habitaciones por otro pasillo privado.

—¿Cómo sabemos cuándo debemos entrar? —Mi cabeza estaba llena de preguntas.

—En la puerta hay una luz. Cuando el cliente llega y está listo, acciona este botón. La luz de fuera se pone verde y la masajista entra. Cuando pases el pestillo por dentro, la luz se pondrá en rojo automáticamente.

—Sí que os gustan los botones rojos en este hotel —comentó Mila haciendo una gracia. Olivia la ignoró.

Por la puerta privada apareció Bruno. Estábamos en una sala de camilla y venía preparado para su masaje. Llevaba solo un albornoz con el logo del hotel.

—¿Todo bien, chicas? —Nos dedicó una sonrisa.

Asentí con la cabeza al igual que Mila. Ojos de gato seguía allí explicándonos todo el protocolo a seguir durante el masaje: las velas, el incienso, el aceite caliente. Esa era la única novedad que no había probado, pero no tenía ninguna complicación.

—Me llevo a Mila a la sala del tatami y tú quédate con Olga. Luego que se intercambien y así vemos cómo se desenvuelven en ambas técnicas —dijo Olivia.

—Me parece bien —asintió Bruno.

—Estamos en la sala contigua. Cuando salgas, ve por el pasillo interior y entra cuando veas el botón en verde —me indicó mi posible futura encargada.

Mi amiga y ella desaparecieron tras la puerta y pasé el pestillo. Bruno se tumbó en la camilla, desnudo. Le puse la toalla rápidamente encima de sus partes. Era como tener a un clon de Abel, pero en una versión algo menos en forma. Aun así, no dejaba de ser fascinante.

—Ahora cierra los ojos y relájate —recordé a Abel.

Empecé mi ritual: coloqué el incienso, encendí unas velas y apagué las luces. La música sonaba suave y relajante por el hilo musical. Saqué el aceite del calentador y lo probé en mis manos. Estaba tibio y olía delicioso, a una mezcla entre canela y naranja que daban ganas de comérselo. Unté mis manos y empecé a deslizarlas con suavidad sobre el pecho de Bruno. Me coloqué detrás de su cabeza, masajeando sus

hombros. Luego me deslicé hacia delante y pude notar su aliento en mi cuello.

—Eres fantástica —me susurró.

Fui hacia atrás y seguí por el lateral de su cuerpo. Me había sorprendido ese cumplido. Su torso era firme, aunque no tenía la musculatura de Abel. Me inspiraba ternura y se lo transmitía en el masaje. Recorrí su pecho casi como una caricia. Disfrutaba teniendo a ese hombre bajo mis manos. Lo bueno de dar los masajes es que el cliente se relajaba y yo también, estableciendo un estrecho vínculo. Estaba tan centrada que no me di cuenta que Bruno, al igual que su hermano, había montado la tienda de campaña. Estaba excitado a tope y yo hice lo mismo que con Abel: lo ignoré y seguí con lo mío.

Seguí deslizándome por sus muslos y percibí un ligero temblor en su cuerpo. Bruno se estremecía a mi contacto. Sonreí para mis adentros, satisfecha. Ya había pasado casi la media hora y tenía que ir con Olivia. Lo miré y vi que estaba dormido como una piedra, aunque seguía excitado y empalmado. Me acerqué con suavidad, pero esta vez guardé distancia por si tenía la misma reacción que su hermano al despertar. Le toqué un hombro y me aparté un poco, dejando mi mano apoyada en su brazo.

—Bruno, tengo que cambiarme con Mila. Despierta...

Abrió un poco los ojos y me dijo con voz soñolienta:

—Coge mi móvil del albornoz.

Me limpié las manos y le acerqué el teléfono. Marcó un número e hizo una llamada.

—Dile a Olivia que Olga se queda conmigo toda la hora. —Solo dijo eso. Luego colgó y se dirigió a mí—: Sigue con el masaje, por favor. Hacía mucho que no me sentía tan bien.

Me quedé de piedra. Me sentí halagada. Supe que el puesto era mío.

—Date la vuelta —le dije con dulzura—. Ahora voy a hacerte la parte de atrás.

—Imagino que ya sabrás que el puesto es tuyo. Tienes unas manos maravillosas... Acabas de ganarte tu primer cliente fijo.

—¡Gracias! —exclamé emocionada.

Bruno se dio la vuelta con cuidado y, al hacerlo, la toalla cayó al suelo. Ahí sí que le ganaba a Abel, y eso que su hermano calzaba un buen tamaño también. Me sorprendió lo grande que la tenía. Imponía un poco imaginar

aquello entre las piernas. ¡Joder! Mis ojos se clavaron en su polla y no podía apartarlos; era inmensa. Bruno se exhibía y disfrutaba al ver que yo lo miraba flipada. Tragué saliva y reaccioné.

—Túmbate, por favor. —Mi respiración estaba agitada.

—¿Sabes que hace meses que no me ocurre esto de forma natural? —me confesó una vez acostado.

Empecé a darle el masaje en la espalda y mis manos se deslizaban sobre su piel.

—¿El qué? —pregunté sin darme cuenta. Ya estaba metida en el masaje.

—Sufro del corazón. He tenido dos infartos y tomo medicación crónica. Los betabloqueantes afectan a mis erecciones y, como he tenido el segundo infarto hace muy poco, no puedo tomar Viagra ni nada parecido. Tú has hecho que haya tenido una erección plena y sin tocarme de manera obscena.

Me quedé impresionada con lo que me acababa de contar y más por su sinceridad. Lo que no entendía es por qué Abel decía que se estaba muriendo. Yo lo veía bien. Además, había mucha gente que padecía del corazón y vivía hasta edades muy longevas.

—La relajación en el masaje puede llevarte a un trance —expliqué—. Te puedes quedar dormido o te puede elevar a la excitación. Ambas son formas de expresar tu estado de relajación. No tiene que ser una manera obscena de verlo, para mí es algo natural.

—Dios, ¿dónde estabas metida estos años?

—En la universidad, me temo. Tengo 23 años y todavía no he tenido tiempo de rodar demasiado.

—¿Y crees que este es tu lugar?

—Desde luego —afirmé sin dudar—. Ahora sé lo que quiero y lo que no. Y, en este momento, lo que más deseo es trabajar aquí.

—¿Por qué?

—Porque tengo mucha curiosidad sobre este lugar. Sé que puedo aportar mucho. Y, además, necesito trabajar. ¿Te parecen buenos motivos?

—Me has convencido.

—Pues ahora cierra los ojos y deja que me gane el puesto.

Seguí con mi trabajo y mis manos siguieron amoldándose al cuerpo de Bruno con suaves movimientos. Su respiración empezó a ser suave y pausada y, otra vez, se quedó dormido bajo mis manos. Acaricié aquel cuerpo fuerte,

grande, al mismo tiempo tan frágil. Ese hombre me inspiraba cosas buenas, me daba buen rollo. No entendía cómo Abel me lo había pintado como un vividor y una mala persona. A mí me parecía todo lo contrario, pero estaba claro que nunca te podías dejar llevar por las apariencias.

Al final estuve con él casi hora y media. Lo vi tan a gusto que me daba pena despertarlo, aunque no tuve más remedio que hacerlo.

—Bruno, despierta —le susurré al oído—. Ya he terminado.

Se estiró en la camilla y abrió los ojos lentamente. Me sonrió y me pidió agua. Había una nevera pequeña en la esquina de la sala, de donde cogí una botellita.

—Bebe despacio.

Se sentó en la camilla y dio un par de tragos.

—Gracias, Olga, ha sido el mejor masaje que he recibido nunca. Mañana puedes empezar a trabajar. Espero que tu amiga sea tan buena como tú.

—Ella me enseñó —contesté con una sonrisa.

—Madre mía. En cuanto se sepa las manos que tienes no te van a dejar descansar. Yo voy a reservar ya. Mañana probaré a tu amiga.

—Gracias, Bruno. Ha sido un placer conocerte. Ahora te dejo para que te duches si quieres.

Iba a marcharme, pero Bruno volvió a llamarme antes de que abriera la puerta.

—Olga, espera.

Me paré y me giré hacia él. Se había puesto el albornoz y venía hacia mí.

—Dime.

—No quiero parecer un aprovechado ni tampoco que te asustes, pero si no te lo pregunto me voy a quedar con la duda. No te enfades.

Ahora sí que me estaba dando miedo. ¿A que sabía lo mío con Abel?

—Dime...

—¿Puedo besarte? Déjame solo un beso, nada más.

Si me hubieran pinchado en ese momento no me habrían quitado ni una sola gota. Me quedé de piedra. ¡Bruno quería besarme!

—Sí —le respondí sin dudar.

Sujetó mi cara entre sus manos, se inclinó un poco y sus labios rozaron los míos. Mi cuerpo se encendió al momento. Un simple roce y ya era un

volcán a punto de explotar. Bruno me agarró de la cintura y mi cuerpo se quedó pegado al suyo. Sus labios se fundían con los míos y su lengua se abría paso para encontrarse con la mía. Dios, me iba a desmayar del calor que sentía. Era tan suave, tan cálido besando que quitaba el sentido. Me aferré entre sus brazos y oí cómo gemía y se estremecía al abrazarme. Nos estábamos calentando los dos y no podía seguir adelante por diversas razones: solo me había pedido un beso, era el hermano de Abel y, lo más importante, era mi jefe.

Así que me separé de él con suavidad y en contra de lo que mi cuerpo pedía. Era evidente que habíamos conectado y que existía tensión sexual entre nosotros, pero mi mente realmente estaba besando a Abel. Se parecían tanto que inmediatamente mi imaginación voló hacia mi rubio.

—Ya está, solo un beso —le corté.

Bruno respiraba acelerado y estaba muy excitado.

—Cierto, solo un beso.

Su mirada era como la de Abel, encendida por el deseo.

—Tengo que irme, mañana nos vemos —me despedí un poco cohibida.

—Hasta mañana.

Salí y la luz se puso en verde. Apoyé la espalda contra la puerta y respiré profundamente. Me había costado resistir la tentación que se quedaba en aquella sala, pero tenía que pensar con la cabeza. Quien se quedaba detrás de la puerta era mi jefe, no el hombre que yo realmente deseaba, su hermano Abel.

Y eso hizo que me pusiera de mal humor. No quería engancharme a ningún hombre, pero Abel últimamente no salía de mis pensamientos.

5

Pensaba que yo me había demorado, pero Mila salió aún más tarde. Yo ya estaba lista cuando entró en el vestuario, empapada de aceite y precisando una ducha urgente. Su cara resplandecía de felicidad.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Exagerado. —Mostró una sonrisa resplandeciente.

Me contó que Olivia salió se había quedado dormida durante el masaje. Se molestó cuando llamó Bruno para avisar de que podía quedarse toda la hora con ella, su talante cambió e incluso dio gracias a Dios.

—A mí me ha pasado igual con Bruno. No quería que parase. Y me ha contratado; empiezo mañana.

—Lo sé, yo también estoy contratada —anunció ella—. He tenido que controlarme para no echarme encima de esa mujer. Tiene un cuerpo perfecto... aunque no se ha inmutado. Olga, vamos a ser las diosas de los masajes en este hotel, te lo digo yo.

Desvié la mirada hacia el suelo un momento. Me estaba acordando del beso que me había pedido Bruno. Mila se percató de que algo me rondaba por la cabeza.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? Bruno tiene fama de don Juan... ¿No se te habrá insinuado o algo? —Me había leído la mente.

—¿Por qué habláis así de él? Conmigo se ha portado como un caballero. No me ha faltado al respeto ni un solo momento. Al final me ha pedido un beso, pero solo si yo quería y de forma voluntaria.

—Y, por supuesto, tú se lo diste. Vamos, que iba a dudarle yo mucho— me dijo moviendo las manos, haciendo aspavientos.

—Sí, se lo di. ¿Qué pasa?

—Nada... cosas mías...

—Pues mañana tienes masaje con él... que lo sepas —la avisé.

—Espero que a mí no me bese, porque yo me lo follo directamente. Habrá que tener al jefe contento.

Me llevé la mano a la boca porque la mandíbula me llegaba al suelo. Luego nos echamos a reír como dos bellacas. Habíamos logrado hacer el sueño en realidad y por nuestro propio mérito, sin ayuda de nadie. Ahora tocaba seguir adelante y mantener el trabajo sin que nadie nos lo fastidiara. Después de la ducha de Mila y de que se cambiara salimos en busca de Olivia, que tenía preparados los contratos. Trabajaríamos de ocho a cuatro de la mañana, cuando más demanda había y libraríamos un día a la semana. Era un horario un poco jodido, pero pagaban muy pero que muy bien. Así que firmamos.

—Chicas, ya sé que es un poco precipitado, pero me han fallado dos chicas a última hora. Han cogido la gripe y me han dejado tirada. ¿Sería pedirnos mucho que empezaraís hoy? Os compensaré con dos días libres la semana que viene.

Mila y yo nos miramos. Estábamos locas por trabajar, así que cuanto antes mejor.

—Está bien, cuenta con nosotras —le confirmó Mila.

Olivia sonrió y nos dio las gracias unas cinco veces. Le habíamos salvado el culo y estaba desesperada.

—Esta noche os presentaré a vuestro compañero Izaak, uno de nuestros masajistas más veteranos. Cualquier duda que tengáis, si no me encontráis a mí, acudid a él.

—Ok. Nos vemos esta noche. Y gracias por contratarnos —le dije con una sonrisa.

*

Nos marchamos del hotel y fuimos a un chiringuito de la playa a tomar algo para celebrarlo. En mi móvil tenía varias llamadas perdidas de Abel más otros tantos mensajes que suplicaban hablar conmigo. Di un trago a una clara de cerveza y me comí un par de aceitunas. Le enseñé el móvil y las llamadas a Mila, que resopló y bebió de su cerveza.

—¿Vas a contestarle? —Me miró de reojo.

—No lo sé. Me da un poco de miedo que eche a perder nuestros planes, aunque sé que tarde o temprano se enterará de que trabajamos allí. No

tengo ni idea de qué debo hacer...

—Dile la verdad y no te andes con rodeos. ¿No dices que es un tradicional? Pues no va a soportar que trabajes allí. Además, él no te ha contratado ni tiene ningún derecho sobre ti. Igual así te deja en paz de una vez.

Mila tenía razón, por lo que cogí el teléfono y lo llamé:

—¿Olga? —Abel descolgó tras el primer tono—. Me tenías muy preocupado. Llevo desde ayer intentando hablar contigo. Tengo que aclararte lo de Loreto.

Estaba nervioso y hablaba a toda velocidad.

—Abel, no tienes que darme ninguna explicación. Tú eres libre de ir con quien quieras... al igual que yo —le aclaré muy despacito.

—Necesito hablar contigo, no quiero que esto se quede así. Además, yo quiero seguir viéndote, me siento a gusto contigo y me fastidiaría mucho que esto se rompiera por un malentendido.

No sabía si eso sería buena idea y más en la situación en la que me encontraba ahora. Necesitaba ser libre para poder satisfacer mis curiosidades y disfrutar plenamente de mi trabajo y de todo cuanto me rodeaba. Abel era una persona muy cuadrículada y no sabía si encajaría mi nuevo estatus de trabajo. Decidí darle calabazas.

—Abel, es mejor que dejemos las cosas así. Tú sigue a tu rollo y yo seguiré al mío. —Fui dura y directa al grano.

—Olga, déjame verte al menos para poder explicarme. He pensado también en lo del hotel y puede que os meta a trabajar de masajistas. Solo necesito un poco más de tiempo.

Tuve que morderme la lengua para no mandarlo a la mierda directamente. Me estaba mintiendo y quería ganar tiempo con la disculpa del hotel. No sabía que la desesperación pudiera hacer caer tan bajo a alguien. Pero se la devolví de la misma forma que él me la metió.

—Gracias, pero ya no me interesa trabajar ahí. Adiós, Abel.

Y colgué el teléfono.

Le pedí al camarero otra cerveza, esta vez sola. Tenía tal rabia dentro de mi cuerpo que si lo llego a tener delante le hubiera partido esa bonita cara de niño bueno.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Mila al verme tan enfadada.

—Gilipollecés. Mejor déjalo en su casa, que es donde mejor está. Se cree que soy idiota o algo por el estilo. En serio... —Tenía un cabreo monumental.

—No te preocupes. Será por hombres... —Mila bebió de su cerveza.

—Ya te digo —gruñí molesta por la mentira de Abel.

Brindamos y fuimos a dar un paseo por la playa. Luego Mila se marchó a su apartamento a cambiarse para la noche.

Cuando llegué a mi casa les dije a mis padres que me había salido un trabajo de camarera y que llegaría tarde. No les hizo demasiada gracia, pero necesitaba trabajar y no estaba el tema laboral para tirar cohetes e ir rechazando trabajos así por las buenas. Se quedaron más tranquilos cuando les comenté que a Mila también la habían contratado. No me gustaba tener que mentirles a mis padres, pero no creía que se tomaran muy bien el que su única hija universitaria trabajara en un lugar de tan alto nivel de libertinaje. Esperaba ganar dinero suficiente para poder independizarme pronto y así no tener que dar más explicaciones.

*

Mila llegó a las siete y estábamos a punto de salir cuando se nos cruzó el Jeep de Abel frente a la puerta de mi casa. Yo estaba flipando en colores, sobre todo porque nunca le había dado mi dirección. Siempre me recogía y me dejaba en el aparcamiento de costumbre. Bajó del coche y se acercó hasta mí, pero yo le salí al paso.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dicho dónde vivo? —le rugí iracunda.

—Tenía que verte. No puedes colgarme el teléfono y dejarme así sin más. —Abel estaba más alterado de lo normal.

—¡Claro que puedo! Te recuerdo que no tenemos ningún compromiso ni atadura... y más desde que Loreto me abrió la puerta de tu casa medio en pelotas. Creo que ahí quedó claro que nuestra relación es más que abierta. —Le golpeé con mi dedo en el pecho.

—¡Maldita Loreto! Esa mujer venía buscándote a ti. Sigue obsesionada contigo y quería que te convenciera para que volvieras al trabajo. Ya sabes cómo es de persuasiva... Empezó a manipularme y yo llevaba una semana sin verte. Pensé que pasabas de mi cara. Y uno no es de piedra... —Giró la cara avergonzado.

—Vete a la mierda, Abel. Si no puedes tener la bragueta cerrada durante una semana, ¿a qué coño vienes pidiendo clemencia o una oportunidad que no tiene futuro? No te llamé en esa semana porque estuve enferma, no dedicándome a follar con el primero que se me ponía delante... Pero bueno, ahora ya sé que no debo cortarme si me apetece —le espeté como la mejor de las arpías.

La cara de Abel se descompuso. Yo sabía que estaba siendo una bruja y atacaba sin piedad, pero es que él tampoco había actuado como un santo. Regresó a la puerta de su coche y la abrió. Me dedicó una última mirada antes de decirme:

—Entonces, ¿esto es el final? ¿Hasta aquí hemos llegado?

—Creo que nunca hemos empezado. Simplemente nos lo hemos pasado bien.

Era la estocada final. Abel se metió en el Jeep y se marchó, dando un acelerón que hizo chirriar las ruedas sobre el asfalto. Mila me miraba seria.

—¿Qué— ?grité a la defensiva.

—Tía, creo que te has pasado. Abel es un buen tío y no se merecía eso.

—También lo era mi ex, hasta que se folló a mi amiga y se marchó con ella. Déjate de historias. No quiero saber de relaciones serias para nada. Ahora quiero vivir y disfrutar de mi vida. Vámonos, que llegamos tarde.

Necesitaba apartar a Abel de mi cabeza y no iba a permitir que me fastidiase mi primer día de trabajo. No sabía cómo había dado con mi casa, aunque tenía mis sospechas. Seguro que Loreto era la culpable de todo. Ella tenía mis datos personales en el contrato de trabajo y, a pesar de que todo era confidencial, esa mujer se pasaba las reglas por el forro.

*

Llegamos al hotel y entramos por la puerta exclusiva del personal, donde nos encontramos a Olivia, que nos llevó a una especie de comedor o sala común. Allí había una mesa para comer, sillas y dos sofás. Aparte, estaba equipada con microondas, nevera, una máquina con bebidas y otra de *snacks*. Nos informó que esa sería nuestra sala de descanso para poder tomar algo entre turnos o durante alguna hora muerta. Nunca debíamos estar por la recepción, ni curioseando por el hotel.

Llegó entonces Kevin y otro chico muy parecido a él, pero sin barba, también muy musculado y muy guapo. Llevaba el pelo casi rapado y vestía con un uniforme blanco. El tío estaba cañón.

—Hola, chicas —saludó afablemente—. Al final habéis conseguido las dos el puesto. Me alegro un montón. Este es mi hermano Izaak, él os ayudará en todo lo que necesitéis.

Olivia le echó una mirada poco amistosa a Kevin. Le había pisado el terreno y no le gustó nada.

—Gracias por la información, Kevin —añadió Olivia—. Ya puedes volver a tu puesto de trabajo que aquí me ocupo yo.

Le dijimos adiós con la mano y nos presentamos a Izaak. Como bien había dicho su hermano, él se mostraba más que dispuesto a ayudarnos en todo y nos explicaba, junto con Olivia, el resto del protocolo a seguir. Nos indicó y solventó algunas dudas que teníamos pendientes.

—Nos os preocupéis por nada. Ante la duda y si algún cliente se pone pesado, salís de la sala y punto. No se ha dado el caso, porque siempre entran más que informados sobre las reglas del hotel, pero siempre hay una primera vez para todo...

Izaak se explicaba de maravilla, nos daba mucha tranquilidad.

—Gracias. Espero estar a la altura —dije con naturalidad, segura de mí misma.

—Por supuesto que sí, querida —añadió Olivia—. El jefe me ha comentado que le hiciste el mejor masaje de su vida. En cuanto tengas un hueco, reservaré una hora contigo.

—Claro, será un placer.

—En cuanto a ti —se refirió a Mila—, te toca con Bruno. Sé que le vas a encantar también. No perdamos más el tiempo y pongámonos en marcha.

Fuimos a nuestro vestuario a cambiarnos. Yo estaba un poco nerviosa. Era una realidad, estaba en el Red Pleasure y no estaba soñando. Me puse el uniforme y la bata. Olivia nos daría las indicaciones; es decir, si íbamos a tatami o a una sala de camilla. Me hice una coleta alta para que el pelo no se me viniese por delante de la cara, me puse un poco de brillo en los labios y ya está, perfecta. Un toque de perfume muy suave y fresco y lista para ganarme el sueldo.

—Olga, ¿estás nerviosa? —Mila se movía inquieta—. Porque yo tengo un ataque de coño que no te lo puedes imaginar.

—Sí, pero es por la emoción. Sé que cuando entre en la sala se me pasará todo. Tranquila, lo harás de lujo. Además, ya conoces a Bruno y es un encanto.

—Por eso estoy nerviosa —admitió Mila—. Bruno no es como tú crees. Te ha mostrado una imagen distorsionada de su verdadera personalidad. En serio, Olga. Tiene fama de mujeriego, bebedor empedernido y su trato con las mujeres... no es precisamente delicado.

Me sorprendió mucho lo que me estaba contando mi amiga. No cuadraba para nada con la imagen que yo tenía de ese hombre.

—Pero si tú misma me habías dicho que era majo y ayer me dijiste que te lo follarías... No entiendo nada.

Mila me sujetó las manos, nerviosa, y me miró a los ojos.

—Conmigo siempre ha sido agradable —dijo—, y claro que me lo follaría. Está como un queso. Te hablo de comentarios que he oído de él. Por lo visto, cuando bebe pierde un poco las formas. ¿Por qué crees que sigue soltero?

Me estaba empezando a dar dolor de cabeza. A mí no me importaba cómo fuese en realidad Bruno. Era mi jefe y punto. Si alguna vez se le ocurría pasarse, ya me ocuparía de pararle los pies.

—Da igual, sé que se va a comportar —la tranquilicé—. Así que dale un buen masaje al cuerpo serrano de nuestro jefe y no te rompas más la cabeza.

En ese momento entró Olivia para darnos las órdenes de trabajo:

—Mila, ve a la sala dos con Bruno. Olga, tú a la tres con un cliente. Se llama Ryan.

Salimos al pasillo y esperamos a que la luz se pusiera en verde. Mila entró enseguida; detrás fui yo.

Mi cliente ya estaba tumbado boca arriba en la camilla, tapado con la toalla. Pasé el pestillo para que la luz cambiara a roja. Era un hombre de complexión atlética, alto, con pelo castaño y tremendamente guapo. Me acerqué a él y me presenté:

—Hola, soy su masajista. Mi nombre es Olga. Voy a prepararlo todo para su momento de relax.

—Hola, Olga. Me llamo Ryan.

Tenía acento extranjero, juraría que inglés, aunque hablaba un castellano perfecto.

Prendí un incienso, encendí las velas y apagué las luces. Saqué el aceite del calentador y, como siempre, lo probé en mis manos. El olor de la esencia a coco y canela enseguida llenó toda la estancia.

—Ryan, cierre los ojos y disfrute de su masaje.

Así lo hizo.

Empecé acariciando y dando un suave masaje por su pecho completamente bronceado y depilado. Tenía la piel como la de un bebé. Se veía que era un hombre que se cuidaba. Mis manos se deslizaban hábiles sobre su torso y sus pectorales. Su respiración era pausada. Enseguida entré en mi trance particular y mi relax se mezcló con el de Ryan. En la habitación sonaba un tranquilo mantra y mis manos y mi cabeza iban al compás de la música. Cerré los ojos para dejarme llevar por mis movimientos. Mis manos estaban ahora en sus piernas. Subían y bajaban firmes y los músculos de Ryan se relajaban uno por uno.

—*Wonderful!* —exclamó en voz baja.

Me sobresalté y abrí los ojos. Estaba mirándome y yo ni me había dado cuenta.

—¿Está bien, Ryan? —le pregunté un poco asustada.

—Es un masaje maravilloso. Estoy genial.

Soplé aliviada. No había entendido lo que había dicho y pensaba que estaba haciendo algo mal. Me acerqué con precaución y le dije que se diera la vuelta. Lo hizo con lentitud y con buenas formas. Minutos después acabé mi masaje sin ningún contratiempo. Ryan se había quedado frito en la camilla y me supo muy mal tener que despertarlo. Aun así, le acaricié suavemente el pelo; ronroneó un poco.

—El masaje ha finalizado —le susurré—. Tengo que irme.

—Hmmm... —Se estiró en la camilla, muerto de sueño.

—Espero que le haya gustado.

—Maravillosa, fantástica. Muchas gracias.

Me despedí y me dispuse a irme. Entonces Ryan me llamó, y me pidió que me esperara un momento. El corazón me iba a mil. ¿Qué querría este ahora? Se enrolló la toalla a la cintura y fue hacia su ropa. Sacó la cartera y me tendió un billete de cincuenta euros. Yo lo miré alucinada y le puse la mano delante, rechazando el dinero.

—No puedo. Yo ya he hecho mi trabajo, no tiene que darme nada. Y menos cincuenta euros.

Estaba pasmada. Ryan sonrió y me habló con tranquilidad.

—Eres nueva, ¿verdad?

—Sí, hoy es mi primer día —asentí.

—Pues las propinas son algo habitual. Me parece extraño que Olivia no te lo haya comentado. Coge el dinero, que te lo has ganado.

Me ofreció el billete de nuevo, pero yo no sabía si eso era lo correcto.

—No sé si debo...

—O lo coges o bien se lo doy a Olivia. Pero quien se lo ha ganado eres tú.

¡Y una mierda se lo iba llevar ella! Pillé el billete y me lo guardé en el sostén, como hacía mi abuela.

—Gracias, Ryan, ha sido un placer. —Le sonreí azorada.

—Volveremos a vernos, no te preocupes. —Me guiñó un ojo.

Salí de la sala más contenta que unas castañuelas. Lo de la propina lo comentaría con Olivia porque no lo tenía muy claro, aunque Mila sí me había hablado de ello. ¡Joder! Mi primer cliente había sido una pasada. Como todos fueran igual me quedaría a vivir allí perennemente.

Olivia vino a mi encuentro en el cuarto de los masajistas. Esa mujer parecía estar en todas partes y a todas horas al mismo tiempo. Esa mirada de ojos de gata a veces me daba escalofríos.

—¿Qué tal con Ryan?

—Muy bien, es un hombre muy educado y generoso. Pero una cosa...

—¿Sí? —Se cruzó de brazos.

—¿Se pueden aceptar propinas de los clientes?

—Claro, querida. Puedes recibir propinas o regalos. Lo que no puedes es pedir o exigir nada.

—¡Santo Dios! ¿Cómo voy a pedir nada a nadie? Hay que estar mal de la cabeza para hacer eso... —Me sentí ofendida solo de pensarlo.

Olivia suspiró y se colocó un mechón por detrás de la oreja.

—Cielo, si supieras lo que ha pasado por aquí... Yo he visto y oído de todo; ya nada me sorprende.

—Lo digo porque Ryan me ha dado propina y yo no he querido aceptarla... Me dijo que te preguntara a ti. No sabía si hacía lo correcto.

Olivia sonrió y me acarició la cabeza.

—Espero que este lugar no te cambie y sigas con esos principios. El dinero y el vicio son muy tentadores para resistirte a ellos. Veremos qué

capacidad tienes para no sucumbir a su poderoso influjo.

Me quedé mirándola, absorta en las palabras que me acababa de pronunciar. ¿De verdad la gente podía llegar a faltar a sus principios y a sus valores por la pasta? Yo tenía muy clara una cosa: podía haberme liberado y querer satisfacer mis curiosidades, pero de ahí a venderme por dinero había una diferencia muy grande.

—Yo no tengo precio, Olivia —sentenció muy seria, plenamente convencida.

—Todos tenemos un precio, querida —rebatí ella—. El dinero puede llegar a ser tan excitante como un orgasmo. Ni te imaginas lo halagada que te puedes sentir cuando te ofrecen dinero, es una sensación contradictoria en la que sabes que eres tremendamente poderosa y, al mismo tiempo, sumisa. Una tentadora barrera que, cuando la cruzas, ya no tienes retorno porque quieres más. No se trata de precio querida, se trata de poder.

Esa mujer sabía cómo dejarme sin palabras. Y eso no era fácil. En esas, Mila entró en la sala toda pringada de aceite. Parecía una empanadilla rebozada; pero traía cara de felicidad, lo que era buena señal.

—¿Qué tal el masaje con Bruno? —Olivia la miró con curiosidad.

—La hostia, ha sido la hostia —soltó emocionada.

Conocía a mi amiga y, tal como venía de exaltada, solo significaba una cosa: se lo había tirado.

6

Mila se metió en la ducha. Oliva me asignó el resto de masajes para la noche, así que tenía que volver de nuevo al trabajo y no pude hablar con mi amiga para que me contara los detalles. Ya hablaríamos más tarde de nuestro primer día.

Salí y, cuando estaba a punto de meterme en la cabina número uno, Olivia salió detrás de mí y me dijo alterada:

—Ahí no. Esa sala es exclusiva de Izaak. Solo él hace los masajes en esa estancia. Tú vuelve a la dos.

—Te había entendido que me fuera a la uno —respondí, desconcertada.

—Me he equivocado. Izaak solo trabaja en esa sala. La tiene a su gusto. Fue la única condición que nos pidió para trabajar aquí y, como es un masajista muy solicitado, le permitimos ciertos privilegios —me explicó.

A mí me daba igual trabajar en un lado o en otro. Sabía que algunos masajistas eran muy maniáticos y que cuando se acostumbraban a un ámbito de trabajo específico se encasillaban y no había forma de moverlos de ahí. Yo pensaba que eso era un atraso y que se limitaban, pero cada uno era libre de trabajar como le diera la gana.

Hice cuatro masajes más y todos los hombres que me asignaron fueron muy educados... excepto el último. Tendría unos cuarenta años, no era muy alto, gordito y con entradas. Nada más tumbarse en la camilla y preparar todo mi ritual habitual empezó a insinuarse. Al principio no le hice caso y le dije que cerrara los ojos e intentara relajarse, pero él, lejos de hacerlo, se puso como una moto y se empalmó a lo bestia. Yo seguí con mi masaje, restándole importancia a su erección. Ya me había acostumbrado a que eso ocurriera.

—¿Me dejas que te dé un masaje en los pies? Te pagaré bien —me suplicó con una mirada lasciva.

Me quedé un poco alucinada por su petición. Imaginaba cualquier otra cosa más guarra... pero, ¿los pies?

—Señor, estoy aquí para darle un masaje. Intente relajarse y disfrutar de su sesión.

Intenté centrarme en mi trabajo, pero el hombre insistía:

—Te daré quinientos euros si dejas que te dé un masaje en los pies. Te prometo que no te tocaré nada más.

—¿Quinientos euros por tocarme los pies? —pregunté, alucinada, mientras aquel tipo jadeaba.

Recordé entonces las palabras de Olivia. Era mucho dinero por un masaje en los pies y, al fin y al cabo, no hacía nada malo. Mila seguro que se había follado a Bruno; y gratis.

—Por favor... —seguía suplicando, desesperado.

—Está bien, pero como me toque algo más que los pies le meto una patada en toda la cara —le amenacé muy seria.

—Te prometo que solo los pies —repetía con los ojos encendidos.

Me descalcé y me senté en la camilla. El hombre empezó a acariciarme los pies con suavidad. La verdad es que era agradable y placentero. Mientras pasaba sus manos entre mis dedos, gemía sin cesar. Había oído hablar de esos fetichistas, pero nunca imaginé que me toparía con uno de ellos.

El hombre me acariciaba los pies de una forma lenta, disfrutando de cada momento, suspirando en cada caricia. Yo me sentía poderosa, más aún cuando lo veía desde lo alto y él estaba de rodillas a mis pies.

—¿Puedo chupártelos? Lo necesito —me preguntó con una súplica en sus ojos.

Asentí con la cabeza. Estaba siendo muy correcto y no había faltado a su palabra. Vi entonces que empezó a masturbarse; era lo que necesitaba para llegar a la cumbre. Me daba morbo mirarlo, era una experiencia nueva y todo lo nuevo me gustaba. Se metió el dedo gordo de mi pie en la boca y empezó a chuparlo. Noté su lengua haciéndome cosquillas. Su mano se agarraba la polla frenéticamente, masturbándose con avidez. Era una imagen morbosa y poco frecuente. Luego siguió con los otros dedos de mis pies hasta que consiguió eyacular. Tras un gemido quedó postrado contra la pared. Yacía sentado con las piernas estiradas, con todo el semen corriendo por sus piernas.

Me levanté de la camilla y fui a por una toalla húmeda. Lo limpié y le ayudé a que se levantara. Me miró sorprendido y agradecido.

—Gracias. —Bajó la mirada—. ¿No crees que soy un degenerado?

Esboqué una sonrisa y contesté:

—Cada uno es libre de disfrutar su sexualidad como le guste. No voy a juzgarle. Ahora vaya a la ducha que yo tengo que irme.

—¿Te importa que vuelva a repetir contigo? Nadie me ha tratado como lo has hecho tú.

—Para nada. Cuando usted quiera.

—Me llamo Álvaro.

—Encantada. Ya sabe que soy Olga. Lo dicho: cuando usted quiera.

Álvaro fue donde tenía la ropa, sacó cinco billetes de cien euros de su cartera y me los tendió. Sabía que aceptar ese dinero supondría un antes y un después para mí. Por eso me lo estaba pensando mucho.

—Cógelo, te lo has ganado —insistió—. No te sientas mal. Si te lo he ofrecido es porque puedo permitírmelo. Esto y mucho más. Me has tratado con respeto y eso no hay dinero que lo pague.

Cogí finalmente el dinero y salí de la sala de masaje con sentimientos contradictorios en mi cabeza. Joder, acababa de ganar quinientos euros por dejar que me chuparan los pies...

Fui a cambiarme y a esperar a Mila. Olivia entró en el vestuario para preguntarme qué tal me había ido la noche y para felicitarme por las críticas buenas que le estaban dejando los clientes sobre mí. Se la veía muy satisfecha con mi trabajo y le agradecí que me lo hiciera saber. Se fue y, en esas, entró Mila.

—Menudo día... —soplaba mientras se desvestía.

—Ya te digo. —Esboqué una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y eso que estás tan contenta? ¿No te habrás tirado a alguien?

—Yo no, pero creo que tú no has sido tan buena... Ya estás soltando por esa boquita.

Mila empezó a moverse nerviosa, sin atinar a ponerse la ropa. Se delataba ella misma. Bajó la voz y se sentó a mi lado.

—Tía, Bruno se puso burro y al finalizar me hizo lo mismo que a ti: me pidió un beso.

No pude evitar sentir decepción. Pensé que había sido especial, pero por lo visto esa era su técnica de seducción.

—¿Y?

—Pues que me puso como una moto. Y, como te dije, si tenía la ocasión me lo follaba. ¿Tú has visto lo que tiene entre las piernas? —puso las manos en paralelo intentando medir el tamaño del miembro de Bruno.

—Claro que lo he visto.

—Todavía estoy escocida. Menos mal que no le dejé metérmela por detrás, o me revienta.

—¡Joder, qué bruta eres!—exclamé ruborizada.

—¿Acaso digo alguna mentira?

—No, pero evítame los detalles.

—Pues folla que te cagas. Yo no sé cómo lo hará Abel, pero Bruno es una pasada. Me ha hecho el *Kama Sutra* entero; un poco violento, eso sí, pero ese puntazo da morbo.

Miré a mi amiga muy seria.

—¿Cómo que violento? No te habrá pegado...

—No, loca. —Mila soltó una carcajada—. Me refería a que se pone muy efusivo y te la mete con mucha fuerza. Me gustan los hombres así, de los que parece que se van a volver locos cuando te están follando —puso los ojos en blanco.

No quería saber más de Bruno. Me recordaba otra vez a Abel y eso me bajaba el ánimo.

—A mí me han dado quinientos pavos por dejar que un tío me chupara los pies mientras se la cascaba —confesé para cambiar el tema.

—¿Qué...? —gritó Mila.

—Lo que oyes.

—¡Joder! ¿Por qué te toca todo lo bueno a ti? —Se reía a carcajadas.

—No debí hacerlo, ¿verdad? Me siento un poco mal por aceptar ese dinero.

—Tú eres tonta del culo —dijo mi amiga—. Ellos hacen de nosotras lo que quieren y tú ahora te vas a sentir mal. Anda que si me llega a tocar a mí...

—Vámonos, estoy cansada. Mañana veremos lo que nos depara el día.

—¿Quieres subir al hotel y probar? —me preguntó Mila de repente.

—¿Ahora? Son las cuatro de la mañana... Mejor un día que tengamos libre.

—Así nunca lo vas a estrenar —resopló ella.

—Pero si tú ya has follado.

—Yo siempre estoy dispuesta, para eso no tengo pereza. Venga, no seas aguafiestas, si lo estás deseando.

No le faltaba razón. Llevaba tiempo sin mojar y, después de pasarme la noche tocando hombres desnudos y excitados, mi cuerpo tenía ganas de sexo. Aunque estaba reventada... Pero... ¡qué demonios!

—Venga, vamos un ratito —cedí al fin, convencida.

Salimos y fuimos a recepción. Allí estaba, de nuevo, Kevin, que sonrió al vernos.

—¿No me digáis que vais a subir al hotel? —preguntó con voz de pícaro.

—Solo un ratito. —Mila junto los dedos índice y pulgar en un gesto.

Kevin nos entregó dos llaves de las habitaciones y nos guiñó un ojo.

—Esta noche invita la casa.

—¡Gracias! —dijimos las dos a la vez.

—Que vuestras fantasías sexuales se hagan realidad.

Kevin nos despidió con una amplia sonrisa. Después subimos en el ascensor hacia nuestras respectivas habitaciones. Mila me aconsejó que estuviera tranquila, que pulsara el botón rojo y que fuera lo que Dios quisiera; o en este caso, lo que el hotel me mandara. Habíamos pensado en quedarnos una hora y marcharnos, así que tampoco íbamos a entretenernos mucho. Al menos, no esa noche.

*

Estaba muy nerviosa cuando entré en la habitación. Era toda de color rojo, por supuesto. Había una amplia cama de matrimonio, taburetes en forma de corazón rojo, cortinas rojas, espejo en el techo, sábanas de raso roja... En una parte de la estancia colgaba del techo una estructura metálica con dos especies de arneses de nailon. Me acerqué para mirar aquella especie de columpio y lo observé con detenimiento.

—¡Ay, madre mía! —exclamé en voz alta.

Me llevé las manos a la boca instintivamente y me puse colorada. Aquello era un famoso columpio sexual. Te suspendía en el aire y te permitía hacer posturas indecentemente placenteras... O eso intuía, porque todavía no lo había probado. Además del innovador artilugio sexual, la

habitación estaba llena de otros juguetitos para el uso y disfrute de los que la ocupaban. Claro está, bajo un módico precio. Había también una especie de estantería donde podías coger consoladores, arneses sexuales, bolas chinas, esposas... de todo. Era abrumador y estaba pensado para cumplir cualquier fantasía que se te ocurriera. Y sino, seguro que allí te venía alguna nueva a la cabeza.

Fui al baño a darme una ducha y me envolví después en el albornoz, también de color rojo. Me senté en la cama y miré el famoso teléfono rojo con nerviosismo. No sabía si estaba preparada para acostarme con un desconocido ¿Y si no me gustaba? ¿Y si me gustaba? Las dudas volvían a mi mente y, al final, descolgué el auricular. Puede que un poco de sexo calmara mis inquietudes. La voz de Kevin sonó al otro lado:

—Bienvenido al Red Pleasure. ¿Qué desea que le enviemos a su habitación para cumplir sus necesidades?

Me quedé en blanco. Estaba sucediendo de verdad y solo me venía a la mente Abel. Pensé que te mandarían sin más lo que ellos quisieran, así que fue un gran alivio que me dieran la opción de escoger.

—Un hombre —empecé a decir.

—¿Alguna preferencia? ¿Rubio, moreno, ato, bajo...?

—Rubio y alto. —Ni me lo pensé. Mi mente continuaba con Abel.

—Enseguida estará en su habitación. Que disfrute de su estancia en el hotel Red Pleasure.

Kevin colgó el teléfono y yo me quedé con el auricular en la oreja. Estaba helada, paralizada, no sabía lo que iba a ocurrir. Pero no estaba soñando. Era real y pronto un desconocido llamaría a mi puerta y tendría que follármelo.

De repente, empecé a sentirme excitada, el calor inundaba mi cuerpo. No se me iba de la cabeza todo lo que estaba a mi alrededor. ¿Y si me tocaba un psicópata? ¿O un niño violento? No, eso no, porque había especificado en mi cuestionario que quería hombres mayores de treinta años. Me gustaban que fueran mayores que yo, así que la posibilidad del niño violento quedaba descartada.

Entonces un golpe sonó en la puerta y mi cuerpo se tensó al instante. Quería echar a correr, todo me pareció una mala idea. Pero ya era tarde,

tenía que apechugar con mi decisión. A las malas podía decir que no, y no volver nunca más.

—Tranquila, todo va a salir bien —me dije a mí misma.

Apreté el cinturón del albornoz, respiré profundo y me dirigí hacia la puerta.

Ante mí apareció un tiarrón de dos metros. Pelo rubio oscuro, ojos color miel tirando a verde, una barba incipiente y guapo a rabiar. No podía parar de mirarlo. Creí estar soñando, porque si todos los tíos que iban al hotel eran de esas características me hacía socia VIP.

Él también me pegó un repaso con aquellos maravillosos ojos y sus labios se curvaron, mostrando una cautivadora sonrisa. No podía moverme ni articular palabra, estaba hipnotizada por aquel adonis que tenía en frente. Me sentía tan poquita cosa a su lado...

El hombre se inclinó y me besó. No dijo ni una sola palabra. Con el pie cerró la puerta. El portazo me sobresaltó y él me pasó la mano por el cabello, todavía mojado. Intenté recuperar el aliento y volver al presente, a aquella habitación roja y al desconocido de dos metros que estaba cañón. Sus manos fueron hacia mis hombros y me despojaron del albornoz, dejándome desnuda ante su mirada atenta y brillante por el deseo. Yo le devolví la mirada, pero estaba intimidada, sin poder reaccionar.

Sus labios volvieron a posarse sobre los míos. Me encendí de inmediato y lo besé con descaro. Seguíamos sin pronunciar una sola palabra, pero nuestros cuerpos lo decían todo. Se quitó la camiseta que llevaba y dejó a la vista un perfecto y marcado torso que me dejó maravillada. Mis manos fueron directas a su pecho y él me atrapó entre sus brazos. El contacto contra su piel fue como la mantequilla en el pan caliente: me derretí. Sus manos alcanzaron entonces mis nalgas, apretándolas con firmeza y atrayéndome hacia su dura entrepierna. Me estremecí entre sus brazos, mientras su boca y su lengua no me daban descanso. Aquel hombre parecía tener un ansia insaciable por mí y me estaba haciendo perder la razón. Su manera de tocarme era muy íntima, muy personal.

Luché por arrancarle los pantalones y él repasaba con sus enormes manos cada centímetro de mi cuerpo. Subió por mi espalda y luego fue a por mis pechos mientras yo jadeaba, desesperada por sentirlo entre mis piernas. Me levantó del suelo como una pluma y me sobresalté. Volvió a tranquilizarme con un arrebatador beso, de esos que te quitan el aliento.

Me llevó hasta la cama y se libró por fin de sus pantalones. Era perfecto, ¡qué podía decir...!

Tras acomodar ese cuerpo fibroso sobre mí, nuestras miradas se encontraron. Se colocó el preservativo y, sin dejar de mirarme a los ojos, me penetró. Fue lento y suave, lo que me puso aún más caliente. Me agarré a las sábanas, mientras me retorció de placer fruto de cada una de sus embestidas suaves y profundas. Mientras, su boca seguía besándome. Un segundo más tarde, deslizaba la lengua desde mi cuello a mis pechos para luego subir de nuevo a la boca. Era una tortura placentera y delicada. Aquella suavidad me mataba.

Ese desconocido era un misterio para mí, pero era la mejor sorpresa que podía haberme dado el hotel. Sabía cómo hacer disfrutar a una mujer, y a mí me estaba volviendo majareta...

Se levantó entonces de la cama, lo que me descolocó por completo. ¿Adónde iba? Me cogió de la mano y me llevó hasta el columpio. Yo seguí sin emitir ni una palabra.

Lo seguí como un corderito y me quedé plantada delante de aquel trasto, encogida de hombros. Él entendió mi desconocimiento y me levantó en brazos, colocando después los arneses entre mis piernas. Me sujeté a las tiras de nailon que iban al techo. No me daba ninguna vergüenza, estaba decidida a hacer todo lo que me propusiera aquel adonis misterioso, que no paraba de mirarme a los ojos, emitiendo un brillo especial. Parecía feliz...

Un segundo después me soltó las manos y me sujetó la cabeza para que no diera con ella contra el suelo, que quedaba a escasos centímetros. Estaba literalmente, patas arriba. Él se acercó. Yo quedaba a la altura de su cintura. Me cogió por las caderas y volvió a empotrarme allí de pie.

¡Dios...! Aquello era estar en el santuario de la lujuria, del morbo y del placer. El columpio se balanceaba y yo estaba suspendida en el aire, con él penetrándome en lo más profundo de mi ser. Pude oír cómo jadeaba de gusto. La cabeza me dabas vueltas, no sabía si por el mareo del columpio o por aquellos maravillosos empellones. Estaba húmeda y caliente, muy caliente. Él jadeaba sin cesar, se le veía muy excitado.

De repente salió de mi interior y se puso de rodillas. Su boca se apoderó de mi vagina.

—¡Dios...! —grité, mientras él me sujetaba, inmovilizándome.

Yo seguía suspendida en el aire. Aquello ya era demasiado. Su lengua en mi interior, jugando con mi clítoris. No pude resistir tanto placer. Me estremecí y todo mi cuerpo tembló cuando me llegó un orgasmo como la copa de un pino. Fue monumental, apoteósico... único. Volvió a penetrarme y el balanceo del columpio cobró vida propia. Pude sentir cómo ese maravilloso y perfecto gigante se estaba emocionando e hinchando dentro de mi cuerpo. Su respiración se aceleraba al igual que el ritmo de sus caderas. Sus penetraciones me sabían a gloria. Pensé que el columpio iba a descolgarse del techo por la velocidad y el impulso que había cogido. Un gemido sonoro salió de su garganta y luego se estremeció dentro de mí.

Poco después me bajó de aquel artilugio sexual. Habíamos follado durante más de una hora y ninguno de los dos dijimos ni una sola palabra. Me llevó hasta la cama y antes de quedarse dormido me dijo:

—Jueves y domingo a la misma hora.

Tras eso, cerró los ojos y se durmió. Su voz era sensual, varonil. Me dejó loca. Jueves y domingo, había dicho. Di por sentado que esos serían los días que vendría al hotel. Poco más sabía de él, pero por lo menos había escuchado su voz. Me vestí y, antes de irme, le di un beso en los labios. Me supo mal marcharme, pero ya era tarde y tenía que hacerlo. La experiencia del botón rojo había superado todas mis expectativas y ahora estaba deseando que llegara el siguiente jueves para volver a encontrarme con el misterioso amante desconocido.

7

De camino a casa fui rebobinando en mi cabeza cada minuto pasado con aquel hombre misterioso. Tenía su olor impregnado en mi piel y aquellos maravillosos ojos color miel grabados en mi retina. Mila conducía y se la veía cansada. Eran casi las seis de la mañana y nos habíamos pasado del tiempo. Seguro que, cuando entrara en mi casa, mi madre me estaba esperando despierta para echarme el puro, y eso era lo que menos me apetecía en ese momento.

—¿Te lo has pasado bien? Ni te he preguntado —dijo Mila entre bostezos—. Me ha tocado un tío insaciable que me ha dejado para el arrastre. Tenías razón: hoy no era un buen día para subir al hotel... Mañana me cuentas tú, solo tengo ganas de pillar la cama y dormir. ¿Te recojo una hora antes de ir al trabajo y hablamos?

Ya en la puerta de mi casa, mi amiga volvió a bostezar.

—Me parece bien —respondí—. Mañana te cuento... pero te anticipo que me lo he pasado genial.

Me despedí de ella. Realmente se la veía agotada. Entré por el jardín y en la cocina había luz. Mi madre, nada más verme, salió a la puerta y me hizo un gesto con el brazo para que entrara. Solté un bufido y pasé a la cocina a regañadientes.

—¿Crees que son horas decentes de llegar a casa? —gruñó—. Estaba asustada, pensé que te había ocurrido algo. Ya casi es de día, Olga.

—Mamá, el trabajo de camarera es lo malo que tiene; sabes cuándo entras, pero no cuándo sales...

—Pues tendrás que buscarte otro trabajo —sentenció.

—¿Estarás de broma?

—No, si quieres seguir viviendo en esta casa.

La miré con cara de incredulidad. Me estaba dando un ultimátum y no me gustaba, a pesar de que sabía que lo hacía por protegerme. Era su única hija y quería mantenerme allí, bajo su protección, para poder así controlarme.

—Mamá, no me obligues a elegir. Tengo veintitrés años y necesito tener mi independencia. Ya no soy una cría; controlándome de esa manera me asfixias.

—¿Que te asfixio? Pero si vives como una reina. Te lo hemos dado todo. Si hasta tienes tu apartamento privado en el jardín...

Puso las manos en jarras y subió el tono de voz. Se estaba alterando y no me gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—Pues quizá ese es el problema —le espeté—. Me lo has dado todo y ahora me lo tiras en cara. Si necesito algo siempre tiene que pasar antes bajo tu supervisión. No puedo tener privacidad, ni hacer nada sin que tú te enteres. Quizá sea mejor que me busque algo, ahora que tengo trabajo, y no acabemos por estropear nuestra relación.

Mi madre se quedó impactada. Abrió la boca, pero no fue capaz de articular ninguna palabra. No se esperaba que le dijera eso.

—¿Te quieres ir de casa? —dijo al fin.

—No es que me quiera ir, pero no puedo seguir bajo tus normas como una niña pequeña. ¿Y si un día me apetece traer un chico a dormir conmigo?

—¿Cómo? —Se tapó la boca horrorizada.

—¿Ves? A eso me refiero. Sigues viéndome como una cría y ya soy una mujer. No quiero discutir más contigo, mamá. Te quiero y sé que lo haces por mi bien, pero necesito un cambio. Ahora me voy a descansar, que en unas horas vuelvo al trabajo. Ya seguiremos con esta conversación.

—Pero... Olga.

—Lo siento, mamá. Estoy agotada.

Le di un beso y fui a mi apartamento del jardín a descansar. Tenía unos padres maravillosos, no podía quejarme. Sabía que estaba jodiendo a mi madre, pero tenía que mirar por mi futuro y mi independencia. Si quería seguir trabajando en el hotel Red Pleasure era incompatible continuar en casa de mis padres.

De momento me acostaría y, al día siguiente, ya vería qué opciones barajaría para un futuro próximo.

*

Me pasé durmiendo todo el día. Cuando abrí los ojos, eran casi las seis de la tarde. Entonces me duché y di un bocado rápido. Mila estaría a punto de venir a por mí. Madre mía, había dormido casi doce horas de un tirón...

Cuando vino mi amiga, mis padres no estaban en casa, así que por una parte mejor. Fuimos al chiringuito de la playa a tomar algo, pues hacía calor y se estaba muy bien. La brisa del mar y el ruido de las olas te curaba todos los males.

—Cuéntame —me dijo Mila con una cerveza en la mano.

—Uf, no sé por dónde empezar... —bufé, apartándome el pelo de la cara.

—Tía, ¿cómo te fue ayer en el hotel? ¿Apareció alguien de tu agrado?

Mila me observaba y yo tragaba saliva, recordando al maravilloso desconocido.

—Asombroso. Todavía no me lo creo. Un tío de dos metros, guapo, perfecto, cuerpo diez —le dije babeando—. Y follaba como un dios egipcio.

—Joder, ¿y cómo se llama ese portento?

—No lo sé. No dijimos ni una palabra ninguno de los dos. Bueno, al final, antes de quedarse dormido e irme, me dijo: »Jueves y domingo a la misma hora».

Mila me miraba absorta. No pestañeaba.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

—Te hablo en serio. Fue la cosa más extraña y maravillosa que me ha ocurrido nunca. Tenías que haberlo visto... era perfecto.

—Yo flipo contigo... en serio, flipo contigo. —Bebió otro trago de su cerveza.

—¿Y tú? ¿Cómo te fue a ti?

—Pues el tío estaba muy bueno también, pero no me dio tregua. Yo creo que venía puesto de Viagra, porque en una hora y media no se le bajó... Me corrí como cinco veces y lo hicimos de todas las maneras posibles. Me puso mirando para Cuenca, Albacete, Murcia y todas las provincias de España. Me lo pasé bien; estoy agotada, pero muy bien. La próxima vez escojo una chica y voy de *tranqui*.

—Joder, pues sí que iba potente el tío.

—Ni te lo imaginas. —Puso los ojos en blanco.

—Mila, a todo esto, tengo un problema en casa. Mi madre me está poniendo entre las cuerdas... Ayer, bueno, hoy por la mañana me ha dicho que deje el trabajo, que no son horas decentes para llegar a casa.

—¿No irás a dejarlo? —alzó la voz nerviosa.

—No... Lo que te quiero decir es que me quiero mudar. Ya le he dicho que no pueden estar controlándome como si fuera una niña. Necesito mi independencia. No sé qué hacer...

—No hay problema. Nos alquilaremos un piso las dos. Ahora ganaremos pasta suficiente como para poder alquilar algo en condiciones. ¿Qué te parece?

Ví el cielo abierto. La idea de irme a vivir con Mila me parecía genial. Así podría campar a mis anchas y no tendría que darle explicaciones a nadie.

—¿En serio? —Se me iluminó la cara—. Sería perfecto.

—Conozco un amigo que tiene un apartamento cerca de aquí, en la playa. Es de dos habitaciones y lo bastante grande y moderno, no la caja de cerillas en la que vivo yo.

—Pero pedirá una pasta. Aquí en la playa suelen ser caros —comenté desanimada.

—Nos hará precio, ya verás. Antes, con el otro sueldo no podía alquilarlo, pero con este trabajo sí. Joder, ¡pero si te dieron quinientos euros por dejarte chupar los pies! Yo ayer también saqué una buena propina, casi como la tuya: trescientos euros.

—No fastidies. ¿Qué hiciste?

—Le di un masaje al cliente en ropa interior.

—¡No jodas!

—Sí...

—Eres la caña.

—Ya lo sé —asintió Mila—. ¿Tú sabes la pasta que vamos a ganar ahí?

Nos dolía el pecho de reírnos tanto. Estábamos felices. Teníamos el trabajo de nuestros sueños, ganábamos dinero y nos lo pasábamos bien. ¿Qué más se podía pedir?

Pagamos las cañas y fuimos hacia el coche para irnos al trabajo. Llegamos y aparcamos en el aparcamiento privado. Al salir nos

encontramos con Bruno, que estaba saliendo de su coche. Mila se sonrojó al verle.

—Hola, chicas, ¿listas para el trabajo?

Nosotras sonreímos y asentimos con la cabeza. Nos disponíamos a irnos cuando oí que Bruno decía:

—Olga, ¿tendrás hueco para mí esta noche?

Miré a mi amiga, que tenía la cara desencajada. Yo sabía por dónde iba, pero él no lo iba a tener fácil conmigo.

—No lo sé —respondí—. Todo depende de Olivia, es ella la que lleva la agenda.

No le gustó mucho mi respuesta.

—Vale, pues hablaré con ella y, si no, iré con Mila.

—Está bien. —Me encogí de hombros.

Fuimos hacia el ascensor. Al llegar al hall salimos los tres y casi me da algo cuando vi que Abel estaba esperando a su hermano en la recepción. Él se quedó de piedra al verme, pero hizo como que no me conocía al ver que iba con Bruno.

—Hermano, ¡qué alegría verte por fin por aquí! Ya era hora de que hicieras acto de presencia por tu negocio.

Bruno fue a darle un abrazo, pero Abel tenía la mirada clavada en mí.

—Sí, la verdad es que tenía que haber venido antes —respondió Abel muy seco.

Mila me miraba horrorizada y me cogió de la mano para escabullirnos hacia nuestra zona de trabajo. Bruno nos detuvo.

—¿Dónde vais? —dijo—. Esperad que os presente a mi hermano pequeño, Abel. A partir de ahora lo veréis a menudo por aquí, porque me va a ayudar a gestionar esto, ¿verdad, hermano?

—Así es.

Seco y tajante.

—Estas son Olga y Mila. Las mejores adquisiciones que he hecho últimamente. Son las masajistas más destacables del hotel con diferencia. Tienes que pedir cita con días de antelación, pues están muy solicitadas. Olga tiene manos de ángel y Mila es fuego puro.

Abel apretaba los puños y los dientes; se estaba encendiendo por momentos. Entonces Mila tiró de mí y empezamos a caminar.

—Bruno, tenemos que ir a trabajar. Encantadas de conocerle —dijo Mila, apurando el paso y dejándolos atrás.

Entramos en el vestuario y el corazón me iba a mil. Me senté y me llevé las manos a la cabeza.

—Joder, ¿y si ahora Abel nos fastidia el trabajo? —Estaba preocupada.

—No va a hacer eso. Es su negocio también y no es tonto. Tú tienes el poder... nosotras tenemos el poder... Recuerda.

Respiré acelerada. Me estaba mareando de la situación que había ahí fuera. ¿Es que no iba a tener un margen de tranquilidad? ¿A qué coño tenía que venir ahora Abel a meter las narices ahí? Estaba que rabiaba por dentro.

Olivia entró en el vestuario como cada día a darnos las directrices de los masajes. Notó que estaba un poco alterada.

—¿Estás bien, Olga?

—Sí, todo bien, gracias —mentí con disimulo.

—Hoy ha venido un cliente muy importante y quiere un masaje a cuatro manos en tatami. Entraréis Mila y tú, así que preparaos.

Nos pusimos el uniforme y fuimos al pasillo a esperar que la luz se pusiera en verde. Yo seguía bastante nerviosa y Mila me lo notó.

—Intenta tranquilizarte o le traspasarás al cliente tu energía. Relájate y vamos a ganarnos una buena propina. Recuerda que tenemos que mudarnos. Olvídate de Abel.

La luz se puso verde y Mila y yo entramos a tatami. Un hombre de unos cincuenta años, canoso, atractivo y bastante aceptable, nos esperaba allí de pie con el albornoz puesto.

—Hola, somos sus masajistas. Yo soy Olga y ella es Mila. Túmbese y ahora le preparamos para su masaje.

—Hola, yo soy Néstor. Un placer tener dos hermosas mujeres para mí.

—Túmbese, por favor —insistí.

Este me daba a mí que tenía peligro. La cara de golfo que acababa de mostrar me puso los pelos de punta. Mila, en cambio, sonreía con descaro. Pasé el pestillo y la luz roja se encendió. Mila preparaba el aceite y yo encendí las velas y el incienso. La música relajante siempre sonaba de fondo.

Entonces apagamos las luces y nos pusimos cada una a un lado del cuerpo de aquel hombre. Sincronizamos nuestros movimientos y mientras

Mila masajeaba sus piernas y empezaba por su pecho y sus brazos. Néstor empezó a gemir como un desesperado. Se puso tieso al momento y yo era incapaz de concentrarme con tanto gemido.

—Señor, intente relajarse... —le dije con voz suave.

—Si es que me ponéis muy cachondo. Esto es una tortura.

Busqué a Mila con la mirada. No sabía qué hacer. No me había pasado eso nunca y era una situación un poco embarazosa.

—Señor, por favor, procure relajarse —volví a insistir.

Cogió a Mila de la mano y se la llevó a la polla, que estaba tiesa como un palo. Yo abrí la boca asombrada y me quedé paralizada. Mila no se asustó y se quedó quieta sujetando aquel miembro erecto.

—Te doy lo que sea si me alivias —le imploró a Mila.

Ella sonrió y empezó a masturbarle. Yo iba a apartarme, pero me sujetó de la mano.

—No te vayas —suplicó—. Sigue tocándome, os daré una buena propina.

Miré a Mila, alucinada. Aquello me parecía surrealista, pero al mismo tiempo era muy morboso. Mi amiga se estaba poniendo muy cachonda, lo notaba en sus ojos. Masturbaba a Néstor y yo le hacía el masaje desde atrás en el cuello y en los hombros, mirándolo todo con atención.

El hombre estaba cada vez más excitado y Mila también. Ella seguía acariciando su polla con dedicación absoluta.

—Mil euros —jadeó Néstor.

—¿Qué? —Mila abrió la boca desconcertada.

—Mil euros si me follas, así no puedo correrme.

Yo la miré y negué con la cabeza.

—¿Tienes condones? —le preguntó.

—En mi pantalón —contestó entre jadeos.

—Yo me voy —dije.

—No, tú sigue tocándome. Por favor...

Mila me hizo una seña con la mano indicándome que no me moviera. En sus labios pude leer «mil euros». Era mucho dinero, el sueldo de un mes, pero eso me parecía demasiado. Mi amiga se iba a follar a un cliente delante de mí. Empecé a sudar. No sabía si era del nerviosismo, del morbo o de la excitación.

Le colocó el preservativo a Néstor y se puso a horcajadas encima de él. Yo seguí como una idiota haciéndole el masaje en el cuello y en los brazos. Él empezó a moverse y me agarró la mano. Yo no quería mirar, pero no podía evitarlo. Mila subía y bajaba del cuerpo de Néstor y se la veía disfrutar tanto como él. Noté que me humedecía y, por un momento, sentí envidia de no ser yo la que cabalgaba encima de ese hombre. Siguió agarrándome la mano mientras empujaba sus caderas con fuerza y la impulsaba hacia arriba. De repente, mi amiga chilló y él me apretó la mano con tal fuerza que casi me la parte. Había conseguido su objetivo... y Mila también.

Me solté y tuve que salir de allí. No podía mirarle a la cara, más que nada porque me había puesto cachonda y la vergüenza me podía. Así que fui al vestuario y me metí en la ducha, ya que necesitaba bajar el calentón y pensar en lo que había sucedido.

Mila no tenía pudor ni reparos a la hora del sexo, fuese con quien fuese, pero... el caso es que yo tampoco los había tenido la noche anterior con aquel desconocido. Prácticamente no había diferencia, solo que ahí ella se había llevado mil euros extra.

Salí de la ducha y me encontré a Mila.

—¿Por qué te has ido? Toma. —Me tendió quinientos euros en la mano.

—Son tuyos. Tú te los has ganado. Yo no he hecho nada —los rechacé.

—¿Perdona? Las dos los hemos ganado. No te sientas mal. Me lo he pasado en grande y me he ahorrado subir al hotel esta noche. Todo son ventajas. Yo no hago nada que no quiera hacer. Cuando me metí a trabajar aquí sabía lo que hacían detrás de esa puerta, y cada vez estoy más arrepentida de no haber venido antes. Así que coge el dinero.

—Mila, yo... —no sabía qué decir. Estaba un poco descolocada.

—¿Cuándo te folló Loreto en el *spa*, te gustó?

—¿A qué viene eso ahora? —me puse a la defensiva.

—Viene a que aquello fue casi obligado y gratis. Aquí eliges tú a quién quieres hacerle un favor... gratis o no gratis, pero siempre tienes la última palabra.

En eso llevaba razón. No debía hacerme mala sangre ni romperme más la cabeza. Había escogido ese trabajo para saciar mis curiosidades, así que era lo que iba hacer, sin tapujos ni remordimientos.

—Perdona, Mila, tienes toda la razón. ¿Sabes lo que te digo? Que el próximo cuatro manos cachondo, me lo follo yo.

—No te embales, guapa, que si me gusta a mí tendrás que ponerte a la cola; tú ya tienes muchos pretendientes.

Empezamos a reírnos de nuevo y me guardé el dinero que mi amiga me había dado.

Ese día acabamos los masajes con clientes tranquilos que no querían más que su hora de relax. Recibí buenas propinas y mi fama como masajista fue creciendo y corriendo por todo el hotel. Mila y yo teníamos siempre la agenda a tope y salíamos reventadas de trabajar. Estábamos recogiendo para irnos cuando de pronto se nos acercó Izaak, todo rebotado.

—Ya veo que tenéis la agenda completa para toda la semana. A mis clientes no se os ocurra tocarlos —nos amenazó.

—Yo no sé quiénes son tus clientes. A nosotros nos marca la agenda Olivia. No tenemos acceso a los clientes.

—Esa puta ... —gruñó enrabiado.

—¿Qué te pasa, Izaak? ¿Es que te ha bajado la clientela? —preguntó Mila.

Él la fulminó con la mirada y se marchó, maldiciendo por lo bajo.

—Qué tío más raro— mascullé mirando a Mila.

—A mí no me gusta nada. Ese no trama nada bueno...

—¿Nos vamos? Estoy reventada. Espero no tener que aguantar otro sermón de mi madre al llegar a casa.

—Mañana vamos a ver el piso. Te recojo a las tres y comemos.

Salimos por recepción y mi sorpresa fue encontrarme de nuevo a Abel, sentado en uno de los sofás rojos. Empujé a Mila para que siguiera adelante sin parar, pero el rubio se levantó y nos cortó el paso.

—Te estaba esperando —dijo mirándome fijamente.

—Pues no entiendo para qué. —Mi tono fue bastante desagradable.

—Mila, ¿puedes dejarnos? Yo la acercaré a casa.

—No, me voy con mi amiga —dije, tajante—. No pienso irme contigo a ninguna parte.

Abel me miró, sorprendido ante mi reacción, y Mila también. No quería irme con él porque sabía que acabaría camelándome y ahora debía estar centrada en el trabajo. Además, me había mentido y ya no confiaba en él.

No quería que me lavara el cerebro. Si pretendía pegar un polvo, pues bien, pero nada más; no me apetecía complicarme la vida ahora.

—Olga, por favor...

—Abel, son las cuatro de la mañana y estoy reventada. Si quieres hablar conmigo pide una cita. Mi tiempo ahora es muy valioso y el poco que me queda lo necesito para descansar. —Fui déspota con él.

—¿Ahora vas a tratarme así? —Me miraba con resentimiento.

—¿Así cómo? —me defendí—. ¿Cómo quieres que te trate? ¿Acaso eres mi novio o mi prometido? No. Eras un cliente que me follaba después del trabajo hasta que me mintió y decidió cambiarme por mi jefa. Así que vuelve a pedir cita como cliente... Y lo de follar contigo tendré que pensármelo.

—¿Cómo puedes ser tan...? —Apretó los dientes y se calló.

—¿Tan como tú? Buenas noches, Abel.

Cogí del brazo a Mila, que permanecía con la boca abierta, y fuimos al aparcamiento. Volví a ser una bruja con Abel, pero es que tenía que serlo si no quería que me hiciese daño.

—Tía, te has pasado cuatro pueblos —me regañó mi amiga en el coche.

—Lo sé, pero era necesario, créeme.

—¿Es que no te gusta? Si está como un queso.

—Ese es el problema, que empezaba a gustarme demasiado y la cagó. Pero no me voy a comprometer con un hombre cuando puedo estar con los que me dé la gana.

—Mujer, el amor también es bonito...

—Cuando no te destroza.

Le recordé que me recogiera a las tres para ver el piso de la playa y, cuando llegué a casa, comprobé que mi madre estaba otra vez en la cocina, esperando mi regreso. No salió ni dijo nada. Solo vio que llegaba y luego apagó la luz y se fue a la cama. Teníamos que alquilar ese piso cuanto antes o acabaría con la salud de mi progenitora.

Me acosté pensando en Abel y en su insistencia en querer hablar conmigo. Supuse que también él querría cortarme las alas, como mi madre, imaginé que quería que dejara el trabajo y pasara a ser de su exclusividad. Era muy tradicional y no le estaría haciendo ni pizca de gracia que trabajara en su lujurioso hotel. Confiaba en que no metiera la

pata y no interfiriera en mi trabajo, porque eso no se lo perdonaría en la vida.

Al final me dormí, sumergiéndome en un sueño donde aparecía mi misterioso gigante de ojos color miel y me hacía el amor en el más absoluto silencio.

8

Mila pasó a recogerme para ir a ver el apartamento de la playa. Como el propietario había adelantado la cita me tocó levantarme un poco antes. Así que me vestí a toda prisa y salí pitando de casa sin tiempo de comer nada más que un café rápido para despejar las neuronas.

Hacía mucho calor y el día era propio de verano. Mi amiga sonreía en el interior del coche ocultando sus bonitos ojos azules detrás de unas enormes gafas de sol negras. Vi que hacía gestos con la mano para que me diera aún más prisa. Estaba acelerada y muy contenta.

—¡Vamos!, no quiero llegar tarde. Julio me ha llamado para adelantar la cita. Se va de vacaciones y tenemos que zanjar lo del alquiler hoy mismo. Ha sido una chiripa que lo haya localizado.

Encendió el motor del coche y salió como un cohete.

—¿Julio? ¿No será el amigo de tu ex? —pregunté, extrañada al oír el nombre.

—Sí —asintió con una sonrisa divertida—. Solía ir a ese apartamento con Rubén, Julio y su novia. Es de su padre. Por eso sé que lo tiene en alquiler; y por eso sé también que me hará precio.

Yo estaba un poco confundida. Si Julio era el amigo de Rubén, lo lógico era que le tuviera rencor a Mila y no se lo alquilara. Al fin y al cabo, Mila lo había dejado plantado...

—No entiendo nada —mascullé.

—Ya sé lo que vas a decir —rio mi amiga—. Tuve un rollete con Julio estando con Rubén. Digamos que se lo he recordado...

—Serás bruja.

—Sí —confirmó ella sin remordimientos.

—¿Le has chantajeado para que nos alquile el apartamento?

—Mujer, tampoco ha llegado la sangre al río... Él quería alquilarlo, solo que se subía mucho a la parra. Yo lo he bajado un poquito. Y todos salimos ganando. Además, hoy en día no es fácil alquilar a gente de confianza. Así que... que no se queje tanto, porque casi le estoy haciendo un favor.

Llegamos y Julio nos esperaba fuera. Tenía nuestra edad y era moreno, alto, un poco regordete y con el pelo rizado. Nos saludó con desgana y nos acompañó al apartamento, que era un primer piso. Las vistas eran inmejorables y estaba al lado de la playa.

Cuando entramos supe que aquel sería mi nuevo hogar. Tenía dos habitaciones amplias de matrimonio, cada una con su baño completo; una cocina no muy grande con su cuartito para la lavadora y la plancha; y un salón bastante amplio con un gran sofá negro de piel, su mesa de comedor con seis sillas, un mueble clásico con el televisor colgado a la pared... La decoración no era muy moderna, pero en general era perfecto. Lo mejor era la increíble terraza que tenía, desde la que se podía tomar el sol y que recibía de lleno la brisa del mar.

—Mila, tenemos que quedarnos con él. Es perfecto —le susurré al oído.

—No te preocupes, eso está hecho.

Agarró del brazo a Julio y se lo llevó al comedor. Yo me quedé ensimismada en la terraza, mirando las vistas de la playa, mientras ellos dos negociaban el precio definitivo. Eché una ojeada hacia el interior para ver cómo iban y Julio torcía el gesto de manera negativa. Mila insistía, sonriendo para llevárselo a su terreno. Al final hubo un choque de manos. Julio le entregó las llaves del apartamento y firmó un papel que traía. El corazón me dio un vuelco. Entré para cotillear qué había ocurrido.

—Sois mis inquilinas —anunció Julio—. Este es un contrato provisional, porque yo me voy de vacaciones. A la vuelta formalizamos todo. Como os conozco no creo que haya problemas.

—No te preocupes, puedes estar tranquilo —le contestó Mila.

—Gracias —dije yo, plena de alegría.

Julio asintió con la cabeza y se marchó, dejándonos en el apartamento. Fuimos directas al sofá.

—Mila, no me lo puedo creer. —Estaba en una nube—. ¿En serio todo esto es nuestro?

—Enterito. Ya puedes traer tus cosas cuando quieras. ¡Nos mudamos!

—Vamos a comer algo y tomar una copa de vino, pero solo una, que tenemos que ir a trabajar. Olivia nos debe dos días libres. Se los pediremos para hacer la mudanza, aunque yo poco tengo que traerme...

—Mañana es jueves. ¿No vas a ir a la cita con tu desconocido misterioso?

Me había olvidado de eso por completo. La emoción del apartamento me había elevado a otro plano.

—Mila, lo primero es lo primero. Además, ¿cómo puedo estar segura de que me va a tocar él al pulsar el botón rojo?

Ella se llevó la mano al mentón y miró de un lado para otro.

—Buena pregunta... No sé si eso se puede hacer realmente, porque es aleatorio. Tendría que preguntárselo a Kevin —se quedó pensativa.

Fuimos a comer a un barecito que había cerca de allí. Nada pesado, un par de tapas y una copa de vino blanco para brindar por nuestro nuevo hogar. Mila se estaba emocionando con el vino, pero la controlé. Era lo que nos faltaba: perder el trabajo por llegar colocadas ahora que teníamos casa nueva.

—Tía, controla... que nos cuesta el trabajo —la frené.

—Tienes razón, perdona. Me he dejado llevar.

—Ya lo celebraremos mañana, si libramos —dije con una amplia sonrisa.

Pagamos la cuenta a un simpático camarero que no nos quitaba la vista de encima y nos fuimos, como cada día, para nuestro lujurioso y agradecido lugar de trabajo.

*

Ese día no hubo encontronazos desafortunados y llegamos al vestuario sin contratiempos. Olivia entró un poco atacada del coño. Agitaba los brazos y estaba nerviosa.

—Cabrón, sinvergüenza, marica... —maldecía a todo momento.

—¿Qué pasa, Olivia? Estás alterada... —le pregunté con respeto.

—¿Alterada? ¿Y cómo quieres que esté? Izaak me acaba de llamar hace cinco minutos para decir que no viene a trabajar. Que le duele la cabeza. ¡Cinco minutos— !Mientras hablaba a gritos daba golpes a su reloj de pulsera.

—¿Te ha dejado colgada con muchos clientes? ¿Podemos ayudarte? — se ofreció Mila.

—El problema es que justamente hoy viene uno de los clientes más pejiguero de todo el hotel. Solo quiere con Izaak y, no es por menospreciaros. —Nos miró de arriba abajo—. Pero no creo que le haga mucha gracia que otro masajista le toque. Tiene predilección por él.

—Déjame intentarlo —me ofrecí—. No tienes nada que perder. Dile que por la ausencia de Izaak le regalas el masaje. Yo no quiero tampoco mi comisión.

A Olivia no le pareció tan mala idea. Se quedó quieta analizándome y respondió:

—Todavía no te he probado, pero los clientes hablan maravillas de ti. Puede ser que salga bien. Lo único es que tienes que hacerlo en la sala uno, la de Izaak.

—Pero ¿no estaba prohibido entrar ahí? ¿Y si se molesta?

—Que se joda. Que hubiera venido a trabajar —dijo toda resuelta—. Prepárate; voy a informar al señor Tensy.

Olivia se fue y Mila me sujetó por el brazo y me sacudió.

—¿Sabes quién es el tal Tensy?

—No...

—Joder, es un diseñador de ropa muy famoso. Me encanta su última colección de vestidos de verano. Valen una pasta. Creo que es polaco, aunque reside aquí en España. Olga, tienes que ponerte al día... —me reprochó con ironía.

—Ay, yo que sé. Ya sabes que soy más de Zara.

—Tenía que haber entrado yo. Siempre te tocan los mejores —gruñó.

—Por mí puedes entrar. Yo no tengo ningún problema.

Olivia regresó con la cara un poco larga. No sabíamos si el señor Tensy había accedido.

—¿Todo bien? —pregunté preocupada.

—Me ha caído una buena bronca, pero al final ha cedido a probar una nueva masajista. Estaba muy disgustado por la ausencia de Izaak, pero ya que ha venido hasta aquí no quiere perder el viaje. Te está esperando.

—Tranquila, no te defraudaré.

—Más te vale... —dijo con un tono amenazante que me borró la sonrisa de la cara.

Fui hacia la sala número uno y esperé a que la luz cambiara a verde para entrar. Fueron unos segundos, pero luego tuve vía libre para pasar.

Ante mí había un hombre de unos cincuenta años. No muy alto, con el pelo canoso, ojos marrones y bastante enclenque. No era la imagen que me esperaba encontrar y que mi mente había formado de ese famoso diseñador que había mencionado Mila. Me esperaba de pie con el albornoz puesto y se notaba disgustado. Pasé el pestillo y me dirigí hacia él para presentarme. Cuando me acerqué vi que apenas me sacaba unos centímetros, y eso que yo medía 1,66 metros.

—Buenas noches, me llamo Olga y hoy seré su masajista —me presenté.

Me miró con cara de pocos amigos y bastante indiferencia.

—Soy Roman Tensy. Espero no perder el tiempo con usted, señorita— dijo en un tono cortante y desagradable.

Me dieron ganas de mandarle a la mierda allí mismo, pero no todos los clientes iban a ser fantásticos y agradables. Así que apreté los dientes y le hice una seña para que se tumbase en la camilla. Eché un vistazo alrededor de la cabina de Izaak. No veía nada de especial en ella, era como todas las demás. «Menudo imbécil maniático», pensé.

Después de hacer todo mi ritual de costumbre me acerqué a la camilla del señor Tensy. No estaba ubicada como en las otras cabinas. Había algo raro en ella que me provocaba incomodidad para el masaje. Él ya estaba acostado y no sabía cómo decirle que tenía que bajarse un momento para ajustarla a mi altura y posición. Me entró pura cagalera ante aquel hombre tan rancio y antipático.

—Disculpe... —musité—. Lamento tener que molestarle, pero necesito que se baje de la camilla un segundo. Necesito ajustarla a mi altura. Está puesta al modo de Izaak y así no puedo darle el masaje bien.

El señor Tensy me fulminó con la mirada y luego masculló algo en otro idioma. Seguro que me estaba llamando de todo menos bonita. Aun así, bajó y pude manipular la camilla. Me costó cielo y tierra moverla. No estaba bien. No sé qué coño le había hecho Izaak, pero no era normal que no pudiera ajustarla ni moverla con facilidad. El señor Tensy seguía murmurando por lo bajo y eso me ponía más nerviosa, lo que me hacía ser más torpe en mis movimientos. Al tocar por debajo del anclaje para bajarla noté algo extraño que no debía estar allí. Miré y vi una especie de

grabadora. Me quedé atónita y la dejé donde estaba. No dije nada y, al fin, conseguí colocar la camilla en su sitio.

—Ya puede tumbarse, señor Tensy.

—Ya era hora —gruñó en perfecto español—. Se me estaban durmiendo las piernas.

—Pues ahora con el masaje le calmaré esa molestia. No hable, cierre los ojos y relájese.

Sobre todo, que no hablara. No sabía si ese trasto funcionaba o no. ¿Qué coño hacía Izaak con una grabadora bajo la camilla? Madre mía, ¿en qué estaría metido? Por eso no le interesaba que nadie entrara en su sala particular. Ya indagaría más tarde. Pero ahora tenía que centrarme en no pensar en lo que podía haber allí dentro para que el señor Tensy saliera contento de la sesión.

Empecé a masajear suavemente su cuerpo flaco y sin gracia. Estaba tenso y me lo transmitía. Puse mis manos encima de su pecho y le dije:

—Señor Tensy, intente respirar conmigo y relájese.

Pensé que no iba a hacerme caso, pero cuando mis manos empezaron a empujar su pecho, sobre su corazón, empezó a respirar acompasado conmigo. Enseguida conseguí regularizarlo y el hombre se relajó.

—Gracias... —susurró.

Me sorprendí al escuchar ese cambio de actitud.

—De nada, señor.

—Vivo en continuo estrés y agobio cotidiano por mi trabajo. Este es mi momento y con Izaak me relajo mucho. Me ayuda a desahogarme y sus masajes me calman. Pero tú lo haces divinamente...

—Señor, entiendo que, cuando una persona crea un vínculo con un masajista, cambiar es difícil. Le aconsejo que, si está estresado, intente desconectar. Dedique este tiempo para su cuerpo y para su mente. Si habla no se relajará, pero si es lo que quiere yo le escucharé encantada.

No tenía ningún problema en escucharle, pero no me fiaba, por si había alguien más haciéndolo. Esperé que optara por cerrar los ojos y dormirse. Seguí presionando sus sienes con suavidad y mis manos se enredaron en sus cabellos color plata. Roman Tensy entró en un placentero trance.

—Mejor otro día —dijo adormilado—. Hoy necesito relajarme.

Suspiré aliviada y continué con mi trabajo, esmerándome más que nunca. Me dediqué en cuerpo y alma a que aquel hombre menudo, tuviera

el mejor masaje de su vida. Después de una hora larga me tocó despertarlo de un plácido sueño.

—¿Qué tal su masaje? —le pregunté mientras le acercaba el albornoz.

El señor Tensy se estiró y, tras bostezar largamente, dijo:

—Niña, eres increíble. Me alegro de que no haya venido Izaak y lamento haberte hablado como un ogro cuando entraste por esa puerta.

—No pasa nada. Estaba muy tenso y es normal que eso afecte a su ánimo y actitud. Debería tomarse la vida con más calma, solo tenemos una.

—En eso tienes razón, pero a veces las cosas no son tan sencillas —respondió con tristeza.

—Bueno, intente relajarse y controle la respiración. Ha sido un placer atenderle. —Le tendí la mano para despedirme.

Me dio la mano y, de paso, me coló un verde. Lo miré alucinada. Él sonrió y asintió con la cabeza. Le devolví la sonrisa y me guardé la propina de cien euros que me acababa de dar tan discretamente.

Salí de la cabina número uno y fui a la sala común a tomar algo. Necesitaba regresar y echar un vistazo. Quería saber qué coño tramaba Izaak y, si era lo que yo pensaba, no era para nada bueno. Me bebí una botella de agua y estaba devorando una bolsa de patatas fritas cuando entró Olivia con la mejor de sus sonrisas. Sus ojos de gata brillaban de alegría.

—Olga, eres fantástica. Me has salvado la vida.

—Esto... necesito ir a la sala uno. Se me ha olvidado el reloj dentro, pero no me acuerdo dónde —me inventé al momento.

—Mandaré que te lo traigan ahora.

—Olivia, si no te importa prefiero ir yo. No me fío de que lo encuentren y te digan que no estaba —mentí descaradamente.

—Está bien... Vete.

Salí disparada y volví a la sala. Pasé el pestillo para que nadie me molestara. No debía demorarme mucho; además, tenía masajes esperándome. Saqué la grabadora de debajo de la camilla y le di al *play*. Se oía a Izaak follando con clientes de ambos sexos. No me dio tiempo a escuchar mucho, pero sí lo suficiente para no dejar aquello ahí. Me lo metí en el bolsillo de la bata.

Seguí buscando más cosas que estuvieran fuera de lugar y enseguida me percaté: ¡La camilla! Estaba orientada y colocada de una manera muy

extraña. Me puse delante de ella y miré hacia donde estaba dirigida. Y entonces lo vi. Con las luces apagadas no se notaba, pero ahora, con la claridad, y fijándote un poco, se veía un buda que no encajaba con la decoración. Encima tenía un ojo hueco. Me acerqué y me llevé las manos al estómago. Dentro había una cámara de vídeo que enfocaba directamente a la camilla. Sentí náuseas y un asco horroroso al pensar en gente como Izaak, gente que vulneraba la intimidad de otras personas sin su consentimiento y a saber con qué fin.

Saqué la cámara del interior del buda tuerto y me la llevé también de allí. Salí con el corazón en la garganta. ¿Y ahora qué iba a hacer yo con esa mierda? ¿Y si había puesto más cámaras en las otras salas? Yo no era capaz de entrar a dar un masaje así; no podía fiarme de nadie, ni siquiera de Olivia.

Fui al vestuario y, gracias a Dios, estaba Mila libre. La cogí del brazo y me la llevé dentro del aseo. Ella me miraba como si estuviera mal de la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—Tenemos un problema gordo, gordo —balbuceé asustada.

Saqué la grabadora y la cámara de vídeo y se las mostré. Abrió los ojos como platos.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—De la sala de masajes de Izaak.

—¿Qué?

—Sí. No sé si habrá más. No sé qué hacer y no me fío de nadie. ¿Y si en nuestras salas también hay?

—Joder, menudo marrón... ¿Qué clase de degenerado hace eso?

—Y yo qué sé. Pero no pienso dar ni un solo masaje más hasta que esto se aclare.

—Tienes que llamar a Abel. Es el único de quien nos podemos fiar.

—¿A Abel? —Abrí los ojos como platos.

—Sí. Y sigamos con los masajes para no levantar sospechas. Solo que no nos salgamos de ahí.

—Ok. Voy a guardar esto en mi taquilla y ahora le llamo —accedí. Mila tenía razón.

—Tranquila, Olga —me dijo Mila—. No creo que en las demás salas haya nada. Ahora me explico esa exclusividad suya de la cabina uno. Esto

tiene pinta de ser solo cosa de Izaak.

—Yo también lo creo, pero es muy fuerte. —Me temblaba el cuerpo de los nervios.

—Llama a Abel —volvió a decirme.

Guardé toda esa mierda en mi taquilla y lo llamé por teléfono. Me lo cogió enseguida.

—Olga, qué raro que me llames a estas horas...

—Abel, necesito hablar urgentemente contigo —le corté.

—Pues qué casualidad, porque estoy en el hotel —respondió con voz melosa.

—Genial. Ya que eres el jefe dile a Olivia que quieres un masaje conmigo ahora mismo. ¡Tenemos que vernos ya!

—No sé yo si será buena idea... —Intentaba hacerse el duro.

—Abel, un masajista tuyo está grabando a los clientes mientras se los folla. ¿Te parece urgente ahora venir a hacerte un masaje conmigo? —Fui directa al meollo.

—Voy para allá.

Y colgó.

9

Olivia volvió al vestuario a los pocos minutos de mi conversación telefónica con Abel. Venía refunfuñando en voz baja y traía cara de pocos amigos.

—Hoy no es mi día, sin duda —gruñó—. Arreglo una cosa y se me joden tres. Ahora el señorito Abel, que nunca se ha dignado a probar un masaje de los nuestros, de repente quiere uno a cuatro manos con mis mejores masajistas. Me ha tocado cancelar a dos clientes. Menos mal que eran comprensivos...

Mila y yo nos miramos como si no supiéramos de qué iba el tema.

—Entonces, ¿a qué sala vamos? —pregunté con normalidad.

—A la del tatami —nos indicó con evidente enfado—. Dadle un buen masaje y que se quede contento. Recordad que no deja de ser nuestro jefe.

Asentí con la cabeza y fuimos hacia el pasillo a esperar que la luz se pusiera en verde. Nada más llegar pudimos pasar. Abel nos esperaba dentro, tumbado sobre el tatami, desnudo y con una toalla cubriéndole las partes. Estaba listo para recibir un masaje. Miré incrédula la escena que me proporcionaba, allí tumbado tan ricamente.

—Abel, ¿en serio vas a darte un masaje? —me parecía el colmo.

—Pues claro, no voy a desaprovechar la oportunidad ni el tiempo. Podemos hablar y, de paso, hacéis vuestro trabajo... que para eso os pago.

Apreté los puños de la rabia e iba a darle la réplica, pero Mila me sujetó la muñeca para que me callase. Ahí ya no era Abel, mi amante, mi amigo: era mi jefe.

—Está bien —achanté y me mordí la lengua.

Mila y yo preparamos todo como de costumbre, pero esta vez subimos un poco más la música desde el regulador de la pared y encendimos solo

una vela. Estábamos prácticamente a oscuras, hasta que nuestros ojos se acostumbraron a la tenue luz.

Yo me puse a la derecha de Abel, Mila a su izquierda y comenzamos a darle el masaje por el pecho, para poder hablar mejor con él.

—¿No está la música un pelín alta? —se quejó.

—Escucha —le gruñí al oído—. Acabo de encontrarme en la sala de masajes de Izaak una grabadora debajo de la camilla. Enfrente había una cámara de vídeo desde donde grababa a sus clientes mientras mantenía relaciones sexuales. Pensamos que puede estar chantajeando a alguno; eso en el mejor de los casos. Pero no sabemos si en las demás salas hay más aparatos indiscretos. Así que la música está perfecta.

—Joder, pues habrá qué hacer algo —dijo conmocionado.

—Para eso te hemos llamado —respondió Mila mientras extendía más aceite por su cuerpo.

—El problema es que no sabemos si actúa solo o tiene más compinches aquí dentro. Por eso hemos preferido avisarte a ti.

Abel estaba tenso, se notaba en su musculatura. Me parecía un poco ridículo estar allí tocándolo mientras hablábamos de un tema tan delicado. Aunque, por otra parte, volver a acariciar aquel cuerpo tan maravilloso era un auténtico placer para mis sentidos. Por un momento me dejé llevar y mis manos volaron inconscientemente hacia sus caderas y bajaron por sus muslos. Oí cómo tragaba saliva y vi su piel erizarse al contacto de mis manos.

—Tendremos que hablar con Bruno y contárselo —dijo con la voz entrecortada.

Aquello me sacó de mi trance. Despegué las manos de su cuerpo.

—No —negué rotundamente.

Mi amiga y él me miraron sin entender nada.

—¿Por qué? Bruno conoce esto mejor que nadie. Debería solucionarlo él —pensaba Abel

—No me fío de tu hermano. ¿Y si está detrás de esto? Tenemos que pensar en otra cosa y tú tienes la misma potestad que tu hermano.

—Tengo una idea —soltó Mila de repente.

—Cuenta...

—Nadia, mi compañera de piso. Si conseguimos la dirección de Izaak, ella podría entrar en su ordenador y hackearse. Y Gema tiene contactos

en la poli... Podríamos meterle un susto de muerte y nadie se enteraría del asunto. De otra forma sería un escándalo para el hotel, su ruina. Tal vez no sea nada... Hasta puede que solo sean vídeos para cascársela él solo en casa.

—Quizá salga bien —pensé—, pero tendríamos que hacerlo ya. No podemos demorar más esta situación. ¿Cómo nos escapamos de aquí? A Olivia le va a dar algo si pierde más masajes y mañana le íbamos a pedir el día libre para la mudanza... Joder.

—¿Es qué te mudas? —Abel me miró con curiosidad.

—A ti qué te importa; ahora eso no vine a cuento. Céntrate.

Me fulminó con la mirada. Se levantó del tatami y se puso el albornoz. Su cuerpo seguía alterándome involuntariamente, así que aparté la vista para evitar un calentón no deseado.

—Mila, llama a tus amigas y organízalo todo —ordenó Abel—. La dirección de ese capullo te la consigo en diez minutos. En cuanto a salir de aquí... yo me ocupo.

Salió por el pasillo privado y Mila y yo nos quedamos paradas sin saber qué iba a pasar ahora.

—La estamos liando, amiga —le dije.

—Ya te digo, pero es que hay que hacerlo si queremos proteger nuestro trabajo.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a esperar a ver qué hace tu novio.

—No es mi novio, tonta. Déjalo ya.

—Pues te mira con unos ojitos...

—Mila, para ya.

Salimos y fuimos al vestidor. No sabíamos cómo teníamos que proceder, porque Abel nos había dejado un poco en el aire. Mientras, Mila llamó a Nadia y a Gema y les contó lo que estaba ocurriendo para ver si podían ayudarnos en esto, siempre con discreción. Nadia le dijo que solo necesitaba la dirección y que iría indagando. Por su parte, Gema investigaría si Izaak tenía antecedentes o algo que ocultar. Estábamos a la espera de que Abel nos pasara la información.

Un segundo después entró el huracán Olivia, esa vez con sus ojos de gata inyectados en sangre por la ira. Me dio miedo verla así.

—Recoged vuestras cosas e id al despacho de Abel —gruñó entre dientes—. Quiere hablar con vosotras.

—¿Qué pasa? —susurré asustada.

—No pasa nada. Pero hay días en los que es mejor no levantarse de la cama... Y hoy es uno de ellos.

—Olivia... —dije, pero ella levantó la palma de la mano delante de mi cara.

—Olga, en serio, todo está bien. Id con Abel, por favor. Nos veremos mañana.

Adiós a nuestro día libre.

Bajé la mirada y recogimos nuestras cosas. Abel nos esperaba en el despacho de Bruno, donde nos había entrevistado para el trabajo.

—Aquí tenéis el nombre y los apellidos del individuo. También su dirección, teléfono, número de la seguridad social...

Mila le arrebató el papel de las manos y llamó de inmediato a sus todavía compañeras de piso.

—Nadia, toma nota...

Le pasó todos los datos.

—Te llamo en un momento. —Oí que decía Nadia a través del teléfono—. Esto es coser y cantar. Hasta ahora, muñeca.

—¿Y ahora qué? —preguntó Abel.

—Ahora a esperar. —Mila se puso cómoda en la silla.

Estaba nerviosa y me mordía las uñas mientras esperaba a que las compañeras de piso de mi amiga nos dieran alguna novedad. Abel no me quitaba la vista de encima y Mila simplemente ojeaba una revista que había encima del despacho.

—Pueden pasar horas hasta que sepamos algo. ¿Qué vamos hacer después? —pregunté impaciente.

—Olga, relájate. Primero vamos a esperar, a ver si averiguan algo. Luego veremos cómo actuamos. Paso a paso.

—¿Qué milonga le has contado a Olivia para sacarnos del trabajo? Esa es otra, a ver qué disculpa damos si nos pregunta.

Abel se levantó de la silla y se acercó hasta donde yo estaba. Me puso las manos sobre los hombros. Noté que mi piel se erizaba a su contacto y su proximidad.

—Olga, soy el jefe —dijo— y no tengo que darle explicaciones a Olivia. Ella es una empleada y vosotras también. Puedes decirle lo que te venga en gana.

—Me parece que eso no le va a servir a Olivia. No es una mujer que se conforme con disculpas esquivas —respondí, al tiempo que me apartaba con suavidad de él.

—Pues una vez salgamos de este embrollo y sepamos de qué va el asunto, simplemente podrás decirle la verdad.

Lo miré con ironía. No estaría mal que se aplicara el cuento. Sin embargo, me contuve y no le dije nada respecto a eso.

—Un cafetito no estaría nada mal... —sugirió Mila bostezando.

—Vosotras quedaos aquí y que no os vean. Ahora traigo café para todos. Abel salió del despacho, dejándonos solas.

—Olga, amansa los caballos un poco con Abel. Se está portando muy bien y tú estás con las uñas afiladas en todo momento. ¡Qué pena que no le guste yo...!

—Ya sé que estoy borde con él, pero es la única manera de tenerlo controlado. Cada vez que me toca o se acerca, mi cuerpo se vuelve loco.

—¡Lo sabía! Todavía te pone el rubiales. —Mila se reía a carcajada limpia.

—Eres una cabrona, que lo sepas. Como digas algo...

En ese momento volvió Abel, cargado con los cafés. Mi amiga se levantó a ayudarlo. El olor que emanaba era delicioso y mi estómago se puso contento de inmediato al percibir el agradable aroma. Sentados de nuevo, disfrutamos del oscuro y caliente líquido que necesitábamos. La cafeína me despejó al momento y volví a impacientarme más por la falta de noticias.

Entonces sonó el móvil de Mila. Todos dimos un bote en el despacho. A ella, nerviosa y atacada como estaba, casi se le cae el teléfono de las manos. Abel y yo nos acercamos para enterarnos de todo, pero Mila puso el manos libres:

—Nena, agárrate que la viene es buena —soltó Nadia a través del altavoz—. Menudo pieza tenía vuestro jefe metido ahí dentro.

—Nadia, estoy en manos libres y mi jefe te está escuchando —informó Mila.

—Hola, Nadia, soy Abel. No te cortes por estar yo presente y di lo que tengas que decir, ¿vale? Ahora cuéntanos quién es el pieza que tenía metido aquí.

—Su nombre real es Izaak Bosko, polaco de veinticinco años. Está buscado en su país por varios delitos: estafa, chantaje, extorsión y, ahora viene lo bueno, vulnerabilidad de la intimidación. Esto lo ha conseguido Gema a través de su padre y con un poquito de ayuda que le he proporcionado yo. No actúa solo; su hermano Kevin está metido en el ajo.

—¿Kevin? —soltó Mila sorprendida.

—Sí. Kevin es el cerebritito de este dúo que no tiene desperdicio. Tenéis un problemón gordo; bueno, usted, Abel.

—¿Qué pasa, Nadia? Suéltalo ya —insistió él, inquieto.

—He logrado entrar en su ordenador personal. No me preguntéis cómo lo he hecho porque no voy a contestar a eso. El tío tiene vídeos muy fuertes con varios clientes y en situaciones muy comprometidas.

—¿Cómo de comprometidas? —preguntó Abel.

Mila y yo lo miramos a la vez y lo acribillamos con la mirada.

—¿Quieres que te haga un dibujo? —le dije con ironía.

Abel se dio cuenta de la metedura de pata y abrió la boca desmesuradamente. Se revolvió su brillante pelo rubio con nerviosismo y se sentó en la silla para asimilar la noticia.

—En Polonia amenazaron a todos los que había grabado. Muchos pagaron y otros no —nos explicó Nadia—. Eso dice el informe de la policía. Los hermanos sacaron un montón de pasta. Kevin solía localizar a los clientes e Izaak era el que se los llevaba al huerto y los grababa.

—¿Qué pasó con los que no pagaron? —Quería saberlo todo sobre esos estafadores.

—Eso es lo peor de todo. Son mala gente, pero mala de verdad. Da igual que cedas a su chantaje o no. Los muy cabrones montaron una página web y al final colgaron todos los vídeos. Se forraron también con ella.

Se me encogió el estómago solo de pensarlo. Miré a Abel, que estaba amarillo, con la cara desencajada. Aquello le estaba superando.

—Nadia, ¿hay vídeos de las demás salas de masajes u otras partes del hotel? —preguntó Mila.

—No. Ya lo he comprobado. También he buscado coincidencias por la red a ver si habían subido la web, pero no, todavía no lo han hecho. Creo

que lo hemos pillado a tiempo. Si queréis puedo meterle un virus y destrozarlo todo lo que tenga en el ordenador. Lo único que quedaría es lo que has encontrado tú. Solo es cuestión de llamar al padre de Gema y que vayan a detenerlo a su casa.

Respiré aliviada. Parecía que todo iba de maravilla.

—Abel, ¿qué quieres hacer?

Parecía que iba recuperando el color y también esto último lo había tranquilizado.

—¿Cómo sabemos que no ha hecho alguna copia de seguridad? —le preguntó a Nadia.

—No lo sabemos, pero esta gente suele actuar del mismo modo. Además, si los detienen, limpiarán su casa y sus pertenencias como una patena. Si hay algo lo descubrirán y yo estaré al loro.

—Métele ese virus y borra todo lo que tenga en ese ordenador. Y que la policía vaya para allá —dijo Abel serio como una tumba.

—¿Y Kevin? ¿Qué hacemos con él? —pregunté yo.

—Me encargaré de llevarlo personalmente a la comisaría. Gracias por todo, a todas. No sé qué hubiera sido de mi reputación, del hotel, de mi hermano... si hubiera salido esto a la luz. Gracias, chicas. Nadia, eres fantástica; si necesitas trabajo... —Abel empezaba a respirar más tranquilo.

—Gracias, pero estoy bien como estoy. De todas formas, lo tendré en cuenta. Buenas noches, chicas. Os dejo que tengo faena.

—Buenas noches, bombón.

Abel se volvió hacia nosotras y nos agradeció de nuevo el haber descubierto todo este embrollo.

—Si puedo hacer algo por vosotras solo tenéis que pedírmelo.

Mila puso cara de pícara y la malicia se dibujaba en su cara.

—Bueno, yo sí quiero pedirte algo... ya que insistes.

—Dime, Mila, lo que quieras.

—En realidad son dos cosas: la primera es que nos consigas dos días libres, mañana y pasado. Tenemos que mudarnos y los necesitamos.

—Dadlo por hecho —dijo él—. ¿Qué es lo segundo?

—Acceso ilimitado y gratuito al hotel. Poder venir cuando quiera y las veces que quiera. Esto va para Olga también.

Noté cómo la sangre me subía a la cabeza y las mejillas se me ponían coloradas. Abel giró la cabeza de golpe para poder mirarme. Los celos se reflejaban en su mirada.

—¿Has subido al hotel? —me preguntó directamente, sin cortarse.

—Por supuesto —le contesté.

Quiso decir algo, pero se lo pensó y apretó los labios con fuerza. Respiró profundamente y se movió patoso por el despacho. Sacó dos tarjetas rojas que llevaban escritas la palabra VIP y nos entregó una a cada una.

—Con estas tarjetas tenéis acceso ilimitado. Que las disfrutéis.

Mila la cogió como si fuera su gran tesoro. La miraba con amor. ¡Y que a nadie se le ocurriera tocar aquel bien tanpreciado!

—Gracias. Deberías subir alguna vez. A ver si coincidimos...

Mi amiga le guiñó un ojo. Me quedé loca ante su descaro y Abel, lejos de ofenderse, le contestó con simpatía:

—Pues sí, me tendré que plantear empezar a conocer mejor mi negocio. Ahora, si me disculpáis, tengo que sacar la basura fuera de estas instalaciones.

Nos dio la espalda y nos deleitó con esa imagen de su cuerpo escultural, alto, esbelto... y desapareció para deshacerse de la escoria de Kevin. Se me mojaron las bragas al pensar en Abel como en un depredador que va a por su presa. Tenía que reconocer que me seguía poniendo cachonda.

10

Me levanté bien temprano para recoger mis cosas. Todavía no les había dicho a mis padres lo del apartamento nuevo, prolongándolo hasta el último momento. Apenas pude dormir por la movida de la noche anterior y no tenía noticias de cómo se había quedado el tema de los dos hermanos estafadores. Abel había cumplido con su palabra y nos había conseguido esos dos días libres, así que tenía que aprovecharlos para la mudanza y afrontar el nuevo cambio de vida. Lo que más me costaba era tener que decírselo a mis padres.

Estaba entretenida organizando la ropa en una de las maletas cuando mi madre entró sin previo aviso. Se quedó paralizada en la puerta ante el revuelo que tenía organizado.

—Olga, ¿qué significa esto? —Su cara era de sorpresa total.

—Mamá, ¿es que no puedes llamar antes de entrar?

—Hija, aunque estés separada de la casa vives en mi terreno y en mi propiedad, así que puedo entrar cuando me plazca.

Aquello me irritó un poco. Seguía destacando su autoridad y, sobre todo, la propiedad de su finca y sobre mi persona.

—Pues no pretendía que te enterases así, pero me voy a vivir con Mila.

Mi madre abrió los ojos como platos.

—¿Te vas de casa? —Estaba asombrada—. ¿Pero cómo vas a pagar un alquiler? ¿Y adónde te mudas? Tu padre se va a morir del disgusto...

—Mamá, ahora gano lo suficiente y puedo permitírmelo. Además, comparto gastos con Mila. Hemos alquilado un apartamento en la playa y así ya no tendrás que estar despierta todas las noches esperando a que llegue del trabajo.

—¿Tan mal estás aquí con nosotros? —se hacía la ofendida.

—No, para nada. Pero necesito tener mi intimidad. Yo vendré a visitaros. No me voy a otro país, solo me mudo a otro apartamento.

Mi madre parecía que entraba en razón poco a poco. Se quedó callada y pensativa durante un rato, luego se acercó y me puso las manos sobre los hombros.

—Ya eres una mujer. —Estaba emocionada—. Pero para mí siempre serás mi niña. No puedo evitar verte así... Supongo que tendré que aceptar la realidad de que quieras volar. Yo también lo hice y ahora te toca a ti. Prométeme que tendrás cuidado y, si te ves mal, no tengas vergüenza en acudir a nosotros.

—Gracias, mamá.

Le di un abrazo con lágrimas en los ojos.

—Déjame que te ayude. Luego se lo diremos a tu padre.

Mi madre me echó una mano con las maletas y con el empaquetado de todo lo necesario. Decidí llevarme lo justo, dejando allí varias cosas, porque seguro que más de un día me quedaría a dormir en casa de mis padres cuando los visitara. Eso tranquilizó a mi madre. No quería que pensara que me iba a la desesperada y que no pensaba volver nunca por allí.

Cuando terminamos fuimos en busca de mi padre y le comunicamos la noticia de mi mudanza. Él se lo tomó mejor de lo que me esperaba. Sabía que no era un adiós para siempre y que me vería constantemente, así que casi que ni le preocupó. Mi madre estaba más afectada.

—Maite, no seas exagerada —le tranquilizó mi padre—. Pero si hay días que ni le vemos el pelo. Ahora, al mudarse, quizás la tengas más por casa. No seas tonta... Olga es una mujer adulta y, como tal, tiene que buscar su lugar en la vida y su independencia. Aquí, debajo de tus faldas, no va a conseguirlo nunca.

Mi padre me guiñó un ojo con complicidad y yo se lo agradecí en el alma.

—Alejandro, de verdad, a veces no sé cómo te soporto —le recriminó mi madre.

—Será por mi sueldo —bromeó mi padre mientras agarraba a mi madre por la cintura y le daba un beso en el cuello.

—Déjame, tonto, que está la niña delante —se ruborizó ella.

En eso sonó el timbre de la casa. Seguro que era Mila que venía a buscarme. Me acerqué a abrir y allí estaba ella con sus ojos azules radiantes de felicidad.

—¿Lista para mudarte? Yo ya he llevado mis cosas y traigo el coche vacío. ¿Llevas muchos trastos?

—No mucho. Lo justo para instalarme ya.

—Pues vamos allá, que el tiempo es oro.

Entramos en la amplia cocina y Mila saludó a mis padres. Entre todos me ayudaron a meter las dos maletas y dos cajas medianas con mis trastos. Me despedí de mis padres en la puerta de la casa y salí con Mila hacia nuestro nuevo hogar.

*

Tras descargar fuimos a comer. Hacía un calor de un par de narices. Cogimos las toallas y los bikinis y, cuando llegamos al bar de la playa, compramos un par de bocadillos, que nos comimos sentadas sobre la arena y que nos supieron a gloria.

—Estoy agotada... —Me dejé caer en la toalla.

—Y yo. Necesitaba este descanso. Por cierto, hoy es jueves. ¿Vas a acudir a la cita con tu hombre misterioso?

—Uf, no creo, estoy reventada. Todavía no hemos sacado las cosas de las maletas. No tengo ganas de fiesta.

—Pues yo sí creo que subiré a dar una vuelta —Mila sonrió ampliamente.

—Por cierto, ¿sabes algo de lo de ayer?

—Joder, casi se me olvida —dijo, incorporándose—. Con la emoción de la mudanza no te he contado nada.

Yo también me incorporé y me senté a su lado, llena de intriga. El sol calentaba de mil demonios y empezaba a sudar.

—Cuenta, cuenta...

—Lo primero de lo que me enteré es que Abel se llevó a Kevin del hotel ayer por la noche. Le dijo que lo acompañara para un asunto personal. Kevin no tenía ni idea y se quedó blanco cuando tu rubio guapo lo dejó en la puerta de la comisaría. Dos agentes lo bajaron del coche y lo detuvieron.

Gema había avisado a su padre de que iban para allá. El inspector Santos lo ha metido en el calabozo.

—Joder, qué huevos le echó Abel. ¿Y qué paso con Izaak? —escuchaba con atención sin perder detalle.

—Esa es otra. Me ha llamado Nadia esta mañana y me lo ha contado todo. Ayer mismo, antes de que Kevin hiciera su llamada permitida, un equipo de la policía se personificó en su casa y lo detuvieron. No saben si los juzgarán aquí o si los extraditarán a su país, ya que hay una orden contra los dos en Polonia. No podemos usar las pruebas del hotel, ya que Nadia las destruyó, aunque están las que encontraste tú. Aun así, no creo que Abel y Bruno se quieran meter en esos fregados. Al hotel no le conviene esa publicidad. Menos mal que diste con la cámara y la grabadora, si no...

—No quiero ni pensarlo, menudo cabronazo. Quien me ha sorprendido es Kevin. Nunca hubiera pensado algo así de él. Parecía tan majo.

—Fíate tú de las apariencias —dijo Mila—. La verdad es que nos deben un favor bien grande. Les hemos salvado el culo a los hermanos rubiales.

—Pues sí. ¿Nos vamos al agua?

Salimos corriendo como niñas pequeñas hacia la orilla. Nos tiramos como dos locas, chapoteando y sumergiéndonos, agotándonos todavía más. Valió la pena, porque el calor era horrible y se agradecía esa frescura en la piel.

La tarde se nos pasó en un suspiro y regresamos en un santiamén a nuestro apartamento para ducharnos. Era una gozada y un privilegio tener la playa tan cerca, aunque yo, por suerte, ya sabía lo que era eso. No me imaginaba vivir en lugar sin tener cerca el mar. Tras una ducha fría, me enrosqué en una toalla y salí a la terraza. Mila se había puesto un vestido azul cielo de tirantes muy ceñido que hacía juego con sus ojos.

—Chica, ¿dónde vas así de provocativa? —Le solté un silbido.

—Te recuerdo que tengo pase VIP en el hotel. No lo pienso desaprovechar. Mi cuerpo pide marcha. —Giró sobre sí misma, luciendo palmito.

—Yo casi mejor me quedo. Necesito desconectar un poco.

—No me digas que no te apetece tener entre tus piernas a ese desconocido silencioso que te hizo maravillas.

Al oír a Mila y recordar a aquel hombre me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Era terriblemente excitante y, solo de pensar en su olor y en sus manos acariciándome de nuevo, me ponía loca.

—No me piques. ¿Y si no me toca él? ¿Y si aparece otro? —Tenía miedo.

—Ahora puedes decir que no. Somos VIPs, cielo. Tenemos privilegios.

No había caído en eso. Ahora teníamos el control y podíamos darnos el lujo de escoger y hasta de rechazar a quien nos diera la gana. ¡Eso sí era una ganga!

—Voy a vestirme. —Corrí hacia al armario entusiasmada.

De repente me parecía un plan fantástico. Mis hormonas se habían revolucionado y ya pedían sexo a gritos. Pero no querían a cualquiera; querían al desconocido silencioso. Joder, solo de pensar en él me ponía bizca. ¿Cuál sería su nombre? ¿En qué trabajaría? ¿Sería soltero? Que más daba, lo único que quería de él es que me follara y punto.

Me puse un conjunto de ropa interior de color rojo: una braguita brasileña y un sujetador que me hacía un pecho muy bonito. Era transparente con detalles bordados. El vestido era también rojo. Tenía ganas de ir acorde con el hotel. Las sandalias doradas de tacón alto le daban un toque elegante y sofisticado a mi modelito. Luego me alisé el pelo y me maquillé con discreción, a excepción de los labios que no podían romper mi estética. Elegí un carmín de color rojo pasión. Cuando salí de mi habitación Mila me dio su aprobación con la mirada.

—Si te encuentras hoy con tu chico seguro que habla.

Nos echamos unas risotadas y nos dirigimos al hotel Red Pleasure, pero esta vez no íbamos por trabajo, sino como bien indicaba su nombre: por placer.

*

Al meter el coche en el aparcamiento pensé que ya no estaría Kevin.

—Mila, ¿subimos como siempre, directas a la habitación?

—¿Por qué lo dices?

—Como ya no está Kevin, no sé si el procedimiento sigue siendo el mismo. ¿Y si Abel no ha informado de que somos VIPs?

Mi amiga se quedó pensativa unos segundos mientras se retocaba los labios en el espejo interior del coche.

—Pues eso tiene fácil solución. Llamamos a Abel y se lo preguntamos. O mejor aún, subimos a recepción directamente y salimos de dudas. —Mila y su descaro...

—Ahora trabajamos aquí y no me interesa encontrarme con nadie —dudé—. Ya nos conocen demasiado...

—Tienes razón. Llama a Abel.

—¿Yo? Ni de coña. Lo llamas tú.

Mila torció la cara y soltó un gruñido a modo de protesta. Sacó el móvil de su bolso de mano y llamó a Abel. Yo acerqué la oreja para escuchar y ella me dio un codazo intentando apartarme, aunque no lo consiguió.

—Hola, Abel. Disculpa que te moleste a estas horas —dijo Mila—. Quería saber si has notificado que tengo el pase VIP para entrar en el hotel.

—Ya te dije que, mostrando esa tarjeta, tienes acceso ilimitado en el hotel —escuché que decía Abel a través del móvil.

—Bien, pero como Kevin no está... Era por si la nueva persona encargada de recepción no lo sabía.

—¿Es que vas a venir al hotel? —Su voz era pura curiosidad.

Yo le di un pellizco a Mila y negué con la cabeza para que no dijera nada.

—Puede ser, aún no le decidido. Como no tenía claro el tema del pase VIP, te he llamado para saber cómo funcionaba. ¿Hay que pedir llave en recepción?

La fulminé con la mirada. ¿Cómo que puede ser?

—Mila, todo sigue funcionando igual —respondió Abel—. Los pases VIP dan acceso directo a una habitación asignada. Verás el número en el reverso de la tarjeta. Creí que lo sabías cuando me los pediste. Si vienes y quieres quedarte más tranquila, pregunta por mí; aun así, ya hay una persona nueva en recepción cualificada, que te atenderá sin ningún problema y que conoce todas las normas del hotel.

—Gracias, Abel. Ya queda aclarada mi duda.

—No hay de qué.

Mila colgó el teléfono y lo volvió a meter en el bolso. Yo estaba que me daba algo.

—¿Te crees que es tonto? Este ya sabe que estamos aquí —le dije un poco irritada.

—Bueno, ¿y a ti qué más te da? Ojalá subiera a mi habitación. Porque... A ti no te importa ya Abel, ¿verdad?

Me sorprendió aquella pregunta.

—No, no... para nada.

Pero en mi interior no lo tenía yo muy claro.

—Bueno, vamos a dejar a Abel a un lado y vamos a pasarlo bien. —Desvié el tema—. Yo todavía no he decidido lo que voy hacer esta noche. Creo que voy a desmelenarme un poco.

Miré el reverso de la tarjeta VIP y vi que, efectivamente, tenía un número escrito en letras doradas: 23. La de Mila tenía el 22. Habitaciones contiguas. Subimos y entramos cada una en la que nos correspondía.

¡Guau !Era todavía más grande y escandalosamente bonita. Evidentemente, toda era de color rojo y en un amplio espacio abierto sin paredes que dividieran el baño o la ducha. La única barrera que existía entre la cama enorme que había en el centro era un *jacuzzi* redondo que estaba al fondo de la habitación y la ducha de cristal que se ubicaba al otro extremo, entre el *jacuzzi* y la cama, eran unas cortinas de gasa roja que caían desde el techo. Imitaban unas cascadas de agua eróticas de tela roja transparente que te envolvían con las luces LED y creaban un ambiente tremendamente sexual. No había cuadros ni ningún otro tipo de decoración en la habitación. Solo el envolvente color rojo que lo abarcaba todo.

Me sentí abrumada y excitada al mismo tiempo. Yo también iba vestida de rojo y me mimetizaba en el particular decorado de la habitación. Estaba ansiosa por levantar el teléfono y pedir mi capricho. ¿Y si no aparecía mi hombre misterioso y silencioso? Cogí el auricular... pero colgué al instante. Las dudas me invadieron y, de pronto, no me pareció tan buena idea estar allí. Fui hacia la puerta para marcharme, pero eché una ojeada a la habitación y... ¡Qué coño! Ya que estaba ahí...

Así que regresé hacia el teléfono y lo descolgué con decisión.

—Bienvenido al hotel Red Pleasure. ¿Qué desea que le enviemos a su habitación para cumplir sus necesidades?

Era una voz femenina. No la conocía, pero tenía un leve acento que parecía sudamericano. Era una voz agradable y muy sensual.

—Un hombre —respondí.

—¿Alguna preferencia? Rubio, moreno, ato, bajo...

—Rubio y alto.

Era la misma conversación que tuve la otra vez.

—Enseguida estará en su habitación. Que disfrute de su estancia en el hotel Red Pleasure.

Hasta ahora todo había sido exactamente igual que la vez pasada. Me quedé esperando atacada de los nervios a que llamaran a mi puerta. Y casi se me para el corazón cuando oí dos golpes secos en la madera de color rojo. Tragué saliva y, con el pulso acelerado y el paso lento, me acerqué a ver quién aparecía en mi habitación esa noche. Me quedé quieta con la mano en el pomo, incapaz de girar y abrir. Todo el cuerpo me temblaba, tenía un miedo atroz a que detrás de aquella puerta no estuviera lo que yo esperaba. Me sobresalté al oír de nuevo dos golpes secos, esta vez más insistentes. Al final me armé de valor y giré aquel pomo que me quemaba la mano.

Sus ojos se clavaron en los míos al instante. Yo eché dos pasos hacia atrás al verle. Allí estaba mi enigmático hombre, más guapo que un sol y siniestro y callado como la noche más oscura. No pude articular palabra y apreté las manos hasta que se me quedaron blancas por falta de circulación de la sangre. Cerró la puerta con el pie, algo que también parecía habitual en él, y vino directo hacia mí. Sus labios se posaron en los míos y sus manos recorrieron mi espalda hasta pararse en mis caderas. Mi cuerpo reaccionó al instante en una oleada de calor y deseo salvaje por arrancarle la ropa. Sus cálidos besos eran puro frenesí. Me lamía los labios y luego su lengua se abría paso en busca de la mía. Empezó a follarme la boca sin pasión. No pude evitar suspirar y gemir dentro de su boca. Entonces me subió el vestido y sus manos me agarraron por las nalgas, apretándome contra su cuerpo. Noté su erección a través del pantalón, restregándose contra mi sexo, lo que me excitaba aún más. Me notaba húmeda y preparada para que me follara lo antes posible.

—Dime tu nombre —le pedí entre jadeos.

Pero no obtuve ninguna respuesta. Me dio la vuelta y me puso mirando hacia la pared. Se me escapó un grito debido a la sorpresa y a la excitación de lo inesperado. Pasó luego sus labios y su cálida lengua por mi nuca, deslizándose seductoramente hacia el lóbulo de mi oreja. Con una mano me apretaba un pecho y tiraba de mi pezón. Gemí y me retorcí de placer.

Me separó las piernas con las suyas. Quise darme la vuelta, pero él me inmovilizó con el peso de su cuerpo. Dios, me estaba volviendo loca de la excitación. Seguía comiéndome la oreja y me apretaba el pezón. Su otra mano se metió entre mis bragas. Contuve la respiración y gemí cuando sus dedos se metieron dentro de mi coño húmedo. Eché el culo hacia atrás buscando su polla dura y excitada. Oí que rechinaba los dientes y soltaba un gruñido de lo cachondo que estaba. Profundizó más en mi interior y yo sudaba de lo caliente que me tenía. Me dio entonces un pequeño mordisco en la oreja y yo giré la cabeza en busca de su boca. Me tenía allí, aprisionada contra la pared, mientras sus dedos me masturbaban y él seguía restregándose contra mis posaderas. Al girarme, su boca devoró la mía y eso me subió la temperatura todavía más.

Bajó la mano de mi pecho y por fin oí música para mis oídos. La cremallera de su pantalón se estaba bajando. Luego se apartó un momento de mí, sin dejar que me separara de la pared, oí cómo rasgaba el envoltorio de un preservativo y sus manos hábiles me bajaron las bragas. Luego me agarró por las caderas y empezó a pasar la punta de su polla por mi coño.

Se me salían los ojos de las órbitas. No me la metía y yo estaba desesperada por sentirlo. Pasaba su capullo por toda la abertura de mi vagina, lo frotaba y me estimulaba y yo me echaba hacia atrás para que me la clavara.

—¿A qué juegas? —le grité desesperada.

Me recordó a Abel la primera vez que lo hicimos. También me hizo pasar por esa morbosa tortura, pero mi misterioso amante, la estaba prolongando demasiado.

—¿A qué esperas? —Insistí echando el culo hacia atrás.

Seguía en modo mutis. Ya no sabía cómo interpretar aquella situación. Me tenía al borde de la locura, necesitaba que me follara, anhelaba sentirlo dentro de mí, pero me estaba haciendo sufrir, me estaba torturando como nunca antes hubiera imaginado. Eso me hacía desearlo todavía más. Me estaba frustrando y su silencio ya no me parecía tan erótico; ahora me irritaba.

—¿Quieres decir algo de una puta vez? —La desesperación chilló por mí.

Entonces me sujetó con fuerza por las caderas y me la clavó hasta el fondo. Me quedé sin respiración. La noté enterita dentro de mí. Volvió a

darme otra embestida y me derretí entre sus piernas. Joder, era maravilloso sentir aquella polla dentro mi ardiente coño. Me follaba con poderío y notaba cómo sus pelotas rebotaban en mi culo con fuerza. Era asombrosa la vitalidad que tenía. Estaba empapada y notaba cómo los fluidos me chorreaban por las piernas.

Mi hombre misterioso jadeaba sobre mi cuello, mientras sus acometidas se hacían más intensas. Sentí su sudor pegado a mi cuerpo. Me atrapó contra la pared y siguió dándome empellones que hicieron vibrar todo mi cuerpo. Su mano bajó a mi hinchado clítoris y empezó a estimularlo. Mientras me follaba sin descanso, su mano hacía un trabajo excelente con mi clítoris, que estaba a punto de reclamar su orgasmo. Allí de pie, sin haberme quitado el vestido y con las bragas por los tobillos, exploté en mil pedazos sintiendo el placer más maravilloso que cualquier mujer sueña tener. Grité mientras me corría hasta quedarme afónica.

Él siguió arremetiendo contra mi vagina sin piedad, mientras yo, con las palmas de las manos apoyadas en la pared, intentaba sujetarme. Su polla se insertaba una y otra vez en mi coño, hasta que hizo que tuviera de nuevo otro orgasmo.

—Sí, sí, sí... —gemí como una posesa.

Mi vagina se contrajo y yo me convulsioné, apretando las piernas, contrayendo su polla. Eso le produjo un placer insoportable que aumentó la velocidad de su follada; y se corrió soltando un gruñido que me estremeció. Tuvo que sujetarme y llevarme hacia la cama, porque mis piernas no respondían después de aquel arrebatador e inesperado acto sexual.

Caí rendida en la cama y me quedé dormida. Me había agotado en todos los sentidos. Cuando me desperté, ya de madrugada, mi misterioso hombre se había ido. No supe si sentirme aliviada o decepcionada.

11

—¿Dónde vas? —me preguntó Mila frotándose los ojos, recién levantada.

—Al gimnasio —dije—. Necesito darle unos golpes al saco de boxeo. No he dormido bien y estoy un poco agarrotada.

—Si hace un siglo que no vas. Después tendrás unas agujetas del copón. ¿Es que va algo mal? No hemos hablado de lo de ayer. Estabas tan cansada que no te pregunté...

—No sé qué pensar, Mila. Ese hombre me desconcierta mogollón. No sé su nombre, ni su edad... nada. No dijo ni una palabra.

—¿Otra vez has follado con él y no dijo nada? ¿Ni hola? —Mila se despertó de golpe.

—Nada... Eso sí, folla que te cagas, pero ya está.

—¿No te estarás encaprichando de él?

—¿Qué dices? —negué con la cabeza—. Ni siquiera sé si quiero volver a verlo. Ayer me pareció un tanto... —Me quedé pensativa.

—¿Un tanto qué? —Mila me observaba.

—No sé; brusco, rudo.

A Mila le cambió el semblante.

—¿Te pegó o te forzó?

—No, loca. Pero fue un poco raro. Me estoy follando a un desconocido que puede ser cualquier cosa. No sé si seguir adelante con esa historia.

Le detallé, con un poco de vergüenza, lo que había sucedido entre nosotros, cómo me había hecho sufrir y luego su repentina brusquedad a la hora de follarme. Mila tenía los ojos muy abiertos.

—Joder, pues a mí me pone eso, qué quieres que te diga. Me lo estás contando y me he puesto cachonda. Sí que es una máquina el tío... Si no lo quieres me lo pasas —Mila se relamía.

—¡Qué borde te pones cuando quieres! —le reproché, lanzándole una servilleta arrugada a la cara.

—Pues yo no te he contado... Espero que no te mosquees.

Agachó la cabeza y se sonrojó. Y cuando Mila se sonrojaba...

—Miedo me das. Desembucha.

Me senté en el taburete de la cocina y dejé el bolso del gimnasio en el suelo.

—Ayer se me presentó en la habitación Bruno.

—¡Hostias! —exclamé alucinada.

—Sí, me quedé muerta. Pero luego pasamos toda la noche follando como perros. Creo que me gusta de verdad, Olga.

—Mila, tú eres la que me dijiste que estaba como una cabra y que no era bueno con las mujeres...

—Ya, pero es que cuanto más estoy con él... más me gusta. Hoy me ha invitado a comer y creo que voy a ir.

Puse los ojos en blanco y recogí la bolsa del suelo.

—Yo no soy quién para decirte nada. Me voy al gimnasio y luego me paso a ver a mis padres. Me tomaré el día de relax. Lo que hagas bien hecho está.

—Gracias —me dijo.

—¿Por qué?

—Por ser mi amiga.

—Tonta.

*

Cogí un autobús y fui al gimnasio del centro de la ciudad. Era pequeño y bastante simple, pero me gustaba. Solía ir cuando me estresaba y ya conocía al dueño de hacía tiempo. Arturo era un hombre de unos cincuenta años, bajito y culturista. Llevaba el pelo largo y no era muy agraciado físicamente. Dedicaba la mayor parte del día a entrenar, hacer pesas y comer tortillas de claras de huevo. Tenía una personalidad muy peculiar, pero era afable y muy buena persona. En cuanto me vio llegar se echó las manos a la cabeza.

—Hija de mi vida, benditos sean los ojos que te ven.

—Hola, Arturo. Ya sé que hace mucho que no vengo, pero hoy necesito pegar unos golpes.

Le di un abrazo, dedicándole una enorme sonrisa.

—Y tu padre, ¿sigue con el kárate? Me encantaba veros entrenar. Nunca he visto un hombre que sepa tanto de artes marciales como tu padre. Tiene un gran estilo.

—Eso sí, no compitas con él —respondí—, porque te deja KO de una hostia. Es más rápido que un rayo.

Arturo soltó una carcajada.

—Me lo dices o me lo cuentas. —Soltó una carcajada—. Aquí en el gimnasio es toda una leyenda.

—Lo sé. Ahora lo tiene un poco apartado. Entrena de vez en cuando en casa para descargar el estrés. Pero sigue manteniéndose.

—Pues nada. Prepárate y ponte los guantes. Vamos a darle caña a ese saco de arena.

Una hora después estaba empapada de sudor y reventada de cansancio. Había cumplido con mi objetivo y no tenía ganas ni de pensar. Me di una ducha rápida en el gimnasio y me despedí de Arturo. Luego fui a casa de mis padres a visitarlos y, de paso, comer con ellos.

Cuando llegué mi madre se puso loca de contenta. Parecía que no me hubiera visto en semanas y eso que hacía un día que me había ido de casa. Mi padre también se alegró y me dio un gran achuchón.

—Papá, hoy he ido al gimnasio y Arturo me ha dado recuerdos para ti. Allí sigues siendo una celebridad.

Él sonrió y me miró con nostalgia. Seguía siendo un hombre guapo y su incipiente pelo plateado todavía lo hacía más atractivo.

—Así que has ido a entrenar... —murmuró.

—Sí, pero solo a descargar un poco de adrenalina con el saco.

—Cuando quieras nos preparamos una pequeña batallita de las nuestras —me sugirió con una sonrisa desafiante.

—Papá, luchar contigo en kárate es perder antes de que me ponga el kimono.

—No me ofendas, hija, que en estos años has tenido al mejor profesor —respondió al tiempo que me daba un golpecito en el hombro y me guiñaba el ojo.

Luego me dio un abrazo lleno de ternura. Adoraba a mi padre y me alegraba de estar allí con ellos.

—Olga, hoy voy a hacer de comer chuletón a la plancha —anunció mi madre.

—Qué bueno.

—¿Qué tal tu nueva casa?

—Bien —respondí—. Pero solo llevo un día; aún no he tenido tiempo a desempaquetar nada. Además, estoy ahí al lado, no me he ido a otro país —le recordé.

—Perdona, hija, ya lo sé, pero es que me cuesta habituarme a que no estés en el jardín... —Bajó la mirada con tristeza.

—Venga, no seas tonta. Yo siempre estaré cerca de vosotros —le di un abrazo para tranquilizarla.

—Tu madre es que es una exagerada... —dijo mi padre, como siempre defendiéndome.

Disfrutamos de una comida abundante y maravillosamente deliciosa. Mi padre tenía que regresar al hospital porque tenía una cesárea programada para esa tarde y yo ayudé a mi madre a recoger la mesa. Luego nos sentamos un rato en el salón a ver la tele, donde se estaba de lujo con el aire acondicionado, pues fuera hacía un calor de mil demonios. Antes de irse mi padre, se despidió de nosotras con un beso.

—Cariño, si me necesitas me llamas —le recordó con dulzura mi madre.

Ella era matrona en el mismo hospital, pero tenía el día libre, aunque si mi padre u otro doctor la necesitaban, salía disparada hacia allá.

—No te preocupes, está todo organizado. Tú descansa y disfruta de la tarde con Olga.

Mi padre se marchó con su maletín y una mochila con su ropa de cambio, por si le tocaba quedarse más de lo que esperaba. Era un hombre que adoraba su profesión y no entendía de horarios; por encima de todo siempre anteponía la salud de sus pacientes. Mi madre se quedó embelesada viéndolo partir. Se veía que seguían enamorados como dos adolescentes. Me daba una envidia mortal su relación. ¡Ojalá yo pueda sentir eso alguna vez!

—Casi se me olvida —soltó de repente mi madre dejando caer su mano encima de mi pierna. Me dio un susto de muerte.

—¿Qué pasa? —me sobresalté.

—Tranquila. —Se rio—. es que hace dos días, en la cafetería del hospital, estábamos comiendo varios médicos y enfermeras juntos. Solemos hacerlo...

—Sí, mamá. Lo sé. ¿Qué sucede? —inquirí.

—Déjame hablar, no me interrumpas.

—Lo siento, continúa.

—Pues había un doctor con el que suelo coincidir bastante. Es cardiólogo. Tu padre lo conoce también. Empezamos a charlar de los hijos y me comentó que su hija de catorce años no iba nada bien con los estudios, que con las matemáticas no tenía problema, pero la asignatura de historia la tenía atragantada. Yo le comenté que tú tenías la carrera de Historia...

—¡Para! —Levanté las manos y me puse de pie. Me veía venir a mi madre de lejos.

—Hija, le dije que podrías darle unas clases para ayudarla a salir del paso. Está en tercero de la ESO y sabes que las notas empiezan a ser más importantes...

—Mamá, no tengo tiempo. Trabajo hasta las tantas de la noche y el día lo necesito para mí. Tengo que descansar —escurrí el bulto. No quería ese marrón por nada del mundo.

—Solo serán dos semanas, hasta que se examine. No me dejes quedar mal, por favor.

—¿Es que ya le has dicho que sí? —la miré incrédula.

Mi madre bajó la mirada y se tocó el pelo nerviosa, sin poder mirarme a la cara.

—Sí... —asintió en un susurro.

—¡Mamá! —grité—. No puedes tomar decisiones sin contar conmigo. ¿De dónde voy a sacar tiempo para darle clases a la niña de los cojones?

—Habla bien. Sé que tenía que haberte consultado, pero tampoco te vendrá mal desconectar de ese trabajo nocturno que te tiene absorbida.

—No voy hacerlo. Yo organizo mi tiempo y mi vida.

Mi madre se quedó seria, mirándome. Luego sus ojos se empañaron y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Me estaba partiendo el corazón. Jugaba sucio y lo sabía.

—No llores, por favor. Quiero que me entiendas; no tengo tiempo. Puedo llamar a una amiga de la universidad y que vaya en mi lugar.

—La que no lo entiendes, eres tú. Ese pobre hombre ha criado a su hija solo. Su mujer era una drogadicta y murió de sobredosis cuando la niña tenía solo dos años. Él era muy joven, logró sacar la carrera y sacar a su hija adelante. Es un hombre maravilloso y, por eso, me conmovió verlo tan preocupado por su niña.

Joder, mi madre sí sabía cómo tocarme la fibra. Estaba sacando todo su armamento para hacerme sentir como una mierda y joderme de pleno.

—Está bien, veré cómo puedo organizarme. Pero ya te digo que no podré más de una hora al día —bufé ante mi derrota.

—¿De verdad lo harás? ¡Qué alegría más grande! Le pasaré tu número al doctor Suárez y le diré que te llame.

Me hundí en el sofá y me tapé la cara con un cojín. Qué habilidad tenía mi madre para liarme y llevarme a su terreno. Lo que me faltaba ahora: dar clases a una adolescente que seguro que era una impertinente. Acabaríamos a hostias. «Dios, ¿por qué me haces esto?», pensé.

*

Me desperté en el sofá del salón al oír el teléfono. Me había quedado sobada después de la charla con mi madre y del chuleton que me había zampado. Me levanté desorientada y miré el reloj en mi muñeca izquierda. Joder, eran casi las siete de la tarde. ¿Cómo me había dejado dormir tanto mi madre? El teléfono seguía sonando. Respondí totalmente atontada.

—¿Diga?

—Olga, soy Olivia. Ya sé que hoy es tu día libre...

—Si me vas a pedir que vaya a trabajar... lo siento, pero no puedo. Me sabe mal, pero necesito mis días de descanso, o de lo contrario voy a romperme y no podré seguir trabajando.

—Entiendo —dijo ella—. Quería pedirte un favor personal. Siento que tengo más *feeling* contigo. Yo también estoy saturada y no tengo tiempo para mis asuntos personales. No pretendo que vengas de masajista. Quería saber si podrías cubrirme un par de horas. No te lo pediría si no fuera importante.

Hoy era el día de las peticiones. Parecía que el universo se hubiera aliado contra mí.

—Está bien, voy a cambiarme y llamaré a un taxi para que me lleve — acepté a su petición—. No tengo coche y Mila libra hoy también.

—No te preocupes. Pide el recibo y yo te lo pago. Muchísimas gracias.

Ya que estaba en casa de mis padres y todavía tenía ropa en mi casita del jardín busqué algo apropiado que me sacara del apuro. Encontré un vestido negro de tubo ajustado con la espalda al aire y me calcé unas sandalias de tacón del mismo color. Luego me recogí el pelo, me maquillé con tonos grises y malvas y pinté mis labios con un rosa muy brillante. También me puse unos pendientes de oro en forma de aro, muy simples. No era la espectacular Olivia de los ojos de gata, pero sí tenía un aspecto elegante y bastante sexi.

—¿Dónde vas vestida así, hija? Se te van a echar los hombres encima.

—Mi madre se escandalizó al verme pasar por la cocina.

—Me voy de cena con unas amigas a un restaurante pijo —le mentí.

—Vaya, pues sí que te has lucido.

—Me voy, mamá, he pedido un taxi. No te preocupes, aunque no viva aquí, no llegaré tarde que mañana trabajo. Te quiero.

Mi madre me sonrió y de pronto algo le vino a la mente.

—¡Ah! Ya le he dado el teléfono al doctor Suárez. Te llamará en cuanto pueda. —Sí que se había dado prisa.

—Está bien. —Me resigné, no me quedaba otra.

Me despedí con un beso y le dije adiós con la mano. Estaba yo ahora para pensar en el petardo del doctor Suárez, que seguro era otro amargado de la vida, pijo y petulante. Ya me conocía a ese tipo de médicos. A lo largo de mi vida mis padres me habían contado demasiadas historias...

*

El taxi me recogió y me llevó hasta el hotel Red Pleasure. Sus luces de color rojo centelleaban al acercarnos, descubriéndonos un lugar que, de lo contrario, era difícil saber que existía. Por aquellos parajes no había lugares tan maravillosos y llamativos. Al taxista tuve que indicarle cómo llegar, porque desconocía aquella zona. Seguro que ahora no se le olvidaría en la vida.

Entré por recepción y me encontré una morena imponente de larga melena y ojos oscuros y brillantes. Su piel, bronceada por el sol, brillaba como la seda. Cuando me vio entrar se levantó de la silla, salió de la recepción y se acercó con una sonrisa a saludarme. La miré boquiabierta, pues era una belleza salvaje y exagerada. No podría decir los años que tendría. No era muy delgada, estaba formada por interminables y perfectas curvas y llamaba la atención descaradamente.

—Hola, me llamo Anyelis. Estoy ocupando de momento el puesto de recepción hasta formar al nuevo recepcionista. Soy la nueva ayudante personal de Abel.

Ese leve acento suave... ¡Claro! Era la voz que me atendió la noche anterior por teléfono.

—Encantada, Anyelis. Soy Olga.

—Lo sé. Abel me ha hablado de ti. Estoy al tanto.

Me quedé noqueada. ¿Qué tenía que hablar de mí?

—Pues él no me ha hablado de ti, lo siento. ¿De dónde eres? Tienes una voz preciosa —intenté ser amable, pero la verdad es que me estaba cayendo como una patada en el estómago.

—Soy mexicana, pero llevo más de veinte años en España. Supongo que el acento nunca se pierde —se encogió de hombros y sonrió.

—¿Veinte años? ¿Cuántos años tienes entonces? —Tan pronto lo pregunté me arrepentí—. Lo siento, perdona mi mala educación, pero es que pareces tan joven...

—Gracias, no te preocupes. Tengo cuarenta años.

Mi boca se abrió del asombro. Aquella mujer podía ser mi madre y parecía mi hermana. Alucinaba con lo bien que se conservaba. De repente me sentí acomplejada por una cuarentona.

—Encantada, Anyelis. Tengo que ir al trabajo, pero ya nos veremos por aquí.

Fui con el rabo entre las piernas hacia la zona de masajes. Olivia me estaba esperando para darme las instrucciones, aunque yo ya sabía cómo iba todo el tinglado.

—Olga, gracias a Dios que estás aquí. —Me agarró del brazo y fuimos hacia vestuario. Cerró con llave para hablar en privado.

—¿Qué pasa, Olivia? Te veo agobiada.

De pronto se echó a llorar. Me dejó a cuadros. No creía que aquella mujer tan seria y serena se pudiera desmoronar. Le puse la mano en el hombro e intenté consolarla. Desde luego, mi día iba de mal en peor.

—Tengo que ausentarme porque necesito ir a casa a hablar con mi pareja.

Bombazo: Olivia tenía pareja.

—No sabía que vivías con alguien. Como siempre estás aquí...

—Es complicado. Él también tiene un trabajo absorbente y, además, lo conocí aquí. Ya sabía dónde se metía cuando empezó la relación conmigo. Lo que pasa es que ayer discutimos y estoy fatal, necesito hablar con él y solucionarlo.

Se la veía hecha polvo. Sufría por su amor. La ojos de gato seria e impertérrita tenía también su corazoncito.

—No te preocupes. Vete a casa y habla con él, seguro que se soluciona todo. Yo esto me lo conozco y puedo controlarlo.

—He dicho que tenía que salir a solucionar un problema con un abogado. Tú no des explicaciones, ya saben que te quedas al mando. No cedas y no dejes que te chuleen.

—Tranquila, todo estará bien. —Me mostré firme.

—No le cuentes esto a nadie, por favor —me imploró.

—Vete ya. Por mí puedes estar más que tranquila.

—Volveré en un par de horas.

Olivia se fue angustiada. Me dio mucha pena verla así. Cada vez me planteaba más lo de tener una relación. Todos sufrían y salían mal parados. Yo pensaba en mi hombre misterioso y no era una mala opción: no sabía su nombre, ni quién era. Desconocía todo de él excepto una cosa: follaba divinamente. De momento, era mi mejor opción. ¡Fuera las complicaciones!

12

Olivia, tal como me había dicho, regresó a las dos horas. Su semblante se había transformado por completo y lucía feliz y radiante. Imaginé que todo se había solucionado y ella me lo confirmó con una amplia sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias por hacerme este favor, no lo olvidaré. Ya vuelve a estar todo bien entre nosotros.

Al decir eso último se ruborizó.

—Me alegro —respondí—. Por aquí todo como siempre. Están a punto de salir de la cabina dos y cuatro y todo a tope.

Me dio el dinero del taxi de ida y también para el de la vuelta. Parecía que el día no iba a terminar tan mal. Por lo menos, Olivia tenía su historia feliz y arreglada, y yo llegaría a tiempo para picar algo y dormir lo suficiente para aprovechar el día siguiente, antes de volver al trabajo. Me despedí y salí otra vez por recepción para llamar a un taxi. Allí me encontré de frente con Abel. Estaba guapísimo a rabiar con unos vaqueros gastados y una camiseta negra ajustada que se pegaba a su cuerpo perfectamente. Quise esquivarlo, pero era imposible no pasar por delante de aquel escultural cuerpo de pelo rubio y ojos de color azul cielo. Aun así, apuré el paso y evité pararme fingiendo prisa, como si estuviera ardiendo mi casa.

—Buenas noches, Abel. Adiós. —Y seguí hacia delante con los pies que me echaban humo.

—Espera. —Oí sus pasos detrás de mí.

—Tengo muchísima prisa...

Al final me alcanzó y me agarró por el brazo.

—¿Dónde vas así de desbocada? Tómate algo conmigo. ¿Ya no tienes tiempo para un viejo amigo?

Su mirada era insinuante y me ponía nerviosa. Recorría con atención todo mi cuerpo y eso hacía que tuviera más calor del que realmente hacía.

—Vaya, ahora somos viejos amigos —le espeté—. Es la primera noticia que tengo.

—Venga, Olga, relájate un poco. No sé cómo actuar contigo... Siempre que intento dar un paso tú das tres hacia atrás. ¿No podemos sentarnos a tomar algo y charlar como dos adultos? No estés siempre a la defensiva.

Abel tenía algo de razón. Últimamente estaba bastante distante y muy a la greña con todo el mundo. No me fiaba. Y el carácter se me estaba haciendo bastante agrio, pero esa era mi manera de protegerme y evitar que me hicieran daño. Resoplé y bajé la tensión de mis hombros. Supuse que tomar algo con Abel no me haría daño.

—Está bien, tú ganas.

Me pasó la mano por la cintura y me acompañó a la barra del hotel, que estaba muy cerca de la recepción. Su solo contacto hizo que se me pusiera la carne de gallina. Abel seguía gustándome mucho, quizá demasiado, y eso era peligroso. Me separé un poco de él y me senté en un taburete, también de color rojo. Crucé las piernas, lo que hizo que mi vestido subiera ligeramente. Abel clavó la mirada en mis muslos. Intenté ignorarlo y me giré hacia el camarero, pidiéndole un Martini blanco bien frío.

—Que sean dos —le pidió Abel al camarero.

Cuando me sirvieron la bebida, le di un sorbo y dije:

—No tengo mucho tiempo, mañana trabajo y tengo que llamar a un taxi.

Abel me lanzó una mirada que hizo que el taburete hirviera entre mis muslos.

—¿No librabas hoy?

—Sí, pero he venido a cubrir a una compañera —mentí a medias.

Dio un sorbo a su copa de Martini sin apartar sus ojos de mí.

—Yo te llevo a casa —se ofreció—. No tienes que ir en ningún taxi a estas horas.

—Será mejor que sí...

—¿Es que no te fías?

Su voz rezumaba sensualidad por todos los poros de su piel. Me estaba poniendo cachonda y no era lo que estaba buscando. Ya me había engañado una vez y no quería volver a pasar por eso.

—¿La verdad? No.

—¿No me vas a perdonar lo de Loreto?

—Eso casi me da igual —respondí—. Al fin y al cabo, yo también estuve con ella. Lo que no me gusta es que me mientan en todo.

—¿En qué te he mentado?

Me levanté del taburete e hice ademán de irme. No tenía ganas de discutir y empezaba a cabrearme.

—Déjalo, Abel, la estás cagando. Tú y yo no somos compatibles.

Entonces me agarró por la cintura y su cuerpo se pegó a mí. Su boca buscó la mía con desesperación. Cuando nuestros labios entraron en contacto, me quemaban, me abrasaban. Mi cuerpo recibió un fogonazo de pasión repentina y mi sexo se humedeció al instante. Dios, cómo le deseaba. Su boca me besaba, me lamía, me chupaba, me cortaba el aliento y yo simplemente me dejaba llevar por aquel tórrido beso inesperado. Mi cuerpo era un torbellino de sensaciones y sentimientos confusos que no lograba descifrar. El deseo me nublaba el juicio.

La lengua de Abel indagaba dentro de mi boca mientras su cuerpo me aplastaba contra el suyo. Dejé escapar un gemido y mis manos se envolvieron en su sedoso pelo rubio. No me importaba si alguien nos miraba, solo quería que Abel siguiera succionando mi lengua y restregando su polla hinchada por la erección con mi húmedo y ansioso coño.

—Olga —gimió Abel dentro de mi boca.

Un solo segundo de raciocinio atravesó mi mente y logré separarme de la lujuria que había despertado ese hombre en mí.

—No es buena idea, lo siento. —Me libré de sus garras.

Agarré mi bolso y mi calentón y salí disparada del bar. Llegué a recepción, donde no había nadie.

—Joder —maldije.

—Yo te llevo a casa, si quieres. O podemos subir a una habitación...

Abel venía otra vez tras mis pasos y me quedé blanca al escucharlo.

—Maldita sea, Abel, no juegues conmigo. No me lo pongas difícil. Si nos liamos la vamos a cagar. Yo trabajo aquí, cosa que no fue gracias a ti. También me mentiste en eso. Toda nuestra relación es una mentira, no va a funcionar; además, hay otra persona...

Puso cara de sorpresa y retrocedió.

—¿Cómo se llama? ¿Lo conozco?

—¡Venga ya! ¿Ahora me vas a venir tú con celos? Te recuerdo que no tenemos nada. Ni siquiera somos amigos.

Volvía a sacar lo peor de mí. Abel torció la boca en un gesto de disgusto. Lo estaba jodiendo y tampoco entendía por qué le molestaba. No teníamos una relación, no teníamos nada. Aun así, sí que había una atracción bestial entre nosotros. Me mordí el labio casi hasta hacerme sangre. Estaba muy caliente y deseaba a Abel, pero al contrario de lo que él había hecho conmigo, yo no quería ni mentirle ni utilizarlo.

—Olga, me vuelves loco... Te deseo.

Abel volvió a acercarse y me besó con mucho más ímpetu que antes. Estaba perdida. Podía darse por follado, porque ahora él tendría que ocuparse de la lujuria que había desatado en mi interior.

—Abel —le dije entre jadeos—, que te quede muy claro: vamos arriba a follar, solo a follar.

—Lo que digas... —Selló mi boca con sus labios.

*

Nada más entrar en la habitación Abel me llevó a la cama y se precipitó encima de mí. Siguió besándome hasta que se me inflamaron los labios. Su incipiente barba me rascaba el mentón y notaba que me escocía la cara, pero él no se separaba de mi boca. Notaba lo empalmado que estaba. Se restregaba contra mi coño húmedo y yo me mareaba de la excitación que me provocaba. Como siguiera con esas frotaciones me correría sin necesidad de que me penetrara.

Bajó entonces el tirante del vestido y fue a por uno de mis pechos. No llevaba sujetador y eso le embraveció todavía más. Lo chupó y le dio un pequeño mordisco que me provocó una mezcla de dolor y excitación. Grité y me retorcí debajo de su cuerpo. Apenas podía moverme bajo aquel cuerpo que me aplastaba entera. Le levanté la camiseta y mis manos acariciaron su torso duro y musculoso. Abel era perfecto en todos los sentidos. Sus manos bajaron a mis caderas y me levantaron el vestido. Solté un gemido y abrí las piernas para que se acoplara entre ellas. Las bragas me estorbaban y los pantalones de Abel eran una barrera que quería quitar de en medio de una vez.

Se separó de mi cuerpo un instante y yo pude aspirar un poco de aire, mezclado con la fragancia que él llevaba y que tanto me gustaba. Eso aceleró todavía más mis sentidos. Estaba maravillada viendo cómo se desnudaba y cómo su polla, enorme, dura y excitada, brillaba hermosa y lista para poseerme. No pude evitarlo y me lancé sobre él sin remilgos. Agarré su polla y me la metí en la boca.

—Olga...

Estaba de pie delante de la cama y yo de rodillas con el vestido enrollado por la cintura. Con una mano le agarré el tronco de su enorme polla y mi boca se deslizó por su capullo hasta abajo. Subía y bajaba, notando las venas hinchadas y el flujo de su sangre corriendo por ellas a toda velocidad. Un chorrillo de líquido preseminal salió del capullo rosado de Abel y lo lamí con mi lengua mientras lo miraba a los ojos. Estaba excitada, cachonda y zorróna. Abel se volvió loco y me separó unos centímetros. Terminó de quitarse los pantalones y de un tirón me quitó las bragas y el vestido.

—Ven aquí, me tienes enfermo.

Me dio la vuelta y me colocó sobre él a la inversa. Mi coño quedó encima de su cara y yo podía seguir saboreando su polla. Era un sesenta y nueve perfecto, el morbo absoluto. Y yo casi me derrito cuando sentí su lengua en el interior de mi coño.

Yo mamaba su polla mientras con la mano lo masturbaba. Su piel era suave y me gustaba follarlo con la boca. Notaba cómo apretaba las nalgas y se contenía; estaba muy al límite y yo jugueteaba con mi lengua alrededor de su glande.

—Mmm... —Abel ahora tenía su boca en todo mi coño y su lengua jugaba con mi clítoris, gordo y estimulado.

Yo hacía lo mismo en su capullo y luego bajaba y subía todo lo largo de su polla hasta el fondo de mi garganta. Me dio un azote en el culo que me picó.

—Voy a correrme si sigues haciéndome esas cosas con la lengua — gimió sofocado, con la respiración entrecortada.

—Córrete —le insté.

—No, preciosa. Tú primero.

Hundió su cara en mi vagina y su lengua se introdujo en lo más profundo de mi vulva. Tuve que dejar de chupársela, porque me arqueé

hacia atrás en un orgasmo estrepitoso y monumental. Todo mi cuerpo temblaba y me convulsioné en su boca, pero él siguió succionándome mientras me agarraba con fuerza de las caderas. Era una mezcla de tortura y placer. Y él no se dio por satisfecho hasta que se bebió la última gota de mi orgasmo.

—Dios, Olga —gimió excitado.

Cuando me dejó descansar sobre su pecho volví a lo que estaba y mi boca se acopló a su enorme polla. Pasé mi lengua desde la base hasta la punta profiriéndole unos lametazos que hicieron que se estremeciera. Sus manos agarraron mi culo con fuerza. Entonces me la clavé en la boca de nuevo y empecé a chupar hasta que me dolieron los carrillos. Era deliciosa y noté que me excitaba de nuevo. Sus manos presionaron mis nalgas y un dedo se insertó en mi coño. Abel se contoneaba y movía las caderas para follarme la boca.

—Olga...

Sabía que se iba a correr debido a la fuerza con la que me agarraba y por cómo movía su dedo en mi interior. Frotó mi clítoris y me proporcionó otro orgasmo al mismo tiempo que él me inundaba la boca con su semen. Quiso apartarse, pero no lo dejé. Lo chupé, lo lamí y me lo tragué todo hasta vaciarlo. Se quedó exhausto y rendido. Estábamos empapados en sudor y satisfechos de nuestro reencuentro sexual.

—Olga, ha sido fantástico.

—Lo sé, un buen polvo.

Quise dejar claras las distancias desde el primer momento.

—Olga... —dijo de nuevo.

—Voy a ducharme. Ya has tenido lo que querías. Ambos lo hemos tenido.

Una vez en la ducha cerré la puerta. Sé que sonaba fría y que parecía una arpía, pero solo quería protegerme de él y no hacerme ilusiones para que luego no me rompiera el corazón. Sin embargo, aunque me dijera a mí misma que aquello solo era un polvo mi cuerpo y mente no follaba con Abel... iban más allá que eso. Y me aterrorizaba.

Estaba debajo del agua y oí cómo Abel entró en la ducha. No dije nada, dejé que se duchara conmigo, porque no me apetecía seguir con el plan borde. Entonces empezó a acariciarme la espalda y el cabello y me abrazó por detrás mientras el agua caía entre nosotros.

—¿Por qué no me das otra oportunidad? —me susurró al oído.

Me puse tensa y mis alertas de peligro se encendieron. El corazón me iba a mil.

—Porque no me fío de ti. —Fui sincera.

—Pero te gusta hacer el amor conmigo. Disfrutas, nos entendemos...

—Abel, me gusta tu cuerpo, me gusta follar contigo... Son cosas diferentes.

No podía dejar que supiera lo que realmente sentía por él.

—Pues entonces, fóllame, utilízame. Si quieres que sea así...

Aplastó mi cuerpo contra la pared de la ducha y empezó a besarme de nuevo. Todavía me dolía la barbilla por los besos apasionados de antes. Quise apartarme, pero la mecha que prendió en mí fue instantánea. Me levantó por debajo de las rodillas a horcajadas y su polla entró con una facilidad asombrosa en mi vagina. De deslizó por mi humedad y empezó a clavármela allí mismo. Yo me sujetaba a su cuello y él, con las manos debajo de mis posaderas, me elevaba y bajaba buscando la profundidad. Yo gemía como una desesperada. Mientras, su boca iba de un pezón a otro, torturándome con pequeños mordiscos placenteros que me llevaban a lo más alto del erotismo.

—¿Te follo bien? —preguntó. Había resentimiento y rabia en aquellas palabras.

—Sí, sí, sí...

Me bajó al suelo. Estaba mirando hacia la pared, la misma posición en la que me había puesto el día anterior el misterioso desconocido, lo que me puso todavía más cachonda y excitada. Abel empezó a embestirme. Joder, me estaba echando el mejor polvo de toda mi vida. Me estaba follando con pasión, lujuria, deseo, morbo... lo tenía todo.

Agarró mis pechos con fuerza y se impulsó para que su polla me llegara más adentro. Solté un grito de dolor. Él paró asustado.

—¿Te he hecho daño?

—No pares, por Dios...

Abel dio rienda suelta a su pasión y siguió poseyéndome con fiereza. Me dolía el culo de los golpes de su pelvis; sus testículos rebotaban hasta tocarme el clítoris. Estaba totalmente abierta y estallé en un orgasmo que casi me deja sin sentido.

—Sí, oh, sí...

Él me embistió cuatro veces más y noté cómo se corría dentro de mí, inundándome por completo. Lanzó un gruñido y apoyó su cara en mi cuello. Después, nos dejamos caer y, mientras el agua se llevaba nuestros fluidos y el sudor de la follada, quedamos sentados en la ducha.

Follar con él era muy diferente a hacerlo con el misterioso desconocido. Abel me producía sentimientos que yo no quería que surgieran, pues me daba miedo. Lo pasé mal cuando mi novio me traicionó con mi compañera de piso de la universidad; casi llegó a anularme como mujer, como persona o ser humano. Me abandoné y me perdí el respeto a mí misma. Me infravaloré y no quise que ningún hombre volviera a tener ese efecto sobre mí.

Por el contrario, ahora era fuerte, inteligente y los hombres caían rendidos a mis pies. ¿Por qué iba a complicarme con una relación? Cuando follaba con el desconocido me lo pasaba en grande y cada uno para su casa. Me gustaba muchísimo. Era parecido a Abel: alto, rubio, guapo y follaba genial, solo que no me hacía sentir nada más allá de lo puro y estrictamente físico.

Entre los brazos de Abel me sentía a gusto. Me relajaba. No me apetecía irme a casa, pero tenía que mantener la distancia o acabaría enamorada de él hasta las trancas. Así que salí de la ducha.

—¿Dónde vas? —gritó desconcertado.

Estaba desnudo y era hermoso. El agua le caía por aquel cuerpo escultural y perfecto y el pelo rubio le tapaba sus preciosos ojos azules.

—A casa. Mañana trabajo y debo descansar para aguantar el tipo. Me parece que mañana tendré agujetas.

—Quédate esta noche conmigo.

Su mirada era de súplica. La tentación era grande y más aún si miraba hacia sus partes bajas, que parecían cobrar vida de nuevo.

—No puedo, en serio. Tengo que trabajar mañana.

Me enrollé en la toalla y empecé a secarme.

—Sabes que puedo sacarte de trabajar —dijo—. Conmigo no te faltaría de nada.

Aquello me sentó como una patada en el culo. Lo miré fijamente a los ojos y le contesté con rabia:

—No quiero que me mantengas. Ni tú ni nadie. Me gusta mi trabajo y seguiré haciéndolo, aquí o donde sea. No soy una mujer florero. Y el hecho

de que hayas follado conmigo no te da ningún derecho sobre mí. Que no se te olvide.

—Joder —refunfuñó, saliendo del baño.

Me vestí a toda prisa. Solo quería salir de aquella habitación, que ahora me parecía claustrofóbica. No entendía a Abel. Tenía el don de pifiarla cuando había un rayito de esperanza entre los dos.

—Olga, no me malinterpretes, joder. ¿Tan malo es querer estar contigo?

—No, lo malo es querer que sea de tu propiedad.

—No he dicho eso —gruñó.

—¿Entonces no tienes problemas si mañana me follo a otro tío? —le espeté—. ¿Al que me plazca?

—No me haría ninguna gracia —confesó torciendo la boca y apretando los dientes.

—Pues es lo que hay. No tenemos una relación. Me ha encantado este rato contigo, Abel, pero búscate a otra que sea más manejable que yo. Adiós

Abrí la puerta para irme.

—Olga —gritó.

Pero yo ya me había ido y lo dejé, desnudo detrás de la puerta, gritando mi nombre. Me fui mal, con un sabor amargo en la boca, porque por un lado quería ser la chica dura que deja al chico bueno y guapo tirado en la habitación de un hotel, pero, por otro, algo dentro de mí me decía que aquello no era lo que deseaba realmente. Aunque ya estaba hecho.

13

El sábado fue una tortura para mí. Tenía agujetas hasta en las pestañas. La jugera sexual de los días anteriores, con el desconocido y con Abel, sumado al entrenamiento en el gimnasio, me habían pasado factura. Me costó mucho acabar mi día de trabajo y estaba deseando llegar a casa y romper la cama. A Mila no le vi apenas el pelo. No durmió en casa y supuse que habría pasado la noche con Bruno. Tuvimos tanto trabajo que no pudimos charlar ni cotillear nada.

Terminé el último masaje y me dirigí hacia el vestuario para cambiarme cuando entró Olivia y se sentó a mi lado. Llevaba un vestido de raso gris y encaje negro. Parecía más un picardías que un vestido, pero a ella todo le sentaba jodidamente bien.

—Un día duro... —me dijo cruzando las piernas y estirando el delicado vestido—. Hoy hemos estado a tope. Tu agenda no tenía un hueco libre.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Estoy literalmente muerta —contesté agotada. Me pesaba todo el cuerpo y solo anhelaba irme a casa a dormir.

—Quería volver a darte las gracias por lo de ayer. Ahora estoy bien con mi pareja y todo vuelve a ser como antes... Estoy tranquila. Quería que lo supieras.

—No me tienes que dar explicaciones. Me alegro que lo hayáis arreglado. La verdad, si te soy sincera, es que no te imaginaba con pareja.

Me puse unos vaqueros cortos y una camiseta mientras ella permanecía sentada.

—En este trabajo no puedo permitirme tener amigas ni tampoco tengo tiempo a conocer muchos hombres —se sinceró—. Me refiero a hombres que vayan en serio, pero Omar fue algo especial; estoy a gusto con él.

—Pero dijiste que lo habías conocido aquí, ¿no?

Ella se sonrojó y se retorció las manos, inquieta.

—Sí. Cuando empecé a trabajar en el hotel era masajista, como tú. Omar era un cliente que lo estaba pasando mal. Solo pedía los masajes conmigo... y una cosa llevó a la otra. Al final nos enamoramos y ya llevamos cuatro años juntos.

Me dio un vuelco el corazón. Parecía que estuviera contándome mi historia con Abel. Sentí un poco de melancolía y tristeza.

—Me alegro de que todo vaya bien entre los dos, de verdad.

La puerta del vestuario se abrió y entró Mila, que venía toda pringada de aceite. Tenía unas ojeras oscuras alrededor de sus bonitos ojos azules. Se nos quedó mirando a las dos con cara de no entender nada.

—¿Pasa algo? —preguntó parada en la puerta.

—No —respondió Olivia—. Entra y límpiate, que menuda pinta tienes. Luego marchaos a descansar. Hoy os habéis ganado bien el sueldo.

Se levantó y salió con pasos elegantes del vestuario. Mi amiga me miró y puso cara de interrogación. Yo acabé de vestirme y le dije que se diera prisa y que se cambiara.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Me he perdido algo?

—Tú sabrás. —Me encogí de hombros—. No te he visto el pelo en casi dos días.

—Sí, ya, tenemos que ponernos al día. —Se sonrojó ella, rascándose la cabeza.

—¿Qué tal con Bruno?

—Madre mía, Olga. Ese hombre es puro fuego. Estoy agotada. Ahora entiendo cuando me contabas lo tuyo con Abel. Como sea genético...

Al pronunciar su nombre bajé la mirada. No pude evitar sentirme mal y tener remordimientos por haberlo tratado de aquella manera y dejarlo tirado en la habitación. Mila se dio cuenta de que pasaba algo.

—Olga, ¿qué te ocurre?

—Uf, Mila —suspiré—. Es que ayer fue un día de locos. Estoy agotada física y mentalmente. Tengo la cabeza hecha un lío. Dúchate y luego hablamos en casa...

*

La noche anterior estábamos tan agotadas que fue entrar en casa y caer rendidas sobre la cama. No tuvimos tiempo ni ganas de hablar de nada. El

domingo amaneció un día de calor insoportable. Me desperté empapada en sudor, pegada a las sábanas. Había dormido del tirón. Cuando consulté el reloj despertador que tenía encima de la mesita de noche vi que eran las tres de la tarde.

Me levanté y me asomé a la terraza. La playa estaba a tope de gente y el mar daba envidia verlo. Oí refunfuñar a Mila a mis espaldas; se acababa de despertar también. Tenía el pelo revuelto y llevaba puestas solo las bragas.

—Tía, como te vea algún vecino lo vas a volver loco —le dije riéndome.

—Déjate de coñas, que tengo el chichi escaldado de tanto follar. A Bruno le habrán dado dos infartos, pero tiene la polla bien sana y dura.

Mila se rascó la entrepierna e hizo muecas, fingiendo cara de dolor exagerado. Yo no podía parar de reírme ante sus caretos; era muy graciosa.

—¿Preparo unos bocatas y nos bajamos un rato a la playa?—le sugerí.

—Vale, pero me tienes que contar lo que ronda por tu cabecita.

Nos pusimos los bikinis e hice los bocadillos. Bajamos a la playa por donde había menos gente, aunque estaba abarrotada, y, tras darme un baño rápido, regresé a la toalla con Mila para comerme el bocadillo de jamón y queso que me había hecho. Entre bocado y bocado empezamos a ponernos al día de nuestros amoríos y encuentros sexuales.

—Pues me fui a comer con Bruno a un restaurante muy elegante —empezó a relatarme Mila—. Él come todo muy sano, aunque luego le metió unos lingotazos de whisky que no me gustó nada. Le dije que no debía, por la medicación y su corazón, y me hizo caso y se controló. Después regresamos al hotel y entramos en una suite especial que tiene. ¡Madre mía, Olga!

Mi amiga se tapó los ojos de la vergüenza y dio un trago a la botella de agua fría que nos habíamos traído.

—¿Qué? —me incorporé.

—Bruno tiene una polla enorme, ya lo sabes. Creo que se tomó una Viagra, porque empezamos a follar a las siete de la tarde y estuvimos hasta las tantas de la madrugada. Me lo hizo de todas las formas posibles: por delante, por detrás, de pie, a cuatro patas, en la ducha...

—¡Para! —dije sofocada—. Me vas a poner cachonda con tanta posición.

—Pues ahí no quedó la cosa. Me llevó a la habitación de «Mírame y no me toques».

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué me estás contando? ¿Le va el rollo ese?

—A Bruno le va todo. Me folló delante de dos parejas sin pudor ninguno. Tengo que confesarte que yo me puse como una perra y le comí la polla delante de todos. Tienes que probarlo.

—Joder, Mila, sí que os lo habéis pasado bomba.

Me estaban entrando unos calores horrorosos, ya no sabía si por el sol o por lo que me estaba narrando.

—Bueno, yo ya te he contado mi aventurilla —concluyó—. Ahora tú. Ya sé que el jueves estuviste con el desconocido. ¿Qué pasó el viernes? ¿Y qué te traes con Olivia?

No podía contarle las intimidades de nuestra jefa, porque se lo había prometido, así que decidí contarle lo justo, omitiendo esa parte.

—El viernes fui a entrenar y a comer con mis padres. Luego me llamó Olivia para que la cubriera unas horas, porque tenía un asunto personal.

—¿Qué asunto? —Su curiosidad era innata.

—No lo sé —mentí—. Yo fui hacerle el favor y no entré en más detalles.

—Así que te fastidió el día libre.

—Te cuento —continué—. Fui al trabajo y todo bien. Olivia llegó a su hora y yo ya me venía para casa cuando me encontré a Abel. Me invitó a una copa y, al final, acabamos en la cama.

Mila movió la cabeza asombrada al tiempo que agitaba una mano delante de mi cara.

—Espera, rebobina. ¿Te has tirado a Abel en el hotel?

—Sí, dos veces —contesté avergonzada.

—Ole tú —aplaudió.

—No, Mila, me siento fatal. Abel quería volver conmigo bajo sus normas y yo lo rechacé. Lo dejé tirado en el hotel y me fui dándole con la puerta en las narices.

Ella se puso seria y me observó con detenimiento. Yo respiraba fuerte y me notaba el pulso acelerado al recordar aquel momento.

—Olga, ¿qué sientes por Abel? Está claro que te ha dejado tocada.

Negué con la cabeza y aparté la mirada de los ojos de Mila. Miré hacia la orilla de la playa, donde había gente caminando: parejas de enamorados abrazados que dejaban que el agua les golpeará los pies, niños jugando...

Entonces abrí la boca por completo; y casi se me para el corazón cuando me fijé en una pareja que caminaba de la mano. Ella apoyaba su cabeza en el hombro de él y le daba un beso en los labios. Era la más hermosa de las imágenes que uno podía contemplar, salvo si esas dos personas no me estuvieran atravesando el corazón con una daga.

—Olga, ¿qué pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

Mila se giró hacia donde yo tenía clavada la vista. No podía apartar la mirada de allí.

—Hostias, será cabrón —masculló mi amiga.

—No, está haciendo justo lo que yo le dije que hiciera —susurré con la voz quebrada.

—¿Quién es esa? La verdad es que es un monumento de mujer.

Mila se refería a Anyelis. Era la mujer que paseaba agarrada de la mano de Abel. La mexicana sonreía; se la veía feliz. Lucía un bikini de color amarillo que resaltaba su moreno y su espectacular cuerpo lleno de curvas. Nadie diría que esa mujer tuviera cuarenta años. De repente, me sentí incómoda y quería irme a casa.

—Esa es la nueva ayudante personal de Abel —la informé—. Trabaja en el hotel, se llama Anyelis, tiene cuarenta años y es mexicana. Ahora me voy a casa, creo que no me ha sentado bien el bocata.

—Y una mierda. Lo que no te ha sentado bien es ver a Abel con ese pibón. Joder, ¡cuarenta años!, si parece mi hermana pequeña.

—Baja la voz, nos va a oír y no quiero que nos vea —le regañé entre dientes.

—Oh, pues demasiado tarde.

Abel se había girado hacia donde estábamos tumbadas y enseguida me clavó la mirada. Le susurró algo al oído a Anyelis y esta levantó la mano y empezó a saludarnos desde la orilla.

—Mierda —gruñí.

Se acercaban hacia nosotras y eso no me hacía ni pizca de gracia. Abel estaba imponente, con un bañador estampado que le llegaba por encima de las rodillas. Su piel, cubierta por gotas de agua, relucía como el dios Neptuno. Se llevó una mano hacia su pelo mojado y se lo echó hacia atrás.

Por favor, era una tortura ver ese cuerpo semidesnudo tan cerca y de la mano de otra mujer. Llegaron a nuestro lado y nos pusimos de pie para saludarlos.

—Hola, chicas, ¿pasando el rato en la playa? —dijo, mostrando aquella dentadura perfecta.

—Sí, refrescándonos un poco antes de volver al trabajo —contestó Mila.

—Os presento a Anyelis.

—Encantada —dijo mi amiga. Y luego le dio dos besos.

—Ya nos conocemos —repuse yo, evitando besarla.

Abel puso cara de sorpresa y de circunstancia. No se esperaba esa reacción.

—¿Cuándo os conocisteis?

Estaba pisando arenas movedizas; mejor que se estuviera callado. Yo estaba rabiosa y quería hacerle daño, así que iba a ir a por todas, pero Anyelis se me adelantó.

—El viernes, cuando estuve en recepción un rato. Vino a cubrir a Olivia.

—Cierto —corroboró Abel.

—También hablé contigo el jueves por la noche —añadí—, cuando solicité compañía desde la habitación VIP.

Todos guardaron silencio. Abel apretó los puños de la rabia y Mila no sabía dónde meterse.

—Sí, puede ser... Esa noche empecé a trabajar.

—Pues sí que te has dado prisa —insinuó Mila—. Bueno, nosotras nos vamos, que trabajamos esta noche y tenemos horas por delante.

Anyelis se quedó cortada y Abel estaba furioso. Pude verle la cara antes de volver a darle la espalda y marcharme. Lo que no me esperaba era que se acercara y me dijera al oído:

—¿De qué vas, Olga? ¿No es esto lo que querías? Pues tenle respeto y no te pases.

—Vete a la mierda, Abel —escupí iracunda.

Me pasó la mano por la espalda y me ericé al momento. Su contacto era fuego puro para mis entrañas.

—Sé que me deseas, noto cómo me miras.

—No vuelvas a tocarme —le amenacé—. Vete con tu mexicana, que dicen que son muy ardientes...

—Lo son —afirmó muy seguro.

Aquellas palabras fueron un mazazo para mí, pero no tenía derecho sobre él; ni él sobre mí.

—Me alegro por ti.

Mila y yo recogimos las cosas y fuimos hacia el apartamento.

—Olga, no corras..., que con este calor no puedo caminar tan deprisa.

Mi amiga se quejaba, porque yo iba acelerada. Solo quería llegar a casa y perder de vista a Abel y a la mexicana. No tenía ningún derecho a ponerme como me había puesto, pero me alteré demasiado. Me paré y esperé a que me alcanzara Mila. La pobre venía jadeando.

—Lo siento, he perdido las formas —me disculpé.

—No pasa nada. Esta noche puedes desahogarte con tu desconocido.

—¿Cómo dices?

—Nena, hoy es domingo, ¿recuerdas?

—Paso. No quiero saber de hombres en un tiempo, vamos.

—Pues yo pienso pasar esta noche con Bruno. Por cierto, piensa en comprarte un coche, porque no vas a ganar para pagar taxis.

—Lo miraré.

Tenía razón. Ya era hora de que me comprara un coche y así no depender de nadie. Miraría uno de segunda mano. Hablaría con mi padre, pues él entendía bastante y así no dejaría que me engañaran. Ahora, con todo lo que estaba ganando podía permitírmelo.

*

Una vez en casa fui directa a la ducha. Me estaba secando el pelo cuando vi que el móvil se movía sobre la cama. Apagué el secador y contesté. Era un número que desconocía.

—¿Diga?

—¿Hablo con la señorita Olga?

Era una voz de una mujer con acento argentino.

—Sí, ¿quién es usted?

—Hola, soy Amelia, la empleada del doctor Suárez. Lleva intentando comunicar con usted varios días, pero está de guardia. Quería saber si mañana podría empezar las clases con la niña Alicia.

Me quedé en blanco un momento sin saber de qué coño me estaba hablando esa mujer. Empecé a rebobinar en mi cabeza y, entonces, caí en

lo que me había comentado mi madre. ¡Las clases de historia para la hija del médico!

—Ah... —exclamé—. Tendrá que ser de cinco a seis. Antes me es imposible.

—Está bien, señorita. ¿Se toma nota de la dirección?

—Un momento...

Dejé el móvil y fui en pelotas en busca de un bolígrafo y un papel. En menudos líos me metía mi madre... Revolví en un cajón de la cocina y encontré un lápiz y una factura vieja.

—Dígame la dirección.

Apunté las señas y menos mal que no quedaba lejos. Había un autobús que llegaba en cinco minutos desde el apartamento. Me despedí de la mujer y le dije que al día siguiente estaría a las cinco en su domicilio.

Seguí con mi pelo y luego me puse un sencillo vestido de tirantes de color verde agua. No tenía muchas ganas de emperifollarme; mi desconocido tendría que buscarse otra alternativa. Yo estaba más que servida y, en caso de necesidad, cogería el vibrador que tenía por ahí guardado entre mis cosas. No me apetecía estar con ningún tío y estaba quemada con el tema de Abel. Solo quería ir al trabajo y relajarme con mis clientes y mis masajes. Los hombres me proporcionaban mucho placer, pero también muchos quebraderos de cabeza. Si sentía la necesidad, quizá probara a que me satisficiera una mujer. Aunque la única experiencia que había tenido también había resultado ser posesiva y controladora. ¿Tan difícil era encontrar a alguien para follar sin que te quisiera controlar?

Mila entró en mi habitación con un conjunto de ropa interior impresionante. Era gris brillante y llevaba piedras incrustadas. Le realzaban los pechos y el tanga era apenas un hilo que dejaba su trasero totalmente expuesto.

—¿Te gusta? —preguntó girándose para que la viera bien.

—Si eso es para Bruno procura que haya un médico cerca. ¿Quieres que le dé un tercer infarto?

—No sé para qué me gasto dinero en lencería —suspiró—. Me lo arranca en dos segundos. Es la peor inversión que puedo hacer...

—Pero seguro que el placer que te da cuando te lo arranca lo compensa todo.

Mila puso ojos de viciosa.

—Eso tenlo por seguro. Me acabo de vestir y nos vamos, ¿vale? ¿Seguro que hoy no hay hombre misterioso?

—Seguro.

14

Llegamos, otro día más, al hotel Red Pleasure. En recepción estaba la fabulosa Anyelis, con un llamativo vestido rojo y un escote que dejaba entrever unos enormes y redondos pechos. Su melena negra lucía suelta y brillante. Le dediqué un escueto «buenas noches» y aceleré el paso hacia la zona de masajes. Esa mujer me hacía sentir poca cosa, incluso ridícula. No me gustaba estar cerca de ella y su sola presencia me producía malestar. Al cruzar por delante del mostrador de recepción me llamó. Su voz dulce y sensual era tan agradable que no hacía más que acrecentar mi desagrado hacia ella.

—Anyelis, tengo prisa —le contesté de forma agria—. Mis clientes me esperan y no puedo llegar tarde.

—Yo voy preparándome, Olga, no tardes —dijo Mila con tono precavido.

Anyelis salió de detrás de la recepción y vino hacia mí. Era mucho más alta que yo y, al ponerse a mi lado, la autoestima se me cayó a los pies. Era una mujer impresionante y yo una miniatura con un simple vestido cutre de color verde.

—Olga, ¿te molesta algo de mí? —Me retó con la mirada—. Te noté tirante esta tarde en la playa. Sé que no nos conocemos, pero tampoco quiero que haya mal rollo entre nosotras, más que nada porque sé que Abel te aprecia.

«¿Que Abel me aprecia? —pensé—. Si supieras los polvos que me pegó la otra noche...».

—Solo quiero hacer mi trabajo tranquilamente —respondí—. Lo que hagáis Abel y tú en la intimidad es cosa vuestra.

Anyelis me observaba y su mirada y su sonrisa se volvieron cínicas. Enseñó su verdadera cara, se quitó la máscara.

—Quiero dejar clara la posición de cada una —me espetó—. Abel está conmigo y es solo mío. Quería aclararte ese tema. Sé que habéis tenido algo, no soy tonta; tengo más años que tú y he visto cómo te miraba.

—Todo tuyo. Creo que al final Abel ha encontrado lo que buscaba. Desde luego, yo no tengo interés en él y se ve que tú tienes más experiencia y madurez que yo. Ahora, tengo que ir a trabajar.

Le di la espalda y fui al vestuario con un cabreo de un par de narices. ¿Quién coño se creía la imbécil esa? Cerré dando portazo y Mila se sobresaltó.

—Chica, ¿qué te pasa?

—La tonta del culo esa. Que si Abel es suyo y que, más o menos, no me acerque a él. La gatita ha sacado las uñas.

—Joder, pues sí que ha tardado en hacerse dueña y señora.

—¡Que los follen a los dos! Estoy harta de tanto imbécil. —Exhalé el aire de mis pulmones con fuerza.

—No sé por qué te pones así. Si no estás con Abel es porque no te da la real gana. Él está loco por ti. Yo creo que lo de esta tía lo hace para darte celos.

—Mila, déjalo ya. Por mí como si se casan y tienen una docena de hijos. Todos los hombres son iguales, no hay ninguno que valga la pena. Solo sirven para pegar cuatro polvos y punto. Lo demás solo son disgustos y preocupaciones.

Estaba atacada de los nervios y no quería oír hablar más del tema. Me puse el uniforme y salí a la sala común a beber algo. En esas, entró Olivia y me ordenó que fuera a la sala dos. Apenas le dirigí la palabra y salí al pasillo a esperar que la luz se pusiera verde para entrar. Respiré profundo, sacudí los brazos para soltar tensión y giré la cabeza a ambos lados hasta que me crujió el cuello. Entonces, la luz se puso verde y entré.

Dentro estaba Ryan tumbado en la camilla. Era un cliente que ya había atendido, un inglés guapo y musculoso que fue uno de los primeros masajes que di en el hotel. Pasé el pestillo y lo saludé.

—Hola, Ryan. Me alegra volver a verte.

—Hola, Olga —me saludó con una sonrisa—. Necesito un masaje de los tuyos, tengo mucho estrés acumulado.

«Si yo te contara...», me dije.

—Pues nada, voy a encender las velas y el incienso y comenzamos.

La verdad es que Ryan fue lo mejor que pudo pasarme esa noche. Era un hombre dulce, guapo, atractivo, con un cuerpo que era una delicia tocar. Cuando el aceite impregnó mis manos y empezó a deslizarse por aquel abdomen maravilloso me relajé al momento. Escogí aceite de lavanda porque era el más relajante y yo también necesitaba que ese aroma invadiera mis sentidos. Mis manos iban solas, como si estuvieran programadas para perderse en aquel cuerpo fuerte. Masajeé con suavidad y delicadeza todos sus músculos. La respiración de Ryan se hizo pausada y tranquila, al ritmo de la mía. Cerré los ojos y entré en el mismo estado de relajación que él. Se me pasó la hora volando. Fue increíble cómo conectamos y esa sensación de paz, relax y bienestar que inundó y reconfortó nuestros cuerpos. Ryan dormía profundamente y me daba una lástima horrible despertarlo, pero le acaricié el pelo con mucha suavidad hasta que abrió los ojos con pereza y me sonrió.

—¿Ya se ha terminado? —preguntó aún adormilado.

—Me temo que sí. Espero que se te haya ido todo el estrés.

—Absolutamente. Me has dejado nuevo, gracias.

—Te dejo para que te duches. Cuando quieras, ya sabes dónde encontrarme.

Ryan me dio una buena propina y salí de allí como nueva. Me supo mal cogerle el dinero, porque sentía que debía pagarle yo a él por el buen rollo que me había transmitido. Por eso me gustaba tanto mi trabajo: por la paz y la tranquilidad que me aportaba y la que yo transmitía a mis clientes.

Fui a la sala común a beber y a picar algo. Tenía que entrar en breve a otro masaje. Los fines de semana siempre íbamos a cien por hora y todavía no me había recuperado del todo. Busqué a Olivia para que me diera indicaciones, pero no la vi. Apareció en su lugar Mila, con una sonrisa escandalosa en la cara.

—Uf, acabo de hacer un masaje a un tío bueno que me ha puesto como una moto.

—Mila, después dices que vas escocida —la reprendí—. ¿No has quedado con Bruno después?

—Sí, solo he dicho que estaba bueno. No he hecho nada. Quizá me he entretenido un poco en sus partes bajas... Pero es que estaba muy bueno.

—Joder, no tienes remedio.

Nos echamos a reír a carcajadas.

—Me ha dicho Olivia que vayas a la sala uno —me indicó entonces Mila—. Quiere que le hagas un masaje a ella. Te está esperando.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

Mila se encogió de hombros y yo me dirigí a la antigua sala de Izaak. La luz ya estaba en verde, así que entré. Mi jefa esperaba envuelta en un albornoz del hotel.

—Hola, no sabía que te iba a dar un masaje hoy.

—Pues sí, creo que ya va siendo hora de que pruebe a una de mis mejores masajistas.

Olivia se quitó el albornoz y se tumbó en la camilla. Le puse una toalla por encima y pasé el pestillo. El protocolo habitual.

—¿Quieres algún aceite en especial? —pregunté.

—¿Lo sueles preguntar?

—No, a no ser que me lo pidan.

—Pues actúa como si fuera un cliente más.

Escogí aceite de canela y naranja. Era uno de los que más me gustaban. Apagué las luces y empecé a masajear el cuerpo de Olivia. No tenía ni un gramo de grasa; era una mujer diez: esbelta, firme y perfecta. Mis manos se deslizaron por sus hombros y bajaron por sus pechos hasta su ombligo. Mis movimientos eran suaves y acompasados y noté cómo se relajaba y su respiración empezaba a ser lenta y suave.

—Olga, tienes unas manos maravillosas... —susurró.

—Gracias.

—Necesitaba esto. Otra vez hemos vuelto a discutir y ya no sé si lo nuestro tiene solución.

Entonces, la voz se le quebró. No pude evitar ponerme tensa. No era precisamente la persona idónea para hablar de mal de amores, pero ahí era la masajista y en mi trabajo tenía que hacer de psicóloga, de amiga o de lo que hiciera falta con tal de que mi cliente se sintiera bien y encontrara la paz que buscaba.

—Son rachas —intenté animarla—. Seguro que todo vuelve a la tranquilidad. A veces tendemos a exagerar las cosas, a darles más importancia de la que realmente tienen.

—¿Tú crees?

—Yo lo único que creo es que lo que tiene que ser será.

—Es que son muchos años juntos... Pero, a veces, parece que no lo conozco. Noto que está cambiando, le siento muy distante. Nos queremos y me hace el amor con pasión casi todos los días, pero hay algo dentro de mí que me dice que la cosa no va bien.

Mis manos se pararon en sus piernas. Me quedé flipada con lo que me estaba contando. Tenía un hombre que la amaba y la follaba todos los días... ¿Qué coño quería Olivia? ¿A Superman?

—Olivia, yo creo que estás estresada y ves cosas donde no las hay —dije—. No conozco tu relación, pero, por lo que me estás contando, eres una mujer muy afortunada.

Se incorporó en la camilla y me dio un abrazo. Me pilló desprevenida y me quedé con las manos estiradas, sin devolverle el abrazo. No sabía a qué venía aquello.

—Gracias, gracias, gracias —las lágrimas brotaban por sus mejillas.

Yo estaba desconcertada y no me quedó otra que abrazarla y consolarla. Era una situación un poco embarazosa. Tenía a Olivia desnuda entre mis brazos y no sabía qué había provocado tal acontecimiento.

—Olivia, yo...

—Perdona —dijo enjugándose las lágrimas—. Es que necesitaba oír esas palabras: que son paranoias mías y que realmente desde fuera no se ve como yo lo siento.

Cada vez me dejaba más descolocada. Ese hombre sí que la tenía loca de amor. Estaba muy sensible.

—Date la vuelta —le indiqué—. Relájate y disfruta del masaje. Seguro que lo tuyo con tu marido se va a solucionar.

—No estamos casados —aclaró—. Vivimos juntos desde hace cuatro años, pero nunca me lo ha pedido.

—Bueno, es solo un papel. Lo importante es que tienes su amor y él tiene el tuyo. Ahora intenta no hablar y relájate.

—Gracias por escucharme. Lo necesitaba.

Menudo papelón. Yo, que veía a Olivia como la ojos de gata, una mujer fría y sin corazón, ahora resultaba ser otra mujer totalmente controlada bajo los influjos de un hombre. ¿En qué mundo vivimos? Joder. Esperaba no perder nunca la cabeza así por un tío. En realidad, lo había hecho una vez y aprendí la lección. Por eso, cuando empezaba a sentir algo parecido al amor salía pitando.

Al final conseguí que Olivia se relajara. Le dediqué más tiempo del que le correspondía, pero es que cuando se quedó dormida no quería despertarla por nada del mundo. Esa mujer estaba sufriendo mal de amores y un estrés horroroso, así que necesitaba su momento de desconexión. Cuando abrió los ojos y comprobó que se había excedido en media hora, todo el caos volvió a su cabeza. Se vistió como una loca y entró en pánico. Tuve que agarrarla por los hombros y sentarla frente a mí. Me jugaba el puesto, pero ya que ella se había sincerado conmigo, ahora me tocaba darle un consejo a ella.

—Tranquilízate —le dije—. No pasa nada si un cliente entra tarde. Muchos se retrasan y, al final, hacemos la noche de todos modos. Hoy la que necesitaba este tiempo y este momento eres tú. No lo eches a perder ahora con tu histeria. Aquí la única que vale la pena eres tú. Si tú te bloqueas se paraliza todo. Así que respira, tranquilízate y sal ahí fuera serena, como la jefa que eres de este chiringuito.

Olivia abrió sus ojos de gata de par en par. El gris brilló de una manera casi cegadora.

—No sé cómo agradecerte eso. —Me apretó la mano con cariño.

—¿Con un día extra libre? —le sugerí con picardía.

—Me lo pensaré...

Salió serena y firme de la sala de masajes y yo me sentí reconfortada.

Volví al vestuario para refrescarme y me encontré a Mila, que me preguntó sobre mi masaje con la jefa. Le respondí que bien, que se había quedado dormida y que le había gustado mucho. Teníamos un descanso de media hora, pues un cliente se había retrasado y otro había cancelado porque seguía de juerga en la habitación del hotel. Nos vino de fábula. Fuimos a la sala común a comer algo, pero como el aire acondicionado no funcionaba y era insoportable estar allí, cogí un bocadillo y pedimos permiso para salir a comer a la calle. Olivia nos dijo que sin problemas. Cruzamos la puerta de servicio y salimos.

Fuera hacía calor, pero una ligera brisa se levantaba de tanto en tanto y te alegraba el corazón. Se estaba en la gloria. Caminamos hasta el aparcamiento de los empleados. Entonces, los faros de un coche que llegaba nos deslumbraron. Era el Jeep negro de Abel. De repente, el bocata no me bajaba. Pude ver cómo salía del coche. Vestía unos vaqueros negros y una camiseta blanca y su pelo rubio brillaba bajo la luz de la luna.

Anyelis salió antes de que pudiera entrar él y le estampó un beso en todos los morros.

—Joder, ni deja que llegue adentro —balbuceó Mila con la boca llena.

—Hay que marcar territorio, amiga. —Sonreí con sarcasmo.

Mila siguió comiendo su bocadillo, pero a mí se me había cortado el apetito. Esperé a que terminara para poder regresar al trabajo. Allí, por lo menos, tendría la mente distraída y no me haría mala sangre.

—¿Regresamos al curro? —dijo mi amiga limpiándose la boca con una servilleta y tirándola en la papelera del aparcamiento.

—Sí, vamos, que aún nos quedan horas por delante.

Entramos de nuevo por la puerta de servicio y fuimos al vestuario a lavarnos los dientes y a adecentarnos un poco. Mila canturreaba contenta y se miraba en el espejo mientras se aplicaba un poco de brillo en los labios. Me gustaba verla con esa actitud. Sabía que estaba ilusionada con Bruno; tan solo esperaba que no le rompiera el corazón.

—Chicas. —Olivia asomó la cabeza en la sala—. Mila a la dos y tú, Olga, a la del tatami.

Luego volvió a cerrar la puerta.

—Uf, hoy tatami no me apetece nada... —resoplé—. Como me toque un parlanchín...

—Con la suerte que tienes te toca un tío bueno y pegáis un polvo.

Mila soltó una carcajada.

—No seas loca. ¡Para polvos estoy yo! Ya te he dicho que no quiero saber nada de tíos. Déjate de historias. Me voy.

Salí del vestuario y fui al pasillo en dirección a la sala del tatami. Mi ánimo había vuelto a caer en picado, los hombros me pesaban y prácticamente arrastraba los pies. Pobre desgraciado el que estuviera ahí dentro. Hoy no me iba a lucir con el mejor de mis masajes...

Cuando la luz se puso verde entré. Estaba todo oscuro y solo vi una persona tumbada boca abajo en el tatami. Apenas podía distinguirlo. Pasé el pestillo y, al entrar, me tropecé con la mesita donde estaban las velas y los aceites.

—Mierda —maldije en voz baja. Me había hecho daño en el dedo del pie.

Mis ojos se fueron habituando y pude encender una vela. Me puse de rodillas y me acerqué para presentarme a mi cliente.

—Hola, soy Olga, su masajis...

No pude acabar la frase. Cuando el cliente giró la cabeza, me encontré frente a frente con los ojos azules de Abel.

—Hola, Olga. —Sonrió ampliamente. Su voz me erizó al instante—. Echaba de menos un masaje tuyo. Espero que sigas teniendo esas manos de ángel que tanto me gustan.

Quise incorporarme, pero él fue más rápido y me sujetó por una pierna. Yo intentaba asimilar qué estaba pasando allí. Volví a quedarme de rodillas delante de él.

—Abel, creo que no es una buena idea que sea yo quien te dé el masaje —dije, intentando mantener la calma—. Puedo llamar a Mila o a otra masajista.

—Sabes que solo me gustan tus masajes. He pedido contigo y quiero que me lo hagas tú —su voz sonaba con autoridad. Nunca había visto así a Abel.

—Está bien, te haré el masaje —cedí. Si pretendía humillarme en plan jefe y yo empleada la llevaba clara. Yo era mucho más profesional que todo eso.

—Veo que lo entiendes.

—Perfectamente. Date la vuelta, por favor. —Mi voz era gélida como el hielo.

Me levanté, prendí el incienso y preparé el aceite. Escogí uno con esencia de melisa, que tenía un efecto relajante que hacía disminuir la ansiedad, pero también era un aceite algo fuerte que no era aconsejable utilizar en las personas de piel sensible. Veríamos hasta qué punto era tan duro Abel.

Me puse de rodillas de nuevo y empecé a deslizar mis manos por su pecho. Dio un respingo al primer contacto y me asusté.

—¿Te he quemado con el aceite? —pregunté preocupada.

—No, me has pillado desprevenido —contestó seco.

Sonreí para mis adentros. A este lo que le pasaba es que mi contacto le alteraba. Iba de tío duro, pero se derretía como la mantequilla en cuanto lo tocaba. Al final iba a ser una hora interesante y hasta divertida. Abel había venido con intención de fastidiarme y dárselas de tipo duro, pero saldría escaldado. «Literalmente», pensé.

La luz era muy escasa en la sala, pero mi vista ya estaba acostumbrada a la oscuridad. Él, lejos de relajarse, estaba tenso, con los músculos del abdomen contraídos y duros, lo que le marcaba unos abdominales perfectos. Deslicé mis manos por encima y no pude evitar disfrutar de aquella sensación. Me gustaba su cuerpo, su cara, su todo...

Conseguí abstraerme, olvidando que quien estaba allí tumbado era Abel. Me metí de lleno en el masaje; era algo innato en mí. Mis manos se deslizaban entre los muslos y bajaba hasta los pies estirando mi cuerpo todo a lo largo del tatami. Quedaba prácticamente tumbada en dirección contraria a él. Mis pies estaban a la altura de su pecho, mientras yo subía y bajaba a lo largo de sus piernas. Oí que suspiraba, pero estaba acostumbrada a que esos sonidos salieran de forma involuntaria de mis clientes.

Seguí masajeando el interior del muslo de Abel, bajando con suavidad hasta su tobillo, cuando, de repente, noté sus dos manos clavarse en mi trasero. Me quedé paralizada a mitad de su pierna y solté un leve gemido, ahogado por la sorpresa. Me giré y lo miré con furia.

—Esto no entra en el masaje. Si quieres carne y que te calienten vete con tu morena o sube a tu hotel y pulsa el maldito botón rojo.

—En eso tú tienes experiencia —me espetó—. Quizá debieras darme algún consejo.

—Pues mi experiencia ha sido francamente buena. Tanto que puede que hoy suba a dar una vuelta.

Pasé por encima de Abel para salir de la sala, pero me agarró y me hizo caer sobre él. Me rodeó con sus brazos y me besó hasta cortarme la respiración. Estaba resbaladizo por el aceite y olía a melisa. Su boca tenía un sabor inconfundible, sabía a Abel. Empujaba mis manos contra su pecho para zafarme, pero al mismo tiempo me moría por saborear aquella boca y todo lo que le acompañaba.

Notaba lo excitado que estaba. Mi entrepierna se resentía del dolor que provocaba aquella polla presionando contra mi fino pantalón. Dios, era una puta tortura. Abel dejó de besarme y me apartó con suavidad para darse la vuelta. Yo me quedé descolocada y el rubor tintó mis mejillas.

—¿Puedes seguir con el masaje por la espalda? —me pidió como si nada..

Si me dan una hostia en aquel momento no lo hubiera sentido. Me estaba humillando. ¿Qué coño quería de mí? ¿Por qué me hacía eso? Los ojos me escocían de la rabia y la vergüenza que sentía. Las lágrimas quemaban por salir. Abel quería demostrar que tenía poder sobre mí y me había calentado. La sangre corría a toda velocidad por mis venas y me golpeaba en las sienes sin piedad. No iba a dejar que pensara que él había ganado.

—Olga, ¿continúas el masaje? —repitió.

—Por supuesto.

Cogí el aceite esencial puro de melisa y añadí una cantidad ingente al bol. Mis manos se emplearon a fondo en su espalda y más en sus glúteos y la parte interior de sus muslos. Volví a oír cómo suspiraba; ahora yo sonreía con rabia. «Suspira, hijo de puta —pensé—. Dentro de unas horas estarás rascándote como si tuvieras la lepra». El odio me podía, así que alargué la mano e hice que el aceite le llegara hasta las pelotas. Le di incluso un suave masaje. Los suspiros crecían. Abel estaba cachondo. Se abrió de piernas como una fulana y se restregaba contra el tatami. Lo estaba poniendo cardiaco. Pero no adivinaba lo que le esperaba después. Estaba tan caliente que quiso pillarme de nuevo, pero ahí yo ya estaba alerta y me zafé de sus garras.

—Olga —jadeaba.

—El masaje ha terminado.

—Olga, quédate conmigo. —Tenía cara de cordero degollado. Ví cómo su piel se ponía roja y Abel empezaba a rascarse sus partes bajas.

—Un consejo Abel, la próxima vez pide con otra masajista.

—Pediré con quien quiera —gruñó—. Soy el dueño de este hotel.

Empezó a rascarse con más ahínco.

—Pues yo no pienso atenderte, quiero que lo sepas de antemano. Si lo deseas me despides, porque estaré encantada de no volver a verte en mi vida.

—Joder, ¿siempre tienes que decir la última palabra? —protestó—. ¿Qué coño me has echado? Me arde y me pica el cuerpo como si estuviera en el infierno.

—Es tu hotel y son tus productos. Quizá te has calentado de más. Dile a tu chica que te lleve al médico y que te echen un vistazo. A lo mejor te has vuelto alérgico a mí.

—Joder, Olga, esto duele, en serio... —se quejaba de verdad.

La piel de Abel estaba tomando un color rojizo oscuro, llenándose de ampollas. El remordimiento se apoderó de mí.

—Métete en la ducha con agua fría. Rápido —le apremié.

Estaba desesperado. De repente me sentí sumamente mal. Mientras estaba en la ducha, cogí el móvil y llamé a mi madre. Era de madrugada; por eso se asustó al escuchar mi voz.

—Mamá, tranquila —le dije, mientras Abel seguía en la ducha rascándose como un poseso—. No te preocupes. ¿Qué se puede hacer ante una reacción alérgica en la piel? Mila se ha puesto un aceite y está que rabia.

—Llévala a urgencias.

—Ya, ¿pero no hay algo para calmarla? La he metido en la ducha bajo agua fría. Me da mucha pena, me siento impotente.

—¿Tienes las pastillas tuyas de la alergia? —preguntó—. Un antihistamínico puede ayudar y si tuvieras aloe vera también. Pero deberías llevarla a urgencias.

—Gracias, mamá, eso haré. Te quiero.

Me acerqué a la ducha y le dije a Abel que me esperara, que iba a por una pastilla. Salí corriendo, con el corazón en un puño. Joder, si es que eso de hacer maldades no se me daba bien. Para eso había que nacer.

Abrí mi taquilla y hurgué en mi bolso. Por fin las encontré. Siempre las llevaba conmigo, por si me daba algún brote de alergia estacional. Luego regresé a la cabina. Abel seguía bajo el agua fría, maldiciendo y golpeando con el puño los azulejos de la ducha. Parecía que la inflamación había bajado levemente al limpiar todo el aceite de su cuerpo. Fui por una botella de agua y le di dos pastillas cuando salió de la ducha.

—Tómate esto —le ordené nerviosa.

—¿Ahora vas a envenenarme?

—Cállate y tómate las putas pastillas —le grité.

Me miró con recelo, pero se las tomó. Se veía el dolor en sus ojos y yo me sentía culpable por no controlar mi ira y haberle hecho daño a Abel de aquella forma. Fui a limpiar el tatami y a cambiarlo con desechables limpios.

—¿Qué haces? —preguntó irritado.

—Déjame hacer, Abel —alcé la voz nerviosa—. Intento ayudarte. Tengo que aplicarte aloe vera por todo el cuerpo para intentar calmar esa inflamación. Si no se pasa con las pastillas y el aloe tendrás que ir a urgencias.

—Vale —accedió, con un tono más pausado.

Una vez listo el tatami le dije que se desnudara por completo y se tumbara. Esta vez estábamos a plena luz, nada de velas ni inciensos. Tenía que ver su cuerpo con claridad. Abrí el tarro de aloe vera y empecé a untarle todo el cuerpo. Abel respiró aliviado y yo empecé a tranquilizarme.

—Dios, qué gusto —dijo casi llorando.

Me rompía el corazón verlo así. Hacía apenas unos minutos quería matarlo y hacerle daño, pero la verdad es que no podía verlo sufrir... aunque fuera un capullo.

—Parece que la rojez está bajando. ¿Sientes menos picor?

—Sí, sí, me está aliviando un montón. Ya casi no me duele, gracias.

Seguí untándolo bien por delante y por detrás, hasta en sus partes íntimas. La inflamación bajó considerablemente. Además, las pastillas estaban haciendo su efecto y le empezaba a entrar sueño.

—Abel, ahora ya sí que he terminado —dije—. Deberías quedarte en el hotel a dormir. Las pastillas que te he dado suelen dar sueño y no deberías conducir. ¿Quieres que llame a Anyelis para que te acompañe?

—No, llévame tú —murmuró somnoliento.

—Abel, lo que dije antes iba en serio. No quiero nada contigo y este ha sido mi último masaje.

—Solo te quiero a ti.

Estaba grogui por las pastillas, pero me dejó helada escuchar aquello.

—Voy a vestirme y a llamar a Anyelis —insistí.

—He dicho que no —bramó.

—Cabezón —gruñí.

Le vestí y le dije que me esperase allí un momento. Tenía que avisar a Olivia. Ya habría perdido mi último masaje y estaría de los nervios.

—No. Llámala por teléfono y que venga ella aquí.

Me estaba poniendo calentita. Tenía unos sudores de la muerte. Menuda noche me estaba dando Abelito...

Marqué el teléfono de Olivia y me descolgó nerviosa.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no sales de la cabina?

—Ven y lo verás tú misma.

Al minuto, mi jefa llamó a la puerta y cuando vio a Abel medio dormido y todavía colorado se llevó las manos a la boca.

—Dios mío, ¿está bien? ¿Qué le ha ocurrido?

—Le ha dado alergia el aceite. Lo he metido en la ducha, le he dado dos pastillas y lo he untado con aloe vera. Ahora las pastillas le están dando sueño y quiere que lo lleve yo a una habitación del hotel.

—Yo puedo llevarlo, señor Garrido —se ofreció ella.

—No, quiero que me lleve Olga. Y no le pongas más masajes hoy. Que me lleve a mi suite —ordenó.

—Sí, señor, no se preocupe —respondió Olivia, sumisa.

—Dame un minuto para que me cambie —dije—. No voy a ir así, con el uniforme pringado de aceite. Quédate con él y que beba agua. —Miré a Olivia y continué—: Lo dejo en su habitación y bajo enseguida.

Abel, aunque estaba atontado, me escuchó perfectamente.

—Cámbiate rápido y te vienes conmigo —ordenó—. Tú ya no bajas hoy.

Miré a Olivia e hice un gesto como que se le iba la cabeza a Abel. Ella estaba flipada con el panorama que se había encontrado.

Otra vez fui corriendo al vestuario. Me puse mi vestido verde de tirantes y las sandalias. Me hice una coleta rápida y salí zumbando con mis cosas. Dejaría a Abel en su habitación y me iría a casa. El hecho de que se hubiera puesto tierno por la medicación no me hacía olvidar la humillación anterior. Estaba claro que lo hacía para apaciguar mi mala conciencia.

—Ya estoy aquí —dije, entrando de nuevo en la sala.

—Está que se va al suelo... ¿Podrás con él tú sola? —me preguntó Olivia, preocupada.

—Sí, descuida. Este cae como un pajarito en cuanto pille la cama. Vamos, gran jefe.

Abel se apoyó en mis hombros y, con lo alto que era, más parecía su bastón que otra cosa. Lo sujeté por la cintura y salimos por la puerta privada de los clientes. Subimos por el ascensor que llevaba directo a las habitaciones. Abel me abrazó e intentó besarme, pero yo lo esquivé y me aparté. Estaba lento y torpe; era fácil manejarlo.

—Joder, Olga —balbuceó—, un besito solamente.

—Tú lo que necesitas es dormir. Mañana ya le pedirás besitos a tu morena.

Gruñó, apoyando la espalda en la pared del ascensor. Llegamos y volví a pasar su brazo alrededor de mi cuello para llevarlo a su habitación, esa en la que el otro día habíamos follado tan apasionadamente. Era el ala de los hombres y debía darme prisa para que nadie me viera por allí.

—Abel, dame la tarjeta para abrir la puerta —le susurré.

—Está en el bolsillo de mis pantalones. Mete la mano y cógela.

—Capullo —mascullé.

Metí las manos en los bolsillos de los pantalones y hurgué para dar con la tarjeta. Abel se puso duro al notar mis manos cerca de su entrepierna.

—Por favor ¿quieres portarte bien?

Encontré al fin la tarjeta e iba a sacar las manos de sus bolsillos cuando él me agarró la cara y me plantó un beso furtivo y apasionado. No sé de dónde sacó esa fuerza y pasión, porque estaba medio dormido, pero me dejó sin respiración. Entonces oí un portazo y me separé de él. Me quedé petrificada al encontrarme con la mirada de mi desconocido misterioso al otro lado del pasillo. No me quitaba la mirada de encima y yo no podía dejar de mirarlo. Abel se fijó en cómo me miraba y me arrancó la tarjeta de las manos. Abrió la puerta, llevándome a rastras hacia el interior de la habitación.

Mi desconocido misterioso se quedó mirando la escena desde el pasillo. Ahora la que no podía articular palabra era yo. Su mirada era intensa y no le gustaba lo que estaba viendo.

Como bien le había dicho a Olivia, Abel tocó la cama y se quedó frito. Lo desnudé y lo dejé solo con los calzoncillos. Su piel estaba mucho mejor y la hinchazón iba bajando. Lo tapé con la sábana y le dejé una nota con un par de pastillas más para el día siguiente.

Tómate una pastilla de estas cuando te levantes. Si te sientes mal, vete al médico.

PD: Lo que te dije ayer iba en serio. Búscate a otra masajista. No quiero volver a verte.

OLGA

15

Me estaba haciendo un café en el apartamento cuando apareció Mila por la puerta. Estaba despeinada y con una cara que parecía que le hubiera pasado un camión por encima. Arrastraba los pies con lentitud y sus brazos caídos apenas sujetaban el bolso, que iba rozando el suelo. No pude evitar reírme de la pinta desastrosa que traía.

—¿Un café? —Levanté la taza hacia ella.

—Me voy a dormir. Este tío acaba conmigo. Y después decía Abel que se estaba muriendo... ¡Los cojones! Como siga follándome así la que se muere soy yo.

Fue oír el nombre de Abel y me puse tensa. El gesto de la cara me cambió y se me borró la sonrisa.

—Abel dice muchas cosas que luego no resultan ciertas —dije con sarcasmo.

Mila se paró a mitad del pasillo y dio media vuelta. Se sentó en el taburete de la cocina y apoyó la cara sobre sus codos.

—Ponme un café y cuenta. ¿Qué te ha pasado ahora con mi cuñado?

—¿Cuñado? Vas un poco lanzada, guapa —le espeté—. Tu cuñado es una joyita que se ha propuesto joderme la vida.

—¿Qué dices? Pero si Abel es un cielo. Además, me consta que está loco por ti. Lo de la morena es para darte celos, fíate de mí.

Le dio un sorbo al café e hizo una mueca de desagrado.

—Que no, Mila, que no. Abel se ha vuelto un tirano y anoche me humilló. No quiero volver a verle.

Las lágrimas salían de mis ojos a borbotones. Ahora necesitaba desahogarme y le conté todo lo que me había sucedido. Desde el masaje y su desprecio hasta que casi me lo cargo con el aceite de melisa. También le

relaté el encuentro en el pasillo con el desconocido y cómo Abel me había metido en la habitación al darse cuenta que el otro me miraba con descaro.

—Joder, no tienes tiempo a aburrirte —apuntó mi amiga—. ¿De verdad que le provocaste una reacción alérgica a propósito? Si tú no eres así, Olga. Eso es más propio de mí.

—No te rías, Mila. Tuve que llamar a mi madre y decirle que eras tú la que tenía la alergia.

—¿Lo ves? Si en el fondo te preocupa... Si soy yo dejo que se esté rascando las pelotas hasta que se desuelle vivo. Abel te importa, digas lo que digas. Vale, se portó como un cabrón, pero es que tú tampoco se lo pones fácil. No siempre va a ir detrás de ti si lo vas rechazando.

Bajé la mirada y di un sorbo al café. Puede que Mila tuviera razón, pero ahora estaba demasiado dolida con él. No quería pensar en Abel ni en nadie más. Por otra parte, no podía olvidar la mirada de sorpresa que tenía aquel desconocido misterioso. La cabeza me daba vueltas y todo por culpa de los malditos hombres.

—No iba a dejar que le diera algo —me defendí—. Soy humana.

—Ya, ya... ¿Y el desconocido? Menuda cara se le debió quedar cuando te vio morrearte con Abel antes de entrar en la habitación.

Soplé y dejé caer mi peso sobre la pared de la cocina. Puse los ojos en blanco y miré hacia el techo.

—Yo que sé lo que pensó... Si no he escuchado su voz, ¿cómo voy a escuchar sus pensamientos? Además, a ese tío no le debo nada; simplemente hemos follado y ya está. Pero su mirada era un poco espeluznante. Mila, ¿por qué es todo tan complicado?

—Para mí todo es muy sencillo —me contestó—. La que lo complicas eres tú, por pensar demasiado. Bueno, me voy a dormir, porque estoy rota. ¿Qué planes tienes?

—Voy a ir a la *pelu*, luego a comer con mi madre y esta tarde a clases de cinco a seis con una adolescente.

—¿Cómo?

—Sí, es un favor que le hago a mi madre. Serán dos semanas.

—Muy bien. Adiós. La cama me espera.

*

—¿Qué quieres hacerte en el pelo? —me preguntó la joven peluquera.

—Pues no lo sé, pero me apetece un cambio. ¿Alguna sugerencia? —Me miré al espejo. Estaba harta de ver esa imagen de chica buena y tonta.

—¿Pelo más claro o nos vamos a morena? —me preguntó.

—Morena no —negué de inmediato. No quería parecerme en nada a la mujer con la que estaba Abel. Quería ser todo lo contrario.

—Pues ya avanzamos. Entonces nos vamos al rubio... ¿Te atreves?

—Córtame el pelo y ponme rubia —dije con decisión.

—¿Estás segura de cortarte el pelo? Lo tienes largo y bonito...

—Me da igual —respondí—. El pelo crece. Hazme un cambio radical.

La peluquera no perdía el tiempo y, segundos después, los mechones empezaron a caer al suelo. Cerré los ojos. No quería verme hasta que no hubiera acabado con su trabajo. Me puso el tinte y luego me tuvo unos 45 minutos a la espera, mientras ojeaba unas revistas de cotilleo.

—¿Me acompañas al lavacabezas? —Vino a por mí, justo cuando estaba ensimismada en un trío amoroso de un cantante muy conocido.

—Sí —asentí—. ¿Sabías lo del cantante y...? —Puso los ojos en blanco.

—Cielo, ese cotilleo está hasta en la sopa. —Me miró un poco raro—. No estás muy puesta en temas del corazón...

—Esto... no mucho —sonreí tímidamente.

«Yo los vivo en primera persona, es más emocionante», pensé para mis adentros.

Cuando me enjuagó el tinte y regresé al tocador con el pelo mojado ya no era yo. Me miré sorprendida. La peluquera empezó a secarme la escasa media melena que me había dejado. Era un corte de pelo desenfadado y atrevido. Ahora era rubia total y mis ojos verdes resplandecían en la piel ligeramente bronceada por el sol.

El cambio era asombroso y parecía que miraba a los ojos de una extraña.

—¿Te gusta? —me preguntó con un poco de miedo.

—Me encanta —le dije tocándome la despejada nuca.

La peluquera respiró aliviada y me dedicó una sonrisa de satisfacción.

—La verdad es que te sienta muy bien. Te hace muy...

—Sexi —terminé la frase.

*

Cuando llegué a casa de mis padres, mi madre se llevó las manos a la cabeza. Me miraba y me tocaba el pelo, aturdida.

—Hija, ¿qué te has hecho? ¿Dónde está tu preciosa melena?

—Mamá, a veces un cambio no viene mal. El pelo crece y me apetecía. Ahora me parezco más a ti, ¿no crees?

Mi madre negaba con la cabeza. Tenía un disgusto en el cuerpo que no podía con ella...

—Pues a mí me encanta —exclamó mi padre, dándome un beso en la frente—. Estás guapísima, hija.

—Papá, necesito comprarme un coche, aunque sea de segunda mano. Siempre voy con Mila, pero cuando tiene plan me toca ir en autobús o en taxi. ¿Puedes ayudarme a buscar uno en buen estado? —Aproveché y cambié de tema, aunque mi madre no se daba por vencida tan rápido.

—Se va de casa, se corta el pelo, ahora quiere un coche... —mi madre refunfuñaba mientras revolvía un estofado de carne que olía de maravilla.

—Claro, precisamente tengo un compañero de trabajo que me comentó el otro día que quería vender el de su mujer. Apenas lo usa y está nuevecito. Hablaré con él para que me haga un buen precio. No necesita el dinero y seguro que llegamos a un acuerdo. Creo que es un Opel Corsa. —Adoraba a mi padre.

—Genial —respondí, ilusionada—. No quiero un coche grande. Ojalá te haga una buena rebaja.

—No te preocupes cariño. Seguro que sí.

Mi madre fruncía el entrecejo. Estaba claro que no le hacía gracia nada de lo que hablábamos mi padre y yo. Puso la mesa y la ayudé mientras ella no apartaba la mirada de mi nuevo *look*.

—Mamá, deja de mirarme —le reproché—. Me estás poniendo nerviosa.

—Lo siento, hija, pero es que no me acostumbro a verte tan rubia.

—Bueno, el mes que viene, si me da el siroco, me pongo pelirroja —bromeé.

Mi madre abrió los ojos como platos.

—¡No hablarás en serio!

—Que estoy de broma... Anda, acaba de poner la mesa y deja de mirarme. Por cierto —cambié de tema para relajarla —, esta tarde voy a darle clases a la hija del médico ese amigo tuyo.

Su mirada se transformó y una sonrisa se dibujó en su cara.

—¿Has hablado con el doctor Suárez? ¿A que es un encanto? —me preguntó ensimismada.

—No, me llamó su empleada de hogar. Él estaba de guardia.

—Oh —dijo mi madre un tanto decepcionada.

—¿Qué más da? Voy a ir a darle las clases y punto.

Mi madre sirvió el guiso de carne, una antigua receta de su madre, la abuela Olga, de ahí mi nombre. Estaba delicioso. La carne se deshacía en la boca; el sabor de las especias, los champiñones que la acompañaban... Me puse ciega comiendo. Al acabar tenía la tripa hinchada y me estaba entrando el sueño.

—Mamá, no puedes hacer estas comidas cada vez que vengo a casa. Y menos ahora en verano. Se me va a poner un culo como una foca —me quejé empachada.

—¡Pero si estás en los huesos !—exclamó ofendida—. Desde que estás trabajando te has quedado en el chasis. Menos mal que vienes a comer de vez en cuando a casa, porque a saber lo que comes por ahí...

—Mamá... —protesté de nuevo.

La verdad era que algo sí había adelgazado. Entre los masajes y lo poco que dormía mi cuerpo lo había notado. Pero ahí estaban los potajes de mi madre para equilibrar esa carencia de vitaminas. Miré el reloj y ya eran las cuatro y cuarto. Se me había pasado el día en un suspiro. No me daba tiempo ni a echar una cabezada. Tenía que coger un autobús e ir a la dirección que me había indicado Amelia, la empleada de hogar del doctor Suárez. Ayudé a mi madre a recoger la mesa y fui a lavarme los dientes y a refrescarme un poco. Después, me despedí de mis padres y salí zumbando para la parada del autobús.

*

Necesitaba urgentemente un coche. En el autobús no se podía respirar; el aire acondicionado se había roto y aquello parecía una sauna.

Llegué a la dirección con la lengua fuera y empapada en sudor. Tuve que apoyar mis manos en las rodillas para tratar de recuperar el aliento. Llevaba un vestido de verano de tirantes, suelto y vaporoso, que ahora se

pegaba a mi cuerpo como un chicle. Lo sacudí un poco para que el aire me refrescara.

—Dios, qué agobio —me dije—. A la vuelta pillo un taxi o me voy andando.

La casa era un bungalow adosado gris de un grupo de cuatro. Era una urbanización pequeña y muy chic que pertenecía a un barrio caro. Toqué el timbre del portero automático.

—¿Quién es? —La voz de acento argentino sonó al otro lado.

—Soy Olga, vengo a dar las clases particulares.

—Ah, señorita, ahora le abro.

El portón vibró y crucé por un pequeño jardín hasta llegar a la puerta principal. Una mujer de unos sesenta años, bajita, de pelo gris, rellenita y con unos increíbles ojos azules parecidos a los de Abel, me recibió con una amable sonrisa.

—Señorita Olga, la niña Alicia la espera en la sala de estudio.

—Por favor, llámeme Olga.

La mujer asintió con la cabeza y me invitó a pasar con un gesto de su mano.

La casa era muy moderna. Suelos de mármol, muebles blancos en diseños modernos y módulos cuadrados. La mesa del comedor era de cristal y acero, los sofás de piel blanca... Todo predominaba en blanco y acero, lo que me recordaba al despacho de Bruno. La casa tenía varias plantas y había un ascensor en el interior. Entramos en él y Amelia pulsó el botón dos. Era un ascensor pequeño, no cabrían más de tres personas. Me llamó la atención que hubiera casas particulares con ascensores privados, porque no lo había visto nunca.

En la segunda planta pude ver dos habitaciones, un baño y una tercera estancia cerrada. Amelia llamó a la puerta.

—Señorita Alicia, su profesora está aquí —anunció mi llegada.

—Que pase —se oyó una voz al otro lado.

—Bueno, yo me retiro para que trabajen tranquilas. Si necesitan algo, llámenme.

—Gracias, Amelia.

Entré en la habitación y vi dos mesas de despacho, una estantería con libros, dos ordenadores y toda clase de material que en mis tiempos de universitaria mataría por tener. Dándome la espalda, una chica con el pelo

largo, de color rubio oscuro, escribía en el ordenador. No se dignó a mirarme. Me acerqué y vi que estaba conectada al Facebook.

—Bonita forma de estudiar... ¿Algo interesante que nos ayude con la asignatura?

Alicia cerró el portátil de un manotazo y me miró de frente. Era una muchacha preciosa. Tenía unos ojos castaños preciosos y parecía más mayor de lo que era. Sus labios eran gruesos y carnosos y tenía más tetas que yo. Lo peor era su atuendo. Parecía que iba vestida con ropa más antigua que mi abuela. No pegaba con el resto de la casa ni con nada de esta época...Hasta que abrió la boca.

—No sé para qué han contratado a nadie para darme clases particulares —me espetó iracunda—. No soy una niña pequeña, no necesito niñera.

—Yo no tengo ningún problema. Tengo cosas mejores que hacer. Si quieres me voy por donde he vuelto. Además, no tengo ganas de discutir, y menos con una niñata consentida.

Me fulminó con la mirada y arremetió de nuevo contra mí.

—No soy una niñata consentida, zorra —escupió con odio.

Lo sentía por mi madre, por el disgusto que se iba a llevar, pero no iba a tolerar que nadie me hablase así, y menos doña niñata pasada de moda.

—Mira, guapa, no he venido en un autobús de mierda sudando como un pollo para que me insultes. Tengo una carrera y trabajo como una negra. Zorra es lo que puedes terminar siendo tú si no bajas los humos y te dedicas a centrar la cabeza en los estudios y a dejarte llevar menos por esa afilada lengua. Si quieres te ayudo y apruebas, o esta zorra se va y suspendes y te jodes. Papaíto te podrá mantener durante un tiempo, pero cuando veas que no sirves para nada y que no te sabes mantener por ti misma, entonces te acordarás de las palabras de esta zorra.

«Dios, que a gusto me quedé.»

Alicia se quedó paralizada, como si le hubieran metido la hostia que su padre no le había dado todavía y merecía. Me puse con las manos en jarras esperando una respuesta. Mientras, daba golpecitos en el suelo con un pie. Miré el reloj con insistencia. Tras unos segundos me dirigí a la puerta y, abriéndola, le dije:

—Me voy, que tengas suerte en la vida... porque la necesitarás.

—Espera. —Se levantó y vino hacia mí.

La miré y vi lo alta que era. Dios, ¿qué comían las chiquillas de hoy en día?

—Tú dirás, no tengo todo el día. —Fui desagradable a cosa hecha.

—Lo siento. ¿Podemos empezar de nuevo?

Sonreí complacida para mis adentros. Había vencido a la niñata y me la llevé a mi terreno.

—Está bien, pero ante todo respeto por parte de las dos.

Ella asintió con la cabeza y yo le iba a conceder el beneficio de la duda. Había algo en ella que me causaba curiosidad y todo el mundo tenía derecho a equivocarse.

Nos sentamos junto a una mesa y le pedí que me explicara dónde iba mal y qué temas tenía que recuperar. Le marqué unas pautas para que me hiciera un esquema de un tema y mañana lo vería. Iba a ir poco a poco con ella, pero tampoco quería darle margen para que se subiera a la parra. Me di cuenta enseguida que aquella muchacha era muy inteligente. Entendía todo a la primera. Tenía la sensación de que esa cría no había suspendido porque no supiera la materia, pero era muy pronto para asegurarlo al cien por cien. Tendría que tantearla durante unos días.

Pasó la hora y tuve que irme. Al final, Alicia se había relajado y estaba a gusto conmigo.

—Tengo que irme —le dije—. Aún debo pasar por casa a cambiarme y luego a trabajar.

—¿Mañana vuelves?

—Solo si tú quieres y si me vas a tomar en serio. —La miré fijamente.

—Quiero que vengas, por favor. Siento lo de antes —se disculpó de nuevo.

—Mañana a la misma hora, entonces.

Vi el alivio en su cara y eso me produjo desasosiego.

Bajé las escaleras y Amelia me recibió con otra de sus sonrisas.

—¿Todo bien?

—Muy bien. Alicia es buena estudiante.

La mujer se quedó un poco sorprendida por mi comentario y me llevó del brazo hacia la salida, por si acaso nos escuchaban.

—Es una niña problemática, pero yo la quiero con locura —me confesó—. ¿Seguro que se ha portado bien? ¿Mañana va a volver?

Amelia me bombardeaba a preguntas, mirándome incrédula.

—Pues claro que voy a volver.

—Es usted un regalo —me dijo—. Gracias.

Salí de la casa un poco confusa por las palabras de Amelia. No supe qué pensar, así que llamé a mi madre, que tenía que estar al tanto de todo.

—Hola, mamá.

—Hija, ¿qué tal las clases?

—Por eso te llamo...

—No me digas que no vas a volver. ¿Te ha puñeteado Alicia?

—¿Cómo? —Fruñí el ceño—. ¿Tú sabías que esa niña era problemática?

—Sí... Pero es que me daba pena el doctor Suárez. No encontraba a nadie que quisiera ir a darle clases. Estaba desesperado y ya no sabe cómo controlarla.

—Joder, mamá. Pues que la lleve a un psicólogo. En fin, que sí ha intentado puñetearme, como dices, pero no ha podido. Mañana vuelvo y todo está bien. Sabía que pasaba algo. Esa niña es muy inteligente; si ha suspendido ha sido porque le ha dado la real gana. No es cuestión de dar clases, es por llamar la atención. Lo que no entiendo es que, si yo lo he deducido en una hora, ¿cómo no se da cuenta su padre?

—Hija, si se ha abierto a ti, no la dejes, ayúdala. Yo hablaré con el doctor Suárez. Es un gran médico y trabaja muchísimo. Quizá sí es cierto que no le dedique suficiente tiempo a su hija. Su pareja también trabaja mucho y esa niña puede que esté reclamando atención, como tú dices.

—Ya, mamá —bufé—, pero yo tengo mi vida y no soy psicóloga. Apenas tengo tiempo para salir o para ir a la playa... Necesito aire, no ocuparme de una adolescente.

—Hazlo por mí. Ayuda a esa chica.

Lancé un gruñido y me mordí la lengua.

—Mamá, te dejo. Tengo que ir a trabajar y ni siquiera he llegado a casa.

16

—¡Hala...! —exclamó Mila cuando me vio aparecer con mi nuevo *look*.

—¿Te gusta? —Me giré en redondo para que me viera.

—Se me hace rarísimo verte de rubia. No pareces tú.

—Mejor. A ver si ahora me dejan en paz un poquito y ya puedo relajarme de una vez.

—Lo dudo, ahora estás más cañón. —Sonrió con picardía.

—Mi padre me va a mirar un coche. Así ya no tendré que estar molestándote y podrás ir a tu bola. Además, lo necesito para poder desplazarme y no depender de nadie.

—Genial. Por cierto, ¿qué tal tus clases particulares? —Mila fue al tema que le interesaba.

—Uf, mejor ni hablar de eso. —Hice una mueca con la boca—. Una niña rebelde. Lo peor de todo es que mi madre lo sabía, pero, bueno, al final me la he llevado a mi terreno.

—Ay..., tener que lidiar con adolescentes rebeldes —dijo Mila al tiempo que se palpaba el cuerpo como si tuviera chinches—. Quitá, quitá.

—Hay algo en esa niña que no me cuadra. Tendrías que ver la ropa que llevaba. Tiene un cuerpo de pasarela; sin embargo, viste como una abuela. No sé...

—No te rompas la cabeza. Ni te imaginas la de modas raras que se están imponiendo ahora. Te sorprenderías.

No quería darle más vueltas al tema de Alicia. Ya la iría tanteando durante la semana. Por otro lado, ya tenía yo demasiados problemas como para añadir uno más a la lista.

—Quizá tengas razón, pero desde luego es una moda horrorosa.

*

Fuimos, como cada noche, al hotel Red Pleasure. Hoy estaba de mejor humor y la noche no era tan cálida. Se había levantado un poco de viento y amenazaba tormenta. A lo lejos se veían relámpagos y el cielo estaba cubierto de nubarrones grises. Desde luego, mi humor iba al contrario que el tiempo.

—Joder, va a caer una buena —dijo Mila mirando al cielo.

—Ya te digo, espero que nos dé tiempo a entrar.

Mi amiga aparcó el coche y, justo entonces, empezó a chispear. Salimos zumbando y entramos como rayos por la puerta principal del hotel. Nos reíamos como chiquillas por habernos salvado del chaparrón. Desde allí vimos cómo rompía a llover con fuerza. El olor a humedad y a tierra mojada era un placer para los sentidos.

Estábamos de espaldas a la recepción, embelesadas. Yo me había puesto un pantalón corto de color negro y una blusa sin mangas del mismo color, para crear mayor contraste con mi nuevo color de pelo. Mila llevaba un vestido ceñido de color azul eléctrico que le marcaba hasta las entrañas.

—Nena, ¿qué haces ahí embobaba? ¿Quién es tu amiga?

La voz de Bruno sonó a nuestras espaldas y rompió ese momento mágico que nos tenía totalmente hechizadas. Evidentemente, no me había reconocido. Nos giramos las dos a la vez.

—Hola, cariño. —Mila se abalanzó a su cuello para darle un beso.

—¡Hostias! —exclamó Bruno—. ¿Olga?

No era el único asombrado, porque muy cerca estaba Abel, también con la boca abierta, mirándome sin parpadear. A su lado, colgada del brazo como un bolso, Anyelis lo sujetaba con fuerza.

—Hola, Bruno. Me alegro de verte.

Me acerqué y le di dos besos. Por educación, saludé con un gesto de mi barbilla a Abel y a Anyelis. Él seguía embobado mirándome y le di la espalda para centrar mi atención en Bruno y en Mila.

—No pareces tú, estás rompedora —me piropeó Bruno.

—Oye —le regañó Mila, dándole un golpecito en el hombro.

—Nena, tú eres para mí la mejor, pero reconoce que ha sido algo muy radical lo de tu amiga.

—Necesitaba cambiar... de todo —maticé.

—Bueno, nene, te dejo —dijo Mila—. Tenemos que trabajar. Pide una horita de masaje conmigo y así nos entretenemos.

—Mala... Eres una mala. —Sonrió Bruno.

—Hermano, ¿por qué no pides tú con Olga? Era tu masajista favorita. No te vendría mal un masaje, porque se te ve estresado.

Me quedé parada a medio camino y me puse tensa.

—Lo siento, tengo la agenda ocupada —respondí—, pero seguro que hay alguna otra compañera encantada de atender al jefe. Hasta luego.

—Olga, si quiero un masaje contigo seguro que me harás hueco —espetó Abel.

Apreté los puños con rabia hasta que mis manos se pusieron blancas. Anyelis lo miraba enfurecida, roja de la rabia. Abel torció la boca con una sonrisa irónica. No entré en su juego y seguí hacia delante sin darle la réplica. Mila me siguió.

—¿Qué coño pasa entre Abel y tú? Sí que está de un talante jodido.

—Antes de darle un masaje a Abel me despido. No voy a consentir que se salga con la suya.

—Olga...

—Déjame, Mila, ya me ha jodido la noche. Últimamente se le da que te cagas.

*

Aquella noche fui la novedad entre mis compañeras de trabajo y los clientes habituales. Mi corte de pelo y el color causaron sensación y recibí toda clase de halagos y piropos. Por suerte, Abel no apareció a darse ningún masaje y solo me faltaba uno para terminar la jornada. Olivia entró en la sala común, donde me encontraba tomando un refrigerio.

—Cielo, hoy solo he recibido halagos hacia ti. Tu fama te precede y no tienes huecos libres en la agenda. Roman Tensy te espera en la uno. Felicidades.

Me entregó un sobre. La miré desconcertada.

—¿Y esto?

—Tus comisiones y propinas —dijo—. Me las han dejado algunos clientes para ti. Te lo mereces.

Abrí el sobre y así, *grosso modo*, pude ver que había más de mil euros. No podía articular palabra. Vi que Olivia sonreía llena de satisfacción.

—¿No te habrás equivocado? —pregunté alucinada.

—No, cielo, es tuyo por derecho.

—Joder, gracias.

Le di un abrazo de la emoción. Era mucho dinero. Con el sueldo y lo que había reunido con el resto de las propinas podría comprarme el coche sin problema. Dejé el dinero en mi bolso, en la taquilla, y fui a la cabina uno, donde ya me esperaba ese famoso diseñador que tanto le gustaba a Mila.

Al estar la luz verde entré y pasé el pestillo. Aquel hombre menudo y con cara de cansancio me esperaba envuelto en el albornoz.

—Señor Tensy, qué alegría volver a verle por aquí —saludé con alegría.

—No creas que es fácil reservar una cita contigo, jovencita. Además, no siempre dispongo del tiempo que a mí me gustaría. Hoy me he permitido el lujo de reservar hora y media.

Sonreí por su cumplido y agradecí que apreciara mi trabajo. Recordaba que la última vez lo pasó mal y le costó mucho relajarse.

—Pues hoy a disfrutar y a dedicar ese tiempo para usted —le dije.

—Te he traído unas cosas. Espero que te gusten.

Fue hacia el extremo de la habitación y volvió con una bolsa enorme que llevaba su nombre. Me la acercó y miré en su interior. Estaba llena de ropa y complementos de su marca. Le miré agradecida.

—Madre mía, cuando lo vea mi amiga, que es una fan loca suya, le va a dar algo. Muchísimas gracias. Pero no tenía que hacerlo.

—Es de mi última colección —dijo—. Nada me gusta más que ver a una mujer hermosa lucir mis diseños. Por cierto, estás divina con ese nuevo *look*. Dile a tu amiga que la próxima vez le traeré para ella también. ¿Lleváis la misma talla?

Asentí con la cabeza. Le di un abrazo y él me lo devolvió con ternura. Aquel hombre, al que tuve ganas de partirle la cara la primera vez que lo vi, ahora me hacía sentir una auténtica veneración por él.

—Acuéstese y a relajarse. Voy a hacerle el mejor masaje que le han hecho en su vida.

Y vaya si se lo hice. Me esmeré al máximo. Puse todo mi amor, dulzura y sentimiento en aquel masaje. Y Roman Tensy se elevó a la cumbre del bienestar del relax. La hora y media le supo a poco, pero como era mi último cliente me extendí media hora más sin importarme el tiempo. Estaba centrada en darle calma, relax y esa paz que necesitaba aquel hombre tan ajetreado por el trabajo. Era un hombre bueno y no me

importaba dedicarle los minutos extra que hicieran falta. Al terminar se levantó sereno y nuevo. Cuando vio la hora que era se echó las manos a la cabeza.

—Olga, llevas dos horas de masaje. Niña, que mañana vuelves a trabajar. No debiste...

—Estoy bien, ha sido un placer —asentí con la cabeza—. No tarde tanto en volver a visitarme.

Ví que se emocionaba y me abrazó.

—Eres una criatura hermosa, por dentro y por fuera. Quién tuviera veinte años menos... —suspiró.

Hizo que me sonrojara en el buen sentido. Me despedí de él y salí para el vestuario. Todo el mundo se había marchado. Tenía un mensaje de Mila.

Me he ido con Bruno. Siento dejarte tirada. Pilla un taxi y ya mañana nos vemos. Lo siento.

Eran casi las cinco de la mañana. ¿Dónde coño iba a encontrar un taxi a esas horas? Tenía que dejar solucionado esa misma semana el tema del coche. Revolviendo en el bolso vi la tarjeta VIP del hotel. No me lo pensé dos veces. Me cambié de ropa y fui hacia recepción.

—Joder —maldije al ver a Anyelis.

Pasé por detrás de ella hacia los ascensores. Enseguida me vio.

—¿A pasar un rato agradable al hotel? —me preguntó con ironía.

—Métete en tus asuntos —la corté.

—Si necesitas algo, aquí estoy para atenderte —siguió con su sarcasmo.

—Piérdete, Anyelis.

Entré en el ascensor y subí a mi habitación VIP. Pasé la tarjeta y accedí al paraíso rojo de la lujuria y la perversión. Sin embargo, aquella noche solo quería darme una ducha rápida, perderme entre las sábanas rojas de raso y dormir. Me duché y me quité la humedad del pelo. Qué maravilla llevarlo corto; era tan cómodo que, de saberlo, me lo hubiera cortado antes. Me acosté en bragas con el pelo húmedo y me dormí en minutos.

*

Estaba tumbada boca abajo. Me encantaba dormir así. Noté entonces que me acariciaban la espalda y que una lengua húmeda y caliente recorría

mi columna vertebral. Joder, qué sueño más real...

Me sentía caliente y mi cuerpo reaccionaba a cada caricia. Ahora, unas manos me bajaban las bragas lentamente y yo gemí de placer. Me revolví en la cama, cachonda por aquel sueño húmedo. Las manos recorrían suaves y sensuales otra vez mi espalda, bajando con lentitud hacia mis caderas.

—Mmm...

Empecé a chuparme los labios y elevé el culo ligeramente en busca de aquellas manos, que me sujetaban por las caderas. Mi piel ardía y hundí la cara en la almohada. Tenía la boca seca y mi excitación iba en aumento.

Un instante después los labios de mi coño se separaban y una polla se insertó en mí como una daga. Una explosión de placer me hizo abrir los ojos a la realidad. No estaba soñando. Levanté la cara de la almohada y me giré para ver que mi desconocido misterioso me estaba follando de rodillas en la cama mientras yo estaba de espaldas a él con el culo en pompa. Quise apartarme, pero me embistió y el placer que sentí hizo que me olvidara de todo. Estiré los brazos por delante de mi cabeza y él tiró de mis caderas hacia las suyas para poder follarme con más profundidad.

Grité de la lujuria desbordada que me proporcionaba y oí que él jadeaba mientras me montaba sin miramientos. Dejó caer su peso sobre mi espalda para poder estrujarme los pechos y pegarme pequeños bocados en el cuello. Y seguía con sus acometidas, cada vez más enérgicas y profundas. Notaba sus pelotas golpeándome el culo. Me estremecía al sentirlo en mi interior.

Me giró la cabeza de lado y se apoderó entonces de mi boca. Eran mil sensaciones en puro silencio que me estaban llevando al borde del éxtasis. Su lengua se rozaba con la mía y su polla, dura como el acero, exigía entrar en mi coño húmedo con más fuerza. Dentro y fuera, dentro y fuera. La fricción era demoledora y no soporté tanto placer inesperado. Me corrí en su polla, mojándolo con mi orgasmo y convulsionándome entre sus piernas. Oí que gruñía y me sujetó con firmeza hasta ponerme de rodillas, pegada a su cuerpo. Su brazo rodeaba mi vientre y notaba su aliento desesperado en mi cuello. Empujó con fuerza hasta que se corrió y se quedó sin aliento. Me apretaba tanto contra su cuerpo que tuve la sensación de que quería fundirse conmigo. Era enorme, grande, fuerte y terriblemente sexual. Rodamos por la cama y se quedó abrazado a mí,

hecho un ovillo. Yo era incapaz de decir nada. No tenía ni idea de cómo había entrado en la habitación ni de cómo sabía que yo estaba allí. No era ni jueves ni domingo; ni tampoco había pulsado el botón rojo. ¿Quién coño era el desconocido que me acababa de follar?

Intenté zafarme de él y salir de la cama, pero entonces dijo:

—¡No! —Y me agarró con más fuerza.

Se me puso la piel de gallina al escucharle la voz. Me sentía extraña con él en aquella posición. Solo estaba cómoda cuando follábamos; después era todo un enigma. Aun así, me dejé llevar por aquellos enormes y fuerte brazos. Era de noche todavía y me había agotado. No tardé en volver a caer en un profundo sueño en brazos de mi misterioso desconocido.

*

Me desperté desorientada. Empecé a mirar y a ver todo de color rojo. Al principio no sabía muy bien dónde estaba, pero luego fui recordando. Pensé que lo del desconocido había sido un sueño, pero el preservativo que estaba al pie de la cama y mi dolorido cuerpo me demostraban que todo había sido real. Miré en el baño, por si seguía allí, pero la habitación estaba completamente vacía.

Tras ducharme, miré en la bolsa que Tensy me había regalado. Opté por un vestido corto con un estampado muy llamativo en negro y violeta. Tenía un corte asimétrico y era más largo del lado izquierdo que del derecho. Me veía rara, pero me sentaba bien. Me alisé el pelo con el secador y, cinco minutos después, salí de la habitación. Ya era la hora de comer. Había dormido un montón... bueno, excepto la interrupción del polvo.

Bajé por el ascensor y... maldita sea mi suerte. Me topé de morros con Abel y Anyelis, que salían justo en ese momento. Él me miró, sorprendido de encontrarme allí.

—¿Qué tal la noche? —preguntó la víbora de Anyelis.

Ignoré su pregunta y le contesté con otra.

—¿Dónde puedo llamar a un taxi?

—Nosotros vamos hacia el centro. Puedo llevarte si quieres —contestó Abel en tono seco.

—Prefiero llamar a un taxi —insistí.

—No seas cabezona. A estas horas, en verano, pueden tardar una hora en llegar aquí. Ven con nosotros —dijo rebotado.

—Está bien —bufé.

Nos dirigimos a su Jeep.

—¿Es un Tensy? —Anyelis señaló mi vestido.

—Sí —contesté sin darle importancia.

—Por Dios, si es de la última colección. Aún no está en el mercado. ¿Cómo lo has conseguido? Vale una fortuna.

Estaba excitada y muerta de la envidia.

—Es amigo mío —dije, sin darle mayor importancia.

—¿Roman Tensy es amigo tuyo?

—Anyelis. Ya está bien, compórtate —la cortó Abel.

Bajó la mirada y puso las manos sobre su regazo. En ese momento sentí una rabia horrorosa hacia ese hombre. Ahí estaba el chulo dominante que le decía al perrito que se callara.

Saqué un pañuelo de la bolsa que me había dado Roman y se lo di a Anyelis. No me caía bien y no era de mi agrado, más bien pensaba que era una arpía, pero no soportaba que Abel la tratara con aquel desprecio.

—¿Esto es para mí? —dijo emocionada.

—Sí, tengo una bolsa llena. Además, puedo conseguir los que me dé la gana —vacilé delante de Abel.

—Gracias, es precioso. No tengo nada de Tensy, es un lujo.

—No tienes por qué darle nada —me recriminó Abel por el espejo retrovisor.

—Se lo doy porque me da la gana —le espeté.

—Ya veo que últimamente haces lo que te da la gana.

Me quedé atónita. No solo controlaba a Anyelis, sino que quería controlarme a mí también.

—Por supuesto, soy libre de hacer lo que quiera y con quien quiera —me revolví contra él.

Abel dio un volantazo. Estaba nervioso y pude ver su mirada azul que me taladraba.

—El hotel no es un lugar para que vayas sola a estas horas.

Estaba claro que le quemaba la curiosidad. Estaba celoso. Yo reí; y mi risa lo alteró aún más. La pobre Anyelis estaba colorada y muerta de la

vergüenza. Parecía una discusión de enamorados y ella era totalmente ignorada.

—¿Quién te ha dicho a ti que estuviera sola? Puedes dejarme aquí.

Abel dio un frenazo. Casi me doy con la cabeza en su asiento. Sus ojos estaban cargados de ira y resentimiento. Abrí la puerta y bajé del todoterreno.

—Gracias por traerme.

Me despedí de él agitando la mano y fui caminando hacia la playa. Abel arrancó el coche con un acelerón y se marchó quemando rueda.

«Pobre Anyelis», pensé. Lo que le quedaba por aguantar. Y de buena me había librado yo.

Cogí el teléfono y llamé a mi madre.

—Mamá, voy a comer. Y dile a papá que necesito el coche.

—Al final te voy a ver más que cuando vivías aquí —contestó contenta.

—Ya te lo dije. Si son todo ventajas. Te quiero.

Fui hacia la parada del bus para ir a casa de mis padres. Estaba cerca, pero hacía mucho calor para ir andando. A la sombra de la marquesina le mandé un mensaje a mi amiga diciéndole que la vería más tarde en el trabajo. Me contestó al momento con un Ok. Seguía entretenida con el móvil cuando un coche paró justo frente a la parada. Levanté la vista y comprobé que Abel bajaba del Jeep directo hacia mí. Me puse tensa y levanté la barbilla desafiante. Llevaba las gafas de sol puestas y no veía lo que ocultaba su mirada.

—¿Qué haces aquí? ¿Y Anyelis? —le pregunté al ponerse a mi altura.

—Necesito hablar contigo. La he dejado en el restaurante de la playa.

—No tenemos nada que hablar. Abel, creo que se te está yendo la olla.

—Olga, ¿qué hacías en el hotel?

—¿En serio? —Me levanté y fui hacia la otra esquina de la marquesina.

Me agarró del brazo y atrapó su cuerpo contra el mío. Me besó como un desesperado. Cuando me besaba Abel, el juicio se me nublaba y el estómago se me encogía. Quería odiarlo, pero me era imposible rechazar aquellos ojos azules y esos labios embriagadores. Tomó posesión de mi boca, pero recordé la humillación que me hizo pasar en la sala de masaje, así que me separé de él y lo empujé.

—Eres un idiota, un inmaduro, un cretino —le grité—. Me preguntas qué hacía en el hotel cuando vas del brazo de otra mujer. ¿Qué coño

piensas que soy? ¿Tu segundo plato, tu postre? Vete a la mierda, Abel. Y deja de atosigarme.

En eso llegó el autobús y empezó a tocar el claxon, pues el Jeep estaba detenido en la parada. Abel me miró, conmocionado por mis palabras.

—Esto no acaba aquí, Olga.

Se giró y subió a su coche. Volvió a arrancar a toda velocidad. Yo entré al autobús con una sensación extraña. Tenía el pulso acelerado y el corazón me iba a mil. Abel me rompía todos los esquemas y me desestabilizaba. Cuando estaba con el desconocido y se iba, no sentía nada, pero cuando Abel desaparecía me quedaba jodida y algo en mi interior se alteraba.

«Jodido Abel —pensé—. ¿Qué coño me has hecho?».

—Hola, mamá —saludé con poco énfasis. Y, tras darle un beso, me dejé caer en el sofá.

—Tienes mal aspecto. ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo estoy un poco cansada. ¿Papá ha llegado?

—Estará a punto. Por cierto, ¿cómo está Mila de su alergia? Menudo susto me diste.

Me puse colorada al recordar la maldad que le había hecho a Abel.

—Bien —respondí—. Funcionó lo que me dijiste. Eres la mejor.

La puerta de la cocina se abrió y apareció mi padre. Entró con otro hombre, más o menos de su misma edad, al que yo no conocía. Puso cara de sorpresa al verme allí.

—Olga. No te esperaba hoy en casa.

Las palabras de mi padre me sentaron mal. Aunque la verdad era que ese día todo me sentaba mal.

—Si molesto me voy —dije—. No sabía que tenías un invitado.

Me levanté y recogí mis cosas. Mi padre me miraba, incrédulo ante mi reacción. Se acercó y me sujetó por los hombros.

—¿Qué te pasa, chiquilla? ¿Cómo vas a molestarme? Tú eres lo que da alegría y vida a esta casa.

Mi padre me abrazó y yo me sentí como una idiota.

—Oh, papá. No sé qué me ocurre. Estoy muy susceptible...

Me cogió de la mano y me llevó hacia el hombre que estaba de pie, observándonos junto a mi madre.

—Te presento al doctor Carlos Ibáñez. Es un compañero de trabajo.

Le tendí la mano y luego le di dos besos.

—Encantada.

—Carlos es el amigo que te comenté que vendía un coche. Es el de su mujer. Hoy ha venido para traer el coche. Era mi sorpresa de cumpleaños; por eso me ha sorprendido verte aquí. Me la has fastidiado, porque vas a ver el coche en cuanto salgas.

Me tapé la cara de la vergüenza. No hacía más que meter la pata. Mi cumpleaños era dentro de tres días y la había cagado. Mi padre, mi querido padre, me había comprado un coche. Me tiré a su cuello y le di un abrazo tan fuerte que casi lo asfixio. Las lágrimas caían a borbotones de mis ojos.

—Oh, papá. Gracias. Siento haberte fastidiado la sorpresa.

—No importa, hija. La ilusión que te hace lo compensa todo. ¿Quieres verlo?

—Sííí —chillé de alegría.

Salimos al porche y un Opel Corsa de color rojo estaba aparcado esperándome. Parecía nuevecito. Estaba impecable y me encantaba. Me hizo gracia que fuera de color rojo; últimamente ese color marcaba mi vida.

—¡Me encanta! Es perfecto.

Mi padre me dio las llaves y segundos después estaba sentada al volante. Lo arranqué. El motor sonaba suave, apenas hacía ruido.

—No consume casi nada —me informó Carlos—. Ya verás cómo lo disfrutas.

—No me lo puedo creer. Ya tengo coche.

—Sí, hija. Ya tienes coche. Ahora a conducir con cuidado.

Salí del Opel y abracé de nuevo a mi padre, y después a mi madre e incluso a Carlos. Estaba como loca de contenta y todos los males se me habían pasado.

—Bueno, vamos a comer que se enfría todo —dijo mi madre—. Carlos, ¿te quedas a comer?

—Si insistes... —Sonrió el doctor Ibáñez.

Comimos chuletas de cordero a la plancha y ensalada de pasta. Todo estaba delicioso y, al final, como siempre, acabé empachada. Era imposible comer algo ligero en casa de mi madre...

*

Llegué a casa de Alicia en mi flamante coche nuevo. Bueno, aunque era de segunda mano, para mí era como nuevo. Mi padre, que pensaba siempre en todos los detalles, ya tenía hasta el seguro hecho a mi nombre.

Aparqué delante de la casa y toqué al timbre. Al momento, la voz de Amelia me contestó y me dio acceso a la casa. Cuando llegué a la sala de estudio, Alicia me estaba esperando con las tareas que le había ordenado el día anterior. Les eché un vistazo y vi que estaba todo perfecto.

—Alicia, dime la verdad. ¿Realmente necesitas una profesora? —le pregunté—. Este trabajo que te he mandado está perfecto. Yo no lo hubiera hecho tan bien en un día.

Alicia bajó la mirada y su semblante se tornó gris y triste. Le cogí la barbilla con la mano y se la levanté para que me mirara a los ojos.

—Te quieres ir, ¿verdad? —me dijo con la voz apagada.

—No me voy a ninguna parte. Solo quiero ayudarte. Sé que solo he venido un día y no nos conocemos, pero he visto lo suficiente para darme cuenta de que eres una niña muy inteligente. No estás aprobando porque no te da la gana.

—No se lo digas a mi padre, por favor. —Estaba aterrorizada.

—Si no le conozco, tranquila —sonreí.

—Ya, casi nunca está; y Olivia tampoco. Me tienen prisionera del mundo exterior y me voy a volver loca. Solo necesito a alguien con quien hablar de cosas normales, pero es que ni puedo traer amigas a casa.

—Te sobreprotegen y tú te agobias. Por eso suspendes y buscas profesoras privadas, para tener contacto exterior.

—Sí, pero todas son unas petardas. La única que me ha gustado eres tú. Y no quiero que te vayas.

Empezó a sollozar. Le cogí las dos manos y se las apreté con cariño.

—No me voy a ir, pero tampoco soy una experta en estos temas... Ni siquiera sé si soy la persona adecuada para estar contigo.

—Mírate —sollozó—. Eres joven, guapa, vas a la moda... Si hasta llevas un Tensy. Me gustaría ser como tú.

«Ay, Dios mío —pensé—. La niña esta no sabe lo que dice. Si supiera en los marrones en los que me meto...».

—¿Quién es Olivia? —pregunté con curiosidad.

—Es mi madrastra. Yo la quiero un montón, pero también trabaja mucho y no me dedica tiempo. Siempre están trabajando los dos, parezco

la niña invisible. La única que siempre está ahí es Amelia —dijo con resentimiento.

—¿Se lo has dicho alguna vez? Lo que sientes, que necesitas estar con ellos más tiempo.

Alicia se puso de pie y fue hacia la ventana. Aquella adolescente alta y con una figura increíble miraba hacia el exterior como si fuera un mundo inalcanzable para ella. Me partía el corazón ver tanta tristeza en una persona tan joven que, al mismo tiempo, estaba rodeada de tanto lujo. Le faltaba lo más importante: el amor de sus padres... y un buen vestuario actualizado. Me sentí increíblemente afortunada.

—No me dan opción —susurró con pena—. Siempre me dicen que están cansados o «mañana hablamos, cariño...». Pero ese mañana nunca llega. Están demasiado ocupados para mí.

—¿Y por qué no te dejan salir con tus amigas? Ir al cine, a la playa, a pasear...

Soltó una sonrisa amarga que me heló la sangre.

—Mi madre murió de una sobredosis —comentó—. «Las malas influencias», dice mi padre. Así que me mantiene aislada de todo y de todos para que no cometa los errores que cometió ella. Como si tenerme en esta cárcel pudiera protegerme de eso. Las drogas están al alcance de cualquiera. Si yo hubiera querido probarlas te aseguro que manteniéndome aquí prisionera no lo habría impedido.

Se me hizo un nudo en el estómago. La madurez de Alicia me impresionaba. No sé cómo sus padres no veían la hija tan especial que tenían.

—Alicia, tienes que hablar con tus padres y decirles lo mismo que me estás diciendo a mí. Seguro que las cosas cambiarían...

—No —gritó—. En el colegio soy una friki y nadie quiere juntarse conmigo. Mi padre ha hecho muy bien su trabajo para que nadie se acerque a mí. Soy una puta renegada de la sociedad.

Se sentó en la silla del despacho y se echó a llorar como una Magdalena. Me acerqué y la abracé. Ella se apartó un momento, como si yo le diera un calambre, quizá porque no estaba acostumbrada a que la abrazaran. Pero enseguida se fundió entre mis brazos y se desahogó en un llanto lastimoso. Aquello me superaba. Odiaba ver sufrir a la gente y más aún a una adolescente que se veía que tenía un corazón tan grande como toda ella.

Acaricié su larga melena y la consolé. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por no llorar. Cuando se calmó enjuagué sus lágrimas con las yemas de mis dedos. Luego tomé su cara entre mis manos y la miré a los ojos.

—No te voy a dejar —dije—. No sé cómo lo voy hacer todavía, pero te voy a ayudar a cambiar esta situación. Ahora tengo que irme. Prométeme que no vas a llorar más.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias, Olga.

—Mañana vendré más temprano. Haremos algo diferente.

Sus ojos se iluminaron y vi un rayo de esperanza en su cara.

Salí de la habitación hecha polvo. Tenía que hablar con sus padres lo antes posible. Le estaban jodiendo la vida a la muchacha y no se estaban enterando de nada. Bajé por la escalera y busqué a Amelia.

—Señorita, Olga. ¿Qué tal la clase?

—Uf, Alicia está muy floja y no tenemos aquí material suficiente. Necesito llevármela mañana a la biblioteca para que prepare un trabajo muy importante. Eso la ayudará a subir la nota. Vendré antes y no le cobraré ese tiempo, pero lo necesita. Yo misma la llevaré.

Mentí con todas mis ganas. Amelia torció la boca en un gesto que no me gustó nada.

—No sé si eso será posible. La niña Alicia no puede salir de casa sin consentimiento de su padre.

—Pues entonces mi trabajo ha terminado. Hágaselo saber al doctor. Ese trabajo es imprescindible para que su hija apruebe. Si no se fía de mí que llame a mi padre, el doctor Ferrándiz. Trabajan en el mismo hospital y creo que se conocen de sobra. Ya tiene mi teléfono.

Me fui sin darle más opción a quejarse. Le estaba echando un pulso e íbamos a ver si al gran doctor Suárez le importaba su hija de verdad. Regresé a casa en mi recién estrenado coche, sin quitarme a Alicia de la cabeza. Una cosa era proteger y otra bien distinta era anular la vida de una persona indefensa.

*

Entré por la puerta del apartamento y vi que me había pillado el toro. Tenía el tiempo justo para una ducha, comer algo rápido e irme al trabajo. Mila salió de la habitación y cuando me vio soltó un grito al verme, lo que me asustó.

—¿Qué coño pasa? —dije con una mano en el corazón—. ¿Por qué chillas?

—¡Un Tensy! Llevas el último de la nueva colección. ¡Bruja!

Saqué la bolsa que me había regalado Roman Tensy y le enseñé a mi amiga todo lo que había en el interior. Mila se puso de rodillas y se pasaba la ropa por la cara. La olía, la acariciaba por su piel, la ponía por encima de su cuerpo. Estaba fuera de sí.

—Me he muerto y estoy en el paraíso —decía, como abducida.

—Coge lo que quieras. Le he dicho que eres fan suya y me va a traer más.

—Olga, te adoro. Eres la mejor amiga del mundo.

—Ya, ya, de conveniencia. Ayer bien que me dejaste tirada...

Su cara se transformó, se puso colorada. Vi el remordimiento en sus ojos.

—Lo siento —se disculpó—, pero es que Bruno me secuestró y me hizo su esclava sexual toda la noche.

—No pasa nada... A mí también me esclavizaron un poco anoche. Me quedé en el hotel a dormir y me despertó de madrugada una polla deliciosa metiéndose en mi coño.

Mila abrió la boca sorprendida.

—Joder, qué morbo. ¿Fue Abel?

—No, el misterioso desconocido. Me metió un viaje que me dejó tibia. Luego me quedé dormida hasta mediodía. Pero con Abel también la he tenido hoy. Si es que llevo un día...

—Pero, ¿cómo se metió el desconocido en tu habitación?

—Eso quisiera saber yo —respondí—. No tengo ni idea, pero desde luego no es normal que entren así por las buenas sin pulsar el botón rojo. Además, ni yo sabía que me iba a quedar a dormir allí. Y lo hice porque me dieron las tantas y estaba agotada. Todo es un misterio, al igual que él.

—Puedo preguntarle a Bruno, que indague un poco. Eso ya empieza a ser un poco obsesivo, ¿no?

—Haz lo que quieras. De todas formas, si me vuelvo a quedar atrancaré la puerta con una silla. Ya no me fío de nadie.

—La verdad es que sí da un poco de repelús. —Mila se quedó pensativa

—Mira. —Le enseñé las llaves de mi nuevo coche.

—¿Te has comprado un coche?

—Me lo ha regalado mi padre. Un regalo de cumpleaños por adelantado. Iba a ser una sorpresa, pero se la he chafado.

—Es verdad, tu cumple es el viernes. Tenemos que salir de fiesta a celebrarlo. Hay que pedirle el día libre a Olivia.

—Sí, pero solo chicas, por favor.

—Jo, Olga. —Hizo un falso puchero.

—Es mi cumpleaños. Ya estoy harta de ver hombres desnudos todos los días y también estoy cansada de que me acosen. Solo chicas. Por favor.

—¿Qué te ha pasado con Abel? —me preguntó Mila.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Vale, mejor pensemos en la fiesta de tu cumpleaños...

—Queda con Nadia y Gema. Se portaron muy bien con el tema de Izaak y Kevin. Me apetece volver a verlas.

—¿A Olivia le vamos a decir algo?

—No creo que pierda un día de trabajo... y más si nosotras se lo pedimos libre. Pero se lo podemos decir.

—¿Y a Anyelis?

—Que te follen, Mila —dije tirándole el vestido, antes de meterme en la ducha.

—De eso voy sobrada —respondió—. Te espero en el hotel, así tomo algo con Bruno. Ahora que tienes coche, aprovecho y le doy un revolcón antes de entrar al trabajo.

Tras salir del apartamento, me di una ducha y me puse otro vestido de los que me había regalado Tensy. Era un vestido bastante corto y escotado, de color verde limón con rayas negras y garabatos lilas. Todavía me costaba hacerme a los extravagantes colores y los diseños tan atrevidos de ese diseñador, pero ya que había empezado con el pelo, tenía que cambiar también de vestuario. Llamaba la atención de una forma exagerada, o esa era mi impresión. Comí un poco de una ensalada que había en la nevera, me lavé los dientes y salí para el trabajo.

*

Entré por recepción y Anyelis miró mi vestido con pura cara de envidia.

—Buenas noches —saludé.

—Buenas noches, bonito vestido. —Apretó los dientes.

Ella estaba espectacular, con un vestido rojo ceñido que mostraba un hombro al aire. Su escote era envidiable y su tono de piel resaltaba más el rojo. Era una mujer increíblemente hermosa. Aquella vez no me sentí inferior a ella. Mi corte de pelo y la ropa de Tensy me hacían estar en igualdad de condiciones.

Entré en el pasillo de la zona de masajes cuando Abel apareció y me llamó. Parecía que tuviera un detector para cuando yo llegara. Me giré y tuve que contener la respiración. Iba vestido con un traje azul marino y su corbata azul celeste hacía juego con sus ojos. Se había afeitado y tenía la cara de un ángel. Estaba indecentemente guapo y tuve que mantener la compostura para que mis ojos no delataran que me lo estaba comiendo con la mirada. Tenía las manos en los bolsillos y parecía que no buscaba guerra.

—Olga, ¿puedes venir un momento al despacho?

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia él con paso lento y tranquilo, aunque por dentro mi estómago daba brincos de puro nerviosismo. Me odié por no poder controlar el efecto Abel.

Sentí su mirada en mi cuerpo mientras él se quedaba atrás para cerrar la puerta. Me senté y él pasó por mi lado dejando su aroma particular. Se sentó al otro lado de la mesa.

—Te he llamado porque Olivia me ha pasado el informe de ventas del centro de masajes del hotel. Tú y Mila sois las masajistas que más habéis facturado desde que estáis aquí; habéis hecho resurgir los masajes. Quería felicitarte personalmente.

Lo miré sorprendida. No me esperaba eso y me sentí agradecida.

—Gracias, es un gesto por tu parte —fui sincera.

—Quería disculparme también contigo y pedirte que me aceptaras de nuevo como cliente tuyo. Prometo comportarme como tal y no faltarte al respeto. Eres una excelente masajista y me fastidia no poder disfrutar de tus manos.

—Me lo pensaré —contesté.

—Eso es todo.

—Gracias.

Me levanté y él hizo lo mismo por educación. Lo miré un instante a los ojos y nuestras miradas enseguida conectaron. El azul de los ojos de Abel brilló y yo aparté la vista de inmediato y fui directa a la puerta. Si seguía mirándolo caería en su hechizo y le arrancaría el traje.

Cuando salí me apoyé detrás de la puerta. El corazón me iba a mil. Ver a Abel tan correcto y en traje me recordó al día en que lo vi por vez primera. ¿Por qué no había intentado besarme como hacía siempre? Eso es lo que me había jodido. Lo estaba esperando, pero no sucedió nada. Ya lo dice el puto refrán: «Ten cuidado con lo que deseas, porque se puede hacer realidad». Yo no hacía más que pedir que Abel me dejara en paz y que no lo quería en mi vida; pues ahora ya había pasado, estaba descolocada del todo. ¿Realmente sabía lo que quería?

*

Entré en el vestidor con un ligero dolor de cabeza. Pensar tanto no me sentaba bien. Me encontré allí a Mila. Después llegó Olivia, que venía a darnos las indicaciones. Yo estaba bastante desgana y la escuchaba mientras me quitaba el vestido y me ponía el uniforme.

—El viernes es el cumpleaños de Olga —anunció Mila—. ¿Cabe la posibilidad de que nos dieras el día libre y de que nos acompañaras a la celebración?

Yo me quedé con los pantalones a medio poner. No me esperaba que se lo preguntara tan de golpe y porrazo.

—Estáis de suerte —dijo ella—. El viernes vamos a cerrar el centro de masajes porque tienen que hacer una pequeña reforma en las tuberías y los desagües. Así que me apunto; yo también necesito desconectar. Ya me diréis lugar y hora.

Me quedé muerta y me senté mirando a Mila, que estaba tan pasmada como yo. Cuando salió Olivia dimos una palmada en el aire y nos reímos de la alegría.

—Jo, qué guay. Este viernes fiesta por todo lo alto —festejó mi amiga.

—Sí, un día para desconectar —suspiré.

—¿A ti qué te pasa? No te veo muy emocionada.

—No tiene que ver con la fiesta. Es por Abel.

Le conté mis dudas y mis sentimientos contradictorios hacia ese hombre. Le relaté lo que había pasado el día anterior en la parada del bus y lo que había ocurrido en su despacho. Me estaba desestabilizando emocionalmente y empezaba a afectarme más de lo que yo quería.

—Empieza poco a poco hasta aclarar esa cabecita. ¿Te ha pedido que seas de nuevo su masajista?

—Sí, eso me ha pedido.

—Pues acéptalo y comienza de nuevo. Luego ya se verá dónde llegáis —me aconsejó.

Miré a Mila y la abracé. A veces era genial. Tenía unas ideas maravillosas. Me levanté y fui hacia la puerta. No podía esperar.

—¿Adónde vas ahora?

—A darle su respuesta. —Sonreí emocionada—. Voy a decirle que le acepto de nuevo como cliente, que seré su masajista.

Salí disparada hacia el despacho de Abel. Estaba al final de pasillo, detrás de recepción. No había nadie detrás del mostrador. Llamé a la puerta y abrí sin esperar a que me dieran paso.

Me quedé paralizada en el umbral. Anyelis tenía el vestido subido hasta la cintura y estaba abierta de piernas sobre la mesa del despacho. Mientras, Abel, con los pantalones por la mitad de las rodillas, movía las caderas. La escena era fuego puro, al igual que mi cara. Los dos se giraron al momento y se encontraron con mi mirada atónita y mi cara desencajada. Sentí náuseas y el estómago se me encogió.

—Lo siento... no sabía... Mierda.

Cerré la puerta de un portazo y salí corriendo hacia el vestuario.

18

El teléfono vibraba encima de la mesita de noche. Me tapé la cabeza con la almohada. No había dormido mucho, porque me desperté varias veces con la imagen de Abel y Anyelis follando en el despacho. Me había costado muchísimo centrarme en el trabajo y ahora estaba hecha polvo. No pensaba que pudiera afectarme tanto aquella visión. Ni siquiera éramos pareja. Cuando lo sorprendí con Loreto lo llevé bien, apenas me importó, pero lo de Anyelis había sido un shock que no lograba quitarme de la cabeza.

Tras varios segundos cogí el teléfono.

—¿Quién es? —gruñí.

—Señorita Olga, soy Amelia. ¿Se encuentra usted bien?

Me sentí avergonzada por haberle contestado de aquella manera a aquella dulce argentina.

—Lo siento Amelia. Una mala noche, y lo he pagado con usted.

—No se preocupe. Le he comentado al doctor Suárez lo de llevarse a la niña Alicia esta tarde.

—¿Y?

—Está de acuerdo, siempre y cuando se haga responsable de su seguridad.

—Por supuesto. ¿Qué hora es? —pregunté desorientada.

—La una.

«¡Joder, qué tarde!», pensé.

—Paso a por ella a las tres. Necesitamos tiempo.

—Está bien, señorita Olga. La esperamos.

Al colgar vi que tenía algunos mensajes de Abel y dos llamadas perdidas. Los borré sin leerlos. No me interesaba lo que quisiera decirme.

No quería más comeduras de cabeza. A partir de ahora, él era mi jefe y yo su empleada. Si tenía que hacerle un masaje se lo haría, pero hasta ahí.

Me levanté y pasé por delante de la habitación de Mila, que estaba vacía. Esa mujer pasaba más tiempo con Bruno en el hotel que en el apartamento. Me asomé al balcón y la brisa del mar me acarició la cara. Hacía calor y el aire húmedo era una bendición. Me encantaba el sitio donde vivía.

La puerta del apartamento se abrió entonces y aparecieron Bruno y Mila. Yo llevaba unas bragas y una camiseta de tirantes. Me puse como un tomate.

—Joder, tía, avisa si traes a alguien. Me coges literalmente en bragas...

Fui a la habitación a ponerme un pantalón corto de deporte.

—Por mí no hay problema —oí que decía Bruno—. La vista es fantástica.

Salí de nuevo y ya estaban enganchados en un beso. Él le estaba metiendo la mano por debajo de la blusa. El parecido que tenía con Abel era asombroso y me ponía nerviosa tenerlo tan cerca.

—Cortaos un poco, que una no es de piedra —intenté bromear.

—Yo tengo para la dos. Si mi nena me deja...

Bruno me desnudó con la mirada. Me ruboricé.

—¿Nene? —Mila le dio un codazo.

—Estoy de broma, solo tengo ojos para ti —dijo él, dándole un beso.

Pero yo no estaba tan segura. Aquella mirada era de todo menos inofensiva.

—Nos vamos a comer fuera. ¿Te apuntas? —me invitó Mila.

—No puedo, tengo clase.

—¿Clase? —Bruno frunció el ceño.

—Sí, doy clases particulares a una joven. Es algo temporal.

—Joder, Olga, eres una caja de sorpresas. ¿De dónde sacas el tiempo?

—De ninguna parte, porque no lo tengo. Estoy saturada, estresada y agobiada. Ahora, si me disculpáis, voy a darme una ducha y a vestirme para otro día más de mi saturada vida.

Cerré la puerta de mi habitación. Mila entró tras de mí preocupada.

—Olga, ¿qué te pasa? Esta no eres tú.

Me tiré boca abajo en la cama y le di un puñetazo al colchón.

—Estoy llena de rabia. —Ahogué un grito—. ¡Ah! Mataría a alguien ahora mismo.

—Tú estás con el síndrome premenstrual. Tienes las hormonas locas.

—No lo sé, puede ser. Yo que sé...

—¿Hablaste con Abel al final? —preguntó Mila.

—¡Ja! Estaba demasiado ocupado follando a la morena sobre la mesa de su despacho.

Me levanté y apreté los puños de la rabia.

—¡Eh...!, relájate. Es libre de hacer lo que quiera, ¿no? Tú te has follado al desconocido y bien que te lo has pasado. No juzgues si no quieres ser juzgada, guapa. Estáis jugando en la misma división.

—Ya lo sé, joder —chillé—. Por eso me da tanta rabia sentirme así. No lo entiendo y me vuelve loca.

Mila se echó a reír y yo me encabroné todavía más.

—Te has encoñado de él. Te va el rollito de ahora te quiero, ahora no. Cuando Abel va de duro te pone cachonda. No lo niegues. Por eso te gusta el desconocido; solo que, por ese no sientes nada y por Abel sí.

Miré a Mila y quise decirle de todo, pero no fui capaz. Me había dado donde yo no había conseguido llegar. Me senté y me tapé la cara con las manos.

—No puedo encoñarme de Abel —negué con voz temblorosa—. Es lo peor que me puede pasar. No quiero sufrir.

—Pues me parece que es demasiado tarde. Tendrás, en todo caso, que desencoñarte de él.

—¿Y cómo hago eso?

—Ya sabes: un clavo saca otro clavo.

*

Aparqué a las tres menos cinco delante de la casa de Alicia. Toqué el timbre y la joven salió disparada hacia la calle. No me hizo falta ni entrar. La muchacha estaba radiante de felicidad, pero llevaba un vestido amarillo de flores blancas que parecía de la época de María Castaña.

—Hasta luego, niña. Tenga cuidado —se despidió Amelia desde la puerta.

—No se preocupe, estará bien. Vendremos sobre las seis.

Alicia se subió al coche y se puso el cinturón de seguridad. Encendió la radio; sonaba una canción de Rihanna. Empezó a mover la cabeza y los pies.

—Me encanta esta canción —canturreaba feliz.

—¿Te gusta la playa? —pregunté.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—Muchísimo, pero hace años que no voy. Mi padre dice que es peligroso, que hay muchos hombres que me pueden devorar con la mirada.

No pude evitar desternillarme de la risa.

—¿Cuántos años tiene tu padre? ¿Noventa?

—A veces creo que cien o más —contestó con tristeza.

Arranqué el coche y llevé a Alicia a mi apartamento. Disponía de tres horas y había que aprovecharlas. Cuando vio que estaba al lado de la playa alucinó por colores.

—Toma. —Le di uno de mis bikinis, unas chanclas y un pareo.

—No puedo ponerme esto.

Lo estaba rechazando como si contagiara la sarna.

—Nos vamos a la playa —afirmé sin más—, así que ponte el bikini. ¿No querías ser una chica normal? Pues las chicas normales usan bikinis y no el vestido de abuela que llevas.

Entró finalmente en la habitación y se cambió. Yo también me puse un bikini y preparé una bolsa con toallas y la sombrilla. Cuando salió, Alicia parecía una chica de su edad con un cuerpazo increíble.

—Estás preciosa —exclamé—. En una cosa tenía razón tu padre: no vamos a poder evitar que los chicos te miren, pero para eso estoy yo aquí.

Soltó una sonrisa nerviosa mientras se miraba en el espejo. Alicia era una joven hermosa, pero llena de complejos y aterrorizada del mundo exterior.

Nos pasamos la tarde bañándonos, jugando con las olas, tomando el sol. Yo la unté de protección solar al máximo para que no se tostara mucho y le dije que se pusiera debajo de la sombrilla, pero estaba como loca de felicidad. Nos comimos dos helados y, cuando tuvimos que regresar, me costó muchísimo arrancarla de la suave arena y del cálido sol de la playa. Nos duchamos y nos volvimos a poner la misma ropa. Miré a Alicia y comprobé que se había puesto ligeramente morena. Le pasaba como a mí, en cuanto había un rayo de sol, nuestra piel enseguida lo absorbía.

*

—Se van a dar cuenta —me dijo en el coche un tanto asustada—. Me he puesto morena.

—Que no, tonta, tú déjame a mí.

—¿Y si me preguntan por el trabajo?

—¿Cuál es el último tema que has dado?

—La Segunda Guerra Mundial.

—¿Te lo sabes?

—Pues claro, está chupado.

—Pues le cuentas la película entera. Le dices que hemos estudiado sobre eso. Y que te pregunten lo que quieran si no te creen.

—Jo, Olga, eres genial. —Me miró con admiración—. Nunca antes me lo había pasado tan bien.

Llegamos a su casa y Amelia salió a recogerla. Como siempre, sus padres no estaban. Se quedó de piedra mirando a Alicia.

—Niña, su piel... está bronceada.

La muchacha se quedó petrificada sin saber salir al paso.

—Sí, Amelia, ha sido culpa mía —respondí—. Terminamos un poco antes de lo previsto y me la llevé a tomar un helado a una terraza, pero como no había sombra creo que las dos nos hemos chamuscado un poco. Es que ha estudiado tanto la pobre... que se merecía un helado.

—La señorita debe tener la piel clara, como las damas.

Aquello sí que me tocó la moral. Bajé del coche y di un portazo.

—Pues entonces reconsideren que vaya conmigo, porque por mi tono de piel no me debe considerar una dama.

La aguijoneé con cada una de mis palabras.

—Por Dios, señorita Olga, no me malinterprete. No quería ofenderla... Solo sigo instrucciones de su padre.

—¿Y cuándo le da las instrucciones su padre si nunca está? Me gustaría hablar con él. Hágaselo saber.

—Sí, señorita. ¿Mañana viene?

—Por supuesto. Tenemos que volver a la biblioteca. Comuníquesele a su señor. Alicia, repasa lo que te he dicho. —Le guiñé un ojo.

Iba a subir a mi coche cuando el portalón del garaje de la casa se abrió. Un Mercedes todoterreno gris llegaba a la casa. Cuando llegó a mi altura y vi a la conductora mi mundo se volvió al revés.

—Es Olivia —dijo Alicia, saludando a su madrastra con la mano—. Quédate y podrás conocerla.

—Si ya la conozco —admití en un susurro.

Olivia salió después de aparcar el coche en el garaje y me miraba tan sorprendida como yo la miraba a ella. La niña fue a darle un abrazo y ella la recibió con cariño, pasándole la mano por su larga melena.

—Cielo, ¿te ha cogido el sol? —Observó lo evidente.

—Un poco. Que te lo cuente Olga.

Olivia volvió a girarse hacia mí con cara de no entender nada y yo me encogí de hombros, sonriendo como una gilipollas. ¡Qué pequeño era el mundo! Amelia se llevó a Alicia para dentro de la casa y Olivia y yo nos quedamos fuera llenas de interrogantes. ¿Cómo no me había dado cuenta cuando la niña me dijo que su madrastra se llamaba Olivia? Estaba claro que andaba empanada esos últimos días: mi mente iba a cámara lenta.

—Así que tú eres la profesora particular que tanto le mola a la hija de mi pareja...

—No tenía ni idea.

—No pasa nada —dijo Olivia—, nunca la había visto tan feliz. La verdad es que no le dedicamos el tiempo suficiente y Omar es muy estricto.

—¿Omar es el doctor Suárez? —pregunté flipada.

—Claro. ¿No lo has conocido aún?

—No, mi madre es la que me ha liado con esto de las clases particulares. Mis padres y tu marido, bueno, tu pareja, trabajan en el mismo hospital. Vine por hacer un favor, pero la verdad es que estoy encantada con la niña.

—Joder, ¿tú eres la hija de Alejandro Ferrándiz y Maite?

Olivia se tapó la boca con las manos asombrada.

—Sí, pero no les digas que trabajo de masajista en el hotel. Les daría algo.

De repente me entró el pánico.

—Tranquila, ellos piensan que soy administrativa de una empresa internacional...

Empezó a reírse y yo respiré aliviada.

—Pues menuda coincidencia. —Me rasqué la nuca con nerviosismo.

—Tu padre me operó de un mioma en el ovario. Me salvó la vida. Es mi ginecólogo desde hace años. ¡Qué fuerte!

Tenía tantas cosas que contarle y decirle de Alicia... Pero ahora estaba asimilando que Olivia, mi jefa, conocía a mis padres y era la madrastra de esa niña. Si la jodía, podía interferir en mi otro trabajo. Se me amontonaba la faena y cada vez se me complicaban más las cosas.

—¿Quieres pasar a tomar algo y charlamos un rato?

—No puedo, me voy a ir una hora al gimnasio. Ya le he comentado a Amelia que mañana me llevaré la niña otra vez a la biblioteca. Hoy le ha pillado el sol porque fuimos a tomar un helado a una terraza y no había sombra.

—Sí, por Dios. Sácala y que vea mundo. No veas cómo te lo agradezco.

Me sorprendió gratamente ese último comentario.

—¿No te parece mal que salga?

—Ya sé por dónde vas... Algo te habrá contado Alicia. Esas ideas arcaicas de protección son cosa de su padre. Omar y yo chocamos mucho por eso. Pero... como no es hija mía no puedo meterme.

—Olivia, lo está pasando mal. Habla con ella; si no eres su madre, sé al menos su amiga.

—Tú no conoces a Omar.

—Por lo que me estáis contando, no tengo ganas de conocerlo —admití.

—Ya seguiremos esta conversación. Me alegra que estés con Alicia, pero te aconsejo que no desafíes a Omar. Esta noche nos vemos.

Me despedí de Olivia y subí al coche dirección al gimnasio de Arturo. Tanta estupidez que giraba alrededor de aquella niña me ponía de los nervios. Si el tal Omar era un ogro, ¿qué coño hacía Olivia con él? No podía entender la mentalidad de un neandertal como el padre de Alicia. Después se me había acumulado el tema de Abel, que tenía que arrancar de mi cabeza, y la mala hostia del síndrome premenstrual. Necesitaba descargar todo esto que llevaba encima por alguna parte.

*

—Fuerte, sube arriba —me azuzaba Arturo sujetando el saco.

Yo golpeaba con todas mis fuerzas. El sudor me caía por la espalda y por la cara. Llevaba casi una hora machacando ese saco de arena y todavía no estaba satisfecha. Lancé un derechazo con tal fuerza que Arturo se tambaleó.

—Tranquila, fiero. ¿A quién quieres cargarte hoy? —Se reía con un palillo entre los dientes.

—Si yo te contara...

Otro golpe fuerte y Arturo se separó.

—Ya está bien por hoy —me dijo—. Mañana te va a doler todo. O vienes con regularidad o así te puedes lastimar, Olga. Los músculos hay que relajarlos y calentarlos. Has venido desbocada.

—Lo sé, pero necesitaba descargar la tensión. Ya me siento mejor.

—Estás guapísima con ese pelo. Me he quedado alucinado al verte. ¿Y vienes cargada de tensión y mala leche? Ay, mi niña, no solo vale cambiar el aspecto de fuera. Hay que saber cambiar también el de dentro.

Miré a Arturo de soslayo mientras me quitaba los guantes.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes que aprender a controlar esa ira que llevas. Algo te preocupa y el saco no es la solución. Ahora te sentirás un poco mejor, pero lo que te ronda en esa cabecita volverá en cuanto salgas de aquí.

Sabía que tenía razón, pero ya lucharía con mis propios demonios más tarde. Por ahora los tenía agotados y estaba tranquila.

—Intentaré venir más a menudo. Voy a la ducha, que llego justa al trabajo.

Tras una ducha rápida salí a la calle con el pelo mojado.

*

Cuando llegué al trabajo tenía el pelo prácticamente seco. Eso sí, algo revuelto y desaliñado. Evité entrar por recepción, pues no quería más sorpresas desagradables. Así que fui por la puerta de servicio. En el vestuario me puse el uniforme y, como no había nadie, me dirigí a la sala común.

Allí estaban Olivia, Mila y un chico nuevo. Me acerqué y me lo presentaron como el sustituto de Izaak.

—Olga, este es Sandro, el nuevo masajista que sustituye a Izaak.

—Encantada de conocerte. —Le di dos besos.

—Igualmente.

Cuando escuché su acento supe enseguida que era mexicano. Sus rasgos también eran muy marcados. Tenía el pelo y los ojos negros, la piel dorada y una estatura media. Además, estaba muy fuerte. La verdad es que era un portento de belleza masculina latina. Mila lo devoraba con la mirada, al igual que yo. Y es que Sandro estaba muy bueno.

—Si no se aclara con algo le echáis una mano —dijo Olivia.

—O dos —soltó Mila.

La miré para que se controlara un poco, pero él sonrió de una manera que hizo que a todas nos subiera la bilirrubina. Por Dios, ¡qué peligro meter a un hombre así entre masajistas!

Olivia me llevó hacia un rincón aparte y Sandro y Mila comenzaron a hablar muy animados.

—¿Mañana vas a volver a llevarte a Alicia fuera? —me preguntó en voz muy baja.

—Si no tenéis inconveniente...

—Ten cuidado dónde la llevas —dijo—, porque se le nota bastante la marca del bikini. Menos mal que a su padre no se le ocurre ver a su hija desnuda.

Me llevé la mano a la boca para no gritar de la metedura de pata.

—Lo siento, es que me da mucha pena... —admití mi delito—. No pretendo juzgaros ni mucho menos, pero Alicia se desahogó conmigo y solo pretendía darle un poco de vidilla e ilusión.

—Si no estoy enfadada, al contrario, estoy encantada. ¿Dónde la vas a llevar mañana? Porque me imagino que eso de la biblioteca es una excusa.

Enrojecí hasta la médula, pero, por otro lado, me sentí aliviada de que Olivia pensara como yo.

—¿Y si le dices a Omar que la niña necesita ropa nueva y así me la llevo de compras? Luego dices que se la has comprado tú. La ropa que lleva es anticuada y ridícula...

—Lo sé, pero su padre sigue pretendiendo que Alicia viva en una burbuja y se quede en los cinco años —suspiró—. No sé cómo se tomará verla vestida con vaqueros ajustados o con vestidos que muestren sus pechos.

—Te prometo que le compraré ropa discreta. Moderna, pero discreta. Pero, por favor, quémale ese vestido amarillo de flores blancas.

—Parece un mantel, ¿verdad?

—Joder...

Nos echamos a reír y Sandro y Mila se giraron para mirar lo que ocurría entre nosotras. Cortamos las carcajadas y disimulamos de nuevo.

—Está bien, te dejaré el dinero en la taquilla para que le renueves el vestuario a Alicia —dijo Olivia—. Yo me encargo de Omar.

—Suerte.

De nuevo se puso la máscara de mujer fría y la ojos de gato nos dio las indicaciones de trabajo para toda la noche.

19

Salí del gimnasio de pegar unos puñetazos. Para mi sorpresa, hoy había madrugado y mi ánimo mejoraba notablemente según pasaban las horas. El día anterior había sido flojo en el hotel y las dos últimas horas, como no tuve clientes, Olivia permitió que me fuera a casa. Mi cuerpo ya se estaba habituando a acostarse casi al amanecer, así que me vino genial esa cura de sueño extra. A las diez ya estaba en pie. Desayuné, me di un baño en la playa y luego fui al gimnasio. En la calle vi que tenía dos mensajes en el móvil: uno era de mi madre, para que fuera a comer; y el otro de Mila, que me avisaba de que pasaría el día con Bruno.

Yo ya tenía mis planes hechos, así que me metí en el coche y fui dirección a casa de mis padres. Iba justa para comer y luego, además, tenía que recoger a Alicia para llevarla al centro comercial. Me moría por verle la cara cuando empezara a probarse la ropa que su padre consideraba indecente. «Menuda mierda tener un padre así», pensé.

Aparqué delante de casa y, nada más entrar, me llegó un agradable olor. Lasaña de carne. Reconocería ese aroma incluso a miles de kilómetros. La lasaña de mi madre era única. Menos mal que había ido al gimnasio, porque el plato que me iba a meter en el cuerpo tendría mil calorías... Claro que no me iba a privar de la deliciosa comida de mi madre; lo primero era lo primero.

—Hola, mamá —saludé con alegría y le di un beso en la cabeza. Ella estaba preparando una ensalada junto a la isla de la cocina.

—¿Tienes hambre? He hecho lasaña.

—La he olido nada más entrar. Me estás malcriando.

—Mañana es tu cumpleaños —me recordó—, pero como seguro que te irás con las amigas por ahí, por eso te la he hecho hoy.

—Jo, mamá. ¿Cómo no voy a venir a veros mañana? Con las amigas saldré por la noche.

—¿En serio? ¡Qué alegría me das!

Le di un abrazo.

—Pues claro. Vosotros sois siempre lo primero. ¿Dónde está papá?

—No creo que venga a comer hoy. Tiene una cesárea programada para ahora, a las dos. Así que comeremos nosotras solas.

Puse la mesa y mi madre sirvió la lasaña. Sacó también una botella de vino blanco espumoso. Le di un sorbo. Todo estaba exquisito.

—Por cierto, ¿cómo vas con la niña del doctor Suárez?

Casi me atraganto con la pregunta.

—Omar, para los amigos como tú —le solté la puntillita.

Mi madre se echó hacia atrás en la silla y se puso tensa.

—No entiendo...

—Mamá, no me vaciles más. Me dijiste que habías escuchado por casualidad una conversación en la cafetería y resulta que os conocéis de hace años. ¿Por qué me diste a entender que apenas lo conocías?

—Porque si te digo que es un amigo íntimo seguro que te niegas a ir. Ya sé cómo actúa tu mente. Con tal de llevarme la contraria... En cambio, si pensabas que era por hacerle un favor a un compañero y por casualidad...

—Vaya, así que piensas que te llevo la contraria por gusto.

—Olga, no te molestes, pero tienes que reconocer que, cuando te lo propones, eres muy cabezona.

No quería enfadarme, pero mi madre estaba pulsando el interruptor de la mala leche. Rebusqué en el interior de mi cabeza el último granito de paciencia que quedaba por allí perdido y me agarré a él. Respiré profundamente e intenté no perder los nervios.

—Bueno, da igual —amansé los caballos—. La niña es un encanto y va genial. Por cierto, tengo que irme. He quedado con ella a las tres y mira la hora qué es.

—¿Y eso que has quedado tan temprano?

—Me la llevo a la biblioteca. Tiene que recuperar mucho y allí estudiaremos mejor.

Mi madre sonrió complacida. Me jodía mentirle, pero no podía decirle la verdad, y menos sabiendo la amistad que había entre mis padres y el padre de esa niña.

—Venga, no llegues tarde. Me alegra que le hayas gustado a Alicia.

—Sí, supongo que ya estás al tanto de todo.

No pude evitar soltárselo. Le di dos besos y seguí con el plan del día. Siguiendo parada: la casa de Alicia.

*

—¡Hala! Es enorme! .Y cuántas tiendas!

Alicia estaba flipando con el centro comercial.

—¿En serio nunca te han traído aquí? —le pregunté ante su inminente asombro.

—No que yo recuerde. Amelia se encarga de comprarme la ropa y, como te dije, apenas salgo.

Miraba hacia todas partes con los ojos muy abiertos. Para ella, todo era una novedad y a mí se me encogía el corazón al pensar cómo una niña de catorce años no conocía ese mundo. No sabía quién era ese tal Omar, pero cada vez me entraban más ganas de partirle la cara. Me imaginaba un hombre gris, amargado y anclado en siglos pasados. Todavía no me explicaba qué coño podía ver Olivia en alguien con una mente así.

—Vamos a entrar en esa tienda de vaqueros —le dije, cogiéndola de la mano—. Hay mucho que ver y tenemos poco tiempo.

—¿De verdad Olivia sabe que estamos aquí?

—Sí. Y ella paga todo, así que aprovecha, guapa.

Le di una palmada en el trasero y Alicia se rio. Como le prometí a Olivia, le compré unos vaqueros pirata. Nada de enseñar cacha, no fuera que a su padre le diera un infarto. También compramos una camiseta de escote redondo color azul tejano que llevaba unos detalles en purpurina. Era muy juvenil, ideal para ella. Cuando se vio en el espejo parecía otra.

—Me encanta, Olga, es precioso todo.

—Pues acabamos de empezar. Vamos a por unas sandalias y algún vestido decente.

Entramos en otra tienda que a mí me gustaba mucho, por lo que aproveché y eché un vistazo. No estaría mal llevar algo nuevo en mi fiesta de cumpleaños. Había una sección de vestidos sencillos y otra con prendas más atrevidas. Primero fui a buscar para Alicia, luego miraría algo para mí. A ella le gustaba todo y miraba los percheros con devoción. La niña

vestía como una hortera, pero entendía de moda; más que yo ,incluso. Se leía y conocía todos los blogs de Internet. Cuando le dije que Roman Tensy era amigo mío se quedó fascinada. Le prometí que le conseguiría un vestido del diseñador. Ella era mucho más alta que yo y los que me había regalado Tensy no le taparían ni la raja del culo.

—¿En serio? ¿Voy a tener un Tensy?

Cuando asentí me espachurró entre sus brazos. Por poco me ahoga. Nunca la había visto tan feliz.

—Suelta, pequeño monstruito —dije—. Te conseguiré un Tensy, pero ahora tendrás que conformarte con los de esta tienda. Entra ahí y pruébate estos dos, a ver cuál es más decente para el criterio de tu padre.

Cogió los vestidos que le di y entró en el probador. Mientras, fui echando una ojeada a los más atrevidos que había en los percheros de la izquierda. Vi uno a rayas rojas y negras que me llamó la atención. Lo saqué de la percha para probármelo.

—Olga, mírame —dijo Alicia desde el probador.

Estaba realmente espectacular. Era un vestido sencillo, blanco ibicenco, pero transparentaba mucho y su escote bajaba demasiado. Vestido vetado.

—Cielo, ese no. Pruébate otro.

—Pero a mí me gusta —protestó.

—¿Tú quieres que sigamos vivas? —Ella asintió con la cabeza—. Pues pruébate otro.

Puso mala cara y se quitó el vestido sin protestar.

—¿Y este qué tal?

Salió con un vestido azul marino de tirantes, estampado con pequeñas florecillas blancas. El vestido se ajustaba a su cintura y luego salía en vuelo por encima de sus rodillas. El escote estaba bien y le quedaba de maravilla. La verdad es que todo lo que se probaba le quedaba jodidamente perfecto.

—Ese sí. Estás guapísima.

Sonrió contenta y giró sobre sus talones haciendo volar el vestido y mostrando unas bragas blancas de algodón horrosas. Mi cara se descompuso y me acerqué a ella como un rayo.

—No vuelvas a hacer eso. Solo de pensar en que te vea tu padre enseñando las bragas me da algo.

—Olga, le estás cogiendo a mi padre tanto miedo como el que le tengo yo.

Me impactó oír aquellas palabras. Ese comentario me jodió. Parecía que Omar, o el doctor Suárez, imponía su terror allá donde se pronunciara su nombre. No me gustaba añadir esa sensación a mi lista de sentimientos que me transmitían mala energía, pero pensar en el padre de Alicia me ponía los pelos de punta.

—No digas tonterías, si no le conozco —le quité importancia—. Ahora vamos a por unas bragas decentes. Pero antes deja que me pruebe el vestido que tengo aquí.

Entré en el probador y me puse el vestido rojo con rayas negras. Era ajustado, corto, llevaba la espalda al aire y se ataba al cuello. Por delante tenía un escote cómodo y sugerente que caía en ondas asimétricas. Era fresco, actual y atrevido. Perfecto. Salí para que me viera Alicia.

—Olga, es una pasada. Es muy, muy...

—¿Sexi?

Alicia se sonrojó y ocultó con la mano una tímida sonrisa.

—Sí, un poco.

—Este es un vestido que no podría comprarte. No me imagino la cara de tu padre si te viera con algo así.

Alicia puso cara de auténtico pánico. Me acerqué a ella y le puse la mano en el hombro.

—Tranquila, esto no va a ser para siempre. Tu padre tendrá que darse cuenta de que estás creciendo y lo bueno es que puedes contar con Olivia.

—Si no lo deja antes... —susurró moviendo las manos, nerviosa.

—No. Olivia está enamorada de tu padre y te adora. Me lo dijo el otro día. Tranquila.

—¿En serio?

—En serio.

Pagué los vestidos y seguimos con las compras. Dos vestidos más, un par de sandalias y bragas tipo culote de diferentes colores y estampados, dignos de una adolescente moderna. No podían faltar los respectivos sujetadores haciendo juego. Pasamos luego por la tienda de zapatos de Louboutin, donde vi unas sandalias de las que enamoré de inmediato. Eran negras y llevaban unas tiras que se abrochaban al tobillo. La suela roja y el tacón de aguja eran lo más erótico que te podías echar a la cara.

Además, hacían juego con mi vestido. Así que entré a preguntar. Valían una pasta, pero cuando me las probé no me lo pensé. Ese sería mi regalo de cumpleaños. Por otro lado, podía permitírmelo gracias a las generosas propinas de mis clientes.

—Son increíbles, cuando sea mayor me compraré solo zapatos de Louboutin —dijo Alicia.

—Bien que haces. Si puedes, ni lo dudes —la animé.

—¿Qué hora es?

—Hora de irnos, bombón. Me llevo la ropa y se la doy a Olivia después. Tiene que parecer que te la ha comprado ella. Si nos ve las bolsas Amelia, la cagamos —puse cara de horror.

—Me encanta cómo hablas y tu forma de pensar —se rio Alicia.

—Pues que no se te pegue mucho, porque no es la más idónea para una dama.

—¿Mañana vienes?

—Cielo, mañana es mi cumpleaños y no sé si podré ir. Quisiera aprovechar para hacer algunas cosas.

Alicia bajó la mirada, decepcionada, y eso me partió el corazón.

—De todas formas, intentaré hacer un hueco para verte —dije—. Te avisaré con tiempo.

—¡Gracias! —exclamó.

Devolví a Alicia a su casa, llena de alegría. Su cara, día tras día, se iba transformando poco a poco en la adolescente normal y risueña que debía ser desde hacía años.

*

Aparqué mi coche en el hotel. Había ido a casa a ducharme y no sabía nada de Mila. Su coche estaba en el aparcamiento. Me sacudí el pelo, todavía húmedo, y bajé del coche con un vestido playero de punto color azul marino y blanco que se ajustaba a mi cuerpo y marcaba mis pezones, pues no llevaba sujetador.

—Dios, qué calor hace hoy —suspiré, dando un portazo nada más salir del coche.

—Eso porque no has estado en México. Allí la humedad no te deja respirar.

La voz sensual de Sandro me asustó. Di un salto y solté un grito.

—Joder, casi me matas —exclamé, mientras me agarraba el pecho. El corazón me latía muy rápido.

—Perdona, no pretendía asustarte. Acabo de aparcar y te he oído hablar en voz alta.

Me sonrió. Era diabólicamente atractivo.

—No pasa nada. Es que hace un calor horrible. ¿Vas para dentro?

Sandro me acompañó. Él me iba hablando del clima de su país y, mientras, yo iba escuchándole embelesada. Entramos por la recepción y solo tenía ojos para él y para aquella maravillosa voz. De repente, todo se fue al garete.

—Hermano, ¿ya entra a trabajar?

La voz de Anyelis me sacó de mi trance como una hostia.

—Sí, comenzamos ahorita el turno —le contestó, metiéndose para dentro.

—Ya veo que conoces a mi hermano pequeño. Cuídamelo bien, Olga.

Yo estaba procesando la información que me llegaba de golpe. ¿Cómo no había caído? El tío bueno mexicano era hermano de Anyelis. Definitivamente, mi radar estaba para tirar a la basura.

—Tu hermano creo que sabe cuidarse perfectamente bien.

Me giré en redondo y fui a trabajar. No había día que no me esperase una sorpresa. Busqué a Olivia y la encontré en la sala de descanso. En cuanto me vio, agitó la mano para que me acercase.

—Cuéntame —me susurró en voz baja.

—Tengo la ropa de Alicia, los recibos y las vueltas en el coche. Se lo ha pasado en grande.

—Dame las llaves de tu coche para recogerlo todo y luego te las pongo en la taquilla.

Saqué mis llaves del bolso y se las di a Olivia.

—Voy a prepararme. ¿Has visto a Mila?

—Andaba por el vestuario. Tiene que entrar a masaje ya mismo.

Mi amiga llegó entonces a la sala acompañada de Sandro. Este se había puesto el uniforme blanco que resaltaba su piel dorada. Hasta Olivia no pudo evitar fijarse en él.

—Desaparecida, que no se te ve el pelo —le dije a Mila.

—Ya sabes, entre organizar tu fiesta y Bruno que no me da respiro...

—Deberías plantearte el irte a vivir con él —bromeé.

—¿Estás de coña? —dijo ella, arqueando las cejas—. Bueno, tenemos que organizarnos para mañana.

—Tú dirás; yo no sé nada.

—He reservado en el hotel Balneario *spa*. Nos vamos a pasar la tarde de tratamientos para el cuerpo y, para variar, que nos hagan un masaje a nosotras. Luego peluquería y maquillaje. Después cenaremos en el hotel y una limusina nos llevará a una discoteca muy *cool* de un amigo para bailar y emborracharnos. Llevaos vuestras mejores galas: sexis y guapas ya nos pondrán en el *spa*.

—Suená bien —admitió Olivia, que estaba escuchando.

—¿A qué hora?

—A las cuatro en el chiringuito de la playa.

Hice un gesto raro con la cara. Le había prometido a mi madre comer con ellos y si además quería visitar a Alicia... estaba la cosa complicada.

—¿Algún problema? —preguntó Mila.

—No, todo bien.

Se marchó a masaje y Olivia se quedó mirándome con atención.

—¿Te preocupa algo?

—Le prometí a Alicia que intentaría verla mañana, pero lo tengo difícil. Tengo que comer con mis padres y si salimos a las cuatro...

— Omar tiene guardia mañana y no saldrá hasta las tantas. ¿Qué te parece si voy con Alicia a comer a casa de tus padres? Conociendo a tu madre estará más que encantada.

—Genial —admití aliviada. — La llamo ahora mismo y se lo digo.

—Tú tienes un masaje. Yo me encargo. Le diré que es una sorpresa de la niña.

—Fantástico. Me voy, que el deber me espera.

Entré en el vestuario y me crucé con Mila, que salía para su masaje.

—Ya me contarás el rollito que tienes con Olivia.

—Si apenas te veo para contarte nada —me quejé.

—¿Hoy te quedas en el hotel?

La miré extrañada.

—¿Por qué iba a quedarme en el hotel?

—Porque es jueves. Tu cita con el desconocido...

—Joder, se me había olvidado por completo. No lo sé, según vaya la noche. —Sacudí levemente la cabeza.

—Bueno, mañana nos vemos y nos ponemos al día ,por si no tenemos ocasión de hablar hoy. Me voy que llego tarde.

Mila salió con paso apurado.

Guardé mis cosas en la taquilla y cogí mi uniforme. Tenía la mente tan ocupada con Alicia que ni me paré a pensar ni un solo segundo en mi enigmático desconocido. Tenía libre el día siguiente y, además, era mi cumpleaños, pero un montón de cosas me esperaban. Lo más sensato era irme a casa a descansar, pero, por otra parte, no estaría mal empezar celebrando el cumpleaños con un buen revolcón. Desde luego, mi desconocido era un experto en eso. También era una buena opción para tenerme saciada y apartar así de mi mente al cretino de Abel. Porque tenía grabada la imagen de él follando con Anyelis en su despacho. Borrar aquello de mi mente sí que me costaría más de un polvo salvaje con mi amante misterioso...

Abel me había mandado varios mensajes a lo largo del día, pero, así como los recibía en la bandeja de entrada, los mandaba a la papelera sin leer. Imaginármelo desquiciado me ponía ligeramente cachonda.

20

Entré a masaje y pasé el pestillo. Me quedé muerta al ver que Bruno era el cliente que me aguardaba. No me lo esperaba para nada.

—Bruno...

—Hola, Olga —me saludó, tan natural como la vida propia—, tenía ganas de repetir contigo.

No sabía cómo interpretar aquellas palabras. No me sentía cómoda.

—Pues nada, tumbate y relájate mientras preparo el aceite.

Le di la espalda un momento para acomodarlo todo. Bruno era tan alto como Abel. Entonces, me sorprendió por la espalda y me rodeó con sus brazos. Estaba empalmado y rozaba su cuerpo desnudo contra el mío. Sus labios fueron hacia mi cuello.

—Desde que te vi en bragas en tu piso solo tengo ganas de follarte —me susurró excitado.

Mi piel se erizó, pero no de la forma que él hubiera querido. Me encendí, sí; pero de rabia y frustración. Bruno no sabía dónde se había metido. Era el supuesto novio de mi mejor amiga y, además, mi jefe. También era el hermano del hombre que me quitaba el sueño. Y ahora pretendía que me abriera de piernas así por las buenas, porque él lo valía.

—Joder, Bruno —le grité—. Apártate de mí ahora mismo si no quieres que te tire el aceite a la cara.

Retrocedió ante mi agresiva reacción. Estaba furiosa.

—Olga, pensé que te gustaba... La última vez que te besé no me hiciste ascos —dijo, retrocediendo y tapándose con el albornoz.

—La otra vez no te tirabas a mi amiga y no la estabas haciendo creer que era especial. Joder. —Di una patada al suelo—. ¿Os creéis de verdad con derecho a follaros a todas las mujeres que os plazca?

Me miraba como si estuviera loca o poseída por algún demonio. Yo estaba fuera de mí.

—No exageres, tampoco es para tanto. Si no quieres follar ya está. No hace falta montar un drama.

Me eché a reír como una histérica. Bruno me miraba incómodo.

—¿Drama? —Apreté los dientes con fuerza—. Drama el que estarías montando tú el otro día si no fuera por mí y por la que te estás follando.

—¿De qué hablas? —Estaba desconcertado.

—Hablo de que mientras tú nos ves como vaginas con patas, nosotras descubrimos que tu masajista predilecto tenía montado su videoclub porno particular y pensaba extorsionar a tus clientes más ricos. Mila y yo movimos el culo junto a tu hermano para desmantelar el chiringuito. —Agité los brazos—. Pero claro, tú estabas ocupado follando por ahí, ajeno a todo esto, mientras nosotras te salvábamos tu precioso trasero.

Bruno se quedó perplejo mientras yo recuperaba el aliento después de escupir todo lo que llevaba dentro. Me senté en la silla y cogí una botella de agua. Estaba agotada.

—¿Es cierto lo que me estás contando? —la voz se le entrecortaba.

—Sí, Bruno. Tan cierto como que estoy hasta el coño de ti, de tu hermano, de todo... Si quieres échame a la puta calle, me da igual —parecía una barriobajera hablando, pero necesitaba expresarme así.

Le ofrecí el agua para que bebiera también. Yo ya pasaba de todo.

—Joder, ¿cómo es que no me habéis contado nada? —Se llevó las manos a la cabeza.

—Sinceramente, porque no me fiaba de ti. Por eso recurrí a tu hermano.

Su cara fue un poema.

—Te entiendo... No creas que no me lo merezco. Son muchos años de mala fama y compañías nada recomendables. No se puede cambiar eso de un día para otro —reconoció con amargura.

—Tampoco haces nada por mejorarlo —le espeté.

—¿Podrás perdonarme lo de hoy? Te prometo que jamás te faltaré al respeto.

—Se lo estás faltando a Mila y a ti mismo. Yo sé defenderme.

—Ya lo veo, ya. ¿Se lo vas a contar? —me suplicaba con la mirada.

—Depende de ti. ¿Quieres que se lo cuente?

—No —respondió en un susurro.

—Así será.

Asentí con la cabeza y salí de la cabina bastante contrariada.

Fui a la sala común de descanso a tomar algo, donde estaba Olivia, que me miró un tanto desconcertada.

—Has salido antes de tiempo, ¿ha ocurrido algo?

—El masaje era con Bruno. Lo han llamado a mitad del masaje y ha tenido que irse; ya sabes cómo es. —Me encogí de hombros.

—He cogido la ropa de la niña y he hablado con tu madre. Se ha emocionado al decirle que mañana íbamos a comer para darte una sorpresa.

—Me imagino su cara. —Forcé una sonrisa. Estaba agotada.

—Puedes irte ya. Descansa para tu cumpleaños. Le he puesto tu último masaje a Sandro, para que no se aburra...

—Gracias, Olivia.

Fui al vestuario y me di una ducha. Necesitaba sentir el agua sobre mi piel. El encontronazo con Bruno me había tocado la moral bastante. Esperaba que Mila se cansara pronto de él, porque no era bueno. Ella se merecía algo mejor que un Casanova que iba de flor en flor.

Me puse mi vestido playero de rayas y me quedé sentada un momento en el vestuario, con la espalda pegada a la pared y los ojos cerrados. En unas horas cumpliría veinticuatro años y arriba en el hotel tenía la posibilidad de estar con un macizo de dos metros que podía hacer que me olvidara de todos mis problemas. Y lo mejor de todo, no hablaba ni me complicaba la vida. Mi cuerpo se encendió al instante.

Cogí el bolso. La tarjeta VIP estaba dentro. Salí por la puerta de servicio y bajé al garaje. Desde allí tomé el ascensor directo a mi habitación. Entré y me desnudé, quedándome solo en bragas. Descolgué el teléfono rojo y pulsé el botón de peticiones.

—Buenas noches. Bienvenido al hotel...

Corté la locución de Anyelis. Sabían perfectamente de qué habitación llamaba.

—Lo de siempre —dije tajantemente y luego colgué.

Estaba ansiosa y muy alterada. La forma en la que había intentado tratarme Bruno y la reciente humillación de Abel habían encendido algo en mi interior que necesitaba apagar. Siempre intentando dominarme y tratándome como una mujercita débil. «Joder, que haga su aparición

estelar ya mi desconocido ,«me dije. Me lo iba a comer vivo. Necesitaba desfogarme.

La puerta vibró al sonido de dos golpes. Salí corriendo y la abrí en bragas, sin pudor ninguno. Mis ojos brillaron como los dos faros de mi nuevo coche.

—Te estaba esperando... —Recibí a mi golosina gigante.

Salté a su cuello para besarlo y mis piernas rodearon su cintura. Como era habitual en él, cerró la puerta con una patada. Mi boca lo devoraba ansiosa y mi lengua le daba unos lametazos descontrolados, chupándole la saliva de la comisura de los labios. Lanzó un gruñido de la excitación y me agarró el culo con fuerza .Chillé de placer. Revolví su pelo desesperada mientras no le daba tregua a su boca. Percibía un ligero sabor a ginebra que emborrachaba más mis sentidos. Me llevó en dos zancadas hacia la cama ,rodeada de esa cascada de tela roja, y nos perdimos en medio de ella. Mis manos volaron por debajo de su camiseta para tocar su pecho y pellizcarle los pezones. Emitió un sonido que me resultó muy erótico. Noté que mi coño se mojaba, ansiaba tenerlo dentro.

—Joder, cómo te deseo hoy —jadeé cachonda.

Se quitó la camiseta con una sola mano mientras con la otra me apretaba un pecho. Gemí y me restregué contra aquella erección que deseaba tener dentro de mi coño húmedo. Moví mis caderas y ronroneé como una gata en celo. Nunca me había puesto tan encelada y desenfrenada como ese día. Me cogió de las manos y me las puso por detrás de la cabeza, dejándome inmóvil. Lo miré frustrada. Él me clavó la mirada y nunca me había fijado hasta ese momento en lo escandalosamente apuesto que era.

—Dios, eres tan guapo...

No pude evitar decírselo. Se apoderó de mi boca y su lengua cálida y jugosa entraba dentro de la mía. Yo la absorbía y la chupaba, saboreando su deliciosa saliva. Seguía sujetando con una mano las mías y me retorció bajo su cuerpo como una serpiente fuera de control. Su otra mano se metió entre mis bragas y yo me quedé quieta mientras él seguía besándome con un ansia devastadora. Su dedo se metió en mi resbaladizo sexo y gemí. Gemí porque no aguantaba el dolor que tenía entre las piernas y la necesidad que sentía de tenerlo dentro de mí era horrible. Su dedo entraba y salía de mi coño y yo me estremecía de placer. Volví a revolverme,

porque quería soltarme y ser yo quien le follara. Estaba harta de que siempre me follaran ellos.

—Suéltame —grité.

Me soltó, asustado, y se separó de mí. Había conseguido descolocarlo. Me puse a cuatro patas en la cama como un animal salvaje al acecho y fui hacia él. Su mirada se iluminó al momento. Lo empujé y quedó tumbado a mi merced. Él no protestó ni dijo nada.

Le quité entonces los pantalones y luego los calzoncillos. Él intentó incorporarse, pero no le dejé. Empecé a acariciarle los muslos y luego entre sus piernas. Como masajista, era la mejor en mi trabajo y si además le daba el toque erótico... Mi desconocido estaba duro y tieso como una piedra. Las venas de su polla se podían dibujar de lo claras y gordas que se le habían puesto. Lo estaba llevando al límite solo con mis caricias. La punta de su capullo brillaba a causa de unas gotas de semen que no pudo reprimir. Sonreí con malicia y pasé mi lengua por aquella maravillosa polla y la lamí hasta que se volvió loco. Gruñía, jadeaba y sus manos se retorcían entre las sábanas rojas intentando no correrse.

—Dios... —oí que siseaba por lo bajo.

Yo estaba mojada a más no poder. El juego erótico de ponerlo al límite y verlo sometido a mis encantos me estaba volviendo loca de lujuria. Ahora mandaba yo, y eso me estaba haciendo sentir cosas nuevas y muy excitantes. Mi libido estaba más allá de la estratosfera...

—Ponte el condón —le ordené.

Buscó nervioso en sus pantalones y yo permanecí de rodillas en la cama, chupándome los dedos para provocarlo con descaro. Sus ojos estaban muy abiertos y brillaban por la excitación. Se puso el condón y estiró los brazos para agarrarme. Yo hui hacia el otro lado de la cama y él se dio con la cara en el colchón. Le oí maldecir por lo bajo. Su excitación iba en aumento, al igual que su frustración.

—Me da igual que no hables, pero hoy vas a hacer lo que yo te diga. Siéntate en la cama.

Sus ojos echaban chispas y su boca se torció en un gesto de no estar muy de acuerdo, pero me obedeció. Me humedecí todavía más al tener a ese hombre bajo mis órdenes, me volví loca de lujuria descontrolada. Me senté encima de él y volví a besarle la boca con fuerza y posesión. Sus manos sujetaron mi cintura y recorrieron mi espalda. La sangre me

quemaba las venas y mi cuerpo estaba a punto de entrar en estado de ebullición. Jadeé sobre su boca mientras él absorbía mis gemidos.

—Ahora puedes metérmela. —Fui vulgar y obscena y me encantó.

Rasgó las bragas con ambas manos, me levantó y me clavó encima de su enorme polla. Me agarré a su cuello y empecé a cabalgar entre sus piernas como una posesa. Iba a toda velocidad, como un torbellino. Me frotaba arriba y abajo contra aquella polla que me daba el mayor de los placeres. Me apretó las nalgas y me frenó. Lo miré a los ojos encabronada por haberme cortado el rollo.

—Voy a follarte hasta que me canse. Hoy mando yo —repetí.

Noté un latigazo en mi interior. Se le había puesto más dura al oírme hablar de esa manera. Me alzó por las caderas y volvió a menear las suyas, dándome la caña que yo le exigía. Su mandíbula se contraía, rechinando los dientes. Sabía que le estaba provocando un infierno de placer y que le costaba contenerse. Deseaba correrse, pero yo necesitaba más.

Me di la vuelta y volví a clavarme sobre él. Rugió y me apretó los pechos mientras volvía a follármelo a mi antojo. Mis nalgas golpeaban sus pelotas y su polla se deslizaba dentro de mi coño húmedo con una facilidad asombrosa. Apoyé mi espalda sobre su pecho y seguí con mis subidas y bajadas vertiginosas por su polla dura y gruesa. Cogí su mano y se la puse en mi coño. Otro gruñido salió de su garganta. Su mano me agarró el coño y un dedo se introdujo dentro de mí rozándose con su polla. Me sentía llena de él.

—Sííí —grité.

Con la palma de su mano me frotaba el clítoris mientras su polla y su mano me follaban a la vez. Me corrí de una manera brutal, estremeciéndome y derritiéndome entre sus piernas. Me temblaba el cuerpo, me temblaba el alma. Y entonces dejé que mi peso cayera encima de su torso. Él gimió.

—Ahora ya puedes follarme tú —susurré fatigada.

Con un gruñido primitivo y sensual salió de mí un segundo, me dio la vuelta y se me tiró encima. Parecía un animal desesperado al que acababan de poner en libertad. Su boca me aprisionó y su lengua entró en contacto con la mía. Entonces sus manos me levantaron las caderas y me embistió profundamente.

Abrí los ojos como platos y le tiré del pelo con fuerza. Una sonrisa curvó su boca y me excitó solo con mirarlo. Empujó otra vez y lo sentí todavía más fuerte. Mi sangre rugía como un toro embravecido por mis venas y mis piernas se enrollaron alrededor de su cuello. Lo quería todo dentro. Quería que me penetrara sin compasión. Y lo hizo.

Chillé cuando me llegó el segundo orgasmo y él rugió también al correrse. Me clavó los dientes en el hombro mientras se vaciaba una y otra vez dentro de mí. Sus embestidas eran temperamentales y pasionales. Había sido el polvo más bestial, pasional y posesivo; y todo sin decir nada, aunque diciéndolo todo.

Nos quedamos abrazados en la cama. Me agarraba con fuerza, estaba pegado a mi espalda. No me separé, pues me gustaba su contacto. Ya no me hacía sentir incómoda porque sabía que podía manejar la situación. Sentí un beso suyo en mi nuca mientras me acariciaba con delicadeza la espalda desnuda. Su mano cayó sobre mi cintura y noté que su respiración se suavizaba. Estaba a punto de quedarse dormido y yo también estaba agotada.

—Olga —susurró.

Oír mi nombre de sus labios me puso los pelos de punta. Yo no sabía quién era él, pero... ¿él sí sabía quién era yo? Mi cabeza empezó a dar vueltas, pensando en aquel hombre misterioso que me rodeaba entre sus brazos, pero me sentía sumamente bien y estaba tan agotada que me dejé vencer por el sueño.

*

No encontraba nada con las prisas. Me había vuelto a quedar dormida y revolví entre las sábanas rojas en busca de mi vestido. Las bragas estaban hechas añicos y tenía que pasar por casa a preparar la bolsa para ir al *spa*. Mi amante furtivo se había ido mientras yo dormía y ya eran pasadas las doce del mediodía.

—Dios, no me va a dar tiempo a nada —me dije desesperada.

Salí de la habitación cagando leches y bajé por la entrada principal. No estaba para perder el tiempo. Anyelis y Abel salían como la otra vez y me los encontré allí mismo. Pasé como un rayo por delante de ellos ante la

mirada atónita de él ,que dejó a la mexicana protestando y me siguió hasta el coche.

—Olga, ¿otra vez aquí a estas horas? Vas como una loca. ¿Te encuentras bien?

—Estoy de maravilla, Abel, pero llego tarde a todas partes. Hoy es mi cumpleaños y he quedado. Por favor, no me amargues el día con una de tus charlas. —Solté un soplido.

—Quería hablar contigo —dijo, apoyándose en el coche para cortarme el paso—. No contestas a mis mensajes ni respondes a mis llamadas.

—Cierto, los borro directamente, así que ahórrate el trabajo.

—Olga... —gruñó.

—Mira, tú te follas a Anyelis y yo a quien me plazca. Eso es lo único de lo que hay que hablar. Ya está todo claro. Ahora tengo que celebrar mi cumpleaños; apártate por favor.

Lo miré fijamente a los ojos. Él clavó su mirada en mi hombro y sus ojos se tornaron azul oscuro.

—Ya lo veo. Te han dejado marcada para que todo el mundo lo vea. Una dentadura perfecta. —Curvó una sonrisa sardónica.

Lo miré desconcertada. Me cogió fuera de juego y no sabía a qué se refería. Giré la cabeza para mirarme el hombro.

—Mierda —maldije y me llevé la mano al hombro.

Tenía los dientes del desconocido marcados en el hombro de cuando se corrió por la noche. No me había enterado.

—Maldita sea, ¿con quién andas? —gritó echándose a un lado y dejándome entrar.

—¡Que tengas un buen día! —arranqué el coche y me fui.

Miré por el retrovisor y vi que Abel seguía allí de pie, viéndome partir. Últimamente se estaba convirtiendo en una costumbre eso de dejar plantado a Abel. Y no me hacía especialmente gracia, como tampoco llevar los dientes de mi amante misterioso tatuados en mi hombro.

*

Llegué al apartamento y me di una ducha a cien por hora. Me puse un Tensy, pues sabía que Alicia se emocionaría al verme con ese vestido. Era negro, ajustado y corto. Los tirantes anchos tapaban el mordisco. Llevaba

un gran círculo en la espalda que la dejaba al aire y una extraña raya de color verde atravesaba la parte delantera del vestido como si fuera una salpicadura de pintura. Tensy era extraño y original en sus diseños, pero su ropa sentaba de maravilla. Cada día me gustaba más ponerme sus exclusivos modelitos. Me preparé la mochila con un bikini, ropa interior nueva, el vestido rojo y negro y las sandalias Louboutin. Puse alguna cosa más por si la necesitaba y salí derrapando hacia casa de mis padres. De camino, en el coche, llamé a Mila.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—No seas mal pensada... He ido a comer con Gema y Nadia. A las cuatro quedamos en el chiringuito, ¿vale? ¿Qué tal anoche?

—Uf, ni te lo imaginas. Lo mejor de lo mejor. —Sonreí al recordar el polvazo.

—Joder, Olga. ¿No me lo puedes prestar una noche?

—Mío no es, así que pulsa el botón rojo y pide.

—Ya, como si fuera a venir a mí. Ese sabe bien adónde tiene que ir.

—Ayer dijo mi nombre mientras se dormía. Creo que él sí sabe quién soy. Y eso me mosquea un poco. —Fruncí el ceño.

—Tía, ahí hay algo que no es normal. Lo de presentarse en tu habitación sin tú solicitarlo el otro día... No hago más que pensar en eso. ¿Y si es un psicópata?

Sentí una punzada en el estómago. No quería imaginármelo.

—No me asustes, tía. Es muy correcto y hace todo lo que yo le pido. Un psicópata no se dejaría dominar tan fácilmente.

—¿Perdona? ¿Lo has dominado?

Me sonrojé al recordarlo.

—Un poquito —carraspeé.

—Joder, yo quiero ser como tú. —Su carcajada casi me perfora el tímpano.

—Ya he llegado a casa de mis padres. Bueno, nos vemos luego y ya te seguiré contando. Hoy necesito emborracharme y bailar como una loca.

—Eso está hecho —dijo Mila.

Bajé de mi Opel Corsa y vi el Mercedes todoterreno gris aparcado al otro lado de la acera. Olivia y Alicia ya habían llegado. Ahora tocaba poner cara de sorpresa.

21

Al entrar por la puerta de la cocina de la casa de mis padres no me costó fingir cara de sorpresa. Alicia vino corriendo hacia mis brazos nada más verme. Como no me esperaba tal recibimiento, mi cara fue de asombro total.

—Felicidades, Olga —me gritaba eufórica sin soltarme.

Yo veía a mi madre emocionada ante la reacción de la niña y Olivia estaba tan sorprendida como yo. No imaginaba que en tan poco tiempo se hubiera encariñado tanto conmigo. Logré apartarla con suavidad de mi cuello y la agarré de la mano.

—¡Menuda sorpresa! —exclamé acalorada.

—Hija, ha sido idea de la niña. Olivia me llamó anoche y me ha parecido genial. Ya sabes que me encanta tener gente en casa. Y si es para alegrarte a ti... más.

Abracé a mi madre y saludé a Olivia con dos besos. Estaba espectacular con un vestido de seda rosa palo de manga corta y encaje en el escote.

—Espero que no te moleste —dijo ella disimulando.

—Para nada. Me alegra un montón que hayáis venido.

Olía que alimentaba. Mi madre se había esmerado y estaba preparando carrillada de ternera al vino tinto. Había puesto de entrante unos langostinos fríos y paté de pato.

—Mamá, nos vamos a empachar con tanta comida.

—Es tu cumpleaños. Había que hacer algo especial.

—¿Y papá?

—Ahora viene —se tapó la boca con una sonrisa nerviosa.

—¿Qué estás tramando? —Miré a Olivia y esta se encogió de hombros.

Conocía a mi madre; algo tramaba. Miedo me daban ella y sus sorpresas. Ya me habían regalado un coche y no necesitaba ni quería que

se molestaran más por mí.

—¿Un poco de vino blanco para abrir apetito? —nos ofreció mi madre.

—Yo me apunto. —Levantó la mano Olivia.

—Y yo. —Estaba sedienta.

Alicia tuvo que conformarse con un refresco mientras mi madre abría una botella de vino blanco bien fresquito y servía tres copas para nosotras.

—Alicia, estás guapísima —piropeó mi madre—. Ese vestido te queda que ni pintado.

—Gracias, Maite.

La niña llevaba el vestido azul marino estampado con flores blancas. Estaba preciosa y le hacía un tipazo. Parecía una adolescente de su edad y no la friki anticuada con los vestidos de abuela de días atrás.

—Tu padre estará encantado de verte tan guapa y de que vayas mejorando con Olga —observó mi madre.

Yo me atraganté con el vino y Olivia también tosió. Nos miramos las tres y luego nos echamos a reír sin poder evitarlo. No creo que Omar hubiera visto aún el nuevo atuendo de su hija.

—Mi pareja trabaja mucho —salió al paso Olivia— y aún no ha tenido tiempo de ver a Alicia y comentar ese tema. Yo lo pongo al día en cuanto puedo... pero sí, está satisfecho.

Se terminó la copa de vino y se la rellenó.

—Yo sí estoy encantada con Olga —añadió Alicia—. Es mi mejor amiga.

Mi madre sonrió y yo le lancé un beso con la mano. En solo unos días sentía adoración por esa jovencita.

—Olga es especial. Sabía que te iba a gustar cuando se la recomendé a tu padre —dijo mi madre.

Miré el reloj. Iban a dar las dos. ¿Dónde coño estaba mi padre? No me iba a dar tiempo a comer con tranquilidad; se me estaba haciendo tarde. Di otro sorbo de vino cuando se abrió la puerta de la cocina.

—Papá, ¿qué haces aquí? —preguntó Alicia asombrada y acobardada.

—Maite me llamó para contarme que ibais a venir al cumpleaños de Olga para darle una sorpresa. He hecho un hueco para estar con vosotras y conocerla.

La primera vez que oía su voz a la luz del día y con claridad. Era una voz varonil y sensual, una voz que cualquier mujer se giraría al escucharla.

No solo su cuerpo era perfecto y desprendía sensualidad, sino que su voz te embelesaba como el canto de una sirena. Mi copa se fue al suelo. Se me escapó de las manos al ver entrar a mi padre con el hombre que hacía escasas horas había estado entre mis piernas follándome en el hotel Red Pleasure. El padre de Alicia, el doctor Suárez, Omar, la pareja de Olivia, era mi desconocido misterioso.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó mi madre.

—Sí, lo siento. Me sudan las manos y se me ha resbalado la copa.

Me agaché detrás de la isla para recoger los pedazos rotos y así evitar aquella mirada que me taladraba al otro lado de la cocina. No podía ser. ¿Por qué todo se complicaba tanto? Estaba a punto de entrar en un ataque de pánico. Mi amante misterioso ya no era un desconocido. Estaba en la cocina de mis padres, con su mujer y su hija. Aquello era demasiado para mí. Notaba el pulso en mis sienes acelerado. Al recoger la copa de cristal, con el nerviosismo, me corté.

—Mierda —maldije.

Mis padres y el resto de los invitados vinieron enseguida. Mi padre me levantó del suelo enrollándome el dedo con una servilleta, tratando de cortar la hemorragia. Mi madre se puso histérica.

—Deja la maldita copa en el suelo —me regañó asustada—. Ahora la recojo con la escoba. ¿Te has cortado mucho?

Yo no podía articular palabra. Miraba a Omar y él tenía la mirada fija en mí. Yo palidecía por momentos.

—Olga, déjame ver... —soltó de repente Omar, acercándose a mí.

—No. —Me aparté—. Mi padre también es médico.

Olivia me miró desconcertada y Alicia bajó la mirada avergonzada. Pensaba que rechazaba a su padre por todas las burradas que me había contado de él.

Mi padre me destapó la herida y me lavó la mano debajo del grifo. No era nada, un simple corte, aunque muy escandaloso por la sangre. Fue a por el botiquín y me desinfectó la herida, me puso una tirita y arreglado. Mi madre y Olivia limpiaron el desastre de la copa y nos sentamos a la mesa. Había mucha tensión. Olivia estaba tesa como una tabla, Alicia apenas respiraba y yo no quería mirar hacia Omar. Él y mis padres eran los únicos que parecían divertirse, ajenos a nuestra incomodidad. Mi madre la había cagado, pero a base de bien. La sorpresa había sido la hostia.

—Alicia, estás muy guapa —aduló Omar a su hija.

Yo levanté la cara asombrada y le miré.

—¿Te gusta, papá?

—Un poco atrevido, pero te sienta bien.

—¿Atrevido? Si no puede ir más decente... —gruñí en voz baja.

El vino, mezclado con la rabia que sentía en ese momento, me soltó la lengua.

—¿Cómo dices? —Me miró inquisitivo.

Alicia abrió los ojos como platos y me hizo un gesto con la cabeza en negación para que no entrara al trapo.

—Su hija, que necesita que la saque más y se relacione un poco con gente de su edad —puntalicé.

Él sonrió y cogió perfectamente la indirecta. Bebió un sorbo de vino y se secó los labios provocativamente. Olivia estaba tensa, porque estábamos tocando un tema delicado.

—Mi hija está bien como está —fue tajante.

—Porque usted lo diga —contesté.

—Olga —me regañó mi madre.

Olivia se atragantó de nuevo con el vino y yo bebí para soportar esa situación surrealista. Él me observaba fijamente y vi el deseo en su mirada. Me puse colorada y me levanté de la mesa.

—¿Dónde vas? —Mi madre no paraba de controlarme.

—Al baño. Creo que no me encuentro bien. —No mentía del todo.

Fui al aseo y me mojé la cara. Olivia apareció tras de mí.

—No tenía ni idea de que iba a venir Omar —se excusó.

—No te preocupes. Lo siento de verdad. No puedo contenerme sabiendo cómo es en realidad con Alicia y la cara de bueno que pone con mis padres.

Olivia bajó la mirada.

—Lo sé. Intenta aguantar, o sino la que pagará todo esto será ella...

Se me hizo un nudo en el estómago. No podía mirar a Olivia a la cara. Me moría de vergüenza y remordimientos, aunque yo no tenía la culpa porque no sabía quién era él. Yo era una mujer libre y sin ataduras. El único que tenía responsabilidades y mentía era el perfecto doctor Suárez. Respiré varias veces y volví a la mesa. Omar cogía de la mano a Olivia de

modo cariñoso. Me sentí aliviada y comí la carne que había preparado mi madre. Para el postre, sacó una tarta con dos velas y el número 24 encima.

—Piensa un deseo —dijo Alicia contenta.

Cerré los ojos. Deseé que todo aquello fuera una pesadilla y quería despertar de ella ya. Los abrí, pero él seguía allí mirándome con descaro. Mi padre hizo fotos. Alicia se abrazó a mí y me comía a besos. Omar lo observaba todo con detenimiento.

—Toma —Alicia me dio un paquete.

—Cariño, no tenías que haber comprado nada... —Le di un abrazo emocionada.

—Bueno, se lo mandé comprar a Olivia. Espero que te guste.

Lo abrí. Era un bolso de Guess negro y rojo que combinaba a la perfección con mi atuendo de esa noche. Me sorprendió lo detallista que era.

—Cielo, es precioso. —Me emocioné—. Ven aquí que te achuche otra vez.

Alicia rebosaba felicidad. Mi padre immortalizó ese momento. Mi madre estaba muy emocionada. Pero es que mi madre se emocionaba por todo. Omar se acercó entonces y me puse tensa como la cuerda de una guitarra. Todo en él me perturbaba, pero ahora ya no era lo mismo, sabía quién era y ya no volvería a acostarme con él jamás.

—Yo me he permitido comprarte un detalle en la tienda que hay a la salida del hospital. Tu padre me ha acompañado. Sería un maleducado presentarme sin un regalo para ti, después de lo bien que te estás portando con mi hija.

Me entregó una cajita pequeña envuelta en papel rojo. Noté que la cara me ardía. Todos me miraban.

—Esto... gracias.

—Qué detalle. Cariño, ábrela —me animó mi madre, mirando con adoración a Omar.

Me temblaban las manos e intenté controlarlas. No quería que se notara lo nerviosa que me había puesto. Arranqué el suave papel y una caja de terciopelo rojo apareció ante mis ojos. Había escogido el rojo a propósito. Sabía que venía a mi casa y sabía quién era yo. Ahora lo tenía claro. Cuando la abrí y vi lo que había en su interior todas mis dudas se disiparon. Dos pendientes de plata en forma de llama de fuego impactaron en mis ojos. El

rubor incendió mi cara, igual que él incendiaba mi cuerpo cuando lo poseía. Esos pendientes significaban eso mismo: la llama que se prendía entre nosotros cuando estábamos juntos. Era un regalo que parecía comprado al azar, pero era todo lo contrario. Tenía mucho significado personal. Cerré la caja.

—¿No te gustan? —Mi madre me miró con mala cara.

—No me ha dado tiempo a más —se disculpó Omar, restándole importancia—. Si te soy sincero fue lo primero que vi; me gustó para una chica de tu edad.

—Gracias, están bien para mi edad —fui irónica.

No sabía la edad que tenía y me estaba reconcomiendo. Lo que sí sabía es que aquellos pendientes no eran comunes y que no habían sido comprados al azar.

—Hija, dale dos besos, no seas desagradecida —me instó mi madre.

Me acerqué a regañadientes y le di dos besos en la mejilla que él prolongó al ponerme la mano en la espalda. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—No os mováis que os hago una foto —dijo mi padre.

—Estás preciosa —me susurró al oído.

—Disfruta del momento, será la última vez que me veas —le contesté sin apenas mover los labios.

—Sabes que eso no es cierto...

Qué voz tan sensual tenía.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté entre dientes—. Por saber lo que me follaba...

—Treinta y cinco, pero bien llevados.

Omar me besó la mejilla y me separé de él. Miré el reloj y vi que casi eran las cuatro. Me dirigí a Olivia nerviosa.

—Tenemos que irnos. —Le metí prisa—. ¿Cómo vas hacer con la niña? ¿Omar sabe que te vienes con nosotras?

—Tranquila, no es tan ogro como parece. Claro que lo sabe. Él se llevará a Alicia a casa y podremos irnos juntas de aquí.

—Uf, menos mal —soplé aliviada—. Hoy necesito alcohol en vena.

—Bueno, ya lo conoces. No ha ido tan mal; hasta te ha regalado unos pendientes. Me ha sorprendido.

—A mí también.

—Voy a decirle lo de Alicia y cuando quieras nos vamos.

Omar y mi padre charlaban animadamente mientras mi madre estaba encantada con Alicia. Venían del jardín. Se lo estaba pasando en grande. Mi madre era muy niñera, pero hasta que yo le diera un nieto... podía esperar sentada. Olivia le estaba diciendo lo de llevarse a la niña a casa cuando a Alicia le cambió la cara.

—Dejádmela a mí —dijo de pronto mi madre—. Esta tarde tenía pensado ir al cine con Alejandro. Puede venir con nosotros y luego la acercamos a casa.

A Alicia se le iluminó la cara, pero su padre tenía una expresión muy diferente.

—No la va a dejar —me susurró Olivia.

—Tú déjame a mí.

Me fui hacia Omar.

—Doctor Suárez... —empecé a hablar.

—Omar, llámame Omar —me corrigió.

—¿Puedes dedicarme un minuto?

Su sonrisa se ensanchó.

—Claro.

Lo cogí del brazo y me lo llevé fuera al jardín. Le guiñé un ojo a Alicia y le hice un gesto de calma y de espera. Fuimos paseando por el jardín lejos de las miradas indiscretas de todos.

—Deja que tu hija vaya al cine con mis padres. Le hace mucha ilusión —le pedí entre dientes.

—No lo veo buena idea —atajó con seriedad.

—¿Por qué?

—Porque está lleno de depredadores y malas influencias.

Me giré en redondo hasta quedarme en frente a él.

—¿Hablas en serio? ¿Te crees el más indicado para dar ejemplo?

Me sujetó y me besó en un movimiento rápido y preciso. Me separé de él de inmediato.

—¿Qué haces? Esta es la casa de mis padres y perdiste el privilegio de estar conmigo en cuanto supe tu identidad. Tú sabías quién era yo desde el principio, ¿no? Me has engañado —mi respiración iba a toda velocidad.

—No estamos hablando de eso ahora —me cortó.

—Claro, cómo no. Deja que tu hija vaya con mis padres al cine —le ordené.

—Dame un motivo.

—Porque está sufriendo, la estás asfixiando. Abre los ojos y date cuenta del ser tan especial que tienes en casa. La verdad es que no te la mereces.

—Me volví.

—Olga, espera...

No soportaba estar a su lado. Se me hacía muy raro hablar con él. Estaba acostumbrada a su silencio, a sus caricias, a que me follara, a follarlo... Pero el mito del desconocido se había venido abajo. Ahora era Omar Suárez y sabía demasiados detalles de su vida que no me gustaban especialmente. Mi fantasía y mi desahogo sexual se habían esfumando literalmente delante de mis narices. No olvidaría ese cumpleaños en la vida. Me sentía mal y no tenía ganas de salir. Solo me apetecía hacer un agujero en el suelo y meter la cabeza dentro, como los avestruces, esperando a que pasara el tiempo. ¿Cómo iba a mirar a Olivia a la cara? ¿Y a Alicia? Dios mío, Alicia... No podría seguir yendo a su casa. Eso sería una locura. Me giré con furia y le golpeé con los puños en el pecho. Se tambaleó desconcertado, sujetándome por las muñecas.

—¿Por qué lo has estropeado todo? —le grité—. ¿Por qué?

—Porque no me conformaba con dos noches a la semana. Quiero estar contigo y me moría por decirte lo mucho que te deseo. Me vuelves loco, adoro tu cuerpo, tu cara, tu olor... Me paso cada puto minuto del día pensando en ti. —Su confesión me asestó el golpe mortal.

—No... —mi voz apenas se oyó.

No podía digerir el torrente de palabras que bailaban dentro de mi cerebro. Sacudí la cabeza retrocediendo lentamente hacia la casa, confusa y aturdida por aquella voz que retumbaba en mi interior. Tenía ganas de salir huyendo, de llorar, de gritar...

—Olga —la voz de mi madre me sacó de mi torbellino de emociones.

—Sí, mamá —contesté con una fingida sonrisa.

—Tienes una hija muy convincente, Maite —dijo Omar acercándose y pasándome la mano por la espalda. Me tensé y mi estómago dio un vuelco. Me adelantó hasta llegar hacia mi madre.

—Entonces, ¿puedo llevarme a Alicia? —preguntó mi madre.

—Sí, creo que es bueno que pase tiempo con vosotros. Olga me ha prometido que también ampliará las clases con Alicia. La verdad es que le están sentando muy bien.

Abrí la boca para quejarme. Yo no había dicho tal cosa, pero Alicia salió de detrás de mi madre corriendo hacia mí.

—Gracias, Olga. Te adoro.

Me dio un abrazo que me dejó muda. Luego fue hacia su padre y lo abrazó. La vi tan feliz que no pude joderle ese momento. Miré cómo abrazaba Omar a su hija, pero él solo me miraba a mí. Sonreía, porque creía que se había salido con la suya.

—¿Cómo lo has hecho? —me susurró Olivia, acercándoseme al oído.

—Diciéndole la verdad —suspiré—. ¿Nos vamos?

—Sí, aunque esto es histórico —dijo sonriendo.

—Y que lo digas. Necesito salir de aquí y beber alcohol —le supliqué a Olivia.

—Vamos a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto. Seguro que no lo vas a olvidar en tu vida.

—Segurísimo...

A las cuatro de la tarde nos reunimos con Mila, Gema y Nadia. Una limusina Hummer de color negro nos esperaba delante del chiringuito de la playa. Me quedé alucinada al verla. Las chicas me gritaron felicidades y la gente del chiringuito y de la playa se giró a mirar. Empezaron a aplaudir y se pusieron a cantar el cumpleaños feliz. Brindamos con unos chupitos de licor de café y mi cabeza empezó a evadirse de todo el torbellino que me estaba atormentando.

—¿De verdad vamos a montar en eso? —pregunté emocionada.

—Tú te mereces esto y mucho más —dijo Mila dándome un abrazo.

Subimos las cinco en la limusina, que más bien parecía una discoteca con ruedas. Los asientos negros eran de piel, la música estaba a toda pastilla y por dentro estaba forrada con madera y cristal. Nos veíamos reflejadas por todos lados. De pronto, unas luces de colores empezaron a brillar al son de la música de David Guetta y Mila destapó una botella de champán. La primera copa me la bebí de golpe, pues necesitaba mucho alcohol para aplacar mis nervios y no pensar en Omar. Sabía que los problemas con ese hombre acababan de empezar; y este no tenía pinta de ser tan manejable como Abel. Pude verlo en sus ojos.

Nadia meneaba las caderas y sacudía la cabeza al ritmo de la música.

—¡Ole! —la animaba Gema.

—Chicas, controlad un poco que vamos al *spa* —nos advirtió Mila—. Primero hay que relajarse. Ya vendrá luego el desmadre.

—Te agradezco todo esto, pero ¿no podemos ir directas a la fiesta y al alcohol? —le sugerí desesperada a mi amiga.

Se acercó y tiró de mí para que no pudieran oírnos. Olivia se había apuntado a mover el culo con las otras dos.

—¿Qué te ha pasado? No haces más que beber y tienes cara de entierro.

—No puedo hablar aquí —respondí—, pero te aseguro que hoy es el peor día de los muchos que me esperan. Me dan ganas de tirarme del coche en marcha.

—¿Estás flipada o qué? Nos vamos al *spa* y allí me lo cuentas todo. No puede ser tan malo...

—Mila, esta vez es peor. —Bajé la mirada.

—Joder, me estás acojonando.

Bebimos las dos otra copa de champán y llegamos al Hotel Balneario *spa* minutos después. Era un cinco estrellas de lujo que estaba en la montaña. El aire más fresco se agradecía como contraste al abrasador calor de la playa. Cogimos nuestras mochilas y nos guiaron hasta una suite con tres dormitorios con vistas al monte.

—Joder, esto es una pasada —soltó Nadia—. Es más grande que nuestro apartamento.

—Y que lo digas, menudo lujo —ratificó Gema.

—Es demasiado. Ya me dirás cuánto hay que poner para pagar esto —añadí yo abrumada.

—Nena, es tu cumple. Todo está pagado y controlado. Así que disfruta y relájate. ¿No es eso lo que les dices a tus clientes? Pues hoy tú eres cliente, no trabajadora —agregó Mila.

—¿Ahora a dónde vamos? —preguntó Olivia.

—Poneos el bikini —dijo Mila—. Vamos a la zona del balneario. Luego tengo contratado un tratamiento corporal con masaje para cada una. Al terminar, regresamos a vestirnos y vendrán a peinarnos y maquillarnos en la habitación. Luego cenamos y... alcohol y fiesta sin control. Ese el plan a seguir. ¿Alguna pregunta?

—¿Bajamos en bikini? —preguntó Nadia.

—No, mujer. En el baño hay albornoces y zapatillas desechables para todas. ¡Que comience el cumpleaños! —gritó Mila levantando las manos.

*

Una piscina enorme con chorros gigantes y con increíbles vistas nos esperaba. Yo estaba tumbada sobre una estructura con forma anatómica de azulejos que se acoplaba a mi cuerpo mientras un chorro de agua caliente me golpeaba en los hombros y en el cuello. Era justo lo que necesitaba en

aquel momento. El agua relajaba la tensión de mis músculos y la circulación se activaba, empezando a poner roja la zona y a picarme por la estimulación. Nadé un poco entre la multitud de personas que había en el agua.

Olivia estaba tumbada con los ojos cerrados y Mila y las otras dos salpicaban y hacían de las suyas. Tuvieron su primer toque de atención de un empleado del *spa*. Entonces, mi amiga se disculpó y luego se desternillaron de risa. Me acerqué a ellas nadando lentamente.

—Hay que ver cómo sois, siempre liándola parda —dije sonriendo.

—Es que tenemos que divertirnos... Esta gente es muy aburrida —se quejó Nadia mirando a su alrededor.

—¿Qué tienes ahí? —observó Gema acercándose a mirar con más detenimiento mi hombro.

Me lo tapé con la mano instintivamente y me aparté.

—Déjame ver —murmuró Mila.

—No es nada... —intenté esquivarla, pero se me echó encima.

—Joder, ¿es que sales con vampiros ahora? Menudo bocado te han pegado.

—¿Bocado? ¿A quién han mordido? —preguntó Olivia, que aparecía detrás de mí.

Quería que me tragase la tierra. Todas me miraban con picardía esperando mi respuesta y mi cara estaba encendida como el maldito infierno.

—¿Queréis dejar de mirarme? No os voy a contar mi vida personal delante de todo el mundo —me quejé molesta por esa invasión de intimidad.

—Anda ya, no me vengas con esas ahora. Empieza a cantar —insistió Mila.

—Ostras, mirad qué tío más bueno acaba de entrar —soltó Gema, desviando la atención hacia un alto de pelo castaño y carne de gimnasio.

Todas nos giramos a mirarlo y se olvidaron de mi mordisco por el momento. El chico iba en albornoz y dejaba entrever unas piernas torneadas y trabajadas en el gimnasio. Iba depilado y llevaba unas gafas de sol tipo aviador. Se dirigía hacia una zona donde habían colocado unos focos que ahora se encendían.

—Es un modelo, van a hacer una sesión de fotos con el tío bueno — gritó emocionada Gema, saliendo del agua y corriendo hacia el set.

—Espera, yo no me lo pierdo —la acompañó Nadia.

Muchas chicas de la piscina hicieron lo mismo que ellas y se dieron prisa para ocupar un buen lugar y las mejores vistas del atractivo y escultural modelo. Entonces, se quitó el albornoz y se quedó con un magnífico bañador que le sentaba de maravilla. Todas suspiraron a su alrededor.

—¡Pero si es Ryan! —exclamé sorprendida cuando se quitó las gafas.

—Sí, ese cuerpo es inconfundible —confirmó Olivia.

Mila nos miraba boquiabierta.

—¿Es que lo conocéis?

—Es cliente mío. Ya lo he atendido dos veces —presumí con orgullo.

—Joder, Olga, definitivamente te odio. Siempre te llevas a los mejores.

Me dio un pellizco en el brazo.

—¡Ay! —grité.

—Me lo vas a presentar —ordenó.

—Vale, pero no me pellizques más.

Olivia sonrió y fuimos hacia el set donde posaba Ryan con una elegancia que te dejaba con la boca abierta. La cámara lo adoraba y aquel cuerpo depilado y bronceado nos deslumbraba con su belleza y sus músculos perfectamente marcados.

—Dios, está para mojar pan con él —babeaba Mila, que no perdía detalle y a la que le brillaban los ojos de lujuria.

—Mila, contrólate... Es tímido y muy correcto. No le entres a saco, porque lo asustarás —la avisé.

Alrededor de Ryan todo eran suspiros y miradas brillantes de deseo. Cuando los flashes terminaron se colocó de nuevo el albornoz y dos guardas de seguridad del *spa* tuvieron que impedir que varias fans se abalanzaran sobre él. Él sonreía y agradecía todo el cariño que le profesaban. Nos vio a Olivia y a mí y se acercó a saludar. Mila se estiró como una jirafa y me agarró del brazo.

—Olivia, Olga, ¿qué hacéis por aquí? Menuda sorpresa veros.

Lo saludamos con dos besos y Mila tiraba de mí descaradamente. Le di una patada en el tobillo para que se estuviera quieta y no fuera impaciente.

—Es el cumpleaños de Olga y estamos de celebración —le contestó Olivia.

—Felicidades. ¿Cuántos cumple? ¿O no debo preguntar?

—Da igual... Son veinticuatro; todavía puedo decirlo.

—¿Cuántos tienes tú, Ryan? —preguntó Mila dejándome cortada.

Ryan miró a mi amiga, divertido. No le sentó mal que le hiciera la pregunta; al contrario, me pareció que le gustó la osadía de Mila.

—Pues seguro que alguno más que tú. Tengo 30.

Miró directamente a los ojos azules de Mila y ella se quedó prendada.

—Ah —suspiró.

Pocas veces la había visto quedarse sin recursos para ligar. Sin duda, Ryan la había calado hondo.

—Tenemos masaje ahora —dije—. Ya te veo por el hotel. Por cierto, Mila es masajista también. Deberías probar con ella alguna vez.

—Tomo nota.

Volvió a mirarla. Mi amiga seguía paralizada.

—Encantada de verte, Ryan —le dijo Olivia.

—Quizá nos veamos antes de que os vayáis. Yo voy a estar dando una vuelta por el *spa* —respondió él, mirando en especial a Mila.

*

Nadia y Gema desaparecieron después de la sesión de fotos. Imaginé que estaban con el *peeling* corporal y el masaje. Olivia entró en una cabina a hacerse su tratamiento para la piel y Mila se había encargado de que ella y yo estuviéramos juntas.

—Madre mía, Olga, cómo está Ryan. Me ha dejado su teléfono. Creo que me he enamorado.

—¿Acaso no lo estás de Bruno? —pregunté sorprendida.

—Con Bruno ya sabemos lo que hay —dijo ella—. En cuanto aparezca otra que le caliente la bragueta me dará la patada. Prefiero ser yo quien se la dé antes. Por ahora, me lo paso bien y punto.

Me sentí aliviada al oír aquellas palabras, a pesar de que no me parecían muy sinceras.

—Ryan es un tío majo. Siempre ha sido muy respetuoso conmigo. Es inglés.

—Un inglés que está muy bueno.

Nos echamos a reír.

—¿Qué nos van a hacer? —pregunté.

—Un *peeling* corporal y luego el masaje. Se nos va a quedar la piel tan suave que vamos a estar irresistiblemente follables.

—Calla, no me hables de follar...

—Oye, cuéntame. ¿Quién coño te ha mordido? ¿Tu desconocido?

—Ay, Mila —suspiré—. Sí ha sido él, pero ya no es un desconocido. Hoy me he enterado de su identidad, porque se ha presentado en mi casa.

—¿¡Qué!?! —chilló.

Rompí a llorar y me senté en la camilla antes de que entraran las masajistas. Lloré de rabia, vergüenza, impotencia... Todos los sentimientos encontrados y frustrados salían a borbotones de mis ojos. Mila me abrazaba sin entender todavía nada.

—Olga, dime algo. No puedo ayudarte si no entiendo lo que te pasa.

—Es que todo se ha complicado tanto...

Seguí llorando con todas mis ganas hasta que me quedé sin fuerzas. Las masajistas entraron y Mila les hizo un gesto para que esperaran fuera. Me calmé un poco; llorar me había aliviado.

—Estás horrible... Ahora cuéntame qué coño ha pasado para que estés tan jodida.

—¿Recuerdas que te dije que iba a dar clases a una niña rebelde? —Mila asintió—. Pues resulta que es hija de un médico amigo de mis padres.

—Eso lo sé.

—Su pareja es Olivia —continué.

—Bueno, eso no es para tanto...

—Mila, el desconocido es el padre de la niña y la pareja de Olivia.

—¡Santa madre de Dios! —Casi se cae de la camilla.

Le conté con todo lujo de detalles lo que sucedió la noche anterior. De ahí el mordisco. Luego la sorpresa que habíamos planeado con Alicia y Olivia; la cara que se me puso cuando apareció mi padre con él por la puerta de la cocina... En fin, todo. Hasta que el muy capullo sabía quién era yo desde el principio y que intentaba chantajearme con la niña.

—Qué mala leche tiene el cabrón...—chasqueó la boca.

—Pero es que no sabes lo peor —seguí sollozando.

—¿Aún hay más?

Le conté cómo trataba a su hija y el chantaje emocional que me hizo. Me sentía entre la espada y la pared y no sabía cómo salir de semejante atolladero. Escupí todo sin omitir nada y me desahogué con Mila, aunque aquello no significaba que solucionara el problemón que tenía encima.

—Ostras, Olga. No quisiera verme en tu pellejo, la verdad. Al final, lo que yo decía, va a ser un psicópata.

—No digas eso ni en broma. Solo me he acostado con el tío equivocado. —Me apreté las sienes y me tumbé en la camilla.

—Pero, por lo que me estás contando, no tiene pensado dejarte en paz.

—Mila, no voy a dejar que eso ocurra —levanté la voz nerviosa—. Me ocupé de Abel y me ocuparé de Omar. No pienso seguir con un tío casado por muy bien que folle.

La cabeza me daba vueltas de tanto pensar.

—No está casado, es la pareja de Olivia. Legalmente está soltero; en este caso, viudo —Mila y sus reflexiones.

—Legalmente pollas —chillé enfadada—. Aunque fuera el puto soltero de oro. Lo que importa en toda esta historia es que es el padre de una niña que adoro y forma parte de una familia que no pienso destruir. Además, me mintió desde el principio... y no puedo con los mentirosos.

Mila se acostó en la camilla y estiró la mano hasta poder tocarme.

—Hasta ahora te han jodido el cumpleaños —dijo—. Vamos a hacer que lo que quede del día vaya genial. Pongamos todo nuestro empeño para intentar olvidarnos de todo esto y pasarlo de miedo.

—Como si fuera tan fácil...

—Chiqui, cuando lleves cuatro chupitos de tequila encima Omar pasará a la historia. Por lo menos esta noche. Ahora vamos a ponernos estupendas y a olvidarnos de ese gilipollas.

*

—Estás impresionante —dijo Olivia al verme.

Acababan de peinarme y maquillarme en la habitación junto a las demás. Pude disimular el mordisco de mi hombro con un maquillaje especial que cubría manchas y cicatrices. El vestido de rayas rojo y negro

con la espalda al aire y las sandalias Louboutin me hacían un tipo de escándalo.

—Tú no te quedas atrás. —Esbocé una sonrisa, admirando su vestido verde turquesa.

Era ajustado y por encima de la rodilla. El escote cruzado resaltaba el esbelto busto de Oliva, que sujetaban dos tirantes anchos. Su estrecha cintura y sus piernas largas la hacían extremadamente delgada y alta.

—¿Y Mila? ¿Todavía no ha vuelto? —preguntó Nadia, que llevaba un vestido elástico de color azul. Era brillante y muy escotado. Una cremallera recorría toda la parte delantera de su cuerpo. La hebilla se quedaba ligeramente entreabierta a mitad de su escote, una tentación para cualquier hombre, que solo debía tirar de aquella cremallera para dejarla en pelotas.

—¿De dónde tiene que volver? ¿Es que no estaba con vosotras? —pregunté sorprendida.

Después del masaje habíamos subido a la habitación para la sesión de peluquería y maquillaje. Olivia y yo entramos en una de las habitaciones con dos de las peluqueras y el resto, Nadia, Mila y Gema, se quedaron en el salón maquillándose.

—Yo he cerrado los ojos cuando me maquillaban y me he quedado traspuesta —contestó Gema—. Ni me he enterado.

Llevaba un vestido de color lila ajustado y lucía un escote en forma de uve que le llegaba hasta el ombligo. Alrededor del escote había un volante fino, junto con una cadena en mitad del pecho que hacía que no se acabaran de desparramar sus tetas para ambos lados. Eran los únicos adornos que llevaba ese simple vestido que, sin embargo, en ella era exageradamente llamativo.

Cogí el móvil para llamar a Mila. No entendía cómo podía desaparecer en mitad de mi cumpleaños. La puerta se abrió bruscamente y apareció ella con el albornoz y pelo revuelto. Su cara de recién follada era más que evidente detrás de aquella sonrisa traviesa que tan bien sabía lucir.

—Mila... —la miré enfadada.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí. Tranquilo todo el mundo, no me he ido a ninguna parte.

—Jo, tía, menudas pintas traes. —Nadia se partía el pecho de la risa.

Yo la mirada mosqueada, sin entender de dónde venía a esas horas y sin arreglar. Me agarró por el brazo y me llevó a una de las habitaciones

vacías.

—Tranquilas, ahora salgo y me arreglo en cinco minutos —iba diciendo Mila.

—Ya puedes tener una buena disculpa —gruñí en cuanto cerró la puerta.

—La tengo —me dijo.

Se tiró al suelo y se revolvió el pelo como una loca. Sonreía mientras pasaba sus manos por todo el cuerpo.

—Mila, por Dios —le grité.

—Olga, acabo de follarme a Ryan en su habitación. De verdad, creo que me he enamorado. Nunca había visto un hombre tan increíblemente perfecto.

Me quedé estupefacta.

—¿Ryan? ¿Cómo? ¿Cuándo? Pero...

¡Si no le había dado tiempo! Mila me dejaba loca, en todos los aspectos.

—Cuando volvimos del masaje y entramos a peluquería, salí a buscar hielo al pasillo para tomarme algo, aquí en la habitación. Me lo encontré en el pasillo. Su habitación está al lado de la nuestra, dos puertas más allá. Fue como un flechazo: nos miramos y cuando me di cuenta estaba encima de él en su cama.

—No me lo imaginaba así de directo —admití—. Le has tenido que gustar mucho.

Mila se sopló las uñas y se las pasó por el albornoz.

—¿Pero con quién crees que estás hablando? Soy la irresistible Mila Pomares.

—¿Y Bruno?

Entornó los ojos e hizo un ademán con la mano, como para que me olvidara de él.

—Ya me ocuparé de Bruno. Ahora déjame disfrutar de este momento.

—Vístete que te están esperando para peinarte e irnos a cenar. Solo faltas tú.

—Voy que derrapo.

Se quitó el albornoz y empezó a vestirse a toda prisa. Se puso un vestido negro muy corto. La falda era drapeada y apenas le tapaba el culo. En la espalda llevaba unas tiras anchas que terminaban entrelazándose con la parte delantera de su pecho y se anudaban en el cuello. Mila estaba arrebatadora y desprendía sexualidad allí por donde pasaba. No me

extrañaba que Ryan cayera seducido por sus encantos. Suspiré y salí a reunirme con el resto de las chicas mientras la peinaban. Cenaríamos en el hotel y, por fin, podría ir a bailar y sumergir mis pensamientos en alcohol puro.

23

Después de cenar, la limusina nos dejó delante de un teatro antiguo que habían habilitado como sala de fiestas. La cola para entrar daba la vuelta a la esquina, pero nosotras entramos directas. Salimos como divas y la gente se nos quedaba mirando por si éramos famosas o algo por el estilo; incluso vi que nos hacían fotos con los móviles.

Un portero de color, que parecía un armario de dos por dos, recibió a Mila con una amplia sonrisa. Me quedé impresionada ante la multitud de gente y que nos pudiéramos colar así por el morro.

Al entrar sonaba la canción *Come*, de Jain, pero en una versión con mucho más ritmo y más potente. Me dieron ganas de salir a bailar de inmediato, pero me quedé pasmada cuando vi la cantidad de gente que allí había. Era una puta locura. El calor me envolvió enseguida, pues el ambiente estaba muy cargado y apenas podías moverte.

La discoteca tenía forma semicircular y constaba de tres alturas. En el centro había tres pirámides de cristal abiertas y, en su interior, las gogós bailaban semidesnudas. A los laterales, dos infinitas barras en las que el alcohol me esperaba.

—Mila, aquí apenas puede moverse uno —grité para que me oyera—. Esto parece un nido de hormigas.

Me agarró de una mano y me arrastró a través de la gente. Las demás nos siguieron. Subimos por una escalera que había en un lateral y llegamos a la primera planta. Teníamos un reservado para nosotras solas. Un lugar donde veíamos toda la pista, podíamos sentarnos, beber e incluso bailar a nuestro antojo. Abracé a Mila.

—Te quiero —le dije—. No sé lo que te habrá costado organizar esto, pero en tu cumpleaños te lo compensaré.

—Pues vete pensándolo pronto que me queda solo un mes.

El camarero que atendía los reservados vino con chupitos de tequila para nosotras, acompañados de sal y lima. Brindamos y nos los bebimos. Mi cuerpo cobró vida propia y empecé a bailar con la música de Calvin Harris.

Otro chupito bajó por mi garganta, calentándome el estómago. Mis caderas se movían y mis brazos se alzaron por encima de mi cabeza, sacudiéndose frenéticamente.

—¿Sabéis?, aquí se está muy bien, pero los tíos buenos están ahí abajo —gritó Gema—. Yo me piro con el mogollón.

La vi salir del reservado contoneándose y sacudiendo su melena rubia.

—Yo te acompaño —la siguió Nadia.

—¡Ey! —protestó mi amiga.

Me reí y cogí a Olivia y a Mila por las muñecas y me las llevé escalera abajo con toda la gente. Tenía ganas de despendolarme y el reservado estaba siendo muy aburrido.

Empezamos a brincar y a bailar entre la multitud. Los tíos se acercaban con descaro y a mí me importaba todo un pepino. Solo quería bailar y beber hasta perder el conocimiento. Nos devoraban con la mirada y éramos objeto de deseo de muchas miradas indiscretas. Nadia y Gema ya se habían enganchado con dos jóvenes apuestos y bailaban con movimientos casi pecaminosos pegadas a ellos. Olivia disfrutaba y se reía como respuesta a algún que otro piropo que le lanzaban en medio de la pista.

—Hola, chicas, qué casualidad encontraros aquí.

La imagen de Sandro vestido de ropa casual nos dejó fascinadas a todas, sobre todo a Olivia. Sus vaqueros gastados y la camiseta blanca como la nieve resaltaban aquel moreno tan sensual y latino.

—Hola, ¿sueles venir por aquí? —pregunté a gritos.

—Me lo ha recomendado un amigo.

—Tómame algo. Yo invito.

Sonrió y empezó una conversación muy animada con Olivia mientras se tomaban otro chupito.

No sé el tiempo que llevaba bailando y los chupitos que mi cuerpo había ingerido, pero empezaban a hacer su función. Mila acabó por llamar a Ryan y también se unió a la fiesta. Se estaban pegando el lote en medio de la pista cuando vi que Olivia y Sandro habían desaparecido. Subí al

reservado a echar un vistazo y me los encontré enrollándose. Me quedé allí de pie mirando sin hacer nada. Solo miraba.

—Olga, yo... —Olivia se recolocaba el vestido, muerta de la vergüenza.

Me entró la risa floja. No pude evitarlo, estaba medio pedo y la situación era muy paradójica.

—Por favor, continuad.

Cerré la puerta y bajé las escaleras, descojonada de la risa. «Donde las dan, las toman», pensé.

Olivia bajó las escaleras detrás de mí y me llamó a gritos. Estaba compungida y su mirada mostraba terror.

—Olga, por favor. No es lo que parece.

Le puse el dedo en los labios para mandarla callar. Mi borrachera era monumental. El alcohol me había subido de golpe y Olivia me miraba desconcertada.

—Sí es lo que parece. Pero no tienes de que preocuparte, tu secreto está a salvo conmigo. Ahora ve y fóllatelo sin remordimientos. Yo lo haría.

—Olga... —Me miraba asombrada.

—Olivia, no te lo pienses. Me voy a bailar.

Bajé la escalera tambaleándome un poco. Los Louboutin empezaban a ser un incordio para mis pies. Miré hacia la pista y no vi a ninguna de las chicas. Todas habían encontrado su rollo, menos yo. ¡Menudo cumpleaños de mierda! Al final me quedaba sola. Hasta Olivia había ligado con el buenorro de Sandro.

—Olga. —Oí mi nombre y me giré.

—¿Qué haces aquí?

Era Abel. Toda una sorpresa.

—Mila me ha llamado —respondió—. No quería que regresaras sola a casa.

—¿Y no se le ocurre nada mejor que llamarte a ti?

Me agarró del brazo, pero me solté con rabia. Perdí el equilibrio y Abel me cogió a tiempo antes de caer al suelo.

—No estás en condiciones de ir tú sola por ahí. Has bebido demasiado.

—Bebo lo que me da la gana y aún no he tenido suficiente.

Sus manos me tenían sujetas por la cintura. Abel estaba guapísimo. Iba con un traje oscuro y una camisa blanca. No llevaba corbata y me estaba impregnando con su delicioso olor.

—Te llevaré a tu casa.

—No, suéltame —se me trababa la lengua.

—Olga, no me obligues a...

—¿A qué? —le provoqué.

—A esto.

Me cogió en brazos y me sacó de la discoteca delante de todos. Me sentí tan ridícula y avergonzada que hundí la cabeza en su pecho para que nadie me viera la cara. Abel daba grandes zancadas entre la multitud y me sacó de la discoteca como si fuera mi guardaespaldas. Era un hombre imponente, alto y sumamente guapo. La gente se puso a aplaudir cuando me llevó en brazos hacia la calle y yo solo quería morirme en aquel instante.

—Te odio —le espeté gruñendo con la cabeza agachada.

—Ya me lo agradecerás —dijo con una sonrisa.

—Te odio, Abel Garrido. Te odio, te odio, te odio.

Continué bufando hasta que me dejó en el asiento de su coche. Me crucé de brazos y apreté los labios poniendo morros. Abel entró en el coche y sonrió al verme la cara.

—Estás muy guapa cuando te enfadas —dijo—. Con ese vestido y el corte de pelo nuevo, esos morritos me están poniendo muy cachondo.

Lo aniquilé con la mirada.

—Eres un perverso. Ni se te ocurra ponerme la mano encima —lo amenacé.

—Mujer, de ponerte, te pondría las dos...

Crucé las piernas y los brazos y apoyé la cabeza contra la ventanilla. No respondí ni entré en su jueguito. Estaba cansada y no tenía ganas de una batalla campal con él a esas alturas de la noche. Sonó entonces el móvil en mi bolso. Era Mila.

—¿Te ha recogido Abel?

—Ya te vale —gruñí—. Podía haber ido en un taxi. ¿Cómo se te ocurre hacerme esto después de lo que hemos hablado?

Abel me miraba de soslayo con el entrecejo fruncido.

—Tranquilízate. Es del único hombre que me fío y sé que está colgado por ti. ¿Y si aparece el tal Omar buscándote? Dijo que no te iba a dejar en paz...

—Mila, en serio. Hoy ha sido el peor día de mi vida. La has cagado. No soy una niña y sé defenderme, joder.

—Lo siento, yo...

—Mierda —grité y tiré el teléfono contra el suelo del coche. Lo pisé hasta destrozarlo. Estaba fuera de mí.

Abel dio un volantazo al verme tan iracunda.

—Olga, por Dios, intenta tranquilizarte —gritó—. Vas a conseguir que nos matemos.

—¡Para, déjame bajar! —chillé.

Intenté abrir la puerta con el coche en marcha y Abel pulsó el cierre de seguridad.

—Olga, por favor.

—Déjame bajar —grité más fuerte.

Estábamos cerca de la playa. Veía el mar y me estaba ahogando en el coche. Abel giró bruscamente y detuvo el coche. Quité el cierre de seguridad y dejé las sandalias. Salí corriendo desorientada y con las lágrimas quemándome en los ojos. El alcohol no era suficiente para aplacar el caos que había en mi cabeza.

—Olga —gritaba Abel tras de mí.

Sentía la arena húmeda bajo mis pies, el aire caliente golpeando mi cara. Solo quería correr, aunque sabía que no resolvería nada ni llegaría a ninguna parte. Estaba oscuro y no veía nada, tan solo el reflejo de las escasas estrellas que había esa noche. Una piedra en mi camino me hizo caer y ver las estrellas literalmente. Mi cabeza fue directa al suelo duro y mojado y un dolor intenso me recorrió la sien y se extendió por todo mi cuerpo. Luego me llegó lo que tanto ansiaba: la paz.

—Por fin —musité mientras entraba en la dulce inconsciencia.

*

Me desperté entre sábanas blancas y olor a suavizante. Me dolía horrores la cabeza. Miré a mi alrededor y reconocí la casa de Abel. Me giré y vi que el lado de mi cama estaba hecho. Había dormido sola. Una mujer mayor con rasgos asiáticos, menuda y entrada en años, irrumpió en la habitación con una taza en las manos.

—Beba esto, señorita, hará que se encuentre mejor. Medicina china.

Me lo tomé sin rechistar, pues el dolor de cabeza me estaba matando. No sabía tan mal, y eso que los remedios para la resaca suelen saber a mierda pura. Le di las gracias y me senté en la cama apoyando la espalda y la cabeza sobre dos cojines.

—¿Y Abel? —pregunté al no verlo por allí.

—El señor Garrido se ha ido a trabajar. Me dio esto para usted y dejó ropa limpia en el armario.

La mujer me entregó una bolsa pequeña. Miré en su interior con curiosidad. Había dos paquetes y una nota. El paquete más grande contenía un teléfono móvil nuevo. Sentí una punzada en el corazón por mi comportamiento en el coche. Luego fui a por el paquete más pequeño. Era una tobillera de oro preciosa, con el símbolo del infinito grabado. Me quedé con la boca abierta mirándola entre mis manos. Era demasiado; algo muy personal. Cogí la nota y la leí.

Feliz cumpleaños. Antes de que tires mis regalos o los rechaces, considéralos una prueba de que eres especial para mí y siempre lo serás. Te he respetado esta noche y así será a partir de ahora. No quiero verte como te vi. Me duele que sufras y si el estar lejos de ti te hace feliz, así será.

ABEL

El labio me empezó a temblar. Tenía unas ganas locas de llorar. Leí su nota una y otra vez. Se retiraba por no hacerme daño. Ahora la que se moría por él era yo. Hundí la cabeza en el cojín y lloré hasta que me cansé. Todo me salía al revés. Cuando lo tenía no lo quería. Y ahora que no lo iba a tener era cuando lo quería.

—¡Dios...! —ahogué un grito en la almohada.

Cada día que pasaba era peor. Me levanté para ir al aseo y vi que me había bajado la regla.

—Pero... si no me toca todavía. Genial. ¿Qué más tienes preparado contra mí? —le grité al cielo.

Busqué en el bolso un tampón y me puse la ropa que me había dejado Abel. Encendí el móvil nuevo y vi que llevaba insertada mi tarjeta SIM. Desde luego, había pensado en todo. Llamé primero a Olivia. No le iba a gustar nada lo que le iba a decir, pero ahora mi salud mental era lo que más importaba.

—Olga, estaba muy preocupada por ti —dijo nada más responder—. ¿Dónde estás?

—Da igual, Olivia. Tengo que pedirte algo que no te va a hacer ninguna gracia.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono, pero oía su respiración agitada.

—¿Qué pasa? Me estás poniendo nerviosa.

—Necesito unos días libres. No me encuentro con fuerzas para ir a trabajar. Tengo que desconectar imperiosamente de todo un poco.

—No entiendo, ayer estabas bien...

—No, no lo estaba —la corté.

—Pero... ¿Y Alicia? ¿Y tus clientes...?

—Yo también necesito evadirme y cuidarme. No puedo ser el salvavidas de todo el mundo y yo no tener adónde agarrarme en este momento.

—¿Qué te ha pasado, Olga?

—Nada que no se pase con unos días de descanso.

Olivia suspiró resignada y al final aceptó.

—Está bien. Llámame cuando te reincorpores.

—Así lo haré —me despedí y colgué.

Llamé un taxi y pedí que me llevara a casa de mis padres. Necesitaba hablar con mi madre. Antes de irme, eché una ojeada a la casa de Abel y la miré con nostalgia, recordando los buenos ratos que allí habíamos pasado. Le dejé una nota con una sola palabra: »Gracias.«

*

No solía derrumbarme delante de mi madre, porque sabía que eso la destrozaba, pero, sin darme cuenta, la situación de Omar y mis sentimientos contradictorios hacia Abel acabaron tocándome la cabeza más de lo que esperaba. Lloré desconsoladamente y mi madre no entendía nada de nada.

—Hija, no puedes volver a hundirte como cuando lo de Hugo.

—Estoy muy estresada —hipé—. No tiene nada que ver con ese mindundi.

—Sabía que ese trabajo de camarera terminaría pasándote factura...

—Mamá, necesito irme a alguna parte, pero no sé dónde ir...

Las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Hija, ¿estás con el periodo?

Cuanto más me hablaba ella más lloraba yo. Estaba muy sensible y todo se me hacía un mundo. Lo bueno era que mi madre ya conocía los exagerados síntomas de mis sensibleras reglas.

—Sííí... —respondí.

—¡Acabáramos! —suspiró aliviada mi madre.

Me abrazaba y mecía como cuando era pequeña. Me gustaba esa sensación de confort y seguridad que me transmitía mi madre.

—Hija, cuando te viene la regla lo magnificas todo... En unos días se te pasará.

—Lo sé, pero me han dado días libres y quiero desconectar.

En eso llegó mi padre y se encontró con el panorama. Nos miró y empezó a menear la cabeza.

—¿Otra vez con las hormonas revueltas?

—Me temo que sí —asintió mi madre.

—Hija, voy a tener que ver las pastillas anticonceptivas que te estás tomando. Creo que no te están sentando bien. Quizá sea conveniente cambiarlas.

Enrojecí hasta la médula. Mi padre era ginecólogo, pero era mi padre. Yo iba a otro médico compañero de él para evitar precisamente hablar de esos temas.

—¡Papá! —gruñí avergonzada.

—Vamos a ver, Olga. Estás sumamente alterada y compungida. Casi todos los meses te pasa, pero lo de hoy es demasiado. Creo que sería conveniente revisar tu medicación —insistió.

Era cierto que las pastillas me alteraban y me sensibilizaban mucho, pero mi padre no sabía por todo lo que estaba pasando en esos momentos.

—Vale —cedí.

—Bien.

Se levantó y fue a servirse una copa de vino. Yo seguía hecha un ovillo al lado de mi madre.

—Por cierto, ha llamado la loca de tu hermana —soltó mi padre de pronto—. Quería venir por el cumpleaños de Olga a pasar el fin de semana.

—¿Qué le has dicho? —Mi madre se puso tiesa en el sofá y me apartó un momento.

—Que nos íbamos fuera, que no podía ser —respondió mi padre y luego le dio un sorbo al vino.

—Menos mal... No la soporto.

—¿Habláis de la tía Fini? —pregunté.

Mi padre asintió mientras apretaba los labios.

—¿Por qué le tenéis tanta manía? A mí me parece divertida; me cae genial.

—Olga, por favor. Josefina es muy ligera... Siempre de fiesta y cada semana cambiando de hombre —gruñó mi madre.

—Está divorciada y no tiene hijos. ¿Qué quieres que haga una mujer de casi cincuenta años? ¿Ir al bingo? A mí me cae bien y quería venir a verme. Le habéis mentido.

Estaba enfadada. Había levantado incluso la voz.

—Olga, baja el tono y contrólate —me regañó mi padre—. Si tan bien te cae, pues ve a visitarla tú ,pero tu madre no quiere que venga a casa.

Nunca lo había visto así de serio. Imponía un huevo y estaba haciendo notar su poderío de macho alfa de la manada. Lejos de enfadarme con él me abrió el cielo con una vía de escape.

—Gracias, papá. Eso es precisamente lo que voy hacer.

Mi tía vivía a cuatro horas de coche, en la gran ciudad, pero apartada del bullicio de los coches y de la contaminación. El GPS me llevó hasta una urbanización de alto *standing* y empecé a ver grandes chalés individuales. Aquellas fincas eran impresionantes; se veía que era una zona de gran caché.

Entre aquellas mansiones vi algún restaurante de lujo, un gimnasio, un pequeño centro comercial y nuevas casas a medio construir. Una finca de gruesos muros de piedra un poco más alejada y privada de las demás, con el tejado negro de pizarra y rodeada de árboles bien cuidados y una enorme puerta de madera tallada, llamó mi atención al aparcar el coche. Estaba calle abajo y parecía que dominaba aquel lugar con su elegancia y majestuosidad.

Bajé del coche y me quedé admirando aquella maravilla arquitectónica.

—¡Olga! —El grito de mi tía saliendo de su casa me devolvió a la realidad.

—Tía Fini.

Me envolvió en un achuchón y me comió a besos. Me dejó la cara manchada de carmín rojo.

—Por Dios, ¡qué cambiada estás! Y ese peinado que llevas es fabuloso. Me encanta. Coge tu maleta y entra. ¡Qué alegría! No me creo todavía que estés aquí conmigo.

Me atropellaba con las palabras. No me daba respiro y apenas pude decir nada. Parecía una ametralladora entusiasmada con mi llegada.

Mi tía era delgada, llevaba el pelo rubio y largo y tenía los ojos castaños. Su vestimenta era muy... como la mía. Lucía unas mallas ajustadas con una camiseta de seda de tirantes enseñando un generoso escote. Sus uñas de porcelana, rojas y largas, hacían juego con sus

carnosos labios, gracias a un ácido hialurónico muy bien puesto. No aparentaba las cincuenta castañas que llevaba encima ni de coña. Era muy sensual y le gustaba gustar; por eso era la oveja negra de la familia. Si mis padres conocieran la reputación del lugar donde yo trabajaba y las noches furtivas con mi ya no hombre desconocido... le quitaría el puesto de cabeza.

—Tía, yo también me alegro de verte. ¿Me das un vaso de agua? Estoy seca con este calor que hace.

—Qué maleducada que soy. Claro, mi niña, acabas de pegarte la paliza en el coche y yo rompiéndote la cabeza. Ven, vayamos al jardín, estaremos más cómodas.

Mi tía tenía un chalé muy coqueto de dos plantas. Crucé un pequeño salón y dejé atrás una cocina tipo americana a mi derecha. Unas puertas correderas se abrieron para dar paso a un jardín no tan pequeño y con piscina incluida. Tenía una barbacoa y varios sofás de exterior con su mesita de centro a juego. Era un lugar muy acogedor y lo que más me gustaba era la privacidad. No había ningún vecino alrededor. Me recordaba un poco a la casa de mis padres, pero en versión más pequeña. Me trajo una botella de agua fría y ella se sirvió una cerveza.

—¿Y tus padres? ¿Cómo está mi hermanita?

Carraspeé y tragué saliva ante la pregunta incómoda.

—Ya sabes, en su línea. Casa hospital, hospital casa. Alguna vez salen por ahí... Todo bien, tía.

Bajó la mirada un poco pensativa. Mi tía era una mujer muy guapa y atractiva.

—¿Y tú qué haces?

Suspiré y miré hacia la piscina como si esta fuera a decirme algo. Mi tía me inspiraba confianza y yo necesitaba hablar.

—¿La verdad?

—Puedes confiar en mí, Olga. Ya tienes que estar jodida para venir a ver a la renegada de tu tía.

Me hizo reír y, al mismo tiempo, me sentí culpable por no ir a verla más a menudo.

—Trabajo de masajista en un hotel poco habitual. Digamos que, si mis padres se enterasen, me repudiarían al instante. Me encanta mi trabajo y, además, soy buena. Aunque ellos piensan que soy camarera.

—Esto se pone interesante... ¿Una cerveza?

—Por favor... —le rogué.

*

Después de unas cuantas cervezas y un par de pizzas que mi tía pidió, ya la había puesto al tanto de todas mis desgracias. Ella se encendió un cigarrillo y le dio unas bocanadas, expulsando el aire con elegancia. Yo esperaba su reacción y ella cerró los ojos y saboreaba aquel cigarrillo que a mí me provocaba tos.

—Deberías dejar de fumar, acabará matándote —le aconsejé.

Esbozó una sonrisa y volvió a chupar el cigarro.

—Olga, no es fácil por lo que estás pasando. Has hecho bien en venir y dejar que la cosa respire sola unos días sin ti. Me recuerdas a mí cuando era joven... tan pasional e inocente a la vez. Ahora mismo hay dos titanes encelados a tus pies. Y eso es peligroso, cariño.

—Tía, yo no he buscado esto. Yo no sabía. Yo...

—Shhh, calla. No hay cosa que más rabia me dé que el «yo no, yo no, yo no...». —Se levantó y apagó el cigarro—. Sí, mi niña. Tú *sí* has liado todo esto, tú *sí* te has tirado a esos dos hombres y *sí* es tu problema. Ahora veremos cómo solventarlo de la mejor forma posible y saber qué es lo que tú quieres.

Mi tía se las traía, pero hablaba con claridad. Por lo menos no te regalaba los oídos con «todo está bien» o «no es culpa tuya». Ella era de las de «al pan, pan y al vino, vino».

—Gracias, tía —le dije.

—¿Por qué?

—Por tratarme como una adulta.

—Es que lo eres, lo que no quita que no podamos pasárnoslo bien. Por cierto, me tienes que dar la dirección del hotel ese. No puedo morirme sin probar eso del botón rojo...

Me quedé pasmada con la boca abierta.

—¿En serio?

—Vamos, y tan en serio. —Se estremeció en el sofá solo de pensarlo.

Nos estuvimos riendo hasta que nos dieron las tantas. Ir a visitar a mi tía fue la mejor idea que se le pudo ocurrir a mi padre.

Me acompañó a la planta de arriba de la casa, donde había dos habitaciones con baño: una era la de ella y la otra la de invitados. Ambas tenían un pequeño balcón.

—Que descanses —dijo—. Mañana pasaremos el día por ahí y te presentaré a un amigo que te gustará.

—Nada de novios.

—Nada de novios. Hasta mañana.

Me tumbé boca abajo en la cama de matrimonio. Un ventilador colgaba del techo y le di al mando para encenderlo. El aire enseguida refrescó la pequeña habitación.

Eché mano del móvil, que llevaba apagado todo el día. No pude evitar pensar en Abel al tener el aparato en mi mano. Cuando lo encendí se volvió loco de emitir sonidos de mensajes y llamadas perdidas. Mila me había llamado unas diez veces y los mensajes ni los conté. Mi madre también se había pasado un poco. Tenía un mensaje de Olivia preocupándose por mi estado, pero no había ni rastro de Abel. Me entristeció un poco y sentí rabia hacía mí misma por ser una imbécil, por estar jodida por tener lo que tanto había pedido.

Le mandé un mensaje a mi madre confirmándole mi llegada y diciéndole que estaba bien, que mañana la llamaría. A Mila le dije más de lo mismo, omitiendo mi paradero. Aunque sabía que no tardaría en descubrirlo, dada la poca discreción de mi madre.

*

—¿A dónde vamos, tía? —pregunté por tercera vez cuando ya llevábamos un rato en su Nissan Juke de color blanco.

—Ya estamos llegando. Te dije que era una sorpresa.

Se miró en el espejo retrovisor para ver si llevaba los labios bien pintados.

Llegamos al ajetreo de la ciudad y dejamos el coche en un aparcamiento privado. Fuimos hacia una calle de mucho tránsito y nos paramos delante de un local con las vidrieras de cristal cubiertas con imágenes zen. El cartel ponía: «Masajes y terapias orientales». Miré a mí tía con cara de idiota. No entendía qué demonios hacíamos allí después de todo lo que le

había contado. Quería desconectar de los masajes y de mi mundo y me traía a la boca del lobo.

—Tía... —quise protestar, pero me dio un leve empujón y me metió de lleno en el local.

—Calla y guíate por mí, que sé lo que me hago.

No parecía muy grande al entrar. La decoración en estilo zen era muy refrescante, diferente a lo que yo estaba acostumbrada. Una pequeña recepción en la entrada con dos simples sillones de ratán y una mesita separaban la puerta, decorada con enormes piedras y el mar de fondo, del espacio que conducía a las cabinas de masaje. Volví a preguntarle a mi tía qué demonios hacíamos allí.

—Este es uno de mis lugares favoritos —me explicó—. Aquí acudo todas las semanas. Aparte de mi masajista, Tom es mi amigo. Quiero que lo conozcas. Puede darte buenos consejos; es muy espiritual y sus masajes te dejan como nueva.

—No necesito ninguno masaje —protesté.

—Créeme, querida, me lo agradecerás.

Un joven de rasgos asiáticos apareció tras la puerta. Al ver a mi tía se fue hacia ella a darle un caluroso abrazo.

—Fini, ya te echaba de menos. Me alegró que me llamaras esta mañana para decir que venías. ¿Esta es tu sobrina? ¿La masajista?

—Sí. Tom, te presento a mi sobrina Olga.

—Tom Lee, mucho gusto.

—Encantada.

Tom tendría unos treinta años y mediría un metro ochenta. Era atlético, con rasgos orientales, moreno y muy guapo. Me sorprendió que un asiático fuera tan tremendamente atractivo y alto.

—Tu tía me ha comentado que eres una masajista muy buena. ¿Te importaría que te diera un masaje y luego darme uno a mí?

Moví la cabeza confusa. Eso no tenía ni pies ni cabeza.

—No entiendo... No pretendo ser grosera, pero he venido para desconectar de mi trabajo, no para hacer masajes a nadie.

Él se echó a reír. Tenía una sonrisa encantadora que podía cautivar a cualquier mujer.

—Dame una oportunidad —se ofreció amablemente—. Yo te daré el masaje a ti. Si tú no quieres hacérmelo a mí luego lo entenderé.

Miré con recelo a Tom y a mi tía. No sé qué tramaban aquellos dos, pero el pellizco que me dio mi tía en el culo me hizo dar un paso hacia delante y no me quedó más remedio que aceptar su oferta.

—De acuerdo —acepté a regañadientes.

Entramos en una sala donde había una camilla. La cabina estaba pintada de color chocolate y, al fondo, había un mural con dos velas gigantes. Era sencillo y relajante. Me quedé en bragas y me tumbé boca abajo. Me tapé con la toalla. Sentía pudor y estaba cortada. «Menuda ironía», pensé. Entonces entró Tom con su uniforme de color negro. Me puse tensa. No pude evitar el sentirme incómoda y él lo percibió al instante.

—Tienes que relajarte, cerrar los ojos y exhalar cuando yo te lo pida. En ningún momento podemos perder el contacto físico. Voy a renovar tu energía y a hacer que te sientas mucho mejor. Intenta concentrarte en el masaje y en mi voz. No abras los ojos.

—Ok.

Tom empezó con un suave masaje por mi espalda. Sus manos me tranquilizaron al instante. Poco después hacía presión con los pulgares en diferentes puntos de mi cuerpo, luego con la palma de sus manos. Fue en aumento y pasó hacer la presión ayudándose de su peso corporal.

—Respira, Olga.

Yo respiraba y notaba cómo mi cuerpo se volvía ligero como una pluma.

Puso sus rodillas en mi espalda y me asió por las muñecas, tirando de mí hacia atrás.

—Ahora suelta el aire y déjate suave.

Así lo hice. Aquello era entrar en el limbo de la relajación absoluta. Volví a tumbarme y Tom presionó con los pulgares durante unos segundos mis sienes, recitando una especie de mantra. Me sentí viajar al paraíso. Solo tenía pensamientos positivos y mi buen humor iba cuesta arriba. Repitió esta técnica en varios puntos de mi cuerpo y sus mantras me sumergían en un estado de relax absoluto.

Después de una hora, Tom terminó aquel maravilloso masaje, muy a mi pesar.

—Ahora tienes que descansar —me dijo—. Estabas muy bloqueada y he tenido que restablecer el flujo de la energía vital de tu cuerpo. Si te levantas ahora, puedes marearte. Espera a que yo te diga para incorporarte.

Levanté la mano y alcé el pulgar. No tenía fuerzas ni para hablar. Aquel hombre había hecho un milagro con mi cuerpo y mi mente y solo quería saborear el momento. Menos mal que mi tía había insistido en que entrara, porque esto no había dinero que lo pagara. Estaba tan agradecida que le haría no uno, sino todos los masajes que me pidiera con tal de que él me volviera a dar uno solo antes de regresar a casa.

Tom regresó a los diez minutos con un vaso de agua.

—¿Cómo te encuentras?

—En la bendita gloria. ¿Dónde aprendiste a hacer eso? —me moría de la curiosidad.

—En Tailandia. Muchos años con un buen maestro y práctica...

—Ha sido increíble. ¿No puedes enseñarme algún truquillo para mis clientes?

—Es una técnica que requiere muchos años, como te he dicho, pero si eres buena te podré enseñar algún movimiento de los que no suelen saber por ahí.

—¿En serio? —abrí los ojos como dos farolas.

Me gustaba aprender cosas nuevas y, si tenía que ver con los masajes, más todavía.

—Primero veamos lo que sabes, luego hablaremos del tema. ¿Te encuentras con fuerzas para hacerme el masaje ahora?

—¡Vamos! Estoy mejor que nunca. Si puedes prestarme algo cómodo con lo que pueda trabajar...

—Claro —respondió.

Abrió un armario de puerta corredera que apenas se percibía y sacó unos pantalones de algodón y una camiseta de manga corta, como su atuendo. Era un uniforme de chica ajustable.

—Te espero en la otra cabina para que limpien esta. Después de que te cambies haré que pasen a tu tía aquí, así no se aburre mientras tú y yo trabajamos.

Me puse el uniforme y me pasé a la cabina de enfrente. Era similar a la anterior, solo que en esta la decoración del panel de la pared era diferente. Un fondo verde, dos cañas de bambú y una flor de loto daban el color que le faltaba a las paredes color chocolate. Tom me esperaba en ropa interior y boca abajo en la camilla. No tenía un solo pelo en el cuerpo, a excepción

del de su cabeza. Se veía cada músculo perfectamente marcado. Era el candidato perfecto para dar una clase de anatomía.

—¿Estoy bien así? ¿Cómo sueles dar tú los masajes? Quiero que lo hagas como con tus clientes.

El rubor me encendió la cara al instante.

—Tom, mis clientes suelen hacérselo desnudos y empiezo siempre boca arriba... —le informé toda cortada.

No tuvo ningún reparo. Se bajó los calzoncillos y se tumbó boca arriba en la camilla. Estaba aburrida de ver hombres desnudos, pero Tom consiguió ruborizarme de nuevo. Lo tapé con la toalla, puse incienso y hundí mis manos en el bol de aceite. Mis manos fueron deslizándose sobre su pecho e hice mi masaje como solía hacerlo. No tenía que esmerarme, porque entre el chute de energía que me había metido Tom y que yo enseguida conectaba con mi cliente, el vínculo entre nosotros fue explosivo. La energía fluía por toda la habitación. Mi masaje era muy sensitivo y relajante, pero también rozaba la sensualidad y despertaba mucho erotismo.

Tom respiraba con suavidad y su erección surgió. Una erección causada por el relax... muchas veces sucedía. Yo ni me inmuté y seguí deslizando mis manos suavemente entre sus muslos. Él suspiraba completamente dormido. Era increíble ver ese efecto contradictorio. Excitación, relajación y sueño a la vez. Me provocaba un placer que no podía explicar. Me gustaría saber qué les pasaba a ellos por la cabeza en ese instante.

Me tocó despertarle para que se diera la vuelta. Se quedó sorprendido al verse empalmado.

—Nunca me había pasado esto —expresó con total naturalidad.

—A mis clientes es raro que no les pase —respondí con una sonrisa.

—Sabes que esto es relajación, ¿no?

—Sí, claro.

—Increíble... Sí que eres buena. Te enseñaré un truco para que puedas despertar al cliente cuando esté dormido y erecto. Así se despertará solo y sin estar empalmado. Será menos violento para ambos.

—A mí no me importa. Yo me lo tomo como algo natural.

—Y yo también, pero no todos pensamos así. Luego te lo enseño, pero antes termina el masaje, me está encantando lo que me haces.

Cuando terminé con él Tom estaba tan satisfecho conmigo como yo con él. Me enseñó varios trucos y posiciones nuevas y él se quedó con algún truquillo mío, a pesar de que él era un auténtico maestro del masaje.

Mi tía hacía rato que había salido de su sesión. Como se aburría me dejó una nota en recepción diciendo que la llamara cuando hubiese terminado para ir a comer. Andaría por allí cerca de compras. Así que cogí el móvil y la llamé.

—Niña, para no querer entrar, te has liado un buen rato —me soltó con voz alegre.

—Ya hemos terminado, lamento la demora —sonreí para mis adentros.

—¿Todo bien?

—Genial.

—Dile a Tom que comemos en el chino que está al lado de su salón de masajes. Que te acompañe y ya os encuentro allí.

—Ok.

Tom y yo fuimos hacia el restaurante chino después de cambiarnos. La verdad es que el día estaba yendo de perlas. Me gustaba su compañía y tenía un montón de conocimientos y sabiduría. Mi tía llegó al restaurante cargada de bolsas.

—Perdonad, es que me he liado —se excusó—. Ya están poniendo cosas de rebajas y es una locura. Te he comprado alguna cosilla por tu cumple.

—Tía, no tienes que comprarme nada.

—Déjame mimarte. Para una vez que vienes...

Llamó al camarero y pidió un menú para tres. Nos tomó nota de la bebida y seguimos hablando de todo un poco.

—Me ha encantado el masaje de Tom. Gracias por obligarme, tía. —Le di un abrazo y me sentí francamente genial.

—Ya te dije que es el mejor. Ahora lo voy a tener al lado de casa, ¿sabes? Van a abrir una casa de masajes exclusiva para mujeres. Lujo total. Y le han pedido a Tom que sea el encargado de gestionarla. La Majestuosa Casa de los Masajes, se llamará. Estoy deseando ir. Me ha dicho Tom que es algo impresionante.

—Fini, te dije que no contaras nada hasta que no abriéramos —la regañó él.

—No será esa casa enorme con el tejado de pizarra negro, ¿verdad? La que está calle abajo...

Mi tía me miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero me llamó la atención cuando llegué ayer. Eso fue lo que pensé cuando la vi. Que era majestuosa. Pero ¿y tu negocio?

—Puedo mantenerlo también —respondió Tom—. La verdad es que esa casa es un verdadero reto. Precisamente esta tarde tengo que hacer las entrevistas y la selección del personal para que luego las dueñas lo aprueben. No me vendría mal un poco de ayuda femenina y profesional. — Me guiñó un ojo.

—¿Qué tipo de personal? —Me estaba perdiendo un poco.

—Pues masajistas guapos y cuadrados, es lo que quieren mis futuras jefas —dijo Tom con toda la naturalidad del mundo.

Mi tía casi se atraganta con un trozo de pollo al limón.

—¿No puedo ir yo? —preguntó y luego echó un trago al vaso de agua.

—Necesito alguien que entienda de masajes...

—Yo entiendo, sé si me gustan o no —insistió mi tía—. Además, llevo muchos años recibéndolos.

—También es verdad. Cuantas más personas seamos, mejor —asintió Tom encogiéndose de brazos.

—¿Qué me dices, Olga?

—Vamos a ver cómo está el personal.

25

Me puse de nuevo el uniforme de masajista. Mi tía haría de conejillo de indias, al igual que Tom y yo, que también tendríamos que probar a los aspirantes. La tarde se presentaba interesante y movidita. Cuanto más intentaba escapar de los masajes más me atrapaba ese mundo y más lo disfrutaba. Me sentía a gusto con Tom y con mi tía, tanto que me olvidé por completo de llamar a mi madre y a Mila. Había logrado desconectar de todo aquello en apenas unas horas. Me sentía francamente bien, aun estando con la regla.

Oí a mi tía al móvil discutir. Como siempre estaba de buen humor, me acerqué a ver qué pasaba.

—Maite, déjame en paz. Yo no tengo nada que ver. Tu hija está entretenida y bien. Ya es mayorcita para decidir si quiere hablar contigo o no. ¿Cómo? ¡Yo no meto mierda contra nadie!

Ya la había liado. Mi madre se estaba cebando con mi tía por mi culpa.

—Dame el teléfono —le ordené a mi tía.

Extendí mi mano para que me pasara a la histérica de mi madre. Mi tía me dio el aparato.

—¿Mamá?

—Hija, ¿ya te está lavando la cabeza tu tía? ¿Por qué no has llamado?

—No he llamado porque mi tía ha tenido la delicadeza de preocuparse de mí y de mantenerme ocupada. Estaba muy bien hasta que has llamado tú para fastidiarlo. —Fui dura con mi madre, no tenía razón.

¿—Olga— ?gritó mi madre.

—Mamá, no puedes ponerte como una loca con la tía. Ella no ha hecho nada. Se está portando de maravilla conmigo. La que se ha olvidado de llamarte soy yo. Enfádate conmigo, pero no lo pagues con ella —levanté la voz.

—Ya veo que os lleváis muy bien... —Noté los celos en su voz.

—Sí, mamá, pero tú eres mi madre. Déjame estar estos días tranquila, lo necesito. Estoy bien, en serio. Te quiero.

—Y yo.

Colgué y le di el móvil a mi tía.

—Lo siento —dije—; no debió hablarte así.

—No pasa nada, estoy acostumbrada a los arrebatos de tu madre. Gracias por defenderme.

Le di un beso a mi tía. ¿Cómo no iba a defenderla?

Llegaron entonces los dos primeros chicos al salón de masajes. Uno era rubio con los pelos de punta, jovencito. El otro enorme, calvo y más mayor.

—¿Cómo os llamáis?

—Juan —dijo el rubio.

—José —respondió el grandote.

Yo me llevé al rubio y Tom y mi tía al grandote. La prueba consistía en que hicieran unos diez minutos de masaje a nuestra modelo. En el caso de Tom era Fini y yo utilizaría a la ayudante de Tom. Teníamos que ver la soltura y sus conocimientos. Luego nos darían a nosotros otros diez minutos de masaje en la espalda.

Nos reservábamos las opiniones para el final. Pasaron a lo largo de la tarde un total de veinte candidatos. Teníamos que descartar a diez y, de esos diez, las dueñas escogerían a cinco. Terminamos a las tantas. Entre tanto tío bueno, alto, bajo, calvo, con melena, rubio, moreno, blanco, de color... ¡Dios! Me habían magreado tanto la espalda que estaba para echarme a dormir toda la semana. Emanaba relax por todos los poros de mi cuerpo. Llevaba encima una sobredosis.

Me duché allí mismo y me puse el mismo vestido que llevaba esta mañana. Mi tía estaba tan grogui y encantada como yo. Salió de la cabina de masaje con una sonrisa de oreja a oreja.

—Madre mía, esto ha sido un sueño hecho realidad. ¿Tenéis más pruebas que hacer mañana?

Nos reímos hasta que nos dolió la mandíbula. La cara de mi tía era de pura felicidad. Parecía que estaba borracha e iba flotando en una nube.

—¿Qué opinas, Olga? —preguntó Tom.

—A mí me gusta Juan, Tomás, Dave, Óscar y Peter. Esos son mis cinco favoritos. Los demás los he visto demasiado robóticos, no me han transmitido nada. Espero que de ahí salga alguno.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Nomi, la ayudante de Tom.

—Pues yo voy a seleccionar a José, Luke, Tino, Koke y Darius. Veremos quién acierta más con los seleccionados.

—Por Dios, que seleccionen al grandote y a Luke —decía con los ojos en blanco mi tía.

—Te han gustado esos dos, ¿eh? —le picaba Tom.

—Esas manos deberían tener un seguro especial. Son divinos. Tom, tienes que hacer lo posible para que esos dos masajistas sean contratados. Yo me abono con ellos.

Otra vez la risa estallaba entre nosotros. Mi tía era una cachonda y no podíamos evitar pasárnoslo bien con ella.

—Nos vamos a casa a descansar —dijo mi tía al fin—. Estamos muertas. Nos lo hemos pasado genial.

—Gracias, Tom, ha sido estupendo conocerte.

—¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí? —me preguntó.

—No lo sé. Quizá deba regresar y enfrentarme a mis miedos. Aunque me ha venido de perlas estar aquí y conocerte.

Me cogió de las manos y me miró a los ojos, diciendo:

—Si alguna vez no te va bien y decides cambiar de aires que sepas que no me importaría tener a alguien como tú a mi lado. Hacemos buen equipo y, en la casa nueva, va a haber mucho trabajo.

Me quedé mirándole, alucinada.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Solo te digo que, cuando tú quieras, aquí siempre tendrás las puertas abiertas.

Me emocioné al escuchar sus palabras. Era tentador y, aunque mi vida no pertenecía a aquel lugar, siempre era bueno tener una vía de escape por si las cosas se torcían.

—Gracias, Tom. Lo tendré en cuenta. Aunque ahora no es el momento.

Asintió con la cabeza y me sonrió con amabilidad. Sabía que Tom se había convertido en un aliado y amigo.

*

La semana se me pasó volando junto a mi tía, pero no podía prolongar más mi estancia allí. Mi madre me llamaba desconsolada, porque tenía ganas de verme, y Mila se sentía apartada y rechazada por mí. Yo mantenía las distancias con todo el mundo, intentando evadirme de los problemas, pero, como decía mi tía, eso no los solucionaba y, cuando regresara, seguirían esperándome.

Tom me había ayudado muchísimo. Aprendí a relajarme con él y mentalmente estaba mucho más fuerte. Sus técnicas eran magníficas, pero llegar al nivel que él tenía suponía años de estudios y práctica. De todas formas, me iba muy contenta con todo lo que me había enseñado.

Me daba pena marcharme y mi tía también estaba triste y desanimada. Habíamos conectado y ahora se me hacía difícil la despedida.

—Te voy a echar de menos —decía sin soltarme entre sus brazos.

—Y yo. —Hice un puchero—. Puedes venir cuando quieras a verme. Yo vivo en un apartamento con una amiga, no tienes que ir a casa de mamá.

—Gracias, cariño. Tú siempre que me necesites ven a verme. ¿Ya sabes lo que vas a hacer con tus dos titanes?

Soplé y me eché el pelo hacia atrás.

—Si te digo la verdad no he pensado en ellos en toda la semana. Esto ha sido una cura y un descanso para mi mente. No quiero pensar en nada. Ya iré viendo las cosas según me vengán.

—¿Quieres un último consejo?

—Sí, por favor. —Me encantaba oír a mi tía.

—Sigue así y no pienses demasiado. Guíate por el instinto y no dejes que los remordimientos te atormenten. Disfruta cada día de tu vida como si fuera el último. Hoy estamos aquí, mañana... ¿quién sabe? Esa es mi filosofía y, por eso, tu madre no comulga conmigo. También he de decírtelo.

—Gracias, tía. Te quiero.

—Y yo, mi niña. Llámame en cuanto llegues.

Me subí al coche y conduje calle abajo para dar la vuelta. Pasé por delante de la Majestuosa Casa de los Masajes y reduje la velocidad para poder admirarla. Por un momento se me pasó por la mente la posibilidad

de trabajar allí con Tom. Aceleré y di la vuelta a la rotonda. Nunca podrías decir *de esta agua no beberé*, pues el camino es muy largo y te puede entrar sed.

*

Me desperté en mi cama. El murmullo de las olas del mar me hizo volver a la realidad. Había llegado de madrugada y la casa estaba vacía. Entonces, le mandé un mensaje a mi tía para que se quedara tranquila y caí rendida en la cama.

Cuando miré el reloj vi que no era muy tarde, las once de la mañana. Me levanté y fui a la cocina a preparar café. Me llevé la taza caliente a la terraza y me lo bebí a pequeños sorbos mientras la brisa del mar acariciaba con suavidad mi cara. Era una delicia volver a sentir esa sensación.

Llamé a mi madre y le dije que ya estaba en casa. Se puso contenta y me indicó que me pasara a comer. Le respondí que lo intentaría, pero que estaba cansada y tenía que llamar al trabajo para reincorporarme. No le hizo mucha gracia, pero no le quedó otra que aguantarse.

Llamé a Olivia y me respondió al instante.

—¿Olga?

—Hola, Olivia.

—¿Estás por aquí?

Su voz sonaba angustiada.

—Sí.

—Gracias a Dios. Alicia lleva una semana fatal. No come ni quiere ir al colegio. Desde que te has ido se ha venido abajo. Esta mañana se ha desmayado y la hemos tenido que llevar al hospital. Estamos aquí en urgencias. —La noticia me cayó como un jarro de agua fría.

—¡Dios mío! Voy para allá.

Me puse tan nerviosa que no atinaba a encontrar nada, y eso que no tenía por qué sentirme responsable. Todo aquello era por culpa de Omar, por no haber sabido manejar la situación durante los últimos años.

—Maldita sea.

No encontraba nada. Me puse el primer vestido que encontré. Uno azul marino con pequeños lunares blancos. Agarré el bolso al vuelo y salí

zumbando hacia el hospital. Llegué en diez minutos. Me dirigí a urgencias y me encontré a Olivia con unas ojeras horribles de haber estado llorando. Cuando me vio se abrazó a mi cuello como si fuera su amiga del alma. Me quedé un poco parada. La consolé y me senté a su lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No sé si se habrá tomado algo. Omar está dentro con los médicos. Llevan un buen rato y todavía no me han dicho nada.

—¿Qué coño se va a tomar? No seas ridícula. Alicia es más inteligente que todo eso. —Estaba indignada.

—Lleva toda la semana fatal y...

Corté a Olivia, tenía que dejar clara las cosas.

—Yo no puedo sentirme responsable de esto —le espeté—. Soy su profesora, su amiga, lo que quieras... pero no soy su madre. Apenas la conozco, pero todos los problemas emocionales que tiene son causados por su padre.

El pulso se me aceleró, pero si no lo decía explotaba.

—¿Piensas que no lo sé? —dijo Olivia—. ¿Por qué crees que no he dejado a Omar antes? Creo que esto es culpa mía.

Rompió a llorar efusivamente.

—¿Has dejado a Omar?

Ahora la que estaba en shock era yo.

—Sí, estoy con Sandro. Por lo menos me hace reír y me siento viva de nuevo. Lo que pasa es que todavía no me he ido de casa. Fingimos una convivencia cordial, pero creo que ella lo sabe.

—Pues claro que lo sabe. Insultáis su inteligencia. —Volví a indignarme.

—Yo me la llevaría conmigo, adoro esa niña, pero no es mi hija —veía la impotencia en los preciosos ojos de Olivia.

—Tiene catorce años —dije—. Míralo con un abogado y demuestra que su padre no es apto. Ella ya puede declarar en un tribunal, tiene opinión.

Se puso seria y su cara se transformó.

—Si hago eso Omar me mata.

Lo dijo tan seria y convencida que se me heló la sangre.

Se abrió entonces la puerta de urgencias, donde tenían a Alicia. Salió Omar y otro médico al que conocía de vista. Se quedó parado mirándome

fijamente. Ignoraba a Olivia y toda su atención estaba puesta en mí. Llevaba una bata azul de médico que le quedaba fascinantemente bien.

—¿Cómo está Alicia? —pregunté ignorando sus descaradas miradas.

—Bien, le hemos hecho un chequeo y varias pruebas.

—Omar, ¿qué le pasa? No andes con rodeos, por favor — suplicó Olivia llorando.

La mirada que le dedicó fue fría y sin compasión.

—No le pasa nada. Está deshidratada y se ha desmayado por una bajada de tensión. Si estuvieras más pendiente de ella no hubiera pasado esto.

Su voz era fría como un glaciar.

—No es justo —se quejó Olivia con la voz quebrada.

Me estaba hirviendo la sangre al ver la tiranía de aquel hombre. No soportaba estar en medio de aquella situación e iba a explotar de un momento a otro.

—Me voy —exhalé—. Dile a Alicia que he estado aquí y que ya la llamaré.

Su cara cambió por completo y su atención volvió de lleno a mi persona.

—Podéis entrar a verla. Le alegrará saber que estáis aquí.

Entré con Olivia al box donde estaba Alicia. Sentía cómo venía Omar detrás de nosotros. Cuando la vi con el gotero puesto y lo pálida que estaba me vine abajo.

—Alicia, cielo...

La abracé con cuidado. Se giró al verme y sonrió a malas penas.

—Olga, has vuelto —emitió un pequeño susurro.

—Sí, tenía que arreglar unas cosas. Siento no haberte llamado.

Olivia también se acercó a besarla y Alicia se emocionó al ver a su madrastra. Omar estaba allí, de pie con los brazos cruzados, vigilando como un sargento. La niña no se sentía cómoda con su padre de guardián, así que no iba a soltar prenda.

—Omar, ¿nos puedes dejar un momento a solas? —le pedí.

—¿Por qué? —No se movió ni un centímetro.

Lo fulminé con la mirada. Una semana de relax echada al garete.

—Porque sí —le espeté sin más.

Se fue refunfuñando y nos dejó a las tres a solas.

—¿Qué te preocupa, cielo?

Alicia miró a Olivia.

—Sé que vas dejar a papá. Te oí hablar por teléfono con tu nuevo novio. Te entiendo, tú puedes, pero yo no.

Se me encogió el corazón al oírla y Olivia apretó la mano de la niña con fuerza.

—Cariño, que deje a tu padre, no significa que te abandone a ti... —le dijo entre lágrimas—. Haré lo que sea por estar contigo.

Fue un alivio el saber que yo no era la causante de todo ese embrollo. Luego me sentí mal por haber pensado eso.

—Yo no quiero hacer promesas que no voy a cumplir, pero intentaré ayudarte en todo lo que pueda. —Fui sincera, y añadí—: Junto con Olivia.

Omar regresó y ahí se acabó nuestra conversación. Ya hablaríamos cuando el ojo avizor no nos controlara. Le di un beso a Alicia y quedé en llamarla para ver cómo avanzaba su estado. En cuanto me fuera posible iría a verla a casa. Siempre y cuando su padre no estuviese.

—Luego te llamo, Olivia. Voy a echar un vistazo a ver si veo a mi padre de paso que estoy aquí.

—Hasta luego, Olga —se despidió Olivia.

—Omar... —Le hice un gesto con la cabeza.

Apenas lo miré y salí de la sala de urgencias para subir a la primera planta, que era donde pasaba consulta mi padre. Fui por la escalera, pues necesitaba estirar las piernas. Entré en la sala de espera que comunicaba varias consultas y pregunté a las enfermeras si mi padre estaba en consulta. Una enfermera muy amable me dijo que acababa de bajar a quirófano a atender un parto. Le di las gracias y bajé de nuevo para volver al aparcamiento a recoger el coche. Mi padre no hacía más que traer retoños a este mundo.

Sonreí al imaginar a mi padre con el bebé entre sus brazos. Siempre nos contaba la satisfacción que eso le provocaba. Tenía fotografías de todos y cada uno de los bebés que había traído a este mundo. Y no eran pocos.

Me dirigí a la máquina para pagar el aparcamiento. Como no funcionaba tuve que regresar otra vez a recepción para que me cobraran. Subí por la escalera y pasé por delante de las puertas de las consultas ubicadas en la planta baja, que daban a recepción. Una de ellas se abrió y vi a Omar, que me agarró del brazo y me metió para dentro de un tirón. Me abrazó y me besó con tanta fuerza que me hizo daño.

—Para, bestia —le grité.

—No puedo, demasiados días sin verte. —Estaba exaltado.

Volvió a posar sus labios sobre los míos, esta vez con más delicadeza, y sus manos se apoyaron en mis caderas, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo. Estaba empalmado y se restregaba ansioso contra mi sexo. Era imposible no excitarse ante semejante hombre rebosante de lujuria y pura sexualidad. Se me escapó un gemido, pero no podía dejarme seducir por Omar. Ya no era mi desconocido, que me encantaba cómo follaba y me hacía perder el sentido. Era una persona con un vil interior y lo quería lejos de mí, a pesar de que su exterior fuera de lo más tentador.

Estiré mis brazos ante su pecho para apartarlo de mí. Era muy grande y fuerte y su polla entre mis muslos me estaba quemando.

—Suéltame —volví a gritar.

Se separó de mí jadeando y con los ojos brillantes por la excitación.

—¿Ya no me deseas, Olga? Porque eso no es lo que dice tu cuerpo.

Retrocedí y me puse al otro lado del despacho. Mi respiración era acelerada. Claro que me había puesto cachonda, pero tenía que pensar con la cabeza, aunque ahora estaba nublada por el deseo.

—No me gustas, Omar. Eres un ser oscuro y no voy a dejar que me arrastres a esa oscuridad.

Se lamió los labios y me miró fijamente.

—No sabes nada de mí, pero no me importaría enseñarte lo que no has visto aún —su voz era sensual a más no poder.

Empezó a quitarse la parte de arriba del uniforme y dejó su torso desnudo ante mis ojos. Fue hacia la puerta y pasó el pestillo. Yo me mordí el labio, nerviosa, y mi mirada se clavó en aquel cuerpo maravilloso que tanto había disfrutado. Notaba un sudor frío en mi espalda y los pechos se me habían puesto duros de la presión y la atracción que sentía hacia Omar.

—Déjame salir, Omar, no es una buena idea —lo decía con la boca pequeña.

Él rodeó la mesa y llegó a mi lado. Tenía el corazón acelerado y las manos sudorosas, pero no me moví.

—Eres delicada y hermosa. Me muero por meterme entre tus piernas y verte jadear de placer. Quiero que me mojes la polla con tu orgasmo y comerte la boca hasta que te quedes sin aliento.

Casi me corro solo con oírlo. Esa voz tan varonil y seductora era erotismo puro y duro. Deslizó su mano por mi muslo hasta llegar a mi

cadera. Su aliento en mi cuello me quemaba como el fuego de un dragón a punto de devorarme.

—Eres un sádico y te odio —le susurré.

—Ódiame todo lo que quieras, pero primero fóllame.

Su boca llenó la mía por completo y sus manos subieron mi fino vestido de lunares. De un solo movimiento me alzó y mis piernas rodearon su cintura. Jadeé dentro de su boca y él aprisionó más sus labios contra los míos, entrelazando su lengua con la mía. No podía apenas respirar y me devoraba la boca tal como había dicho, hasta dejarme sin aliento.

Me sentó encima de la mesa y, de un manotazo, esparció todo lo que había en ella, dejándola libre. Sus labios me dieron descanso y bajaron a por mis doloridos pechos. Tiró de un pezón a través de la tela y no pude evitar chillar de placer. Me clavó sus ojos color miel, que brillaban más vivos que nunca. Le sudaba la frente y tenía el pelo revuelto. Dios, era la personificación del sexo convertida en hombre. Metí mis manos entre su cabello y lo besé. Se excitó por mi aumentada libido y por mi creciente deseo hacia él. Su mano fue entonces hacia mis bragas y empezó a jugar con mi clítoris. Un latigazo de placer me recorrió todo el cuerpo. Se bajó los pantalones del uniforme y se puso un condón que sacó del cajón. Era impresionante la erección que contemplaban mis ojos. Me bajó las bragas y me poseyó sobre la mesa.

—¿Todavía me odias? —preguntó mientras me embestía.

Yo estaba en otro mundo, donde la lujuria se había apoderado de mi cuerpo.

—Sí —grité.

Me la clavó hasta el fondo con fuerza y pude sentir su polla dentro de mi mojado coño, hasta el último centímetro.

—¿Sigues odiándome?

Su voz era ronca y varonil; me ponía más cachonda todavía.

—Cuanto más me folles más te odiaré.

Me incorporó y me levantó en el aire. Me agarré a su cuello para no caerme. Se sentó en un pequeño sofá de visita que había en el despacho sin salir de mí ni un solo segundo.

—Pues entonces fóllame tú, pequeña.

Madre mía, cómo me puso el jodido. Empecé a montarlo como una posea. Entrelacé mis manos con las suyas y las apoyé a la altura de sus

hombros. Movía sus caderas hacia arriba y yo me deslizaba dentro y fuera de su polla, dándome el mayor de los placeres. Pegué mi cuerpo al suyo, ahora impregnado del sudor, y me frotaba los pechos contra su duro abdomen.

—Chúpame las tetas —le pedí, desquiciada por la excitación.

Omar obedeció con un gruñido y su boca succionó mis pechos mientras su lengua jugaba con mis pezones.

—Pequeña, follas como nadie. Tengo las pelotas cargadas y a punto de explotar. Me tienes tibio... —me susurraba.

—Calla y deja que te folle.

No sé cómo salieron aquellas palabras de mi boca, pero lo hicieron. Omar sacaba la fiera que llevaba dentro.

—Fóllame, soy todo para ti.

—Joder, no hables.

Me excitaba su voz. Empecé a moverme con fuerza, a montarlo con furia. Me lo estaba follando a mi antojo en busca de mi orgasmo. Mi clítoris echaba humo de la fricción contra su sudoroso pubis. El olor a sexo era tan denso...

Subí y bajé de manera descontrolada sobre su gruesa y excitada polla y se la mojé, como él también había predicho.

—Diossss... —me convulsioné encima de él, estrangulándole el capullo.

—Eso es, pequeña, sigue.

Me sujetó por las caderas y me ayudó a que siguiera con mi ritmo frenético encima de él. Me apretó las nalgas y sentía la presión de mi coño sobre su polla. El contacto era mucho más intenso. Omar aceleró el movimiento de sus caderas y yo volví a excitarme, siguiendo su mismo ritmo. Le agarré del pelo y tiré de él con fuerza. Omar me apretaba el trasero con más fuerza, estrechando el espacio entre mi coño y su polla. Otro orgasmo me nubló el juicio y entonces lanzó su peculiar gruñido que me erizó la piel. Se sacudía en mi interior y me estrujaba entre sus brazos. Cuando se quedó satisfecho y vacío me abrazó de una manera extraña.

Fue un polvazo y no quería sentirme mal por ello. ¿Qué iba hacer? ¿Ser una hipócrita y mentir que era capaz de decir que no a ese hombre? Si era mi fantasía sexual desde que pulsé el botón rojo... No tenía tanta fuerza de voluntad. Era sexo y lo tenía claro, donde no iba a caer era en lo

sentimental. Omar era un dilema que seguro que muchas mujeres tenían. Un hombre que cualquier mujer desearía, pero su personalidad no acompañaba. De lo contrario, sería el hombre perfecto.

Me separé de él e intenté ponerme lo más decente posible sin tener cara de recién follada. Él me miró desde el sofá, todavía desnudo.

—¿No te vas a vestir?

—Prefiero ver cómo te vistes tú ,aunque me gustas más desnuda.

—Me voy —recogí mis cosas.

—¿Así ,sin más ?No vas a decirme que me odias y que no vas a volver a verme.

Me desafiaba con la mirada y estaba tan atractivo y seductor que cualquier batalla que empezara con él ahora, estaba perdida antes de empezarla.

—Adiós, Omar.

Cerré la puerta y lo dejé en el despacho. Como decía mi tía, ni pensé ni dejé que los remordimientos me atormentaran. Eso era lo que iba hacer. Me había follado al tío que deseaba. Fin de la historia. ¡Cuánta razón tenía mi tía Fini!

26

Llegué al apartamento y me tumbé en la cama a descansar un rato. Había ido a comer a casa de mi madre después del polvazo con Omar. Aproveché para ponerla al día de mi viaje y le conté lo justo de mi tía Fini. No quería entrar en guerra con ella. Olivia me había llamado durante la comida para comunicarme que Alicia ya estaba en casa y aproveché para decirle que me reincorporaría al trabajo esa misma noche.

No me sacaba de la cabeza a Omar. Me confundía su actitud. Sabía que era un tirano, una buena pieza, pero ante mí se sometía y cumplía todas mis exigencias sexuales. Me relamía de gusto solo con recordar el polvo de esa mañana, no podía evitarlo. Era tan activo, tan sexual, tan fuerte... y luego caía manso como un perrito faldero en cuanto se lo ordenaba. Me ponía cachonda solo de pensar en él.

—Joder —grité tumbada en la habitación.

Volvían los remordimientos al pensar en Alicia y Olivia. Abel también se me cruzaba por la mente. De repente sentí un agobio sofocante y la culpabilidad me golpeó las sienes con violencia.

Llamé a mi tía Fini en busca de paz y consuelo.

—Tía, creo que me he equivocado otra vez —estaba agobiadísima.

—¿Qué pasa, mi niña? —me preguntó preocupada.

—Lo he visto, me ha tentado y he caído. En cuanto lo veo y me toca...

—¿De cuál de los dos me hablas? ¿Del desconocido?

—Sí, de Omar.

Le relaté, pero sin entrar en detalles, lo que había pasado en el hospital. Mientras se lo explicaba mi cuerpo parecía que lo reclamaba de nuevo.

—¿Lo has disfrutado?

La pregunta de mi tía me dejó atónita.

—Sí, claro —respondí azorada.

—Pues deja a un lado tus remordimientos. No le debes explicaciones a nadie. Yo, en tu lugar, todavía me lo estaría follando. Vive tu vida, Olga. ¡Vive! Cuando te enamores de verdad no querrás que otro hombre te toque. Entonces lo sabrás.

Escuché en silencio las palabras de mi tía. Hablar con ella me aportaba mucha tranquilidad. Mis remordimientos se desvanecieron.

—Gracias, tía. Te quiero.

—Y yo mi niña.

Colgué y me fui a la ducha. Hablar con mi tía había sido un bálsamo para la mente. Luego me vestí para ir al trabajo, unos vaqueros cortos y una camiseta con un estampado de fresas que me había regalado mi tía. Me daba un aspecto muy juvenil. Iba a secarme el pelo cuando oí la puerta de la calle. Asomé la cabeza y vi que Mila entraba. Cuando me vio echó un grito de alegría y corrió hacia mí como una loca. Casi me tira al suelo de la efusividad de su abrazo.

—Estoy enfadada contigo —se quejó después, con la voz ronca—. No puedes dejarme tirada una semana con apenas unos mensajes y sin saber nada de ti.

—Necesitaba desconexión. Me lo he pasado muy bien, aunque nada más llegar todo ha vuelto a lo de siempre. Se me acabó la paz.

—Ya puedes contármelo con pelos y señales.

Sonreí y terminé de secarme el pelo mientras Mila protestaba y se cambiaba también para ir al trabajo. Como teníamos tiempo nos sentamos en el salón con una taza de café para aguantar la noche y nos pusimos al día. Le conté desde la noche que Abel me llevó a casa hasta mi semana con mi tía y mi nuevo amigo, Tom Lee.

—Me ha enseñado unas nuevas técnicas que cuando te haga el masaje lo vas a flipar —le conté eufórica.

—Joder, qué bien has estado. Esa tía tuya parece la caña.

—Lo es.

—¿En serio te ha ofrecido trabajo en la ciudad?

Di un sorbo a mi café caliente y levanté la vista para mirar a Mila.

—Sí. Es un lugar maravilloso. Lo llaman La Majestuosa Casa de los Masajes. Pero iría como coach y para supervisar el negocio con Tom. De paso, le echaría una mano con el suyo.

—¿Te lo has planteado en serio? —Mila me miró asustada.

—Digamos que no lo he descartado en un futuro —respondí—. Depende de cómo se pongan las cosas por aquí.

—¿Te refieres a Omar y a Abel?

Casi me atraganté con el café. Mila me dio unos golpecitos en la espalda.

—Hoy me he encontrado a Omar en el hospital —dije—. Al final acabamos follando como desesperados en un despacho. Mila, ese hombre me rompe todos los esquemas.

Apoyé los codos en mis rodillas y puse la cara entre mis manos. Ella me acarició el pelo.

—No te sientas mal, en serio —me consoló mi amiga—. Abel lleva una semana de vacaciones con Anyelis. Se fue al día siguiente de irte tú. Olivia no hace más que reservar horas con Sandro. Todo el mundo sabe que se lo tira dentro de la sala de masajes, así que todos están haciendo sus escauceos sexuales por donde pueden. No te sientas mal por hacerlo tú también.

Me impactó lo de Abel. Por eso no tenía ningún mensaje de él... Estaba ocupado con Anyelis, perdido en algún lugar, de vacaciones con ella. Un pequeño ramalazo de celos quiso entrar en mi cabeza, pero lo aparté de inmediato.

—Si Anyelis está de vacaciones, ¿quién está en la recepción?

Mila puso los ojos en blanco.

—Un chico nuevo que se llama Francis. Es rubio, con el pelo rizado. Tiene cara de niño bueno con esos ojos azules en la cara. Jovencito, como nosotras.

—Bueno... ahora cuéntame tú. ¿Cómo llevas el tema Bruno-Ryan? —Cambié de tema.

Se levantó y fue hacia la terraza. Había calma chicha y el calor era sofocante. Mila apoyó sus brazos en la barandilla y miró al horizonte.

—Esta semana Ryan está en Milán en un desfile. Hablamos todos los días y le echo de menos un mogollón. Bruno... pues he salido con él a cenar un par de veces. Le he metido la bola de que estoy con la regla y no me he acostado con él. Tengo que dejarlo, pero me da miedo que me despida.

La sujeté por los hombros y la giré hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos.

—Mila Pomares, nadie te va a despedir. Recuerda que ese hotel sigue abierto gracias a nosotras. Si hace falta, amenázalo con eso. Estoy harta de que nos manipulen a su antojo con el miedo.

—Pero no tenemos pruebas...

Sonreí con malicia. Mis ojos brillaron y se pusieron verdes como el puro jade.

—Eso lo dirás tú, guapa.

Entonces Mila cayó en la cuenta y abrió la boca asombrada.

—No me jodas. ¡Te quedaste con la grabadora y la cámara de la sala de Izaak! —exclamó sorprendida.

—Una cosa es parecer tonta y otra muy diferente... es serlo. ¡Pues claro que las tengo! Es nuestro seguro y garantía para que no nos tomen el pelo. Ni siquiera las he visto ni oído y tampoco pienso usarlas, pero eso ellos no lo saben. Así que quédate tranquila.

—Olga, eres la bomba. Ahora entiendo por qué los tíos van locos detrás de ti: huelen el peligro que tienes.

Nos echamos unas risas y fuimos luego a trabajar.

*

Al pasar por recepción Mila saludó al tan Francis. Me lo presentó y el muchacho tenía una cara muy dulce y jovial. Sus largos rizos rubios le daban el aspecto de un querubín.

—¿Qué tal, Francis? —saludó ella.

—Bien, la noche parece tranquila hoy.

—Es lunes, pero no te confíes. En un par de horas esto se anima.

Le dijimos adiós con la mano y nos fuimos a la sala común, donde me sorprendió ver a Olivia sobre el regazo de Sandro, dándole un cálido y apasionado beso. Los había visto en la discoteca, pero allí iba colocada. Verlos serena y delante de todos fue bastante impactante. Hacían una pareja explosiva. Me quedé parada mirándolos y Mila me dio un codazo para que siguiera hacia delante. Olivia se percató de mi presencia y se levantó un tanto ruborizada.

—Olga —dijo estirándose la falda—. Qué bien que estés de vuelta. Los clientes no han hecho más que preguntar por ti.

—Hola, Olga, bienvenida —me saludó Sandro.

Y luego me dio dos besos. Después se puso por detrás de Olivia y la rodeó con sus brazos por la cintura, dándole un beso en el cuello. Yo seguía sin decir nada, pues su imagen me tenía un poco descolocada y todavía la estaba procesando.

—¿Estás bien? —me preguntó Olivia mirándome de lado.

—Lo siento. Me ha impactado veros así. Estoy habituándome —fui sincera.

Ambos se echaron a reír. Se les veía enamorados y felices. Y yo comiéndome la cabeza por el polvo de Omar. «Seré gilipollas», me dije.

—Es normal, llevas una semana fuera —añadió Sandro—. Mira mi hermana con Abel, perdidos en una isla. Parece que aquí el amor es contagioso.

—Eso parece... —Mi sarcasmo sacó las uñas.

El comentario de Sandro me sentó como una patada en todo el coño. No pude evitarlo: me follaba a Omar y me encantaba, pero imaginar a Abel en una isla con Anyelis... me tocaba los ovarios. No tenía ningún derecho y lo sabía, pero parecía que mi mente no quería entenderlo.

—Bueno, vamos al lío —dijo Olivia—. Olga, prepárate que empiezas fuerte. Espero que vengas recuperada. Tu cliente te espera en la sala uno. Mila, tú vas a las dos .

Fui a ponerme el uniforme, salí al pasillo y esperé a que la luz se pusiera verde. Entré y me llevé una alegría muy grande al encontrarme a Roman Tensy. Me esperaba envuelto en su albornoz y con dos enormes bolsas con su nombre a sus pies.

—Roman, qué alegría.

—Más me alegro yo. Vine la semana pasada y no estabas. Se me fue el mundo a los pies, aunque estuve con Mila y fue maravillosa. Me habló de ti y de lo fan que era de mi ropa, ¿no te lo ha contado?

—Pues no —respondí—. Y es raro. Lo que pasa es que acabo de llegar y creo que, con tanta emoción y cosas atrasadas que teníamos que hablar, se le ha olvidado.

—Te he traído más ropa. Y para ella también —añadió.

—Se va a poner como loca; y a mí me estás malacostumbrando. Ahora ya me gusta ir con tus modelos y al final será algo que no me podré permitir.

Sonrió, gratamente complacido.

—No te preocupes, yo te traeré todo lo que te haga falta.

Roman Tensy era un hombre amable, correcto y al que le estaba cogiendo un afecto muy profundo. Era detallista y se le veía amigo de sus amigos. Se tumbó en la camilla y empecé a hacerle el masaje. Usé alguna de las técnicas que me había enseñado Tom, pues a Roman, que era un hombre excesivamente estresado, le iban a venir de lujo. Cuando le di la vuelta le dije:

—No te asustes, voy a probar algo nuevo contigo. Tú haz lo que yo te diga.

—De acuerdo.

Me subí detrás de él en la camilla y me coloqué entre sus piernas. Puse mis rodillas en su espalda, le cogí de sus muñecas hacia atrás y tiré de su cuerpo con suavidad hacia mí.

—Suelta el aire, Roman.

Él soltó el aire y después de unos segundos lo dejé en la camilla. Hice presión con mis pulgares en los puntos que me enseñó Tom. Repetí un mantra muy fácil que me había enseñado y luego acabé con mi masaje habitual.

—Ahora no te levantes —dije—. Espera unos minutos hasta que yo te diga. Voy a por agua.

—¿Qué me has hecho, Olga? Estoy en el paraíso. Me siento nuevo.

Sonreí, satisfecha de que Tensy hubiera notado la efectividad de las técnicas que me había enseñado Tom Lee.

—Unos truquillos que he aprendido. Verás lo bien que te vas a encontrar esta semana.

Le llevé una botella de agua para que bebiera. Luego se incorporó lentamente y se sentó en la camilla. Tenía buena cara y había recuperado vitalidad.

—Olga, ya sé que todos te lo dirán, pero tienes unas manos divinas. Lo de hoy ha sido excepcional.

Abel me decía que tenía manos de ángel. Ahora, simplemente, ya no decía nada.

—Gracias. —Me sentí halagada—. Me gusta mi trabajo y procuro hacerlo lo mejor que sé.

—Intentaré venir más a menudo.

Le di dos besos, cogí las bolsas y me despedí de Tensy.

Cuando Mila me vio llegar al vestuario con las bolsas de Roman casi le da un patatús.

—¿Una es para mí? —preguntó nerviosa.

—Sí.

—Ese tío es adorable.

—No me contaste que le habías dado un masaje...

—Se me olvidó, teníamos cosas más importantes de las que hablar.

—Madre mía, qué bonito —dijo al sacar uno de los vestidos.

—Ya puedes presumir...

—Mierda —maldijo de repente.

—¿Qué pasa?

—Este es una talla más grande. Me va a venir enorme y largo.

—¿Qué talla es? —pregunté.

—A ti tampoco te vale, porque tú llevas la misma que yo.

—No es para mí. Alicia quiere uno y ella es muy alta. ¿Qué talla es? —insistí.

—Una M.

—Genial. Coge uno de mi bolsa, si quieres. Este va a ser perfecto para la cría.

—¿Crees que se lo van a dejar poner?

—Eso déjame a mí. Ahora ya sé cómo convencer al padre.

Una sonrisa traviesa y maléfica me cubrió la cara. Alicia tendría su Tensy y se lo pondría, aunque eso me costara otro polvo con Omar. Total, no era ningún sacrificio; más bien era la excusa perfecta.

*

Después de una hora de entrenamiento en el gimnasio de Arturo, dolorida y con agujetas fui a casa de Alicia. Llevaba puesto un atrevido Tensy de color negro, con escote generoso y asimétrico, muy ajustado y drapeado con una simple nota de color rojo a modo de salpicadura de pintura en un costado del vestido. Era sencillo, pero original, y llamativo como todos los Tensy. Me había puesto los pendientes que Omar me había regalado en mi cumpleaños. Esperaba no encontrármelo, pero daba por sentado que ya estaba más que al corriente de mi visita a Alicia.

Amelia me recibió con una sonrisa afable cuando toqué el timbre de la casa. Su mirada era clara como el agua y su bienvenida era sincera.

—Señorita Olga, me alegro de verla. La niña Alicia se pondrá muy contenta con su visita.

—Gracias, Amelia. ¿Está acostada? —pregunté mientras entraba en el bungaló.

—No, está en el cuarto de estudio, entretenida con el ordenador.

Olivia salía a toda prisa del ascensor con un vestido azul marino ajustado muy sensual. Llevaba el pelo recogido en un moño y sus ojos de gata brillaban de ira. Casi chocamos al salir encendida y precipitada de dentro del ascensor.

—Olga —dijo sorprendida al verme.

—Hola, vengo a ver a Alicia. ¿Te encuentras bien?

Su pecho subía y bajaba muy deprisa. Su respiración iba muy acelerada.

—He discutido con Omar. Cada día es más insoportable fingir esta convivencia. Alicia se alegrará de verte. Hasta luego.

Olivia se despidió fugazmente.

Me sentí incómoda. No dije nada, simplemente asentí con la cabeza y me encogí de hombros. Ella apuró el paso y salió por la puerta sin hacer más comentarios. Me quedé allí plantada como una idiota, sabiendo que Omar estaba en casa y que mi encuentro con él era inminente. Subí lentamente por la escalera hasta el cuarto de estudio de Alicia, toqué con los nudillos a la puerta y Alicia me dio paso. Cuando entré la joven irradió felicidad.

—¡Has venido!

Se puso en pie y me dedicó el mejor de sus abrazos.

—Pues claro. Mira lo que te he traído.

Le tendí la bolsa con el vestido de Tensy. Se lo había envuelto en papel de regalo, pero ella lo rompió en un santiamén. Los ojos se le abrieron de par en par al ver el colorido vestido.

—¡Un Tensy! ¿Es para mí?

Lo abrazaba como si fuera un tesoro. Reaccionó de la misma manera exagerada que había hecho Mila.

—Es todo tuyo —respondí—. Espero que te sirva.

—Sí que me sirve, sí, es mi talla.

El vestido era de tirantes anchos y con corte por debajo del pecho. No tenía un escote excesivo y el largo era bastante decente para que Alicia pudiera lucirlo. Era de color verde pistacho con manchurroneos negros y naranjas. Dolía un poco a la vista el estampado, pero ella estaba encantada con su Tensy.

—Pruébate, veamos cómo te queda.

Se desvistió allí mismo y vi que llevaba la ropa interior que yo le había elegido. Tenía un cuerpo impresionante. Segundos después, me quedé fascinada al ver lo bien que le quedaba el vestido. Parecía una modelo de pasarela.

—¿Cómo me ves? —Movía las manos, nerviosa.

—Cielo, pareces una artista. Estás preciosa. Le voy a decir a Tensy que te contrate para sus desfiles. Si hay alguien que pueda lucir ese vestido desde luego eres tú.

Y lo era. Tenía la altura, el tipo, el estilo... lo tenía todo.

—¿En serio? Tengo que verme...

Empezó a chillar como una loca de la emoción y abrió la puerta para ir a mirarse frente al espejo. Se tropezó con el pecho de su padre, que entraba en ese momento. La sujetó y luego la separó para mirarla. Me puse de pie, en alerta.

—¿Qué gritos son esos? —aulló Omar—. ¿Y qué diablos llevas puesto?

Alicia agachó la cabeza y empezó a balbucear. Fue cuando su padre reparó que yo estaba allí.

—Me lo ha regalado Olga. Es de un diseñador famoso que me gusta mucho, pero si no te gusta me lo quito.

Omar me miraba con intensidad. Yo también lo hacía, pendiente de su contestación.

—Puedes quedártelo —dijo con sequedad—. Un regalo no se rechaza.

—Gracias, papá.

Alicia lo abrazó y noté que se ponía tenso. No estaba acostumbrado a esa situación. Pude sentir su incomodidad. Se separó de su hija con cuidado y le pasó la mano por el cabello con cariño.

—A mí no tienes que dármelas. Dáselas a Olga.

Omar seguía observándome y yo empezaba a notar más calor del que hacía en aquella habitación. Estaba impresionante con un pantalón de chándal negro y una camiseta de tirantes. Iba de *sport* total, casi de andar

por casa. Sus brazos mostraban unos bíceps perfectos y marcados y a mí se me secaba la garganta al verlo con aquel atuendo tan informal.

—¿Has comido, Olga?

Me cogió desprevenida.

—Perdona, no te he oído.

—¿Quieres comer con nosotros? Amelia cocina muy bien. Seguro que algo rico nos espera.

Me quedé otra vez traspuesta por la invitación. No quería intimar con Omar. Lo mío con él se basaba solo en lo físico, nada más. Iba a decir que no, a inventarme una disculpa.

—Olga, por favor —suplicó Alicia—. Quédate. Come con nosotros. Por favor, por favor, por favor...

—Vale, para ya. Pero luego tengo que irme. Aún no he deshecho la maleta del viaje.

—¡Bien! —gritó llena de júbilo.

—Ve y dile a Amelia que prepare un plato más —ordenó Omar.

Alicia salió corriendo escalera abajo y Omar cerró la puerta y se acercó a mí. Mi cuerpo tembló al quedarnos a solas en la habitación. Su mano acarició mi pelo y bajó lentamente por mi cara. Sus dedos acariciaron mis labios y él se relamió los suyos. Me estaba acelerando, poniéndome cardíaca. Se inclinó y me besó en el cuello. Solté un gemido. Se acercó al lóbulo de mi oreja y pasó su lengua, luego me mordisqueó y tiró suavemente del pendiente. Me temblaban las piernas y me estaba volviendo loca.

—Te quedan maravillosamente bien los pendientes —susurró—. Esa llama es la que provocas en mí cada vez que te tengo cerca.

Dios, aquel chorro de voz era un delirio de sensualidad.

—Omar, tu hija va a subir en cualquier momento —mi voz temblaba.

—Lo sé. Luego continuaremos...

Me pasó la lengua por los labios y salió de la habitación. Tuve que sentarme y abrir la ventana. El calor y la tensión sexual que habían emanado nuestros cuerpos habían consumido todo el oxígeno del cuarto. Necesitaba aire, aunque el de la calle ardía y quemaba tanto que no me ayudó en absoluto.

Estábamos a punto de sentarnos a la mesa. De la cocina llegaba un olor delicioso y Alicia ya estaba sentada, esperando ansiosa. Omar se sentó de manera despreocupada y a mí me temblaban hasta las pestañas por la manera en que me miraba. Mi móvil sonó de repente en mi bolso y me sobresalté. Rebusqué nerviosa y vi que era Mila.

—Hola —contesté.

—Olga, ha pasado algo horrible. Lo he matado, es mi culpa.

Estaba llorando y chillaba descontrolada.

—¿Qué locura estás diciendo? Tranquilízate. ¿Qué ha pasado?

Omar vio mi cara de terror y se puso de pie.

—Bruno ha venido histérico al apartamento —explicó Mila—. Se ve que alguien se ha chivado de lo mío con Ryan. Había bebido y no atendía a razones. Intentó llevarme a la cama y me negué. Eso le puso más tenso y se desplomó delante de mí. Creo que está muerto.

Me tapé la mano con la boca. Luego me entró el pánico a mí también. ¿»Y si ha sufrido otro infarto? ,«pensé de inmediato.

—¿Has llamado a una puta ambulancia? —grité.

Entré en pánico y ya me imaginaba a Bruno agonizando y a Mila petrificada sin hacer nada. Mi grito fue desgarrador, pues Omar me quitó el teléfono de las manos y actuó de inmediato. Era médico y tenía el temple que había que tener.

—Mila, soy el doctor Suárez. Cuéntame qué está pasando.

Oía a mi amiga perfectamente, tales eran los gritos que pegaba. Amelia se había llevado a Alicia a la cocina.

—Bruno se ha desplomado en el suelo —gritaba ella desesperada—. He llamado a la ambulancia, pero no se mueve.

—Pon tu oído encima de su pecho y dime si escuchas el latido de su corazón.

—Espera, voy a poner el manos libres.

Oí los pasos de Mila y los roces de sus movimientos contra el cuerpo de Bruno. Sus sollozos no se aplacaron ni un solo momento.

—Sí —gritó de alegría—. Hay latido.

Omar soltó un suspiro de alivio, pero siguió con los nervios de acero.

—Eso es bueno —dijo—. Súbele los pies y ponle la cabeza de lado. Intenta darle golpecitos en la cara a ver si recobra el conocimiento. Puede que no sea infarto, con un poco de suerte.

—Voy —dijo Mila jadeando.

Oíamos ruidos. También la voz de ella:

—Bruno, mi amor, despierta. Despierta, por favor.

—Muy bien, Mila, sigue así. La ambulancia no tardará.

—Put a ambulancia de mierda —bramó—. ¿Dónde cojones está?

El miedo y la impotencia se apoderaron de nuevo de mi amiga.

—Tranquila. Estamos contigo —Omar intentaba tranquilizarla.

Yo admiraba esa aparente tranquilidad y como estaba manejando tan delicada situación.

—Una mierda. La que está aquí sola con él soy yo y... —se calló un instante—. Parece que abre los ojos. Sí. Bruno, por Dios. Despierta, mi amor.

Mila empezó a llorar de nuevo, ahora de alegría.

—¿Estás bien, Mila? —pregunté.

Oí que sonaba el timbre del apartamento.

—Son los de la ambulancia. Ha abierto los ojos, pero no puede hablar. Voy a abrir.

—Pásame a uno de los sanitarios —le ordenó Omar.

Oímos cómo entraban los de la ambulancia. La tensión que estábamos viviendo todos era horrorosa. Me mordía las uñas y Omar me apartó la mano de la boca. Él estaba tranquilo y mantenía el tipo a través del teléfono. Lo miré con admiración y me dieron ganas de tirarme encima de él y follármelo allí mismo. Se ve que me leyó el pensamiento, porque me pasó la mano por la curva de mi trasero y me acarició lentamente.

—Tendremos que retrasarlo, pero hoy me ocuparé de ti como Dios manda.

—Oh...

Mis ojos se encendieron y brillaron por el deseo. Omar me ponía mucho. Muchísimo.

—¿Doctor Suárez?

La voz del sanitario rompió ese momento de súbito calentón, devolviéndome a la trágica realidad.

—Lleven al paciente al hospital —ordenó él—. Lo esperaré en urgencias. El señor Garrido es paciente mío.

—De acuerdo, doctor.

Me quedé sorprendida al escucharlo. Omar era el médico de Bruno.

—No sabía que Bruno era tu paciente...

—No me lo habías preguntado —me contestó sin inmutarse.

También era verdad.

—Voy hacia el hospital, ¿me acompañas?

—Por supuesto. Te sigo en mi coche, así luego voy directa a casa.

—Olga, no me andes con remilgos ahora. Vamos en mi coche que llegaremos antes. Luego te acercaré para que recojas el tuyo.

Hice una mueca con la cara, no muy convencida, pero cedí. Ni siquiera se cambió. Se puso por encima la chaqueta del chándal y bajamos al garaje de la casa a por su coche: un Porsche Cayenne de color negro.

—Sube —me dijo de modo mecánico.

Obedecí y salimos dirección al hospital. Omar estaba serio y era difícil percibir ninguna emoción mientras conducía. Imaginaba que le preocupaba la salud de Bruno, pues su reacción había sido rápida y profesional. Estaba metido de lleno en su faceta de médico y cambiaba por completo. No me dijo ni una palabra en todo el trayecto, lo que me recordaba a cuando lo conocí, y aquello me estaba poniendo frenética.

Llegamos al hospital en un santiamén y fuimos a paso rápido a la zona de urgencias. La ambulancia ya había llegado y él iba a entrar a la zona hospitalaria.

—Quédate aquí —me dijo Omar antes de entrar—. Te diré algo en cuanto pueda.

Me dio un beso en los labios y me quedé petrificada. No le importó si había alguien mirándonos. Lo hizo de forma espontánea y natural. Me senté y me quedé esperando en la sala de urgencias... otra vez.

A los pocos minutos apareció Mila llorando como una Magdalena. Nos abrazamos y dejé que se desahogara. Cuando se calmó un poco se sentó a mi lado y la cogí de las manos. Temblaba como un pajarillo.

—Ha sido culpa mía —sollozaba—. No debí discutir con él ni decirle nada. Pobrecillo, si le pasa algo me muero. No me di cuenta de cuánto lo quería hasta que lo vi allí tirado en el suelo.

—No es tu culpa... Bruno no tenía que haber bebido, eso para empezar. Y luego has hecho lo correcto. No tienes que irte a la cama con él si no quieres. Sus excesos le han pasado factura. Has hecho lo que debías y le has salvado la vida. Dos veces —puntualicé.

Mila pareció tranquilizarse y me miró de reojo.

—Lo sé, pero eso no hace que me siente mejor. Ahora estoy realmente jodida y si le pasa algo...

Se dejó caer hacia atrás en la incómoda silla de plástico y pegó su cabeza contra la pared. Miraba al techo distraída y conmocionada por todo lo ocurrido.

—No te preocupes. Omar es su médico y está en buenas manos.

Mila se inclinó hacia delante. Volvió la curiosidad a su cara.

—Por cierto, ¿qué hacías tú con el doctorcito de nuevo?

Me sonrojé, pero por lo menos ya habíamos pasado del drama a una conversación más distendida.

—Fui a ver Alicia y él estaba en casa. Me había invitado a comer y luego me esperaba el postre... Entonces llamaste desesperada.

—Joder, Olga. ¿Te lo ibas a follar en su casa con la niña?

—No —respondí ofendida—. ¿Por quién me tomas?

Mila se rio y me dio un golpecito en el hombro.

—Mujer, no conozco al tal Omar, pero, por lo que me has contado, es para perder un poco la cabeza. Te lo follaste en el hospital...

Miré a ambos lados por si alguien había oído el comentario. Estábamos subiendo el tono y no quería más complicaciones de las que tenía.

—Eso es diferente —susurré—. No me acostaría con él en su casa. Hasta ahí llego. Además, el hospital es una institución pública que pagamos todos con nuestros impuestos, ¿no? —Sonreí con disimulo.

—Joder, Olga, estás irreconocible.

—Bueno; y ahora, ¿qué vas hacer con Ryan?

Cruzó los brazos bruscamente y puso morros de enfado.

—Ese es otro. Menuda decepción. Vi en internet unas fotos tuyas con una modelo en Milán en actitud cariñosa y lo llamé. Me puso una excusa tonta y me dijo que era mejor que respirásemos un poco cada uno por nuestro lado. Que ya hablaríamos a su regreso.

—¿Ryan? —la miré perpleja.

—Sí, tu Ryan perfecto que nunca había matado una mosca. Todos los hombres son iguales. Nunca son lo que parecen. —Se puso de morros.

—Lo siento, Mila, tampoco lo conocía tanto. Me parecía un tío legal. Acabo de quedarme tan sorprendida como tú.

En eso salió Omar. Se había cambiado y llevaba el uniforme del hospital. Iba todo de azul y estaba para comérselo. Cuando mi amiga lo vio su mirada lo dijo todo.

—Tú debes de ser Mila. Soy el doctor Suárez. —Estiró la mano para presentarse.

—Hola —tartamudeó ella.

—Bruno está bien. Por suerte no ha sufrido ningún daño en el corazón. Ha tenido un síncope vasovagal.

—¿Vaso... qué? —preguntó.

—Para que lo entiendas: ha sufrido un desmayo. Le suele ocurrir a mucha gente. Es algo muy común y benigno.

—¿Pero por qué a Bruno?

—¿Y por qué no a ti? —le contestó Omar, mostrando una perfecta sonrisa.

Omar la cogió de la mano y se sentó con ella en la silla.

—Bruno toma medicación para que su corazón haga que su latido vaya más despacio y no sufra esfuerzos. Se le recomienda que haga ejercicio y una vida sana, cosa que me consta que no hace. Si a eso le sumas estrés, alcohol y sedentarismo... esto es lo mejor que le ha podido ocurrir. Esperemos que se asuste lo suficiente para que cambie su modo de vida. Son avisos que le están dando y tiene que empezar a escucharlos.

—Gracias, doctor —respondió Mila—. Aunque no sea familia, ¿puedo entrar a verlo?

—No te preocupes por la familia. Ya he llamado a su hermano y está de camino. Acababa de llegar de un viaje. Tiene que estar al caer.

Omar me clavó la mirada. Recordé la noche en que Abel me había metido dentro de la habitación y él se quedó paralizado viéndolo todo

desde el pasillo. Abel estaba grogui por la medicación y no lo reconocería, pero estaba segura de que Omar a él sí.

—¿Abel viene hacia aquí? Esto se pone divertido. —Sonrió burlona Mila.

La fulminé con la mirada. Le hubiera arrancado la lengua de cuajo. Lo que menos deseaba en el mundo era encontrarme con Abel.

—Puedes entrar a verlo —dijo Omar—. Además, le has salvado la vida.

—Gracias, doctor. ¿Olga, entras conmigo?

—Pero un ratito solo; luego os dejo a solas.

Bruno estaba en un box de observación en urgencias. Estaba conectado al electrocardiógrafo para controlar el ritmo cardíaco de su corazón y le habían puesto una vía con suero. Mila fue corriendo a sus brazos. Las lágrimas salían como cascadas de agua de sus ojos. Él le acarició su pelo rojo con suavidad. Se le veía notablemente afectado y emocionado.

—Mila, cariño... —susurró.

—Lo siento, mi amor. No volveré a dejarte nunca, te quiero.

Lo besaba con ternura y amor. Nunca había visto a Mila con ese sentimiento. Se me encogió el corazón ante tan bonita escena y no pude evitar emocionarme. Me acerqué sigilosamente para saludar a Bruno.

—Hola, jefe, menudo susto. —Le sujeté la mano con suavidad. Él me la apretó ligeramente.

—Olga, gracias por ayudar a mi chica a que no me dejara estirar la pata —dijo dolorido.

—No era tu hora, hombre. Además, el doctor fue quien guio a Mila a hacer lo más gordo.

—Mi chica es una campeona. —Sonrió con dulzura.

—Yo os dejo para que estéis en intimidad.

—Me temo que tenéis que salir las dos. Más tarde, cuando lo subamos a planta, podéis acompañarlo —nos informó Omar.

—¿Vas a volver? —le preguntó Bruno a Mila.

—Ni lo dudes, machote.

Le dio un beso en los labios y salimos de la sala de urgencias. Mi amiga llevaba otra vez los ojos llenos de lágrimas. Omar venía detrás en silencio.

—Doctor, ¿se va a poner bien? —preguntó ella.

—Omar, llámame Omar. Y sí, se va a recuperar. Estará unos días en observación para hacerle unas pruebas y revisarle la medicación. Luego,

si todo está correcto, podrá irse a casa. De lo único que te tienes que preocupar es que cambie sus hábitos.

—No te preocupes. A ese lo ato yo en corto.

—Mila, ¿me llevas a por mi coche? —le pedí a mi amiga.

—Claro, no hay problema.

—Nos dejas antes un minuto, por favor —interrumpió Omar.

—Todos los que quieras. —Le sonrió ella con descaro.

Omar me cogió por el brazo con suavidad y me llevó hacia detrás de una columna del hospital.

—Te dije que te llevaría yo a por tu coche.

Sus dedos bajaron sutilmente por mi brazo. Mi piel se erizó.

—Mejor me voy con Mila. Todavía tengo que llamar a tu hija y explicarle todo lo que ha pasado. Nos hemos ido y la pobre se habrá quedado chafada.

Omar frunció el ceño y apretó los dientes. Su gesto era tenso y serio.

—Olga, deja que sea yo quien me ocupe de mi hija.

Eché un paso atrás y lo miré con desagrado.

—Eso es lo que deberías hacer, maldita sea. Ocuparte de ella.

Vino enfurecido hacia mí y me agarró de la cintura. Me selló la boca con un beso que me dejó sin aliento. Ni me percaté de que había gente a nuestro lado.

—Doctor Suárez, si tiene un minuto...

Una voz masculina interrumpió nuestro beso. Omar me soltó y me quedé petrificada al ver a Abel y Anyelis, con un bronceado maravilloso, mirándonos atónitos. Ella esbozó una sonrisa sarcástica que hizo que me hirviera la sangre. Seguro que iba a salir corriendo con el chisme a Olivia. Mi día mejoraba por momentos.

—Si me disculpáis...

Estaba avergonzada a más no poder. Omar no se cortaba, parecía que disfrutaba con la situación y, antes de soltarme del todo, me susurró al oído:

—Más tarde tenemos algo pendiente. No lo olvides.

Me dio un beso en el cuello y bajé la mirada para no cruzarme con la de Abel. La notaba clavada en mi cogote.

—Olga.

Abel pronunció mi nombre y me paré en seco. Giré lentamente sobre mis talones. Allí estaban: Omar, Abel y Anyelis. Tierra, trágame.

—Sí —respondí sin más.

—Quería hablar contigo y con Mila, si tenéis un momento.

Afilé mi mirada y apreté los puños. Me estaba poniendo en el peor de los casos. Estaba viendo nuestra carta de despido inmediata y no se lo iba a permitir. Era una situación bochornosa para mí y la sonrisa de Anyelis disfrutando de su momento me estaba poniendo de los putos nervios.

—Abel —carraspeé—. Tu hermano está en la sala de urgencias. Creo que Mila y yo podemos esperar. Hay un orden de prioridades a seguir. Y ahora la primera para ti es tu hermano.

—¿No tienes un hueco esta tarde— ?insistió.

Omar se puso tieso y me miró con brillo en los ojos. Yo lo miré de la misma forma y Abel se percató.

—Esta tarde tengo una prioridad muy importante que no puedo aplazar —contesté descaradamente.

—Entiendo...

Abel me dio la espalda y entró en urgencias con Omar y Anyelis. Yo busqué a Mila y le conté el encontronazo con Abel y su urgencia de hablar con nosotras.

—Nos va a echar —dijo mi amiga ya en el coche.

—Una mierda. Antes le hundo el chiringuito.

—No serás capaz...

—Que no me pongan a prueba. Quédate tranquila, todo va a ir bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Olga, una cosa... Y no te enfades conmigo.

—Dime.

—Omar está requetebueno. Yo me lo hubiera follado en su casa y en la casa de mi santa madre. ¿Dónde encuentras a esos pibones? Pero si son dos metros de tío perfecto. No le falta ni le sobra nada. ¡Por Dios!

Mila se abanicaba con la mano, intentando bajar el calor de sus mejillas.

—No es oro todo lo que reluce. —Estaba de mal humor—. Lo importante es la belleza interior. Y aunque empiezo a ver cosas de Omar que me gustan son más las que me disgustan.

—Vete al psicólogo. A un tío así se le perdona todo. Madre mía...

—No sé qué hacer. La risita de Anyelis me ha puesto histérica. Creo que se lo va a contar a Olivia.

—¿Y a ti qué te importa? Ella se está follando a Sandro. Omar es un hombre libre.

—No, Mila, yo no funciono así. Prefiero que se entere por mí. Ya tengo bastante presión en mi cabeza para meterle más todavía. Además, Omar va muy rápido ;no es lo que yo quiero. No sé lo que quiero. —Me estaba haciendo un lío.

—Te ha impactado verlos a los dos juntos, ¿verdad?

—Ha sido extraño, pero Omar, como tú dices, es un hombre libre ahora. Abel no.

Todo se complicaba. Omar me gustaba como amante, pero este quería ir más allá .Me dejaba en evidencia y quería marcar su territorio conmigo. Me descolocaba su fuerte personalidad y no me daba tiempo a reaccionar. Quizá no fuese tan mala opción...

Mila me dejó delante de la casa de Omar y le dije adiós con la mano. Ella me hizo un gesto con el dedo en la sien, como si estuviera pirada. Me reí, ladeando la cabeza hacia los lados y toqué al timbre. Salió Amelia y detrás Alicia. Entré y me calentaron un poco de pasta que había sobrado, unos macarrones a la boloñesa. Con las prisas no había probado bocado. Me supieron a gloria, aunque fueran recalentados. Les conté lo que le había sucedido a nuestro jefe y que Mila se lo había encontrado. Omití detalles de su relación y le conté lo justo y necesario: que su padre había tenido que ir a atenderle, como médico suyo que era, y yo como amiga de Mila. Pasé un rato con la niña hablando de cosas triviales y de Tensy. Cuando Alicia se quedó más tranquila y relajada, vi oportuno el momento para regresar a casa. Ella también necesitaba descansar un poco; aún necesitaba recuperarse de su reciente visita al hospital.

Entré en el coche y no me sacaba de la cabeza la risita de Anyelis y la mirada de Abel. Estaba tan guapo con su pelo dorado y su piel bronceada... Desde luego, esa mujer lo había agarrado bien por los huevos, porque aquel rubio impresionante ya no era mi Abel. Era el pelele de la mexicana.

*

En casa encontré una nota de Mila diciéndome que nos veríamos en el trabajo. Iba a ver de nuevo a Bruno. Había perdido el móvil en el trayecto de casa al hospital y no podía comunicarme con ella. Puse un poco el aire acondicionado, porque el calor me estaba matando, y me metí en la ducha. El olor a hospital se había quedado impregnado en mi ropa.

Después me puse unas bragas y una camiseta de tirantes, coloqué una sábana encima del sofá de piel para no quedarme pegada, me tumbé y encendí la tele. Hacía siglos que no la veía y estaba desconectada de los cotilleos y de todo lo que pasaba en el mundo. Zapeaba aburrida y bebía un té helado que desparramé por encima de la camiseta al ver a una persona conocida en la pantalla del televisor.

Era un hombre de unos cuarenta años, algo gordito y con entradas en las sienes, que anunciaba su compromiso con una chica de la realeza. El hombre en cuestión era un magnate multimillonario metido en política y muy apreciado por sus obras humanitarias y sociales. Álvaro Rocel. Yo lo conocía como el tío que me había chupado los pies y luego se había hecho un pajote bien a gusto. Me quedé loca y me dio por reírme. ¿Cuántos secretos y mentiras se guardaban realmente las parejas? A saber...

Me quité la camiseta y la metí dentro de la lavadora. Sonó el timbre y fruncí el ceño. ¿Quién sería? Miré por la mirilla y tenía a Omar detrás de la puerta. Y yo en bragas. Abrí sonriente y me apoyé provocativa con un brazo sobre el quicio de la puerta. Venía directo del trabajo porque aún no se había cambiado el chándal, aunque su pelo estaba húmedo, probablemente por haberse duchado en el hospital. Me miró con los ojos encendidos.

—Se me acaba de poner dura ahora mismo. —Una amplia sonrisa iluminó su cara.

Hizo que me sonrojara. Lo agarré por el cuello de la camiseta y lo arrastré hacia el interior de la casa.

—Pues tendremos que solucionarlo.

Metí la mano entre sus pantalones y comprobé que no llevaba ropa interior. Solté un suspiro de excitación al ver lo duro que estaba. Sus labios ardientes fueron directos a mi cuello y sus manos a mis tetas desnudas.

—¿De cuánto tiempo disponemos? Porque no quiero desperdiciar ni un segundo.

Su aliento me enloquecía y encendía mi cuerpo. Miré el reloj e iban a dar las cinco de la tarde. Gruñí y me retorcí un poco.

—Tenemos dos horas —dije ronroneando.

—Ven aquí, pequeña.

Me levantó en brazos y me llevó al sofá, donde hacía unos minutos estaba tirada viendo la tele. Se quitó la camiseta y los pantalones en un suspiro. No me cansaba de mirar esa anatomía perfecta. Se echó sobre mi cuerpo y sentí que me abrasaba el contacto de su piel. No anduvo con muchos preámbulos ni yo los quería, ya que los dos estábamos hambrientos el uno del otro. Me quitó las bragas con habilidad y me acarició el coño con su mano. Abrí las piernas en busca de más y él sonrió.

—Estás caliente y mojada —susurró—. Haces que se me ponga más dura todavía. Me van a explotar las pelotas de lo cachondo que me tienes. Solo tú provocas esta reacción en mi cuerpo. Eres única, pequeña.

—Me gustabas más cuando no hablabas y no me decías tantas guarradas.

—¿En serio? Dime que no te gusta oír lo cachondo que estoy y lo dura que me la pones cada vez que te veo. Me masturbo pensando en ti y sueño con follarte de todas las maneras inimaginables. Me tienes loco a todas horas. Solo pienso en el sabor de tu coño y...

—Calla.

Le puse los dedos en la boca y él me los chupó. Me estaba poniendo a mil con su voz erótica y todas aquellas cosas que me decía. Me levantó las caderas y guió su erección hasta la entrada de mi coño. Me lo restregó por la abertura y pensé que perdería el conocimiento como no me la metiera pronto.

—Omar —grité desesperada.

Me penetró y selló mi boca con un voraz beso. Gemí en el interior de su boca mientras le clavaba las uñas en la espalda. Era demoledor el placer que estaba sintiendo. Volví a sentirme llena de ese hombre en todos los sentidos, saciando mi cuerpo y mi mente.

Movía las caderas con destreza y cada embestida era puro placer. Entraba y salía en mi coño, frotándose y dejando un rastro delicioso y suave de nuestros fluidos. Nos estábamos excitando más de lo normal y Omar no se había puesto preservativo. Tomaba la píldora y con Abel no

había pasado nada... Me daba igual en ese momento, solo estaba cegada por la lujuria y su frenético deseo.

—Omar... el condón.

Una luz de cordura llegó a mi cabeza.

—Estoy limpio y tú tomas la píldora. Todo está bien, pequeña. Déjame sentirte —me susurró y empujó con más fuerza.

—Mmm —gemí con fuerza—. Siénteme.

Él siguió con sus dotes amorosas como un auténtico profesional del placer. No me estaba follando, me estaba haciendo el amor. Me besaba, me acariciaba con lentitud, saboreaba cada centímetro de mi piel. Era diferente y lo estaba percibiendo. Había más intimidad entre nosotros... y yo me estaba dejando llevar.

Ya no podía soportar más aquella delicia que me ofrecía. Estaba sentada a horcajadas sobre él. Su pecho era la visión más excitante posible. Le agarré las manos y empecé a cabalgarlo como una yegua desbocada. Ya me había concedido dos orgasmos, pero con Omar nunca tenía suficiente, siempre quería más.

—Omar...

—Córrete, mi amor.

¿Amor? No estaba para pensar. Solo quería mi orgasmo y no podía pensar con claridad. Empecé a montarlo con fuerza. Subí y bajé por aquel tronco grueso, duro y lubricado y reventé en un orgasmo épico, mojándole hasta los huevos. Las piernas me temblaban y mi coño se comprimió alrededor de su polla entre mi convulsionado cuerpo.

—Joder —gruñó él cuando le llegó su orgasmo.

Me agarró de las caderas y me apretó contra las suyas mientras se estremecía dentro de mí. Notaba cómo me llenaba con su líquido cálido y espeso que empezaba a deslizarse entre nuestras piernas. Me apoyé sobre su pecho y oí su agitada respiración mientras me rodeaba con sus enormes brazos. Me besaba en la frente y apartaba los mechones de mi pelo húmedo por el sudor de mi cara. Bajaba con su boca hacia mi hombro. Abrió la boca y me aparté.

—Ni se te ocurra morderme —le dije con una media sonrisa.

—¿No te gustan mis mordiscos?

Bajó y me mordisqueó un pezón. Suspiré y le separé la cara, subiéndole el mentón con la mano.

—Sí me gustan, pero no los que me dejan marcan. No soy de tu propiedad para que me vayas marcando —me reí.

—Eso tiene fácil solución. Olga, quiero que seas mi pareja.

Le clavé la mirada atónita.

—¿Tu pareja en qué?

—Mi pareja en todo. Quiero contárselo a Alicia, dormir contigo todas las noches, hacerte el amor todos los días. Quiero que seas mía.

Dios, otra vez no. Me recordaba a Loreto y Abel. Ya estábamos con el tema de la posesión. ¿Por qué todos querían controlarme? Me levanté y fui al baño a lavarme. Me puse unas bragas limpias y una camiseta. Regresé entonces.

—¿Cómo pretendes que sea tu pareja si Oliva vive contigo todavía? Segundo, apenas nos conocemos, hemos follado unas cuantas veces, pero yo no sé prácticamente nada de ti ni tú de mí. No quiero una relación estable con nadie, para eso ya... —Me mordí la lengua.

Omar me miraba fijamente.

—Continúa lo que ibas a decir. Para eso ya tenías a Abel Garrido, ¿no? Os vi aquella noche en el hotel...

Cerré la boca. No le debía ninguna explicación. Aun así, se la di.

—Tienes razón. Si hubiera querido una relación Abel era un buen candidato, pero estaba obcecado en manejar mi vida y controlarme, además de mentirme. Yo llevo mi vida y el ritmo lo marco yo. Aquella noche no pasó nada. Lo dejé en su habitación y me fui, aunque si hubiera pasado no es asunto tuyo.

Omar me agarró de las manos y se arrimó más a mí. Sus piernas estaban pegadas a las mías.

—Yo no pretendo controlar tu vida. Olivia siguió con su trabajo y yo con el mío. Nunca le he prohibido que hiciera nada.

Ahí salté.

—En cambio, a tu hija le prohíbes todo. No lo entiendo, Omar. ¿Cómo puedes ser tan diferente?

—Mi hija es otra cosa. No lo entenderías y ahora no es el momento.

Su cara se transformó, se puso serio y a la defensiva.

—Pues haz que lo entienda —alcé la voz—. Una pareja no se puede llevar bien solo porque follan de maravilla y más habiendo una niña de por medio que podría pasar por mi hermana. Tu hija adora a Oliva, ¿lo sabías?

—También te adora a ti —me soltó.

Me quedé parada y anonadada ante la comparación que acababa de hacer.

—No soy su madre —chillé—. Ni quiero serlo, joder.

Nos habíamos enganchado a discutir y gritábamos cada vez más. Los sentimientos estaban a flor de piel y soltábamos por la boca lo primero que nos salía, lo que sentíamos de verdad.

—Ya sé que no eres su madre ni pretendo que lo seas. Quiero que me ayudes a recuperar a mi hija y a recuperarme a mí mismo. Desde que te conozco he vuelto a tener ilusión.

—¿Qué ilusión, Omar? ¿La de follarte a una niñata que te da vidilla?

Me agarró de los hombros y me clavó la mirada.

—La de vivir, joder. La de vivir.

Me dejó helada y sin palabras. Pude ver y sentir su sufrimiento en aquellos ojos color miel. Apretaba los dientes y luchaba por retener las lágrimas que asomaban en sus ojos.

—Yo no soy la salvadora de nadie. No puedo comprometerme con nadie ni fiarme de ti. Me gustas, pero de ahí a ser tu pareja...

—Joder, Olga, ¿qué tengo que hacer para demostrarte que estoy loco por ti? ¿Pedirle tu mano a tu padre?

La sola idea de imaginarlo me horrorizó. Nunca le había visto tan desesperado, pero no podía obligarme ni presionarme a algo de lo que no estaba segura.

—No. Dame tiempo —respondí cogiendo su cara entre mis manos—. Deja las cosas tal como están. Me siento bien contigo, pero no me presiones.

Se tranquilizó y me besó suavemente. Yo agradecí aquel beso, que saboreé hasta lo más profundo de su lengua.

—Olga...

—Omar, tengo que ir a trabajar. Deja que la cosa fluya. Con presión no funciono bien, te lo aseguro.

—Lo siento.

—Yo también.

Me abrazó con fuerza y se fue con la cabeza gacha. No era la contestación que esperaba recibir de mí, pero era la única que le podía dar.

Seguía habiendo algo en Omar que no me encajaba y no sabía qué coño era, pero no me gustaba.

Llegué cinco minutos tarde al trabajo. Por primera vez. Fui corriendo hacia el vestuario y me encontré a Olivia. ¡Me dio un sofocón al verla! No sabía si Anyelis ya le había ido con el cuento y, aunque no me hacía mucha gracia, prefería que se enterara por mí. La observé y no vi nada raro en su expresión.

—Olivia, siento llegar tarde... Hoy ha sido un día de locos. Bruno se ha desmayado en casa estando con Mila y hemos tenido que salir pitando hacia el hospital. No sé si Omar te habrá dicho algo.

Ella me había visto llegar a su casa y tenía que hablar con naturalidad.

—Sé lo de Bruno, pero no por Omar. Abel me lo ha comunicado esta tarde. También han empezado a trabajar dos nuevas masajistas, Belinda y Salomé. Trabajaban en un antiguo centro de masajes orientales que ha cerrado. Se han incorporado hoy y Mila no viene a trabajar mientras Bruno esté ingresado. Se va a quedar con él a pasar las noches, cuidándolo.

—Cuántas novedades en tan poco tiempo —musité con sorna.

Lo de las masajistas me cayó como un jarro de agua fría. Confirmaba que Mila y yo nos íbamos a la puta calle. Lo que me jodía es que fuera tan descarado.

—Abel quiere verte en su despacho —me dijo entonces—. Estaba esperando que llegaras. Yo también tengo que hablar contigo, pero puedo dejarlo para más tarde.

Lo sabía, estaba segura de que lo sabía. Aquellas palabras me atravesaron como una flecha. Mis músculos se tensaron y mi cuello empezó a ponerse rígido por la tensión. Apretaba los dientes con fuerza y la mandíbula me dolía. Me senté y giré el cuello hacia ambos lados hasta que crujió.

—Abel puede esperar —dije—. Creo que tú y yo tenemos cosas más importantes que hablar.

Asintió con la cabeza y me hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera.

—Aquí no, vamos a un sitio más privado.

Salió del vestuario y la seguí. Abrió una de las salas de masaje y pasó el pestillo para que se pusiera la luz en rojo. Se apoyó en la camilla y clavó su mirada de gata en la mía.

—Lo sabes, ¿verdad? —le pregunté apoyándome en la pared.

—¿Que te estás tirando a Omar? Me lo ha dicho él mismo. Quiere que mañana saque mi culo de la casa. Se ve que tiene prisa en que ocupes mi lugar.

Meneé la cabeza confusa y aturdida por lo que acababa de oír. Omar se lo había contado. ¿Cómo podía ser tan capullo? ¿Quién se creía para tomar esa decisión sin contar conmigo?

—Espera, no es eso lo que quiero ni de lejos —negué con la cabeza—. Ni siquiera sé si quiero estar con él. Yo no sabía quién era cuando lo conocí. ¡Qué coño! No sabía quién era en absoluto. Era un puto desconocido que me tiré en el hotel.

Olivia abrió los ojos de par en par al escucharme soltar aquello de golpe y porrazo. Estaba furiosa con Omar y no me iba a callar nada, tal como había hecho él.

—¿Conociste a Omar en este hotel? —preguntó atónita.

Olivia se tuvo que apoyar en la camilla con las dos manos. Parecía que le fallaran las fuerzas. Aquello no se los esperaba.

—¿Dónde te dijo que me había conocido?

—El día de tu cumpleaños, en casa de tus padres. Dijo que había sido un flechazo.

Me llevé la mano al estómago. ¿Cómo podía ser tan ruin?

—Olivia, te juro que no fue así. Yo ya trabaja aquí... Si llego a saber que era tu pareja ni me hubiera arrimado a él. El día que apareció en la casa de mis padres fue cuando me enteré quién era. Y quise morirme en cuanto lo vi. Desconocía su identidad.

—¿Cómo que desconocías su identidad? ¿Te follaba con una máscara? —preguntó irritada.

—No, joder. No hablaba. Follábamos, pero no hablábamos. Nunca me dijo nada, ni siquiera su nombre. Por eso me gustaba. No había lazos ni ataduras... hasta que apareció en la casa de mis padres. ¿Por qué crees que te pedí una semana de vacaciones? Tenía que asimilar todo esto. Pensaba decírtelo yo, pero ya veo que se me ha adelantado... —grité con desazón.

Me dejé caer al suelo, arrastrando la espalda por la pared. Me tapé la cara con las manos de rabia y hundí la cabeza entre mis rodillas. Omar me había mentido y utilizado. Si pensaba que así iba a ir corriendo a sus brazos la llevaba clara. Olivia vino hacia mí y se sentó en el suelo a mi lado.

—No te juzgo ni te echo la culpa a ti. Creo lo que me estás contando y me imagino que también estás decepcionada con él. No sabía que me estaba engañando. Da igual que seas tú u otra.

—Lo siento... —me disculpé en un susurro.

—Mañana iré a por mis cosas a la casa. Lo siento por Alicia.

—No —alcé la voz horrorizada—. Yo no quiero estar con él. Olivia, yo no amo a Omar. Alicia te adora y yo adoro a esa niña. Si te vas la vas a destrozar.

Ella cerró los ojos y apretó los labios con fuerza. El dolor se veía reflejado en su cara al nombrar a la niña.

—Me temo que no puedo hacer nada. No es mi hija y ya nada me une a Omar. Yo tampoco estoy enamorada de él. Creo que dejé de estarlo hace mucho, pero no me atrevía a reconocerlo. Supongo que Alicia era lo que me ataba a él. Cuando lo conocí me pidió que le ayudara a recuperar a su hija y a él mismo. Que yo le había devuelto la ilusión de vivir. Pero no conseguí ninguna de las dos cosas. Omar cada vez está más lejos de su hija y de él mismo— lo dijo con auténtica melancolía y a mí me ardían las entrañas.

¡Maldito bastardo! Las mismas palabras que me habían emocionado esa misma tarde después de follarme. Se las decía a todas, letra por letra. Me estaba envenenando con cada nuevo detalle que conocía de él.

—De verdad que lo siento. No sé cómo ha podido complicarse todo de esta manera. Jamás imaginé un lío así en mi vida. No voy a seguir con él. Es más, no quiero volver a verle.

Olivia se echó a reír en una aguda y lastimera carcajada. Me puso los pelos de punta. Se levantó y yo hice lo mismo. Su mano se posó

delicadamente en mi hombro. Su mirada compasiva hizo que me estremeciera.

—Olga, eso no lo decides tú. Aquí el que tiene la última palabra siempre es Omar. Da igual lo que tú quieras; cuando él se empecina en algo, te aseguro que se sale con la suya.

—Esta vez no —le aseguré.

—No voy a discutir. Ahora te espera Abel en su despacho y... que tengas suerte.

Abrió la puerta y salió contoneándose con su paso elegante. Me quedé unos minutos en la habitación, mirando el suelo y repasando todo lo que acababa de pasar entre Olivia y yo. Dios, ¿quién coño era Omar? Sabía que algo en él no me gustaba, pero no me imaginaba que fuera en grado tan exagerado. Estaba pensando en la decepción que se había llevado Mila con Ryan, en las apariencias que proyectaban unas personas y luego resultaban ser otras totalmente diferentes. Omar se llevaba la palma, el Oscar y todos los galardones posibles. Yo me llevaba otro a la gran ilusa, a la imbécil y tonta del culo, por no haber pensado con la cabeza y haberme cegado por los músculos y la belleza exterior de aquel gigante apuesto y sexualmente irresistible.

—Mierda —maldije en voz alta.

Pegué un puñetazo a la camilla y salí encendida y frustrada para batirme en duelo con el otro titán que también me traía de cabeza.

*

Llamé a la puerta del despacho de Abel. Ni siquiera me había puesto el uniforme. Iba con un vestido vaquero de manga corta, sencillo y casual, lo primero que pillé a mano con las prisas.

—Pasa —dijo Abel desde dentro.

Solté el aire que me quemaba en los pulmones y entré. Cerré la puerta tras de mí y me senté frente a él.

—Tú dirás— .Mi actitud era fría y distante.

Abel estaba escribiendo algo en un papel y no me prestaba atención. Empecé a mover el pie con impaciencia hasta que se dignara a hacerme caso.

—Perdona, estaba arreglando unos papeles del hospital. Era urgente — se disculpó.

—No pasa nada. ¿Cómo sigue tu hermano? He intentado hablar con Mila, pero ha perdido el móvil.

—Ya lo ha recuperado. Un sanitario de la ambulancia lo encontró y se lo han hecho llegar. Mi hermano está estable y fuera de peligro. Ha sido un pequeño susto, pero imagino que lo sabes mejor que yo.

Esa última observación de Abel no me hizo mucha gracia. Iba con segundas, haciendo referencias a Omar y ya estaba cansadita del tema.

—No me sé el historial médico de tu hermano —contesté en tono seco—. Sé lo mismo que tú. Me alegro que esté bien y espero que empiece a cuidarse. Fue un susto muy gordo el que nos llevamos.

—Por eso te he llamado. Quería darte las gracias personalmente por lo que habéis hecho Mila y tú. Mi hermano me ha ordenado que contrate a dos masajistas más para que ella y tú tengáis más días libres a la semana y un horario más flexible, sin que vuestro sueldo varíe. Es su forma de agradecer lo que habéis hecho por él, y yo estoy de acuerdo.

Lo miré flipada. No daba crédito a lo que oía.

—Entonces, ¿no me vas a despedir?

Mi pregunta le cogió de imprevisto. Abel me clavó aquellos ojos azules como el mar y me miró intrigado.

—¿Por qué iba a despedirte? Eres una de mis mejores masajistas. Protejo mis inversiones.

—Yo... —Me quedé sin palabras. No sabía qué decir.

Abel torció la boca en una mueca. Se levantó y se sirvió un vaso de licor. Nunca lo había visto beber. Se giró con el vaso en la mano y me ofreció. Negué con la cabeza.

—¿Creías que te iba a despedir por lo que hay entre el doctor y tú? — me preguntó con ironía.

—Entre el doctor y yo no hay nada —espeté, apretando los dientes.

—Bueno, cuestión de semántica. —De nuevo la ironía.

Dio un trago y me clavó la mirada. Me levanté y enfurecida y lo miré con rabia.

—Si hemos acabado... tengo que ir a trabajar.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta. Tenía la mano en el pomo cuando Abel me preguntó:

—¿Qué tiene él que yo no tenga?

Me quedé paralizada, agarrada a la puerta sin poder moverme. No entendía por qué seguía insistiendo en aquel juego absurdo de tira y afloja. No tenía fuerzas ni ganas de seguir batallando. Había sido un día duro y horrible y quería que terminara ya.

—Esa misma pregunta te la podría hacer yo...

Salí de su despacho y me fui a trabajar con las pocas ganas y fuerzas que me quedaban.

*

El sudor recorría mi espalda hasta perderse en las mallas. Yo golpeaba con todas mis fuerzas. Necesitaba desfogar toda la ira que llevaba dentro. No había pegado ojo recordando la conversación de Olivia y, después, para rematar la noche, tuve un encontronazo con un cliente que estaba empeñado en que le hiciera un pajote. Tenía que haberle arrancado la polla de cuajo. Me cogió de muy mal talante y lo obligué a salir en medio del pasillo en pelotas. Lo amenacé con tirarle aceite hirviendo en las partes que tan interesado estaba que yo tocara. Me cayó la bronca del siglo por parte de Olivia y me mandó para casa antes de terminar mi turno.

Al día siguiente me levanté temprano y fui directa al gimnasio. Tenía que quemar toda la mala hostia acumulada del día anterior.

—Olga, baja el ritmo. Te vas a lesionar. ¿A quién quieres matar hoy? — me decía Arturo, el dueño del gimnasio.

—Déjame, Arturo. Hoy lo necesito.

Levantó las manos por encima de la cabeza y me dejó a mi bola. Cuando me quedé sin fuerzas... paré. Fui hacia la zona de los vestuarios y me metí en la ducha. El agua caliente caía por mi dolorido y agotado cuerpo. No dejaba de pensar en la doble o triple personalidad de Omar y el enredo de mentiras que había tejido a su alrededor. Abrí el agua fría y mi cuerpo se sacudió ante el impacto del agua. Necesitaba sacar de mi cabeza a Omar y toda la mierda que le rodeaba. ¿Cómo me había dejado engatusar por aquellas palabras usadas?

Cerré la ducha y me puse un pantalón corto de chándal gris, una camiseta a juego y unas zapatillas de lona blanca. Antes de salir llamé a Mila para ver cómo estaba.

—Hola —contestó con voz cansada.

—Tienes voz de haber pasado la noche en el hospital.

—¿Ahora eres pitonisa?

—No, me lo dijo Abel anoche. ¿Cómo está Bruno?

—Bien, ha dormido toda la noche, pero yo no he pegado ojo. Omar se ha pasado por aquí. Me ha dicho que ya sois pareja oficialmente. Felicidades, el doctor requetebuenorro es un fichaje.

No podía estar pasándome esto. Omar se estaba pasando de la raya. Me llevé la mano al pecho conteniendo el impulso de gritar.

—Mila, no estoy con Omar ni lo estaré nunca —le chillé embravecida.

—¿Qué dices? Pero si ayer ibas babeando por él. No te entiendo en absoluto.

—Yo tampoco me entiendo, créeme. Luego, si puedo, paso a veros.

—Bruno se alegrará. Si vienes tráeme algo de ropa, *porfi*...

—Eso está hecho.

Colgué y la ira volvió a dominarme. Iba a llamar a Omar, pero me di cuenta de que no tenía su número de teléfono. ¡Qué paradoja! Me entró la risa de los nervios que tenía. Fui hacia el coche y arranqué el motor. Empecé a conducir sin rumbo. Tenía la mente obnubilada y no pensaba con claridad. Cuando saqué la llave del contacto estaba en el faro donde un día, no hacía mucho, había estado con Abel. Miraba las olas estrellarse contra las rocas y me relajé un poco viendo el paisaje. Era el único lugar que podía darme un poco de paz... hasta que sonó el móvil.

—Diga —contesté estresada.

—Olga, soy Olivia. Necesito verte con urgencia, es muy importante.

Por favor... ¿Y ahora qué? Miré al cielo en busca de una súplica, de un poquito de piedad.

—¿Qué es tan urgente? —pregunté.

—Por teléfono no. Tienes que verlo con tus propios ojos. ¿Dónde estás? Tengo que salir de aquí antes de que aparezca y me pille.

Sonaba muy asustada.

—¿De qué hablas? Olivia, me estás cagando de miedo.

—Pues espera a ver lo que tengo que enseñarte...

—Estoy en el faro, el de las afueras.

—Voy hacia allá, espérame.

Colgó el teléfono y yo me quedé con el mío pegado a la oreja sin mover ni un músculo. Solo miraba las olas romper contra las rocas. Pensaba que debía haber hecho muy mal las cosas, porque el de arriba se estaba ensañando conmigo a gusto. No me daba un día de tregua. Cuando creía que iba a ver un rayo de sol tres nubarrones negros venían a continuación.

—¿Qué coño quieres de mí? —grité agarrando el volante con fuerza.

No sé qué quería enseñarme Olivia, pero sabía que era algo que no me iba a poner de buen humor. Otra tormenta se avecinaba y no tenía ningunas ganas de mojarme.

29

Olivia apareció en su Mercedes todoterreno de color gris. Llevaba un vestido negro que no le favorecía nada. Parecía que venía de un funeral. Nunca la había visto con un aspecto tan poco acertado. Entró en mi coche y se sentó en el asiento de al lado. Traía una carpeta en la mano con papeles. Se quitó las gafas de sol y los rodiales oscuros que había debajo de sus ojos no los disimulaba ni el mejor de los maquillajes. No sé el tiempo que habría estado llorando, pero esos ojos de gata parecían ahora los de un ratoncito hecho polvo y asustado.

—Olivia, estás muy disgustada. ¿Qué pasa? Me tienes con el corazón en un puño.

—No es para menos. No sé ni por dónde empezar sin que suene a locura. Suspiré y me eché un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Tú suéltalo. Ya de perdidos... al río.

—Esta mañana he ido a recoger mis cosas a casa de Omar —explicó—. Menos mal que Alicia estaba en el colegio. No podía meter todo en una maleta y fui al sótano en busca de otra más grande. Al quitar la maleta vi una especie de cajón que no había visto nunca. El peso de la maleta lo escondía. Lo abrí y me encontré un montón de papeles personales de Omar. Lo que más me llamó la atención fue esto.

Levantó la carpeta en el aire, moviéndola ligeramente.

—¿Qué hay ahí?

—No la he visto entera. Pero lo poco que vi me dejó tan helada que la cogí sin más y salí a toda prisa de la casa.

Me estaba muriendo de la curiosidad por saber qué había en la misteriosa carpeta. Ni que fueran secretos de seguridad nacional.

—¿Quieres que la veamos juntas? —le sugerí.

—¿Este sitio es seguro? —preguntó Olivia, paranoica.

—¿Seguro en qué sentido? —Me estaba asustando.

—Si has estado aquí con Omar o ha podido seguirte.

Me impactaron sus palabras como un golpe en el estómago. ¿Por qué iba a seguirme?

—No. Es un sitio al que no suelo venir, y menos con Omar.

—De acuerdo. Prepárate para lo que vas a ver. Yo solo he visto las primeras hojas y no sé qué más nos podemos encontrar. Te va a afectar.

—Joder, Olivia, me estás acojonando.

Abrió la carpeta que había robado del escondite secreto de Omar. Lo primero que vi fue una fotografía mía gigante. Luego estaba lleno de más información sobre mí: la solicitud de trabajo al hotel, mi contrato de trabajo, horarios laborales... Había además un sinfín de fotografías mías en diferentes sitios: saliendo y entrando en el hotel, con Mila cuando alquilamos el apartamento, en la playa... Había datos escritos a mano: fechas y horas. Luego mis ojos se abrieron a tope. Una foto de Abel aparecía ante mí. Cerré la carpeta de golpe. Todavía quedaban muchos papeles por ver. El corazón golpeaba mi pecho con fuerza y salí del coche para poder respirar mejor. Me sentía mareada y eso superaba cualquier cosa que yo pudiera imaginar. Hubiera preferido que fuesen secretos de seguridad nacional. Olivia bajó del coche. Lo rodeó y vino hacia mí.

—Está obsesionado contigo. No fue algo azar, planeó vuestro encuentro desde el principio —dijo con voz calmada.

Intentaba controlar la respiración y entender lo poco que había visto, pero mi mente estaba bloqueada.

—No lo entiendo. ¿Qué interés puede tener en mí? ¿Por qué yo? —Tenía náuseas.

—Por lo que he visto, deduzco que Omar cogió mis papeles, en los que estaban vuestras solicitudes de trabajo para masajistas. Yo suelo llevarme todo a casa y lo organizo allí con calma. Vería tu foto y se encaprichó contigo. Lo demás ya vino por su cuenta. Imagino que empezaría a observarte, como un cazador hace con su presa.

—Joder, Olivia, no me asustes más de lo que estoy. —Me temblaba el cuerpo del miedo.

—¿Por qué crees que he venido? —dijo—. En cierto modo esto es culpa mía. Si no hubiera llevado los papeles del trabajo a casa esto no hubiera sucedido.

—No puede ser. No creo que por una foto un tío se obsesione con alguien. No me lo creo.

—Sube al coche. Vamos a ver qué más hay en esa carpeta. A ver si sacamos algo en claro.

En la carpeta había más documentos y números de teléfono que desconocíamos. Nombres en clave que el muy listo se había encargado de disimular. Había una fecha que sí reconocí, la primera vez que fui al hotel y apareció él. Había una anotación que decía: «El fuego está encendido, no dejar que se apague la llama».

Me quedé muerta al leer aquello. Olivia me lo notó en la cara.

—¿Significa algo para ti?

—Sí, fue la primera vez que lo vi en el hotel. Pero no entiendo una cosa. ¿Cómo sabía que estaba yo en la habitación? Alguien del hotel tenía que estar chivándole todo. Pero ¿quién?

—Mira esto. Lee.

Olivia me enseñó otra nota de puño y letra de Omar. En ella ponía: «Dar las gracias a B y pagarle con V.»

Miré a Olivia buscando la respuesta. No pillaba nada. Mi cabeza estaba saturada y no podía pensar con claridad.

—No lo veo. Olivia, no puedo pensar, ayúdame.

Me callé porque vi que su cara se descomponía. Los papeles se fueron al suelo y se llevó las manos a la boca. Las lágrimas desbordaron sus ojos y su cuerpo empezó a temblar como una hoja ante un vendaval.

—Olivia, ¿qué ocurre? Dime algo.

No podía decir nada. Estaba angustiada y parecía que su mundo se desmoronaba al igual que el mío. Me agaché y recogí los papeles del suelo del coche. Los ordené como pude y empecé a pasar las hojas de nuevo para ver qué era lo que le había afectado tanto. Olivia seguía gimoteando y yo estaba tan nerviosa que no atinaba a pasar las malditas páginas. Entonces lo vi. Mis ojos se quedaron clavados en la imagen de Anyelis y Sandro, los hermanos mexicanos que estaban con Abel y con Olivia. Otra macabra nota debajo de la foto me heló la sangre: «Objetivo cumplido. Competencia fuera de juego y lastre fuera de mi vida. Vía libre».

—¿Qué significa esto? —pregunté con la voz entrecortada.

—Lo que lees. Anyelis y Sandro son una farsa. Están con él para sacarme a mí del medio y a Abel también. Pero... ¿Por qué a Abel? —

preguntó Olivia con lágrimas en los ojos.

—Porque me estaba enamorando de él. Teníamos una relación extraña. Todo se torció cuando aparecieron Anyelis y Omar.

Cerré los ojos dolida por haber sido tan estúpida y no ver nada de lo que estaba pasando a mi alrededor. La que presumía de que no quería dejarse dominar... y habían manipulado mi vida a su antojo sin darme cuenta. Miré a Olivia. Estaba muy jodida al darse cuenta de que también lo de Sandro era una mentira. Por Dios, Anyelis. Esa puta también estaba jugando con Abel. ¿Qué clase de pandilla diabólica se había juntado ahí para fastidiarnos la vida?

—Olivia, lo siento.

—No es tu culpa.

—¿Y de quién es si no? Toda esta puta locura la ha montado por mí. Está loco. No quiero que se acerque a mí; es un maldito psicópata y no lo he visto.

—Yo tampoco y llevo viviendo con él cuatro años.

Olivia estaba destrozada.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Ahora mismo estoy igual que tú.

—¿Y si vamos a la policía?

—¡No! —gritó asustada.

—Olivia, Omar es un desequilibrado y no voy a permitir que corrompa más mi vida.

—Lo primero es desestabilizarlo. Que no sepa de ti. Vamos a pensar qué podemos hacer. No vayas al trabajo estos días. Sabemos que Anyelis le pasa información, así que desaparece y no vayas a los sitios habituales.

—Y una mierda. No voy a dejar que controle mi vida.

—Es peligroso —me avisó.

—Sé defenderme —dije furiosa.

—Actúa con naturalidad y déjame hacer unas averiguaciones. No vayas a tu apartamento, vete a casa de tus padres.

—Eso puedo hacerlo, pero no voy a huir. Yo también tengo mis métodos para averiguar cosas del doctor Suárez.

—Pues vamos a darle la vuelta al asunto. Que el cazador sea cazado —resolvió Olivia.

Sus ojos de gata recobraron el brío y el brillo que le caracterizaban.

—Gracias por ayudarme, Olivia.

—Nos ha jodido a las dos. Tenemos que aniquilar a esa cucaracha y a sus lacayos e intentar salvar a Alicia.

—Cuenta conmigo. Aunque te voy a confesar que estoy muerta de miedo.

—Yo también. Omar no es un hombre para tomárselo a la ligera y más después de ver todo esto. Tiene una mente muy retorcida, pero es muy inteligente. Hay que andar con mucho cuidado.

—Estamos en contacto.

—Todo va a ir bien.

—Eso espero...

Era una locura digna de un guion de película. Sabíamos que Anyelis le pasaba la información sobre mí en el hotel, pero eché cuentas hacia atrás y el primer día que yo tuve mi encuentro con Omar ella aún no trabajaba allí. Entonces, ¿quién le pasó la información de que yo había subido al hotel la primera vez? Estaba esa nota: «Dar las gracias a B y pagarle con V.»

¿B y V eran personas? Me rompí la cabeza de darle tantas vueltas, sobre todo porque el V no tenía ni idea de quién podía ser, pero, para B, mi mente no hacía más que susurrarme el nombre de Bruno. A pesar de que me negaba a creer que él estuviera metido en esa sucia historia.

Me quedé sentada dentro del coche mirando el faro y las olas. Cerré los ojos e intenté pensar que todo aquello era una puta pesadilla. En cuanto los abriera todo se habría desvanecido y solo estaríamos el faro, las olas y yo. No existiría Omar, ni Anyelis, ni Sandro, ni los últimos meses de mi vida. Sería aquella pringada que leía libros de historia y no sabía nada de hombres. El timbre del móvil me devolvió a la realidad. Era mi tía Fini.

—Tía... —mi voz sonó tan desesperada que lo notó al instante.

—Mi niña, ¿qué sucede? Esa voz que tienes...

—Tía, necesito que vengas. Todo se ha complicado. Estoy viviendo una pesadilla.

—Salgo para allá, esta noche estoy contigo. No hace falta que me digas más.

Colgó el teléfono y me eché a llorar de nuevo. Tenía que ser fuerte y apechugar con todo lo que se me venía encima. Miraba los papeles que Olivia me había dejado y me costaba creer toda esa maraña tan bien

organizada. Ella tenía que estar tan jodida o más que yo. Enterarse que Omar la había estado engañando y luego querer librarse de ella con Sandro. La había llamado «lastre». Eso decía mucho de la personalidad de ese hombre. Trataba a las personas como objetos. Nos veía como propiedades o cosas que poseer y usar a su antojo. Cuando ya no le eran útiles... las tiraba o las cambiaba por otras nuevas. Olivia ahora era la cosa vieja a cambiar y yo el juguete nuevo que se le había antojado.

*

Antes de ir a comer a casa de mis padres pasé por el antiguo piso de Mila a visitar a Gema y a Nadia. Me llevé la carpeta que Olivia había encontrado en el escondite secreto de Omar. Subí al segundo piso sin ascensor y me recibió Nadia. Se había vuelto a cambiar el color de pelo; esta vez lo llevaba verde.

—Bonito peinado, me gusta el nuevo color, muy zen. —Le di mi visto bueno.

—Hola, Olga. Me alegro de verte otra vez, pasa.

Nos dimos dos besos y fuimos hacia el pequeño salón. Un ventilador apenas sofocaba el bochornoso calor que hacía.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó Gema al verme—. ¿Y Mila?

—Es una larga historia, pero necesito vuestra ayuda de nuevo. Esta vez sí que es serio y personal.

Las dos intercambiaron una mirada de curiosidad y luego se centraron en mí. Nos sentamos en la mesa redonda y destartalada del salón y puse la carpeta encima. Gema comenzó a fisgar en los papeles y se los pasaba a Nadia con el entrecejo fruncido. Hacía gestos raros con la boca y negaba con la cabeza de una manera extraña que me transmitía muy mal rollito. Nadia era más inexpresiva y leía a toda velocidad. Su habilidad con los ordenadores y su capacidad para hackear le hacían una de las personas más inteligentes que conocía. Yo las observaba sin decir nada. Después de un largo rato en la que las dos se tomaron su tiempo para revisar los papeles, Nadia fue la primera que habló.

—¿Quieres la versión suave o la mía? Clara y directa.

Apoyó los codos sobre la mesa y puso la cara entre sus manos.

—Por favor, quiero sinceridad —imploré.

—Por lo que yo veo aquí esto es claramente una persona obsesionada contigo hasta la médula. Te ha hecho un seguimiento profesional de todos tus pasos. Vamos, un psicópata en toda regla. Esto es para tomárselo en serio, Olga.

—Estoy de acuerdo con ella —prosiguió Gema—. Se ha tomado muchas molestias por tener información muy precisa sobre ti. Hasta hay un informe médico tuyo, analíticas, etc. ¿Quién te está amenazando?

—Nadie —suspiré—. Me estaba acostando con él. Es un doctor supuestamente atractivo, folla como nadie y no tenía ni idea de nada de esto. Creo que voy a volverme loca. Ayer me pidió que fuera su pareja y todo. Si no fuera por esta locura, sería el hombre perfecto.

Se quedaron mirándome como si estuviera grillada.

—Olga, este tío es una bomba con el detonador a punto de explotar. Si se entera de que lo sabes... —Gema se calló.

—¿Qué? —pregunté.

—Primero cuéntanos todo desde el principio —dijo.

—Vale, pero saca cerveza fría o una botella de vino, porque lo voy a necesitar. ¿En serio hay un informe médico mío?

—Sí, mira. —Gema me lo pasó.

—Hijo de puta —maldije.

Entonces entendí que el día anterior me dijera: «Estoy limpio y tú tomas la píldora .«El cabrón había robado en el hospital mis informes médicos y sabía que podía follar conmigo con tranquilidad, porque yo también estaba limpia.

Nadia regresó con una botella de vino frío y empecé a narrarle desde el principio toda la historia. Tuve que volver a recordar las veces que follamos, sentirlo dentro de mí, estremecerme entre sus brazos. Les conté la aparición de Anyelis, de Sandro, mis encuentros con Abel, las clases con Alicia impuestas por mi madre.

—Mierda —solté de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Nadia.

—¡Claro! Las clases de Alicia. Hasta eso estaba preparado. Se cameló a mi madre en el hospital. ¡Joder!

Me levanté y empecé a caminar nerviosa de un lado a otro del pequeño salón.

—Olga, desquiciándote no vas a conseguir nada. Ya te he dicho que ese tío no ha dejado nada al azar. Por supuesto que lo de las clases estaba más que pensado. Sigue con la historia; cuantos más detalles sepamos, mejor.

Gema intentaba tranquilizarme, pero a medida que iba descuartizando la historia, más piezas me iban encajando en el puzle. Volví a sentarme, di un sorbo a la copa de vino y retomé la narración. Seguí contándoles todo lo que se me ocurrió y más. Hasta que me fui a casa de mi tía para intentar aliviar mi mente, pero al llegar, Omar volvió a confundirme y me llevó a su terreno. Les conté todo con detalle hasta el momento que entré por su puerta.

—Menuda historia —suspiró Nadia.

—Ya te digo. Ahora Olivia y tú estáis juntas en esto. Me imagino que ella estará destrozada también. Menudo pieza el Omar ese —soltó Gema.

—Si Mila no sabe nada... mejor que siga así —comentó Nadia—. Bastante tiene con lo de Bruno. Ya decía yo que Ryan no era para ella.

—Has dicho que su mujer murió de sobredosis. Voy a echar un ojo a ese caso, a ver si hay algo raro. Le preguntaré a mi padre, por si se acuerda.

—¿Qué quieres decir con eso, Gema? —Sentí un escalofrío.

—Que a veces los casos simples no son lo que parecen y ocultan algo. Una mujer joven, marido guapo, niña pequeña... Si ese hombre es así de controlador y minucioso no se le hubiera pasado por alto que su mujer era una yonqui.

Sacudí la cabeza hacia los lados. Me estaba dejando con la boca abierta.

—¿Estás insinuando que Omar tuvo algo que ver con su muerte?

—Yo no insinúo nada —aclaró—. Voy a hacer unas averiguaciones. Esta gente, cuando se cansan de sus trofeos y van en busca de otros (y no te ofendas), tienen que liberarse de los antiguos. Tú misma has leído cómo se refiere a Olivia: «Lastre». Quizá su mujer se convirtió en un lastre porque encontró a alguien nuevo.

Se me puso la piel de gallina. Eso mismo lo había pensado yo, pero jamás de su mujer y mucho menos de llegar al punto de matar a la madre de su hija por un nuevo capricho. Para eso existía el divorcio. Empecé a encontrarme realmente mal. No sabía si era el vino o todo lo que estaba escuchando.

—Chicas, me voy a casa de mi madre —dije—. Necesito desconectar un poco. Esto me está jodiendo bastante la moral.

—No te preocupes. Yo voy a indagar por la red a ver qué averiguo de este personaje. Procura no verlo, pero que no sospeche que lo has descubierto —me aconsejó Nadia.

—¿Y cómo coño hago eso? —levanté la voz exasperada.

—Ponte enferma. Es la mejor excusa que te puedes inventar. Nunca falla —dijo Gema sonriendo.

—Tú no tienes padres médicos, ¿verdad? Y olvidáis que él es médico también. Aparte, mi madre lo adora y es una cotilla. Se irá de la lengua en un segundo. Así que estoy jodida —hundí los hombros desmoralizada.

—Vas a tener que decirles la verdad a tus padres. Esto no es juego.

—¿Pero por qué esa obsesión conmigo? ¿Por qué? —chillé desesperada. Gema se acercó y me abrazó para tranquilizarme.

—No hay un porqué. Pudo ser tu mirada, un gesto que hiciste, algo que dijiste o, simplemente, en los currículos que llevó Olivia a casa él te eligió. De forma aleatoria. Otras veces se obsesionan porque les recuerdas a alguien o porque tienen fijación en algo: color de ojos, pelo, altura, físico... Pueden ser muchas cosas o ninguna. Sinceramente, lo tuyo fue mala suerte. Podía haberle tocado a Mila. Teníais las mismas probabilidades.

—Sí, pero ahora no busquemos la causa. Vamos a buscar la solución y a machacar a ese psicópata —dijo Nadia tecleando en el ordenador.

—Habla con tus padres. Puede llegar a utilizarlos en tu contra. Esa gente no tiene escrúpulos. Cualquier cosa, llámame y mandaré una patrulla cagando leches.

Le di un abrazo con todas mis fuerzas. Estaba tan orgullosa de tenerlas como amigas. No sabría cómo agradecerles todo lo que hacían por mí.

—Gracias... a las dos.

—Ya nos las darás cuando esto esté solucionado. Ahora vete a casa con tus padres.

Me fui con un poco más de ánimo, pero el miedo no había quien me lo sacara del cuerpo.

30

Llegué a casa de mis padres hecha un trapo. Todo ese estrés mental me estaba dejando para el arrastre. Me dejé caer en el sofá del salón y puse las piernas encima de la mesita que había delante. Mi madre me echó una mirada de censura por mi posición, pero pasé olímpicamente.

—Esos pies... —me regañó.

—Mamá, hoy no, por favor —le supliqué con la voz marchita.

—Hija, parece que te haya pasado un camión por encima. Tienes una pinta horrible.

Exhalé el aire que tenía en los pulmones y recosté la cabeza en el sofá.

—Vale, ya sé que voy hecha un cuadro.

—¿Qué pasa, Olga? Sabes que puedes hablar conmigo. Soy tu madre.

Sí, era mi madre. Por eso me resultaba tan difícil contarle todo el marrón en el que estaba metida. No era una cosa banal, como cuando te deja un novio o viceversa. Estábamos hablando de un posible psicópata en potencia que no sabíamos dónde tenía su límite. No me veía capaz de contarle nada, así que aproveché para decirle otra cosa que no le iba a causar ninguna gracia.

—La tía Fini viene esta noche. Se lo he pedido yo.

Mi madre se llevó las manos al corazón y pensé que le iba a dar un infarto. Luego se puso histérica y empezó a chillarme, cosa que no ayudó a mi estado de ánimo.

—¿Cómo que viene esta noche? Esa mujer no tiene vergüenza ni la ha conocido nunca. —Se puso como una hiena.

—Te repito que viene porque se lo he pedido yo. Me han dado esta semana libre en el trabajo y me apetece pasar tiempo con ella.

—Oh.

La boca de mi madre se abrió de la sorpresa y de la puñalada trapera que sintió que yo le asestaba.

—No me esperaba esto de ti —me espetó—. No sé qué puede aportarte mi hermana que yo no pueda darte.

Mi boca se torció en una sonrisa irónica. Algo parecido me había preguntado Abel respecto a Omar.

—Mamá, tú tienes que trabajar y la tía se portó muy bien conmigo. Que tú tengas tus diferencias con ella no quiere decir que yo tenga que compartirlas. Me vendrá bien estar con la tía.

—Pues por aquí no vengáis, por favor. —Fue clara y concisa.

Ahora la hostia me la llevaba yo. Adiós a mi plan de quedarme en casa de mis padres. No imaginaba que el odio entre mi tía y mi madre fuera tan sólido. Me sentó muy mal ese rencor sucio. Me levanté y cogí el bolso para irme; a fin de cuentas, ya no era bien recibida.

—¿Dónde vas? —me preguntó sorprendida.

—A mi casa.

—¿No te quedas a comer?

—Se me ha quitado el apetito.

Me dirigí hacia la puerta de cristal para salir por la piscina. Se me cortó el aliento al ver llegar a mi padre con Omar. Los dos hablaban amistosamente y se reían con unas sonoras carcajadas. Omar enseguida me enfiló con la mirada. Mi mente empezó a discurrir un plan a toda velocidad. No podía ponerme en evidencia ni darle a entender que conocía sus depravadas intenciones. Su mirada estaba fijada en mí mientras seguía conversando con mi padre. Llegaron a la puerta. Allí Omar me saludó de manera informal y mi padre me dio dos besos.

—Hija, ¿dónde vas? Tu madre me dijo que venías a comer.

—Sí —carraspeé— pero me temo que no puedo quedarme. Mila está con un amigo en el hospital y tengo que llevarle ropa.

Fue lo primero que se me ocurrió; en realidad no estaba mintiendo.

—No puedes irte. Omar me ha acompañado a casa para hacerme un favor. Tengo un bebé con un problema cardíaco y él lo ha intervenido con éxito esta mañana. Lo he invitado a comer para agradecerle su ayuda con este paciente y celebrarlo.

—Vaya, me alegro que todo haya salido bien.

Fingí una sonrisa y regresé de nuevo al salón. Mi madre estaba en la cocina, liada entre cacerolas. Cuando vio a mi padre y a Omar se le iluminó la cara de alegría. Mi padre fue hacia ella, pero Omar se quedó tras de mí. Pasó su mano por mi espalda y se me puso la piel de gallina. Ya no era por la excitación, sino por el miedo que me daba. Ahora sí que sentía a un auténtico desconocido a mi lado.

—Omar, menudo éxito con la operación de ese pequeño —dijo mi madre—. Eres un profesional excelente. Sabía que no había nadie mejor como tú para ese caso en particular.

—Gracias, Maite. Solo hago mi trabajo y el bien para los demás.

»Serás hipócrita, «pensé para mí.

Omar se me acercó con disimulo y me susurró al oído:

—Me muero por arrancarte esos pantaloncitos tan sexis que llevas. No te imaginas lo dura que se me acaba de poner.

Cerré los ojos y apreté los puños, conteniendo las ganas de partirle la cara y luego echar a correr. Tuve que sacar toda la fuerza de voluntad y fingir.

—Contrólate, estamos en casa de mis padres, por favor.

Me separé de él con suavidad y fui a ayudar a mi madre a poner la mesa. Mi padre le sirvió a Omar una cerveza fría y siguieron hablando de asuntos de trabajo. Yo tenía que controlar los nervios, pues empezaban a traicionarme. El pulso me temblaba y estaba a punto de vomitar.

—Olga, ¿te apetece una copa de vino? —me ofreció mi madre.

—Sí, por Dios.

Se lo agradecí en el alma. Mi madre abrió una botella de vino blanco bien fresco y me bebí un vaso de golpe. Sentía la mirada de Omar todo el rato sobre mi cuerpo. Yo evitaba mirarlo.

—Hija, te vas a atragantar bebiendo de esa manera.

—Da igual, tengo mucha sed. Ponme otra, mamá.

El vino amortiguaba los puñeteros nervios que fustigaban mi estómago con dolorosos calambres. Empecé a sentirme mejor y más relajada.

Nos sentamos a comer la ensaladilla rusa que mi madre había preparado. Como todo lo que hacía ella, estaba deliciosa.

—¿Cómo están Olivia y Alicia? —preguntó mi madre por cortesía.

Casi se me cae el tenedor de la mano, pero mantuve el tipo y seguí comiendo. Otro buen chorro de vino bajó por mi garganta.

—Olivia y yo hemos roto. Me ha dejado por un compañero de trabajo.

Empecé a toser al atragantarme. Esta vez no pude evitarlo. La trola que estaba soltando era muy gorda para digerirla. Mi padre se levantó y empezó a golpear mi espalda hasta que recuperé el aliento.

—¿Estás bien, hija? —se preocupó mi padre.

Asentí con la cabeza mientras bebía un vaso de agua.

—Cuánto lo siento. Tienes que estar destrozado —le consoló mi madre—. No me esperaba esa actitud de Olivia teniendo un hombre tan maravilloso como tú. ¿Cómo se lo ha tomado Alicia?

Se deshacía en elogios hacia Omar. Era un hombre que hechizaba a las mujeres, incluida mi madre.

—Pues no muy bien, menos mal que está Olga en nuestras vidas y la apoya en todo. Si no fuera por ella...

Bajó la mirada y se hizo el mártir. Mi madre lo cogió de la mano y se la apretó, consolándole.

—Mi Olga estará ahí para lo que necesites y nosotros también. No estás solo, Omar. ¿Verdad, Olga?

Yo quería desintegrar a mi madre en aquel instante. La pobre no sabía que todo lo que ese hombre le estaba ofreciendo era una representación teatral, pero yo no podía contárselo.

—Claro —asentí con una sonrisa que me costaba la vida.

—Gracias por todo lo que hacéis por mí. No estoy pasando por un buen momento.

Omar levantó la vista y me devoró con la mirada. Ahí vi sus ojos de cazador psicópata, su doble personalidad, su arte en la mentira y en el engaño. El miedo recorrió mi cuerpo con un escalofrío y tuve ganas de echar a correr sin parar, pero el muy hijo de puta había venido a casa de mis padres. Los involucraba a cosa hecha para tenerme coaccionada. La única ventaja que tenía de momento es que él desconocía que yo sabía cuál era su verdadera naturaleza.

Terminamos de comer y no podía quedarme en casa de mis padres. Menos mal que mi madre no sacó el tema de mi tía y de mis días libres. Me despedí de mis padres y Omar también lo hizo para venir tras mis pasos.

*

Llegué a mi apartamento y vi cómo Omar, minutos después, aparcaba el coche en la playa. Venía directo hacia mi casa y sabía lo que quería. Cogí el teléfono y llamé a Gema de inmediato. No tenía apenas tiempo.

—Hola, Olga, ¿va todo bien?

—No, hoy se ha presentado en casa de mis padres a comer y ahora está a punto de subir a mi apartamento. ¿Qué hago? —Estaba desesperada.

Gema permaneció unos segundos en silencio a través del teléfono, segundos que se me hicieron eternos.

—¿Sospecha algo?

—No. He hecho lo que me dijisteis: actuar con normalidad. Pero este tío viene con intención de pegar un polvo y no sé si podré hacerlo. Hoy me he cagado de miedo al tenerlo cerca. Tía, tenías que ver el teatro que ha representado en casa de mis padres. Ha tirado mierda sobre Olivia y se ha hecho el mártir.

Los golpes en la puerta sonaron.

—Olga, es peor de lo que creía —dijo Gema.

—Joder, ya está aquí, ¿qué hago? —insistí muerta de miedo.

—Actúa con normalidad. Lo siento, cielo. No hay otra opción de momento.

Volvió a llamar con más insistencia y colgué el teléfono, desmoralizada del todo. Fui resignada hacia la puerta y tomé una bocanada de aire. Abrí y allí estaba, el verdadero desconocido que no tenía ni puta idea de quién era. Seguía siendo imponente, guapo a rabiar, pero sus ojos me daban un pavor atroz. Llevaba el pantalón del traje y una camisa de color blanco. Lo miré y forcé una sonrisa, aunque solo tenía ganas de romper a llorar.

—Vengo a por esos pantalones que no puedo quitarme de la cabeza.

Su voz me partió por la mitad. Estaba perdida. Se abalanzó sobre mí y sus labios se posaron sobre los míos con dominio y posesión. Cerró la puerta de una patada. Yo me negaba a abrir la boca, pero su lengua tenaz y persistente se abrió paso como una taladradora, sin piedad. Su deseo había crecido y estaba muy excitado. Venía bastante alterado y muy impaciente por acostarse conmigo. Su incipiente barba me estaba haciendo daño en la barbilla por la brutalidad de sus besos.

—Omar, relájate. Me vas a despellejar la barbilla.

Lo aparté de mí y fui a la cocina a por un vaso de agua. No me dejó llegar. Me agarró por la cintura y me atrapó entre sus enormes brazos. Su boca me besaba el cuello, la nuca... Hundía su cabeza entre mi cabello y se empapaba de mi fragancia. Me estaban dando escalofríos de la manera en que estaba actuando.

—Por fin eres mía, solo mía —susurraba con mi cabello entre sus manos.

Dios, no sabía si iba a soportar eso mucho tiempo. Omar antes me ponía a mil, pero ahora me estaba poniendo de los nervios.

Me cogió en brazos y me llevó a la cama. Abrí la boca para protestar, pero volvió a cerrármela con otro de sus violentos besos. Nunca lo había visto tan excitado. Podía verse lo empalmado que estaba a simple vista. El bulto que asomaba a través de su pantalón, era impresionante.

—Olga, tengo la polla que me va a reventar, los huevos cargados de leche y necesito dártelo todo a ti, porque eres mía y porque te amo.

—Omar, estás confundido. No puedes amarme...

No pude evitar decírselo. No soportaba más esa situación de locos. Me miró con cara de desequilibrado. Se quitó la camisa y empezó a bajarse los pantalones. Yo me empujaba con las palmas de las manos y los pies, huyendo lentamente hasta que me di con el cabezal de la cama.

—¿Tú no me amas, Olga?

Su erección era descomunal. Se la agarró con la mano y empezó a masturbarse delante de mí. No sabía qué decirle, estaba zumbado y yo estaba aterrorizada.

—No puedo amarte, necesito tiempo.

Intenté ser lo más flexible que pude con el psicópata que tenía enfrente.

—Yo haré que me ames.

Se tiró encima de mí y me arrancó los pantalones como dijo que haría.

—Omar, no. Así no —grité ante su ataque de agresividad.

—Mi amor, somos dos llamas que se encienden y nos convertimos en puro fuego cuando estamos juntos. Déjame aplacar mi fuego.

—No...

Su boca otra vez contraatacó con un voraz beso. Su mano sujetó las mías por encima de mi cabeza, dejándome inmóvil. Me revolví debajo de él, pero su peso impedía cualquier movimiento. Estaba perdida con un tío de

dos metros haciendo presión sobre mi cuerpo. Con sus piernas separó las mías y su dedo entró en mi vagina para investigar mis entrañas. Se separó y se mosqueó al comprobar que no me había mojado. No podía excitarme ante tanta violencia y presión en mi cabeza. Eso lo enfureció todavía más.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no tienes el coño mojado para mí?

Dios, solo quería morirme. Era una situación humillante y de lo más desagradable. «¿Porque eres un psicópata?», tuve la tentación de decirle. Pensé en Alicia, en Olivia, en mis padres y en mí misma. Pensé en todas las advertencias que me habían hecho. Si no controlaba aquella situación ahora tal vez acabaríamos todos muy mal. Yo la primera. Así que hice acopio de valor y me tragué el orgullo y el miedo.

Lo miré a los ojos y le acaricié la cara. Enseguida restregó su rostro por la palma de mi mano. Metí un dedo en su boca y él lo chupó, luego me lo llevé a mi boca y me lo chupé. Entornó los ojos; su mirada, aunque brillante por el deseo, se suavizó. Si lo excitaba mucho se correría antes; lo que menos deseaba era tenerlo dentro de mí.

—Cómeme el coño ,quiero correrme en tu boca.

Le seduje con las palabras que a él tanto le gustaba oír.

—Joder, Olga, cómo me pones. Voy a hacer que me llenes la boca con tu orgasmo. Voy a beberte entera, a succionar hasta la última gota de tu sabroso coño.

Me abrió las piernas y se metió de lleno entre ellas. Cerré los ojos y pensé en Abel. Tenía que evadirme de alguna manera y no pensar en lo que estaba haciendo. Imaginaba que aquella lengua que me estaba perforando el coño salvajemente y me embestía era la de Abel. Empecé a gemir de placer mientras mi clítoris se estimulaba ante los chupetones que él le daba en mi mente. Su lengua acariciaba toda la raja de mi vagina y subía desde arriba hasta abajo, saboreándome, para luego insertarse con fiereza en mi interior.

—Oh, sí —gemí.

Lo disfrutaba y la quemazón que sentía entre mis piernas era brutal. Estaba mojada y empapada en fluidos vaginales. Omar me estaba comiendo el coño como un salvaje primitivo, pero solo Abel consiguió que me mojara. Omar (en mi mente Abel) tiró de mi clítoris y lo chupó hasta que me corrí en su boca.

—Sí, oh, sí —grité.

Me sujetó las caderas y apretó mi coño contra su cara mientras me absorbía entera. Luchaba por zafarme de aquellas manos, pero me tenía inmovilizada mientras su lengua hurgaba en mi interior. Hizo que me corriera de nuevo sin poder evitarlo. Tiré de su pelo con fuerza y me froté contra su cara. Después caí exhausta en la cama y todo ello sin abrir los ojos.

Omar se precipitó encima de mí y me penetró. Aunque estaba húmeda y mojada por mi orgasmo, su erección era descomunal. Chillé cuando me empotró y empezó a cabalgar sobre mis caderas. Abrí los ojos y vi al sudoroso Omar follándome como un poseso. Lo miraba y me parecía que aquello no podía ser real. Solo quería que acabara. Otra embestida brutal hizo que me estremeciera y volví a chillar de dolor. Él pensaba que lo hacía por placer.

—Disfruta, pequeña. Tenemos el resto de la vida para estar juntos. Te voy a follar todos los días, a todas horas.

El solo hecho de pensarlo hizo que le clavara las uñas con rabia en la espalda. Eso lo excitó y soltó un gruñido de placer. Empecé a tirarle del pelo con fuerza y clavé mis dientes en su hombro. Omar se deslizaba dentro de mí con fuerza, podía notar su polla entrando y saliendo, sentí lo gorda que se le estaba poniendo. Si no terminaba pronto me iba a destrozar, más que nada porque yo me estaba secando de nuevo. Le agarré el culo y lo apreté, atrayéndolo hacia mí. Lo besé y moví mis caderas de forma circular. Omar gruñó y empezó a embestir con toda su alma. Por fin se corrió con un sonido que no parecía humano y dejó caer su peso muerto sobre mí.

Me hice a un lado, pero él no me soltó. Se abrazó a lo largo de mi cuerpo y me hizo su prisionera. Me sentí sucia, solo quería que se fuera para poder ducharme y deshacerme de su olor, de sus restos, de su tacto... Lo había hecho por pura supervivencia, pero me juré allí mismo que sería la última vez. Me daban igual las consecuencias, no había nada peor que acostarse con alguien a quien detestas con toda tu alma. Ya no podía caer más bajo.

El único consuelo y lo que me dio valor para seguir y aguantar fue el rostro de Abel. Había tenido que llegar a ese punto para darme cuenta de que siempre había estado presente. Cuando fui al hotel y pulsé el botón rojo, pensé en él y apareció su contrario: Omar. En los masajes controlaba

yo la situación, dominaba a los hombres, cosa que con Abel era imposible. Omar jugó su baza de la sumisión y me cameló por ahí, pero seguro que también estaba informado de eso. Anyelis le mantendría al tanto. Siempre había sido una lucha de poder entre Abel y yo. Yo me lía con uno, él se lía con otra. Tú no me haces caso, yo te desprecio. Pero mi mundo siempre había girado en torno a él, siempre buscando su réplica. Omar y Abel eran muy parecidos físicamente. Los dos eran muy altos, rubios, guapos... solo que los ojos de Abel eran únicos. El orgullo y el ego me habían cegado y, por eso, ahora estaba en esa situación. Seguramente jamás recuperaría a Abel. Después de lo aquel día tampoco sabía si yo misma me recuperaría...

Me desperté un poco confusa. Estiré los brazos y las piernas a lo largo de la cama revuelta. El olor de Omar me devolvió a la cruda realidad. Di un saltó y me puse de pie de inmediato. Arranqué con rabia toda la ropa de la cama y la metí en la lavadora. Luego le di la vuelta al colchón y abrí la ventana. Me fui a la ducha y me restregué con gel hasta ponerme roja del ímpetu. Quería arrancar a Omar de mi cuerpo, ya que de mi mente era imposible. Se había ido mientras dormía y, gracias a Dios, ni me enteré de su marcha. Sentía asco por lo que acababa de hacer, así que por mucha agua que corriera por mi cuerpo nunca limpiaría mi conciencia.

Me puse unos vaqueros largos y una camiseta de manga corta verde militar y preparé una bolsa de ropa para llevarle a Mila y otra para mí. No iría a casa de mis padres, pero tampoco me quedaría en el apartamento, al alcance de Omar. Esperaría a que llegara mi tía y la pondría al tanto de lo ocurrido. Tampoco me atrevía a aparecer por el hospital, que era terreno de Omar; allí no estaba segura. Volví a llamar a Gema. Descolgó al instante.

—Hola, Olga, estábamos preocupadas. ¿Qué ha pasado?

Cerré los ojos y apreté los puños.

—He tenido que acostarme con él. Ha sido muy desagradable.

—Lo siento mucho.

Me eché a llorar y le conté lo mal que me sentía, pues no podía seguir fingiendo algo que no era. Le dije que no soportaba que me pusiera la mano encima y que me iba de casa.

—Me siento sucia —gimoteé.

—No digas eso. Si se da cuenta que lo has descubierto... podría haber sido peor —dijo Gema.

—¿Peor que vender tu alma y tu cuerpo al diablo? —lloré, hundida en la miseria.

—Olga, podría haberte hecho daño. Mucho...

Me reí con ironía.

—¿Más?

—Sabes a lo que me refiero. Se te pasará. Piensa que has follado con él más veces sin saber quién era. Esta ha sido una más... pero de un modo diferente.

Gema intentaba restarle importancia, pero no era tan sencillo sacarse esa sensación del cuerpo.

—Entiendo que quieras ayudar animándome, pero no es tan simple. Omar ha venido muy... salvaje. No ha sido como las otras veces.

—Se está confiando y quiere tener el control sobre ti. Tenemos que pararlo y tú tienes que salir fuera de su alcance. Ahora sí que no creo que sea una buena idea que sigas como si nada. Ven aquí con nosotras y pensaremos algo.

—Tengo que llevarle ropa a Mila al hospital, pero me da miedo encontrarme con él.

—Ni de coña. Yo se la llevaré.

—Y estoy esperando a mi tía. Le dije que viniera para no estar sola. Todo se me amontonaba y no hacía más que causar problemas.

—Olga, escúchame. Llama a tu tía y dale esta dirección. Desde aquí organizaremos todo juntas. No te va a ocurrir nada.

—De acuerdo.

*

Mi tía Fini tenía los ojos como platos. Escuchó toda la historia con atención y no se perdía detalle de la carpeta con los papeles que tenía delante. Pidió permiso para encenderse un cigarrillo y Nadia la acompañó. Tuve la tentación de fumarme uno también, aunque jamás había probado el tabaco. Estábamos las tres sentadas en la mesa redonda del salón frente a una botella de vino. Gema había ido a llevarle la ropa a Mila al hospital mientras Nadia y yo nos habíamos quedado para ir poniendo al tanto a mi tía de toda la película. Al final, se levantó y fue hacia la ventana para fumar el cigarrillo y no viciar el escaso aire que había en el salón. Nadia y yo la acompañamos. Al abrir la ventana, un poco de brisa entró y fue un auténtico alivio. El ventilador del salón no daba abasto y nosotras

despedíamos demasiado calor de la tensión que teníamos acumulada. Mi tía me miró con ternura.

—Mi niña, este es un peso demasiado grande para unos hombros tan jóvenes y delicados. No te lo mereces.

Sus palabras eran como caricias para mi alma. Me tranquilizaban y me consolaban.

—Ya ves, tía ,me equivoqué de titán .Fui a chocar con el que tenía el corazón de hierro y la cabeza de paja —le dije con amargura.

—No te preocupes, cielo, los titanes también caen. Solo hay que saber cuál es su punto débil y asestar sin piedad.

—Joder con tu tía, ¡cómo mola! —exclamó Nadia pegando una calada al cigarrillo.

—¿Todavía no has averiguado nada de Omar? —le pregunté.

—He hecho mis pesquisas. Ese tío sabe escurrir bien el bulto. Parece un tío ejemplar y eso es lo que me mosquea, casi nunca nadie lo es. He pedido unos favores a unos colegas y mañana puede que sepa algo— .Me guiñó un ojo para tranquilizarme.

La puerta del piso se abrió y apareció Gema alterada. Dejó el bolso en el sofá y vino hacia nosotras con la cara traspuesta. Se sirvió una copa de vino y se la bebió de un trago. La observábamos sin decir ni una palabra. Era evidente que algo la había trastornado y su humor era de perros.

—Tenemos que pillar a ese hijo de puta como sea y darle su merecido. Es el tío más retorcido que he conocido en mi vida. Olga, no puedes quedarte aquí. No me digas cómo lo ha hecho, pero sabe que estás aquí.

Gema bebió otra copa de vino y su respiración iba a toda velocidad.

—¿Has visto a Omar? —le pregunté pasmada.

—Como para no verle. El doctor orgullo enseguida hizo acto de presencia cuando fui a llevarle la ropa a Mila. Sabía quién era yo y preguntó por qué no habías ido tú al hospital. La verdad es que me puse un poco borde con él y le dije que te había surgido algo y por eso había venido yo.

—¿Y?

—Que no se lo tragó. Me llevó aparte y me dijo que no jugáramos con él. Que no se me ocurriera a mí ni a nadie intentar apartarte de su lado. Que eras su mujer y que eso no lo iba a cambiar nadie.

—¿Qué? —Me llevé la mano a la boca.

—Lo que oyes. Le pregunté si tú tenías constancia de eso. Se giró y me dijo que por supuesto, que tú lo amabas y pronto estarías solo con él. Y que ya no necesitarías de amigas. Que esta noche vendría a buscarte.

—Joder, joder, joder. —Empecé a ponerme de los nervios.

—Ese tío está mal de la olla —exclamó Nadia.

—Tranquila cariño, no voy a dejarte sola ni un minuto —me consoló mi tía.

—Olga, ¿conoces a alguien que pueda alojaros? Alguien que él no relacione contigo.

—Podemos ir a un hotel —sugirió mi tía.

—No, eso es rastreable y, por lo que veo, este tío tiene amistades hasta en el infierno.

—Olga...

—Dejadme pensar —grité.

Estaba traumatizada, aterrorizada y mi mente se bloqueaba. Con presión era peor, no podía pensar nada. ¿Cómo podía haber llegado a esa situación?

Bebí una copa de vino y me senté en el sofá. Balanceaba mi cuerpo y metí mi cabeza entre las rodillas. Me machacaba dónde coño encontrar un refugio para que el pirado de Omar no me encontrara. Me puse en pie de nuevo y todas me seguían con la mirada, las estaba poniendo también de los nervios, pero no podía parar de moverme. Entonces me fijé en un cuadro que había en el salón. No era muy grande, estaba en la esquina y apenas se veía. Era un óleo que formaba un manchurrón de pintura. Supongo que alguien experto en arte podría decir que el artista se había inspirado en un ser querido, en su dolor interior o algo por el estilo, pero yo veía un manchurrón de pintura de diversos colores, como los vestidos de Tensy. Se me encendió la bombilla. ¡Tensy!

—Lo tengo —grité emocionada—. Creo que sé quién puede ayudarme.

Cogí el móvil y lo llamé.

*

Roman Tensy (a Dios gracias) estaba en la ciudad. Vivía dentro de una urbanización privada con vigilancia veinticuatro horas, en un chalé moderno y exclusivo. Tenía escolta y guardias de seguridad privados. Me

sentí segura cuando llegamos en mi coche y nos registraron dos personas diferentes antes de poder acceder a su casa. Los muros altos de piedra, las cámaras de seguridad y los guardias rondando por el extenso jardín hicieron que mi tía y yo respiráramos tranquilas.

—No me habías dicho que conocías a Roman Tensy —dijo mi tía alucinada.

—Calla, luego te lo cuento —le pegué un codazo para que disimulara.

Roman Tensy hizo acto de presencia en el precioso salón de su casa. Los muebles *vintage* de salón y un sofá enorme en semicírculo de terciopelo gris hacían contraste con una alfombra de tremendo colorido al estilo Tensy. Un sofá orejero del mismo terciopelo se veía que era el sitio donde él se sentaba habitualmente. Vino hacia mí con una sonrisa y los brazos abiertos. Aquel hombre delgaducho y canoso me estaba salvando la vida.

—Cuéntame, ¿qué puede hacer este vejstorio por mi masajista favorita y la dama tan hermosa que la acompaña?

Roman me dio un abrazo y luego fijó su atención en mi tía Fini. Ella echó su rubia melena hacia atrás en un gesto provocativo y sensual. Alargó la mano para presentarse.

—Señor Tensy, soy Josefina, la tía de Olga. Es un auténtico placer conocerle.

Él cogió la mano de mi tía y se la llevó a los labios.

—El placer es mío, Josefina.

—Fini, mejor llámame Fini —dijo tirándole la caña.

—Solo si tú me llamas Roman —este picó el anzuelo de lleno.

Nos sentamos en el sofá semicircular de terciopelo gris y Roman en el orejero. Entre mi tía y Roman saltaban chispas y yo estaba agotada. Eran las tantas de la noche y solo quería irme a la cama.

Tuvimos que volver a explicarle toda la movida que estaba pasando con Omar. Le expliqué todo lo que pude y volví a morirme de la vergüenza una y otra vez. Apreciaba a Tensy, pero no lo conocía lo suficiente para contarle tantas intimidades. Sin embargo, como el asunto era de vital importancia me tragué el orgullo y el pudor. Tuve que desnudar mi alma ante aquel amable personaje, tal como él había hecho en varias ocasiones conmigo en la sala de masajes. Tensy estaba serio y tenía los pies cruzados y las manos entrelazadas sobre su regazo. Sus pulgares giraban despacio

entre sí y su mirada era tranquila y pensativa. Sopló cuando terminé de contarle la historia. Mi tía me pasó un brazo por encima de los hombros.

—Por eso pensé en ti. No sabía dónde ir. Parece que Omar tenga ojos y oídos en todas partes —concluí.

—Has hecho bien. Me alegro que hayas pensado en mí. Desde luego aquí no podrá acceder a ti.

—Gracias, Roman.

—Olivia tiene que estar destrozada también. Aprecio a esa mujer y tampoco se merece lo que le ha hecho. En cuanto a la mexicana...

Roman se levantó y crujió los dedos de las manos. Me dio muchísima grima. No soportaba el ruido que hacían los huesos al crujir.

—¿Qué pasa con Anyelis? —pregunté con curiosidad.

—¿Se llama así? No tenía ni idea. En fin, no quería decirte nada para que no te preocuparas, pero ayer a última hora tenía masaje contigo.

—Lo siento, me fui porque tuve un encuentro desafortunado con un cliente —le expliqué.

—Lo sé. Ayer no le di importancia, pero sabiendo esto ahora tiene sentido. Anyelis va diciendo a los clientes que, por una cantidad moderada de dinero...

No era capaz de continuar. Se trababa al hablar y le resultaba difícil mirarme.

—Sigue Roman. ¿Qué va diciendo Anyelis de mí a los clientes?

—Lo siento, Olga, no puedo.

—Roman, por favor.

—Mi niña, ¿no lo ves? Pues irá diciendo que por dinero harás algún favorcillo extra. Ya sabes... —salió al paso mi tía Fini.

—Gracias, Fini —respiró aliviado Roman.

Mi tía le dedicó una sonrisa y un gesto de aprobación con la cabeza y yo me quedé perpleja. Tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Dices que la muy zorra va diciéndoles a los clientes que se pueden acostar conmigo si me pagan? —grité.

—Más o menos eso se comenta. Pero yo no lo he creído y los que te conocemos tampoco —me consoló Roman.

—¿Por qué?

Levanté las manos, impotente, en busca de una respuesta.

—Cariño, si ese hombre está tan loco como decís —dijo mi tía—, lo siguiente que querría es sacarte del trabajo. Nada mejor que hundir tu reputación y hacer que te fueras tú sola, para buscar el refugio de sus brazos. Si la bruja esa le ayuda, lo tenía todo bien pensado.

—¿Pero tú te escuchas? ¿Te das cuenta hasta qué punto ha llevado este plan diabólico? —pregunté nerviosa y agitada.

—Lo ha llevado a la perfección —afirmó Tensy—. Ese hombre será un psicópata con una mente jodidamente retorcida, pero es muy inteligente. Menos mal que habéis venido aquí. Olga, creo que en este punto tendría que intervenir la policía.

—¿Con qué pruebas? Me metí en su cama voluntariamente. No ha hecho nada que yo no quisiera. Todo son conjeturas. Hasta puede decir que soy yo la lunática que le persigue. Él es un reconocido cardiólogo y yo... una simple masajista. ¿A quién iban a creer?

—Pues haremos que meta la pata de alguna manera, no te preocupes...

—Todo el mundo me dice que no me preocupe. ¿Cómo no voy a preocuparme si un perturbado quiere robarme la vida?

Mi tía me abrazó y me eché a llorar como una niña pequeña. Tenía miedo y no sabía cómo salir del atolladero. Roman Tensy se acercó e indicó a una sirvienta que nos instalara.

—Mañana será otro día, ahora tienes que descansar. Os he preparado una habitación con dos camas.

—Gracias, Roman —dijo mi tía—. Eres todo un caballero, ya no quedan hombres como tú. Voy a llevar a Olga a la cama. Este asunto la está destrozando.

Roman asintió con la cabeza y mi tía y yo, acompañadas por una sirvienta, fuimos a una habitación enorme con dos camas gemelas. Me dejé caer en la primera como un peso muerto y me dormí de inmediato. Estaba extenuada.

*

El sol brillaba con fuerza, pero más fuerte sonaba mi móvil. Lo hacía sin cesar y lo busqué a tientas por la cama. Había dormido vestida y debió desparramarse por el interior de la cama. Estaba sola en la habitación, mi

tía ya se había levantado. Cuando lo encontré miré la pantalla. No conocía el número. Descolgué y oí la voz de Omar.

—Mi amor, llevo buscándote desde ayer. ¿Dónde estás? Sabes que no puedo estar sin ti. Necesito olerte, tocarte, besarte, follarte...

Se me revolvió el estómago al escuchar su voz. El móvil empezó a temblarme en la mano y no supe qué decir. En ese instante entró mi tía en la habitación y me debió ver la cara de acojone que tenía. Me preguntó con una voz apenas inaudible, en la que tuve que leer sus labios:

—¿Es él?

Yo moví la cabeza en un gesto afirmativo. Mi tía cogió el móvil y puso el manos libres. Yo estaba totalmente paralizada.

—Mi amor, ¿por qué no me hablas? Me estás matando con esta agonía. Necesito tenerte conmigo ya.

—Lo siento, ¿eres Omar? —le contestó de repente mi tía con una voz alegre y sensual.

—¿Quién eres? ¿Dónde está Olga? —Se puso a la defensiva.

—Omar, soy su tía Fini. Olga me ha hablado tanto de ti. Me muero por conocerte. Iba a venir por eso, para conocer al hombre que ha hecho que mi sobrina pierda la cabeza —mi tía le había hablado con doble intención y seguro que Omar ni se había percatado. Podía ser tan bruja como él.

—Lo siento —se disculpó Omar cambiando el talante—. No me había comentado nada. ¿En serio le ha hablado de mí?

Estaba entusiasmado y rebosaba felicidad.

—Claro, tenía muchas dudas cuando vino a visitarme la semana pasada, pero, desde luego, contigo ha perdido la cabeza.

Mi tía no le estaba mintiendo. Se las estaba tirando al cuello y el otro imbécil oía lo que quería. Ella tenía tablas con los hombres y sabía cómo manejarlos, hasta a los psicópatas.

—¿Podemos quedar? Me muero por conocerla y ver a Olga. ¿Dónde está? ¿Por qué no se pone?

—Ah, estamos en un salón de belleza de una amiga mía. Ahora te la pasaré. Resulta que me he hecho un esguince en una pierna y llamé a Olga de urgencia para ver si podía venir a ayudarme. Mis movimientos son limitados y no tengo a nadie que me ayude. Ella es mi única sobrina y tuve que pedirle el favor. No pudo avisarte ayer, pero no te preocupes, en cuanto encuentre una chica externa que me ayude ya regresa a tu lado.

Miré a mi tía flipada por la capacidad que tenía de inventarse una trola en apenas segundos. Omar soltó un gruñido de disgusto, pero retomó la conversación en tono afable.

—Bueno, me quedo más tranquilo si está ahí con usted. Si va a estar muchos días, con su permiso iré a verla.

Puse cara de horror al momento.

—Claro, mi casa es tu casa, pero solo es cuestión de un par de días. No te desesperes, corazón. Ahora le diré a Olga que te llame. Estoy ansiosa por conocerte.

—Lo mismo digo. Ha sido un placer.

Omar colgó y a mí se me salía el corazón por la garganta. Mi tía cogió mi móvil y marcó un número al instante.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Llamar a tu madre antes de que lo haga él. Cuéntale lo mismo que he contado yo. Dile que ayer no llegué a venir y que estás conmigo.

Mi tía me pasó el móvil.

—Hola, mamá...

Después de escuchar la bronca monumental de mi madre me quedé más tranquila, porque significaba que se lo había tragado. Si mi madre creía que estaba en casa de mi tía, todo el mundo se lo creería también. Ahora me tocaba hacer lo más complicado: llamar a Omar. Tenía que mantener la coartada tan ingeniosa que se le había ocurrido a mi tía y esa llamada era imprescindible.

—Hola —dije intentado controlar el temblor de mi voz.

—Hola, mi amor. Te echo de menos. He hablado con tu tía Fini, es un encanto.

—Lo es.

—¿Estás bien? Te noto seria y distante.

»Ay Dios, que no me note nada. Dame fuerzas para seguir con esta farsa», pensé.

—Estoy cansada y te echo de menos —intenté poner voz melosa.

Su tono cambió al momento y me lo imaginé inflándose como un pavo real.

—Cielo, yo también te echo de menos. Me duele estar sin ti. Todavía puedo olerte. Tengo tu sabor en mi boca, tu olor en mi piel. Olga, no puedo vivir sin ti. Quiero que te vengas a vivir conmigo. Te necesito.

Madre mía, tenía los pelos como escarpías. Se le había ido la pinza por completo.

—Eres un romántico. Cuando vuelva hablamos con más calma. Mi tía me necesita— .Respiré hondo—. Omar, jamás olvidaré todo lo que haces por mí. —Era la única verdad que podía decirle, pero no en el sentido que él la interpretaría.

—Te mereces todo lo que pueda darte y más. Te quiero.

Colgué el teléfono y me dieron ganas de estrellarlo contra el suelo. No sabía lo que me merecía, pero lo que estaba recibiendo... era más que suficiente.

*

El día pasó sin ninguna novedad. Mi tía y yo disfrutamos de la piscina de Tensy, del sol y sin preocupaciones. Un día entero en el que no hubo noticias ni movimientos de Omar. Fue un regalo de la divinidad que se apiadó por fin de mí. Nadia y Gema seguían investigando el tema, Mila estaba con Bruno en el hospital y de la única que no sabía nada era de Olivia y de Alicia. Me dolía en el alma no comunicarme con la hija de Omar, pero no podía dejar que me chantajeara con ella y poner mi vida en juego. Por parte del hotel, tampoco sabía nada. Me hervía la sangre pensar que Anyelis seguía con Abel por puro interés y, además, que me estaba colocando el cartelito de puta entre mis clientes. Y no podía hacer nada... de momento.

Roman tenía un gimnasio en su magnífica casa, cómo no. Estaba muy bien equipado y, lo mejor de todo, tenía un saco de boxeo. Así que me puse los guantes y ropa cómoda y fui a desahogarme un poco. Mi tía y Tensy tomaban algo en la piscina. Empecé a machacar el saco y a golpear duro sin parar, imaginando que era la cara y el cuerpo de Omar. Luego la intercambiaba por la de Anyelis y mi ira aumentaba. Me pasé más de una hora pegándole palizas a los dos energúmenos que me estaban jodiendo la existencia.

—¡Ey! ¿Dónde vas con tanta agresividad ?

Roman se acercó para que parara y mi tía me miraba sorprendida a su lado. Tenía la ropa completamente empapada en sudor y el pelo pegado a la cara. Sujeté el saco para que dejara de balancearse y apoyé la cabeza en él.

—Tengo que tirar toda esta frustración por alguna parte —contesté exhausta.

—No sabía que pegaras tan duro. Madre mía, un guantazo de esos y dejas en coma a cualquiera —dijo mi tía fascinada.

Me eché a reír ante su asombro.

—Con los guantes y el saco es más fácil. En la vida real no sé si podría tumbar a nadie.

—Ya te digo yo que sí —afirmó mi tía.

—Ha llamado Gema mientras estabas aquí, zurrándole al saco. Dice que Nadia ha encontrado algo. Roman ha mandado a uno de sus escoltas a buscarlas, así nos quedamos tranquilas de que nadie pueda seguir las.

—¿Te ha dicho lo que ha encontrado? —pregunté.

—No, esas cosas por teléfono no. Estarán a punto de llegar.

—Joder, voy a la ducha. No tardo nada.

Salí como alma que lleva el diablo a darme la ducha más rápida de la historia. Habían encontrado algo y estaba emocionada. Me duché a toda mecha y me puse un Tensy veraniego. El vestido era de tirantes, suelto y muy cómodo, un estallido de colores sin ningún sentido que mareaba a la vista y, al mismo tiempo, era imposible dejar de mirarlo. Me daba la alegría que a mí me faltaba. Fui corriendo al salón cuando escuché varias voces. Ya habían llegado.

—Hola. —Abracé a mis amigas como si hubiese meses que no las veía.

—Hala, pareces un arco iris estrellado y revuelto. —Sonrió Nadia al ver mi vestido.

—A mí me encanta. No puedo creer que estemos en la casa de Roman Tensy —dijo Gema emocionada.

Mi tía ya había hecho las presentaciones y nos sentamos todos en el gigante sofá semicircular de terciopelo gris. Roman ocupó el sofá orejero, presidiendo la reunión.

—Decidme que habéis encontrado algo bueno —las apuré nerviosa.

Traían mi carpeta y otra más con documentación nueva. Nadia me guiñó un ojo, como solía hacer al tener algo jugoso y bueno. El corazón me iba a mil.

—El doctor no es tan perfecto como nos quiere hacer creer. Os lo dije. Llamé a un colega para que investigara en la red profunda y dio con algo muy interesante. —Nadia empezó a divagar y a presumir de sus contactos misteriosos.

—Por favor, suéltalo ya. No puedo aguantar más esta agonía —la corté ansiosa.

—Mi amigo Orus encontró en varios foros de mujeres maltratadas y acosadas un patrón: había varios testimonios que contaban haber conocido a un hombre increíblemente guapo, alto y atractivo que las volvía locas en

la cama. Varias de ellas se enamoraron perdidamente de él. Luego él se volvió posesivo, las sometía, las apartaba de sus amistades y las controlaba hasta anular su personalidad. Dos de ellas intentaron suicidarse.

—Pero, ¿cómo sabes qué es Omar? Además, Olivia lleva cuatro años con él y nunca ha procedido así con ella.

—Escucha, deja que termine. De entre esas mujeres se obsesionó con una en particular. Fue un calentón de una noche, una mujer casada. Ella no quiso saber más de él, pero el tío no iba a cesar en su antojo personal.

—¿Y qué pasó? —preguntó Roman.

—Al poco tiempo, esa mujer dejó al marido porque lo engañó con otra. Ella perdió el trabajo por un supuesto fraude en la empresa donde trabajaba. Quiso denunciarlo por acoso, decía que él lo había organizado todo, al final a la mujer la ingresaron por trastorno mental y se quitó la vida. Tienes que saber que la mujer que ayudó a Omar a romper el matrimonio de su víctima... fue Anyelis.

—¿Cómo? —No podía dar crédito.

—Llevan juntos desde hace años. Se ve que tienen una relación enfermiza. Orus pudo ponerse en contacto con ellas. Ninguna tenía fotografías de él, pero una sí guardaba un recuerdo.

Nadia sacó una foto de Omar, una mujer y Anyelis. Parecía una fiesta de cumpleaños. Mi padre le había hecho fotos en mi cumpleaños también, si no, ni tendría su número de teléfono hasta que él me llamó. Me llevé las manos al estómago. Tuve que salir corriendo al baño a vomitar. Aquello era más de lo que mi mente podía aguantar. Mi tía vino tras de mí y me ayudó a incorporarme.

—¿Estás bien?

—No —contesté aterrorizada.

—Levántate. Vamos a atrapar a ese cabrón. No permitiré que se acerque a ti.

Regresamos al salón y me senté en el sofá. Moví la cabeza y le dije a Nadia que continuara.

—Lo que me preguntabas respecto a Olivia. Ella se ha tenido suerte porque era su salvoconducto. Todo esto lo ha hecho, paralelamente mientras mantenía su relación con tu jefa. Tenía la coartada perfecta.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé.

—Créetelo. Aún hay más.

—¿Más?

—Sí, Omar es una joya. Esto lo he descubierto yo, pero no se puede demostrar tampoco, al menos que se pida una autopsia de nuevo. Creo que asesinó a su mujer —afirmó Gema.

—Santo Dios. —Se santiguó mi tía Fini.

Gema sacó unas fotocopias del caso de la muerte de la mujer de Omar. Se había calificado como muerte accidental por sobredosis de heroína. Había imágenes del levantamiento del cadáver y me impresionó mucho ver a una mujer joven, morena, guapa y... muerta.

—Aparta las fotografías de mi vista, por favor. ¿Dime por qué crees que la ha matado Omar? —pregunté, muy afectada al ver las imágenes de su esposa.

—Mira, aquí tengo la declaración de Omar respecto de su esposa.

Gema nos entregó varias fotocopias a todos para que la leyéramos.

—Alicia, su mujer se llamaba Alicia —susurré.

—Sí —confirmó Gema—. Omar declaró que Alicia era una adicta a la heroína, que intentó llevarla a varios centros de desintoxicación, pero que ella se negaba. Que le prometía desengancharse y luego recaía. Alicia apareció muerta con la jeringuilla clavada en su brazo.

—Dios, pobre chica. Qué muerte tan horrible —murmuró mi tía.

—Los análisis forenses, realizados por el Dr. Abab, dictaminaron que la sobredosis por heroína se presumía como la causa principal de su muerte.

—Entonces, ¿dónde está el misterio? —preguntó Roman inclinando el cuerpo hacia delante. Todos estábamos intrigados.

Gema sacó otro papel con los análisis toxicológicos de la autopsia.

—La dosis que se encontró en sus niveles de sangre era quince veces superior a la que podría resistir cualquier ser humano. Era practicante imposible que Alicia estuviera consciente cuando le administraron la heroína. Por otro lado, los análisis de la piel de Alicia encontraron solo una única marca de jeringuilla. Y si era yonqui habitual...

Roman la interrumpió.

—Tendría el cuerpo lleno de pinchazos. Los heroinómanos son capaces de pincharse en cualquier parte del cuerpo con tal de darse su chute diario.

—Exacto —concluyó Gema.

—Vaya —suspiró mi tía.

—¿Y esto no lo ha visto la policía? Es decir, lo has deducido tú leyéndolo, ¿y a la policía se le ha pasado? No me lo puedo creer. Así va el mundo, lleno de psicópatas a sus anchas —mi indignación estaba en pleno apogeo.

—El doctor Abab falleció y ya no se pueden corroborar los datos. De todas formas, hablaré con mi padre a ver qué puede hacer. Que intente reabrir el caso. Pero con esto y los testimonios que ha conseguido Nadia tenemos para ponerlo entre las cuerdas.

—Sigo creyendo que es papel mojado. Él ha estado muy tranquilo durante estos años. —Mi enfoque era muy negativo.

—Pero tenemos a Olivia. Ella era su seguro y ahora no está con él. Si se lo contamos y lo asustamos, puede que se acojone —dijo Tensy.

—No lo sé, ¿y si va a por Olivia? Dios, tenemos que avisarla y hablar con ella.

Me asusté al pensar que podía estar en peligro. Ella había dado la cara por mí y no podía dejarla tirada.

—Tranquila, yo me ocupo.

Tensy levantó la mano y un escolta de los suyos vino de inmediato. Le dio una orden al oído y desapareció tan rápido como había venido.

—¿Vas a ir a por ella? —pregunté.

—Por supuesto, no dejaré que le pase nada a Olivia.

—Necesito beber algo. —Tenía la garganta seca.

—Buena idea, creo que todos lo necesitamos.

Tensy llamó a la sirvienta y pidió que nos prepararan unos margaritas para refrescarnos y sacarnos el mal sabor de boca de toda la macabra y oscura historia que rodeaba a Omar.

*

El margarita me vino de perlas. Me sentí un poco mareada, pero anestesiaba mis neuronas llenas de sufrimiento. Estaba fuera, sentada con los pies dentro de la piscina. Todo aquel infierno me pareció surrealista. El día que pulsé el botón rojo invoqué al mismísimo diablo. Todavía me quedaba una incógnita por resolver: ¿quién le había dicho que yo estaría en aquella habitación? Aunque la verdad, a esas alturas, ese era el menor de mis problemas.

—Olga, ven, que Olivia ya ha llegado —anunció mi tía.

Cuando llegué al salón casi me da un infarto al ver a Abel. Mi reacción fue inmediata.

—¿Qué hace él aquí? ¿Por qué lo habéis involucrado— ?grité histérica.

Las lágrimas salían sin permiso de mis ojos cansados y apenas sin vida.

—Olga, tiene que saber lo que ocurre. A él también lo están utilizando. No es justo —dijo Tensy. Tenía razón.

Abel me miraba con compasión. No sabía hasta qué punto estaba informado, pero no quería que me mirara con lástima.

—No me mires así —volví a chillarle.

—Olga, no sé lo que está ocurriendo aquí. Me han sacado de la oficina y no tengo ni puta idea de a qué se debe esta reunión y tanto secretismo. Así que haz el favor de no pagarlo conmigo.

Miré a mi tía y a Tensy en busca de ayuda. No podía volver a pasar por toda la historia delante de Abel. Eso era más de lo que podía resistir.

—Tranquila, ve a comer algo y descansa. Nosotros nos ocupamos. — Tensy me aportaba serenidad.

—Lo siento, pero no puedo mirarle a la cara. Me siento mal, esto me supera —sollocé angustiada.

—Tranquila, mi niña. Yo te lo cuento luego.

Mi tía me dio un beso en la cabeza y me fui. Abel miró a Tensy como suplicando que no me dejara ir, pero él asintió con la cabeza, dejándole entender a Abel que era mejor así.

Salí de la casa y fui a pasear por los jardines. Me senté a la sombra de un enorme árbol y allí me quedé esperando mientras ponían al día a Olivia y a Abel de las fechorías de Omar. No quería ver su cara cuando descubriera lo falsa que era Anyelis, ni la de la pobre Olivia, que había estado durmiendo con un posible asesino. Me hice un ovillo y escondí la cabeza entre las rodillas. Era todo tan retorcido que resultaba difícil de creer. Veía historias de estas todos los días en las noticias, pero nunca imaginé que me podría tocar a mí.

Recibí entonces un mensaje de Mila. El sonido me sobresaltó.

¿Dónde andas? No sé nada de ti. Le van a dar el alta a Bruno y me voy unos días a su casa. Dame un toque cuando puedas. Omar es un cielo, no deja de hablar de ti a todas horas. ¿Habrá boda?

No le contesté. Sabía que estaba al acecho y utilizaba a Mila y a todos cuantos me rodeaban. Tampoco había vuelto a llamar a mis padres. La situación me desquiciaba y Omar se estaba apoderando de mi vida sin mi permiso. Ya no podía ni hablar con mis seres queridos. Otro mensaje entró en el teléfono.

Te deseo tanto que me duele. En cuanto te tenga te voy a hacer el amor durante días. Voy a poseerte, a follarte, a correrme dentro de ti hasta que te mueras de placer, encima o debajo de mi polla. Regresa pronto. Omar.

—¡Hijo de puta! —grité con todas mis fuerzas.

Cogí el móvil y lo estrellé contra el árbol. Luego empecé a pisarlo y a romperlo en mil añicos. Había entrado en un ataque de ansiedad y no podía controlarlo. Todo lo que había estado conteniendo, ahora salía con violencia al exterior.

—¡Hijo de puta, hijo de puta! —gritaba sin cesar y pisaba el móvil con más rabia.

Seguí chillando y caí de rodillas al césped, golpeándolo con los puños.

—Cálmate. —Abel me cogió por la cintura y me levantó del suelo.

Todos habían salido del salón corriendo al oírme chillar y me rodeaban pasmados ante mi repentino ataque.

—Cálmate, Olga —me repitió Abel.

Yo pataleaba en el aire y me retorció entre sus brazos sin parar de chillar. Estaba desquiciada y solo quería matar a Omar.

—Voy a matarlo, suéltame. Quiero matarlo —gritaba descontrolada.

—Tú no vas a matar a nadie. Tranquilízate, me estás partiendo el corazón —me susurró al oído.

Aquellas palabras de Abel cambiaron mi odio por rabia hacia mí misma. Me atravesaron el alma y acabó de matarme. Empecé a llorar más fuerte todavía, pero esta vez era de puro dolor y remordimiento.

—Mi niña, todo va a salir bien. —Mi tía lloraba, destrozada de verme así.

Abel me sujetó con fuerza y no me soltaba por nada del mundo. Me emborraché de su olor particular, de ese que tanto me gustaba. No tenía derecho. Mi enfado volvió a emerger con fuerza.

—Suéltame —grité y empecé de nuevo a patalear.

—Olga, por favor, te vas a hacer daño —me gritaba Gema.

—¡Nooo! —seguí gritando, dando patadas al aire como una poseída.

—Roman, le va a dar algo —oí que decía mi tía.

Vi venir a uno de los matones de Tensy. Se acercaba a mí de una manera que no me gustaba una mierda. Le lancé dos patadas y él las esquivó.

—No te acerques o te mato hijo de perra —le grité.

—Olga, contrólate, por favor —suplicaba mi tía.

Abel continuaba agarrándome y yo me retorcí como un perro rabioso. El escolta de Tensy se acercó y me dijo:

—Lo siento señorita, pero es lo mejor para usted.

Se acercaba demasiado.

—No me toques, ni te acerques —le grité.

Me puso la mano en el cuello y...

Me desperté sobresaltada. Miré a mi alrededor y de inmediato mi tía se sentó a mi lado en la cama. Me cogió de la mano y me la apretó con suavidad y firmeza.

—Ya pasó, has tenido un ataque de pánico, ansiedad... un poco de todo, creo yo. Borja ha tenido que calmarte. No te enfades con él, te iba a dar algo.

—¿Cuánto llevo inconsciente?

—No mucho, quince minutos.

Me levanté y fui al baño a lavarme la cara. El matón de Tensy sabía hacer bien su trabajo y conocía los puntos de presión que se utilizaban en las artes marciales. Mi padre me había hablado muchas veces de esa técnica, de cómo, si sabías tocar en el lugar preciso, podías desarmar a tu enemigo sin emplear la fuerza. Borja me lo había demostrado. Tensy se rodeaba de profesionales y yo le agradecí su ayuda. La pena era que no pudiera dejarme inconsciente durante días y desconectar de esa pesadilla.

—¿Ya habéis hablado con Olivia y Abel? —pregunté a mi tía. Seguía nerviosa, pero intentaba controlar los ánimos.

—Olivia ya está al tanto. Se ha quedado muy impresionada y afectada al conocer la vida oscura y paralela que llevaba con ella. Se ha venido abajo un momento, pero creo que el odio y el resentimiento que tiene le pueden más. Es una mujer muy fuerte.

—Joder, y yo montando escenitas de paranoica ahí fuera. ¿Y Abel?

Ahora la vergüenza volvía a apoderarse de mí como una amante furtiva: me abrazaba y no me soltaba.

—Pues íbamos por la mitad cuando entraste en pánico. Me imagino que ya sabrá lo de Anyelis también. Parece un tío duro, sabrá encajarlo. Lo vi

más afectado cuando te ha pegado el parraque ahí fuera. Ese hombre se preocupa por ti de verdad.

—Joder, tía. ¿Cómo voy a mirarle a la cara? Lo alejé de mí. El pirado este metió a la furcia esa en su vida y ahora también puede que hasta esté en peligro. Todo es por mi culpa.

Me revolvió el pelo de manera frenética y apretaba los puños de la impotencia. Mi tía avanzó suavemente hacía mí y me sujetó de las muñecas para intentar estabilizarme.

—Puede que todo este lío se haya creado porque ese tío se ha obsesionado contigo, pero tú no obligaste a Abel a meterse en la cama con Anyelis, ni a Olivia a hacerlo con Sandro. Ellos tomaron esa decisión por su cuenta, igual que tú lo hiciste con Omar. Nadie es perfecto y todos nos equivocamos. Vamos a intentar solucionar esto. Sé que no me canso de repetirlo, pero ahí fuera tienes un montón de gente dejándose la piel por ti. Eso es lo que tienes que ver. Empieza a fijarte en lo positivo y deja de escudarte en lo negativo. Omar es un solo hombre, uno. ¿Cuántas personas tienes ahí fuera (y las que no están) dispuestas a ayudarte?

Su razonamiento fue aplastante. Tenía toda la razón del mundo. Omar era un solo hombre y lo estábamos poniendo como si fuera un ser maligno superior, un inmortal, cuando no era más que un simple ser humano como yo, de carne y hueso. Y podía sufrir... y sangrar. Nosotros le estábamos dando el poder con el miedo. Le di un beso y abracé a mi tía.

—Gracias, tía, eres maravillosa. Regresemos al salón.

La cogí de la mano y me la llevé casi a rastras con los demás. Cuando entramos todos me miraron, menos Abel. Estaba sentado en el sofá gris con la cabeza gacha y se le veía compungido. Sus ojos azules miraban al suelo, perdidos. Olivia también tenía ojeras de haber llorado. Miré a los dos y no sabía hacia dónde tirar primero. Olivia me hizo un gesto con la cabeza en dirección de Abel. Le sonreí tímidamente y fui hacia el rubio de ojos azules que ni siquiera me había visto. Me puse delante de él y levantó la cabeza.

—Olga —pronunció mi nombre en un susurro lleno de melancolía.

Se levantó de golpe y me abrazó con todas sus fuerzas. Yo le devolví el abrazo y hundí mi cara en su pecho. Absorbí su aroma, su delicioso aroma que tanto me gustaba y me perdí entre sus brazos. Era la primera vez en mucho tiempo que me sentía realmente bien. Apoyaba su barbilla en mi

cabeza y noté que Abel se empapaba de mí. Me estrechaba entre sus brazos y los dos nos evadimos por un momento, ajenos a que estábamos rodeados de gente.

—Ejem... —carraspeó Nadia.

Nos separamos al instante y regresamos a la realidad del salón. Salimos de ese momento mágico para incorporarnos con los demás.

—Lo siento —me disculpé.

Me fui inmediatamente hacia Olivia y la abracé también.

—Olga, esto es muy fuerte. Ya lo sabemos todo.

—¿Cómo estás? —le pregunté

—Me imagino que igual que tú, con ganas de matarlo.

Nos sentamos de nuevo en el sofá semicircular. Me puse entre Abel y Olivia. Era un poco raro tenerlo tan cerca y más sabiendo todo lo que había pasado, pero me daba tranquilidad.

—¿Estás más tranquila, Olga? Siento lo de Borja, pero habías perdido los nervios —se disculpó Tensy desde su sillón orejero.

—Lo entiendo. Dale las gracias a Borja, lo necesitaba.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué te dio la neura? —preguntó Nadia mientras mascaba chicle.

Me puse tensa y apreté los dientes al recordar el mensaje.

—Recibí un mensaje de Omar y perdí el control. No lo pude soportar más y se me fue la cabeza.

—Entiendo —dijo Tensy.

—No me voy a esconder más. Si quiere venir a por mí que venga.

—¿Estás loca? No lo voy a consentir. —Saltó el Abel protector.

—A esto me refiero. Le estamos dando poder con el miedo. Si me escondo ahora tendré que hacerlo siempre. Si intenta algo tendré un motivo para denunciarlo. No tengo que fingir nada, solo tengo que decir que no.

—Es arriesgado. Nunca se ha visto en esa tesitura; provocarle no sería una buena opción —me advirtió Gema.

—Yo no voy a provocarlo. Voy a dejarlo —aclaré.

—Mi niña, esto no es un juego. Ese hombre es un desequilibrado, es...

—Es un hombre, tía. Solo eso. Tú me lo has hecho ver en la habitación.

—¿Qué tienes pensado? —Olivia me miró intrigada.

—Me voy a ir a trabajar esta noche contigo.

—¿Qué? Olga, por Dios. —Mi tía estaba que le daba algo.
—Escúchala, Fini, déjala hablar —dijo Tensy.
—Cuando me presente en el trabajo, Anyelis se va a chivar al momento
—continué.
—¿Pretendes provocarlo— ?insinuó Olivia.
—Pretendo cazarlo, pero necesito vuestra ayuda.
—¡Cuenta conmigo! —dijeron todos al unísono.

*

El plan ya estaba en marcha. Habíamos repasado hasta el último detalle. Ahora solo tocaba esperar que nada se torciera y que todo saliera bien.

Faltaba un poco hasta que me fuera para el trabajo. Parecía que hacía una eternidad que no pisaba el hotel Red Pleasure, pero ese día marcaría un antes y un después en mi vida. Salí al jardín a dar un paseo. Mi tía había hecho buenas migas con Tensy. Y algo más. Tomaban una copa de vino muy acaramelados en uno de los porches de la casa. Había luna llena y hacía mucho calor. Admiraba el cielo cuando Abel se me acercó por la espalda. Su delicioso olor era el complemento que le faltaba al ambiente para que la noche fuera perfecta.

—¿Nerviosa?

Su voz era un bálsamo para mis oídos.

—La verdad es que ahora no. Estaba admirando la luna, me relaja.

—Olga, no quiero que te pase nada. Si ese perturbado te llega hacer daño y no puedo evitarlo...

—Shhh... —puse mis manos sobre sus perfectos y curvados labios.

Abel agarró mi mano y la besó. Me ruboricé y me aparté de él. Me agarró de la cintura y me obligó a mirarle.

—No huyas más de mí, por favor —me suplicó.

Lo miré sorprendida. No entendía cómo podía querer estar a mi lado.

—Abel, no huyo. Simplemente no creo que te merezca. Después de todo esto no sé si podré...

No me dejó continuar. Un beso suave y delicado me cerró la boca. Me quedé tan aturdida al sentir los labios de Abel sobre los míos que fue como un puro orgasmo. Sus labios rozaban los míos con suaves movimientos, mientras con una mano agarraba mi cintura y con la otra sujetaba mi nuca

para poder llevar mi cara hacia su boca. Una boca que se abría lentamente y dejaba paso a una lengua cálida y suave que se entrelazó con la mía. Mis manos subieron hacia sus mechones rubios y se perdieron en ellos.

—Olga —gimió.

—Abel —susurré.

Dios, me estaba removiendo por dentro y mi cuerpo reaccionaba a sus besos como el metal dentro de un microondas. Estaba a punto de explotar en un limbo de emociones contenidas ante mi titán predilecto. Saqué valor de donde no lo tenía y me separé de aquellos labios maravillosos.

—No te rechazo, pero ahora no es el momento. Me siento fatal y muy confusa con todo esto. Quiero ser honesta contigo por una vez en la vida y creo que te mereces a alguien mejor que yo. No soy digna de ti.

Tenía que decírselo. Lo llevaba dentro y si no lo hacía me moría.

—Entonces yo tampoco soy digno de ti. Porque tampoco supe ver a la arpía de Anyelis y me dejé engañar por ella. Yo no soy digno por no haber luchado por ti y dejar mi cabezonería aparte. Si lo hubiera hecho no te hubieras liado con ese energúmeno. Así que en esto tengo tanta culpa como tú.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Las lágrimas me escocían en los ojos. Nunca había sido tan sincero conmigo y se lo agradecía.

—Joder, Abel. No quiero fastidiarla. Ahora no tengo la cabeza para pensar en romances, ni siquiera me he librado del chiflado ese. No quiero hacerte daño, ni tampoco que me lo hagan a mí. Estoy cansada.

Bajé la mirada. No quería engañar a Abel ni tampoco hacerme ilusiones con él. No era el momento de nada. No necesitaba más complicaciones en mi cabeza. Abel puso mi mano en el mentón y me levantó la cara.

—Lo siento, no es el momento . Vamos a dejar que las cosas sigan su curso, sin presión. ¿Te parece bien?

Le miré agradecida.

—Me parece genial.

*

Llegué al hotel Red Pleasure muy nerviosa. Aparqué el coche en el aparcamiento subterráneo de los clientes, pues no quería que Anyelis me viera llegar. Me tomé unos segundos, respiré profundamente y pedí al

universo que todo saliera bien. Me había puesto unos pantalones cortos verdes y una camiseta negra de tirantes, acompañados de unas sandalias sin tacón atadas al tobillo, por si tenía que echar a correr. Había pensado en todas las posibilidades y quería estar preparada para lo que pudiera ocurrir. Usé mi tarjeta VIP y entré por la zona privada de clientes. Subí a mi habitación y de allí bajé directamente a ver a Olivia. Sabía que al entrar en mi habitación Anyelis ya estaría sobre aviso de que yo estaba en el hotel. Fui a la zona común, donde Olivia me esperaba. Actuamos como si nada delante de las nuevas masajistas y de Sandro. Ella no había roto con él tampoco para no levantar sospechas.

—Hola, ¿qué tengo para hoy?

Hice la pregunta de la manera más natural que pude. Sandro se sorprendió al verme allí. Las nuevas masajistas me miraron con indiferencia.

—Olga, ¡qué bueno que estés de vuelta!

Olivia se acercó y me puso una mano en el hombro guiándome hacia un extremo de la sala, donde no nos oyeran.

—¿Estás nerviosa? Porque yo empiezo a estar un poco atacada.

—Tranquila, creo que Anyelis ya ha picado. Además, si no lo ha hecho ella la alcahueta del hermano acabará de hacer el trabajo. Míralo.

Olivia me señaló con la cabeza y yo miré hacia donde ella me indicaba. Sandro salía con el móvil en la mano y parecía tener prisa.

—Olivia, ahora o nunca, o puede descubrirnos Omar. Hay que hacerlo antes de que me pille.

—Vamos.

Fuimos directas a la recepción y allí estaba el zorrón de Anyelis. Siempre perfecta y divina con sus vestidos rojos de diablesa. Le venían que ni pintados. Abrió los ojos de fingida sorpresa cuando nos vio aparecer a Olivia y a mí delante del mostrador. Sabía de sobra que estaba en el hotel.

—Olga, cuántos días sin verte por aquí. ¿A qué se debe el placer?

Su voz era puro sarcasmo y nos mostró una sonrisa de lo más cínica.

—He venido a despedirme y quería darte las gracias. ¡Putas! —le espeté. La cara de Anyelis se transformó y se quitó la máscara.

—¿Cómo te atreves?

Salió furiosa de detrás del mostrador y me hizo frente. Yo no me achanté y me puse cara a cara con ella, aunque fuese más alta.

—Te has encargado de decirles a los clientes que, si me daban dinero, yo les haría favores sexuales. La única puta que se vende en este hotel eres tú.

—Eso no es cierto —respondió con una falsa indignación—. Yo no les he dicho nada a los clientes.

Se acercaba peligrosamente y su frente casi tocaba la mía. Olivia nos separó e intervino.

—Me temo que sí es cierto. Varios clientes me lo han confirmado y lo que estás haciendo es un delito. Estás dejando a este hotel en mal lugar y a mis masajistas como prostitutas, cuando la única proxeneta que hay aquí eres tú. Mis masajistas no se dedican a eso, Anyelis.

Olivia tenía la mirada fría y la dejó desarmada.

—Es tu palabra contra la mía. No puedes hacer nada contra mí. Soy la novia del dueño y no os creerá.

Lanzó su larga melena hacia atrás y sonrió con aire triunfante.

—Tengo un cliente al que no le importará testificar en contra tuya en cuanto ponga la denuncia. Yo tengo amigos y gente que me aprecia de verdad. En cuanto a tu jefe, que sepas que no te quiere. Cuando se entere de que me has hecho esto te meterá una patada en el culo y ya puedes rezar para que no te denuncie también.

Me estaba calentando y le tenía muchas ganas. Mi sed de venganza iba subiendo a medida que ella me retaba. Cuando vi su cara de sorpresa fue como tener un orgasmo.

—Maldita puta, te crees la reina de mambo. Que todos los hombres caen rendidos a tus encantos. No todos son tus amigos como tú te crees, listilla. El primero en venderte fue Bruno. Pregúntale qué hizo nada más conocerte: entregarte a un desconocido. No serás tan buena para su hermano como dices cuando me escogió a mí.

Miré a Olivia, impactada por la confesión de Anyelis. También se había calentado y habló más de lo que esperaba. Ahora me encajaba las cosas. Bruno fue quien le dio la información de mi habitación y, probablemente, una copia de la llave. Así entraba a su antojo. Pero, ¿por qué? Olivia me miraba tan sorprendida como yo. Ahora ya sabíamos que la B de la nota de Omar era Bruno. Faltaba saber el resto de la nota, aunque en realidad me importaba una mierda.

—Eres mala —le espetó Olivia—, eres la peor persona que he conocido en mi vida.

La miraba con odio y Anyelis se empezó a reír como una gallina atormentada.

—Olivia, cielo —la miró con ira—, no te quejes que contigo he tenido que compartir a mi hombre durante cuatro años. Luego te he dejado a mi hermano, que es un bombón. No has salido tan mal parada.

Olivia se llevó las manos a la boca reprimiendo un grito de angustia.

—Eres una psicópata, igual que él —le grité enfurecida.

Ya no pude disimular ni callarme, la ira se apoderó totalmente de mí.

—No, cielo, somos personas inteligentes que estamos por encima de todos vosotros. Tendré que esperar a que Omar se canse de ti como hizo con las otras, pero siempre acaba regresando conmigo. Siempre. No tardarás en saberlo. Ya viene a por ti.

Me lancé encima de ella y le di un puñetazo en su resplandeciente y perfecta cara. Por fin el boxeo me servía para algo y podía emplearlo en una persona de verdad. Anyelis empezó a sangrar por la nariz y se llevó las manos a la cara. Arremetió con furia contra mí y las dos fuimos al suelo. La agarré de los pelos y chilló del dolor. Su sangre caía encima de mi cuello y mi camiseta. Intentaba golpearme, pero la rabia que llevaba dentro me dio una fuerza descomunal. Pude doblar mis rodillas y empujarla contra el mostrador. Oí que Olivia chillaba, pidiendo ayuda. Entonces llegó Abel corriendo con Gema, que esperaban en el despacho. Sujetaron a la embravecida Anyelis, que profería una serie de insultos hacia mí.

Olivia me ayudó a levantarme. Estaba manchada con la sangre de Anyelis y Abel vino corriendo preocupado hacia mí, mientras Gema sujetaba a Anyelis.

—¿Estás bien?

Me palpaba la cara y el cuerpo en busca de alguna herida.

—Estoy bien, la sangre es suya. ¿Tienes eso?

Abel fue debajo del mostrador y sacó una grabadora que le dije que colocara antes de que llegara Anyelis. Rebobinó y pulsó el *play*. Salía toda la conversación de Anyelis confesando. Esta lo miró atónita y palideció al momento. Su piel se tornó gris.

—Abel, ¿cómo has podido?

Apenas le salía un hilo de voz. Abel se dirigió a ella y le dedicó la mirada más dura que podían salir de aquellos magníficos ojos azules.

—¿Cómo has podido tú? Me das asco.

Anyelis empezó a reírse de nuevo como la desequilibrada que era.

—Voy a disfrutar viéndote sufrir. Cuando él te quite lo que más quieres.

Le lanzó un beso y a mí me guiñó un ojo. Hizo que me estremeciera.

—Cállate, loca. Tú lo que necesitas es pasar un tiempo a la sombra. Verás cómo se te asienta el cerebro. Vosotras dos tenéis que largaros de aquí. Ya. Ese pirado puede aparecer en cualquier momento. Mi padre ha enviado una patrulla para que se lleven a esta *elementa* —dijo Gema.

—Voy con vosotras —se ofreció Abel.

—Mejor ayuda a Gema con Anyelis. Sandro anda por el hotel y puede intentar cualquier cosa.

—Tened cuidado e id directas a casa de Tensy —nos susurró para que Anyelis no oyera.

Gema le dio una sacudida y se la llevó hacia la calle. Abel la acompañó por si necesitaba refuerzos. Tenían que esperar al coche patrulla que les había mandado su padre.

Olivia y yo bajamos al aparcamiento a por los coches. Fuimos por el interior del hotel, ya que era más seguro. Todo había salido como lo había planeado. Anyelis había cantado al provocarla y ya teníamos algo con lo que amenazar a Omar. Lo que no me esperaba fue lo de Bruno; era un tema que me tendría que aclarar personalmente en cuanto pudiera.

Bajamos el último tramo de la escalera con acceso al aparcamiento. Al doblar el rellano para abrir la puerta, Omar nos cortó el paso.

—Mira por dónde, mis dos chicas juntas. ¿Queréis que subamos a una habitación a pasar un rato agradable los tres? Puedo satisfaceros a las dos perfectamente.

Su mirada era perversa y maligna. Tenía el pelo desaliñado y parecía que había dormido poco.

—Omar, ¿por qué haces esto? Tú no eres así. El Omar que yo he conocido nunca haría daño a nadie. Cariño, por favor.

Olivia intentaba hacerlo entrar en razón, pero él solo me miraba a mí. Sus ojos tenían un objetivo fijo, y ese objetivo era yo.

—Cállate, Olivia. No soy tu cariño. No he venido a por ti, he venido a por Olga y no pienso marcharme sin ella.

Me señaló con su largo brazo y empezaron a temblarme las piernas. Omar había perdido el control, estaba fuera de sí.

—Por favor... —insistía Olivia.

—Que te calles. Esto ha sido todo por tu culpa. ¿Crees que no sé que has cogido mis papeles? ¿Que has tocado mis cosas? Te he tratado bien, pero tú te has portado mal —Omar le gritaba y Olivia le dio una bofetada.

Me tapé la boca con la mano. Eché un paso hacia atrás al ver la mirada iracunda de Omar. Olivia le desafió y fue lo peor que pudo haber hecho. Él le asestó un golpe tan fuerte en el pecho, que la lanzó contra la pared del rellano y Olivia perdió el conocimiento. Iba a ir hacia ella para ensañarse y rematar la faena cuando le sujeté del brazo.

—No le hagas daño. Iré contigo.

Las palabras salieron de mi boca sin pensar. No quería que le hiciera daño a Olivia. Sabía que si no lo paraba... la mataría.

—Oh, Olga. Mi pequeña Olga.

Omar empezó a acariciarme el pelo y la cara. Pasaba sus dedos por las manchas de sangre que había en mi cuello y parecía excitarse. Yo estaba muerta de miedo y la sensación de sus manos en mi cuerpo me daban náuseas.

—Claro que vas a venir conmigo. ¿Acaso lo dudabas?

Una lágrima empezó a rodar por mi mejilla y Omar la lamió con su lengua. Fue un acto repulsivo que me puso la carne de gallina. Cerré los ojos en un acto reflejo. Empezaba a acariciar mis hombros desnudos y bajaba lentamente por mis brazos. Se estaba excitando y no soportaba verlo, bastante era con sentirlo. El calor de su piel me estaba asfixiando. Solo pensaba en que no le hiciera daño a Olivia y se estaba aprovechando de la situación.

Pude ver por el rabillo del ojo que Olivia empezaba a moverse. Abrió los ojos y entonces le di la vuelta del todo a Omar y le besé. Le pillé desprevenido y gimió de placer.

—Oh, pequeña. Sabía que me deseabas tanto como yo a ti.

Omar no veía a Olivia, pues la tenía de espaldas. Estaba recuperando el conocimiento y solo quería que huyera de allí. Omar apretó mis caderas contra su dura erección. Solté un pequeño grito de sorpresa.

—Te gusta sentir mi polla dura sobre tu coño, ¿verdad?

Estaba ansioso y cachondo. Mientras lo mantuviera así no pensaría en Olivia. Pasé mis manos alrededor de su cuello y volví a besarle. Él tomó posesión de mi boca con una brutalidad feroz. Yo contenía las ganas de morderle y gritar, pero mientras él invadía la intimidad de mi boca y se restregaba contra mi sexo yo le hacía señas a Olivia con la mano para que huyera.

Ví cómo se ponía en pie y Omar me aplastó contra la pared. Me dejó sin aliento y, por un momento, perdí el control de todo. Sus manos fueron hacia mi camiseta y me la desgarró. Reprimí un grito. Luego fue hacia la cinturilla de mi pantalón: pretendía follarme allí mismo. Se había excitado demasiado y su deseo estaba desbocado. Le aparté las manos.

—No, Omar. Aquí no. —Intenté disimular mi terror.

No podía follar con él. Antes prefería que me matase.

—Necesito poseerte ahora. Necesito sentirte dentro de mí. Voy a follarte, Olga. Voy a clavártela hasta el fondo para que me sientas entero.

Sus manos estaban rozando mi pubis y yo no podía soportar que ese psicópata me siguiera tocando.

—Omar, no. ¡Para— !chillé sin poder evitarlo.

—Ha dicho que pares, gilipollas.

La voz de Olivia hizo que Omar se diera la vuelta de repente. Olivia le estampó una barra de hierro en todo el cuello. No acertó a darle bien en la cabeza, pero él se tambaleó y cayó de rodillas, apoyando las manos en el suelo. No pude evitarlo y le lancé una patada en las costillas.

—Te vas a follar a tu puta madre. A mí no me vuelves a poner la mano encima, cabrón —grité, llorando de la humillación y la frustración que llevaba dentro.

Omar se echó a reír al igual que lo hizo Anyelis. Estaba loco y aquella risa ponía los pelos de punta.

—Cómo me pone que me castigues. Cuando venga mi turno te va a encantar, pequeña. Te voy a romper el coño con la polla. Lo nuestro es para siempre. —Escupió sangre y me sonrió.

Era demencial escucharle hablar. No sé cómo no me di cuenta de su locura.

—No va existir nunca más un nosotros, Omar. Esto se acaba aquí. —Me acerqué a su oído para gritarle bien fuerte.

Me cogió del tobillo y me hizo caer. Volvió a besarme y no podía zafarme de aquel cuerpo pesado.

—Eso lo decidiré yo. Nosotros existe y existirá hasta que uno de los dos muera.

—Pues entonces muere, cabrón —gritó Olivia de nuevo.

Empezó a golpear a Omar con la barra de hierro en la espalda. Él chillaba de dolor, retorciéndose en el suelo. Aquella situación era algo surrealista, algo que ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado. Omar lanzó una patada a los pies de Olivia y cayó sobre mí. Aquel hombre era algo sobrenatural. Olivia le había dado una paliza como para matarlo, pero aun así consiguió salir arrastrándose por el suelo hacia la puerta y alcanzar su coche. Salimos detrás de él, pero el Porsche Cayenne ya había salido derrapando del aparcamiento.

—¿Estás bien? —me preguntó Olivia.

Asentí con la cabeza porque las palabras no me salían. Estaba procesando todo lo que acaba de ocurrir.

—Gracias —pude decir al final.

—Esto no ha terminado, volverá a por ti —dijo Olivia mientras me ayudaba a levantarme.

—Lo sé. Ha sido horrible. Vámonos de aquí, tiene que verte un médico.

—Intenté recomponerme.

Entonces subimos a la recepción en busca de ayuda.

Nuestra pinta no podía ser más desastrosa. Olivia se apoyaba en mí, tenía la cara magullada del impacto contra la pared, aunque el golpe lo recibió en el pecho, y yo llevaba la camiseta rasgada con el sostén al aire. Las dos íbamos salpicadas de sangre que, afortunadamente, no era nuestra y teníamos unos pelos que parecía que un tornado nos hubiera pasado por encima.

Un coche patrulla estaba parado delante del hotel, con las luces apagadas para no llamar la atención. Otro vehículo camuflado de la policía, de color gris, le cortaba el paso. Cuando nos acercábamos al hotel del coche gris salió un hombre vestido de paisano, con el pelo canoso, vaqueros y una camiseta negra. Vino hacia nosotras y enseguida sacó de la parte trasera de su pantalón un *walkie-talkie*.

—Enviad una ambulancia al hotel Red Pleasure —ordenó de inmediato.

Le sonreí con agradecimiento. Olivia necesitaba que la viera un médico.

—Soy el inspector Santos, el padre de Gema. ¿Qué ha pasado?

Inmediatamente vi a Abel. Se quedó aterrorizado al ver nuestra imagen. Tenía los puños apretados y su mandíbula estaba tensa. Me estrechó entre sus brazos y vi cómo brillaban sus ojos.

—Tranquilo, estoy bien —le susurré.

—Nos ha pillado Omar en el garaje. Si no fuese porque Olga lo ha entretenido me hubiera matado.

Olivia se retorció de dolor y se llevaba la mano al pecho.

—Iba a violarme allí mismo —continué con la historia—. Está desquiciado, fuera de control por completo. Olivia le ha dado duro con una barra de hierro. Está malherido, pero ha conseguido huir.

—Voy a matar a ese hijo de puta. —Abel me estrechó entre sus brazos y yo me acurruqué, dejándome mecer por su calidez.

—Mandaré ahora mismo una patrulla a buscarlo. Esto ya es agresión e intento de secuestro y violación. Mi hija me ha puesto al tanto del caso. Hay suficientes pruebas para encerrarlo. Supongo que vais a denunciarlo.

Olivia y yo nos miramos.

—¡Por supuesto! —respondimos las dos a la vez.

—Ahora debéis ir al hospital para que os examinen. Luego tramitamos la denuncia.

—¿Y Anyelis? —le pregunté a Santos.

—Está metida en un buen lío. No sé si la grabación será admitida en un tribunal, pero viendo la gravedad del asunto y la relación con ese señor, seguramente la admitan. Además, estáis las dos como testigos de la conversación. No es la palabra de una contra la otra; sois dos. Lo tiene jodido. Hemos pedido una orden para registrar su casa y ver la implicación de su hermano. De momento no tenemos nada en su contra.

El teléfono de Abel sonó y tuve que separarme de él. Hablaba con Tensy, poniéndole al tanto de todo lo ocurrido.

—Dile que tranquilice a mi tía, que estoy bien —le susurré.

Abel le contó todo con detalle y le dijo que no se preocupara. Quedaron en ir al hospital.

Llegó entonces la ambulancia y se llevó a Olivia. Yo me fui con Abel, escoltado por el padre de Gema. Todavía estaba con el miedo metido en el cuerpo, porque Omar seguía ahí fuera y el hospital no era el lugar más seguro.

*

—¿Quieres que avise a tus padres?

La voz de Abel me sacó de mis pensamientos en la habitación del hospital donde me habían ingresado a Olivia y a mí para hacernos las pruebas forenses. Habían sacado muestras de sangre, se habían llevado la ropa; hasta me habían raspado las uñas. Ahora, en los brazos y piernas tenía unos moretones feos a causa de la pelea con Anyelis y de la caída con Omar. Nada en especial comparado con lo que había recibido Olivia. Lo mío era más psicológico que otra cosa.

—¡Uf! Supongo que tendré que contarles la película —me quejé resignada—. Los voy a destrozar. Pero trabajan aquí y acabarán por

enterarse.

Abel me acarició la cara con ternura y me miró con auténtica devoción.

—No te preocupes, yo me ocupo.

Irrumpieron entonces en la habitación mi tía Fini y Tensy. Ella se tiró encima de la cama a abrazarme, llorando desconsolada.

—Mi niña, casi te mata ese desgraciado.

Mi tía me ahogaba con su abrazo. La aparté suavemente del cuello.

—Estoy bien. Por la que debéis mirar y preocuparos es de Olivia. Ella se ha llevado la peor parte.

—Sí, la hemos visto. Ahora se la llevaban para hacerle más pruebas. El malnacido ese...

Mi tía apretaba los puños con rabia y echaba su melena rubia hacia atrás en un desaire.

—He oído que ha huido. Voy a dejar a Borja cerca de vuestra puerta hasta que regreséis a casa y lo encuentren, porque no me fío.

Tensy tenía la mirada opaca y sus palabras eran frías.

—Omar, tardará en recuperarse. Olivia le dio duro —les dije.

—Nada de esto tenía que haber pasado. Arriesgaste demasiado. Debí haber mandado un hombre de los míos a vigilarte.

Roman apretó los labios y se movió nervioso.

—Era un imprevisto que sabíamos que podía pasar —contesté—. No imaginábamos que estaba tan loco. Tenías que haberlo escuchado. Era algo demencial...

—No quiero imaginarlo.

Mi tía puso los ojos en blanco.

Llamaron a la puerta y apareció Mila con Bruno. Me puse tensa al verlo allí. Todavía no le había contado nada a Abel de lo que sabía y su presencia en ese momento no me era grata.

—Olga, no tenía ni idea de toda esta movida. Siento tanto no haber estado ahí para ayudarte —sollozó mi amiga, con lágrimas en los ojos.

Tensy y mi tía salieron para dejarnos intimidad. Abel se quedó con su hermano. Bruno tenía la cabeza gacha y no era capaz de mirarme a los ojos.

—Ya está, nadie se lo esperaba. Tú ya tenías bastante con lo de Bruno. Al fin y al cabo, le salvó la vida. Algo humano había en él.

Miré a Bruno fijamente, pero él evitaba mis miradas.

—Ya ves, con nosotros era muy amable y atento. Siempre visitando a Bruno. Ellos se conocían de hace años. Para Bruno ha sido una sorpresa muy desagradable. ¿Verdad, cariño?

Mila miraba a Bruno y yo también lo hacía. Él estaba nervioso y se movía de un lado al otro con las manos en los bolsillos.

—Sí, no me esperaba esto de Omar. Lo consideraba un amigo, una persona de confianza. Es, perdón... era mi médico desde hace años.

Abel le puso la mano sobre el hombro, dándole su apoyo. Aquello hizo que me encabronara más. No sabía cómo proceder, no quería hacerles daño a Mila o a Abel, pero en ese preciso momento hubiera estampado a Bruno contra la pared.

—¿Me dejáis hablar a solas con Bruno un segundo? Como amigo de Omar, puede que me aclare unas cosas.

No se me ocurrió nada mejor.

Bruno se puso alerta y Mila y Abel me miraron de forma extraña. Imaginaron que era el estrés postraumático, pues se encogieron de hombros y nos dejaron a solas.

—¿Qué pasa, Olga? ¿Todavía estás molesta por lo que pasó en la sala de masajes? Ya te pedí perdón, yo...

Levanté la mano para que se callara.

—¿Por qué me vendiste a Omar?

Mis palabras le debieron sentar como un bofetón en toda la cara. Se tambaleó un poco y tuvo que sentarse.

—No es lo que piensas —respondió—. No pensé que fuera a utilizar la información de esa manera. Tampoco sabía que mi hermano estaba colado por ti hasta que me lo ha contado Mila. Por Dios, ¿piensas que iría en contra de mi propio hermano?

—¿Entonces fuiste tú el que le informó de que yo estaría en la habitación la primera noche que subí al hotel?

—Sí. Me cameló de una forma tan retorcida... Dijo que eras amiga de no sé quién, que querían sorprenderte con no sé qué. Todo eran divagaciones. Jamás pensé que era para usarlo en su propio beneficio, de lo contrario no lo hubiera hecho. Ya lo conoces, sabes el poder que tiene para manipular a la gente.

En eso tenía razón Bruno. No podía juzgarlo por eso, porque a mí también me había engañado.

—De acuerdo, pero eso no justifica que le hicieras una copia de mi llave VIP.

Bruno abrió los ojos muy sorprendido.

—Yo jamás haría eso. —Su cara era de sorpresa—. No pondría en peligro la seguridad e integridad de mi hotel.

Me quedé pensativa. Su respuesta sonaba sincera. Tuvo que ser Anyelis. La muy zorra me había mentido queriendo involucrar a Bruno para enfrentar así a los hermanos. Me sentí aliviada al saber que Bruno no era tan malo como creía, pues también había sido manipulado por la mente perversa de Omar.

—Una última pregunta. En las notas de Omar ponía: «Pagar a B con V.» ¿Quién o qué es V?

Bruno se puso colorado como un tomate.

—Es Viagra. Omar me hacía recetas de Viagra. No debía tomarlas tan pronto, pero aun así me las recetó, bajo mi responsabilidad. Olga, estaba muy desfasado. Ahora con Mila soy otro hombre.

Bajó la cabeza, avergonzado. El misterio de la V eran unas putas pastillas de Viagra.

—Hay que joderse. —Me eché a reír sin poder evitarlo.

—Olga, no se lo cuentes a Mila ni a mi hermano. Los perdería. Yo no te conocía y obré mal. Ya no soy esa persona. Si pudiera echar marcha atrás y cambiarlo todo...

—Pero no se puede —le corté—. No te preocupes, no diré nada. Pero más te vale que hayas cambiado y hagas feliz a mi amiga y no decepciones más a tu hermano.

Bruno asintió con la cabeza y me dio las gracias. No sabía si volvería a fiarme de los hombres y menos a tener compasión de ellos.

*

Después de revisarme y hacerme todas las pruebas me dieron el alta. Fui a la habitación de Olivia. Ella se había llevado la peor parte y me dolió mucho verla con la cara morada e hinchada, a causa de su impacto contra la pared. Omar la había empujado con una violencia extrema y recordarlo me llenaba de rabia e impotencia. Le cogí la mano con cariño y me senté en la esquina de la cama.

—¿Cómo estás, mi luchadora de barra libre?

Olivia intentó reírse y se llevó la mano al costado.

—Ya ves, hecha un trapo —se quejó—. El capullo me ha roto un par de costillas. Yo espero haberle roto unas cuantas más.

—Le hemos zurrado de lo lindo... pero no lo suficiente. Se nos escapó, Olivia.

Hice una mueca de desagrado con la boca.

—Cierto, pero tardará en recuperarse. La policía lo está buscando y seguro que no tardará en encontrarlo. Lo que me preocupa es la niña.

Igual que yo. No hacía más que pensar en Alicia, en cómo le afectaría todo esto.

—Santos ha mandado una patrulla a vigilar la casa —la informé—. No le han dicho nada para que no lo ponga sobre aviso. Es muy inocente y quiere a su padre. Seguro que la utilizaría con tal de salvar el pellejo.

Fuera, en el pasillo, empecé a oír voces alteradas. Parecían mi tía Fini y Abel intentando moderar una discusión. Olivia me miró, interrogándome con la mirada, pero me encogí de hombros. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué alboroto es ese?

Olivia estaba tan desconcertada como yo.

—Voy a echar un vistazo.

No me hizo falta. La puerta de la habitación se abrió violentamente y mis padres aparecieron muy nerviosos. Sobre todo, mi madre, que venía con mi tía Fini y Abel al lado. Él entornó los ojos y su mirada lo dijo todo. La cara de mi tía era de disgusto. Era la que discutía con mi madre a voces fuera, en el pasillo. Mi padre vino hacia mí y me abrazó. Mi madre, como siempre, se puso a llorar a lágrima viva.

—Ya lo saben todo —dijo Abel con voz cansada.

—Hija, lo siento. No sé cómo no lo hemos visto. He trabajado con Omar durante años y jamás pensé que fuera...

Mi padre era incapaz de decirlo. Las palabras se le atragantaban y solo me apretaba entre sus brazos. Luego se fijó en Olivia y fue hacia ella. Mi madre tomó el relevo para estrujarme en un nuevo abrazo.

—Olga, perdona. Nunca debí mandarte a esas clases. No tenía ni idea. Era tan encantador...

Todos se echaban la culpa y se lamentaban de que me hubiera liado con Omar. Se me estaba haciendo un nudo en la garganta de oír tantas lamentaciones por ese cabrón. Yo sola había caído en sus redes y todos éramos fruto de sus manipulaciones y engaños. Nadie tenía la culpa de nada.

—Olivia, siento todo esto. ¿Cómo estás?

Mi padre fue el único que se dio cuenta de que Olivia estaba allí hecha una mierda. Mi madre seguía obcecada en sus lamentaciones.

—Dentro de lo cabe estoy bien, Alejandro. Gracias.

—¿Sabéis algo de tu...?

Mi padre volvió a tragarse las palabras.

—No te preocupes, cuesta acostumbrarse. La policía lo está buscando.

—Olga, será mejor que te lleve a casa de Tensy con tu tía —dijo Abel—. Allí estarás más segura.

Mi madre lo fulminó con la mirada. Luego hizo exactamente lo mismo con mi tía.

—Le agradezco que me haya contado todo este embrollo de mi hija y sé que la aprecia, pero mi hija se viene con nosotros a casa. No dejaré que vaya por ahí en manos de más desconocidos.

El tono con el que lo soltó mi madre fue de lo más desagradable. Yo entendía que quisiera protegerme, y más al enterarse de toda la movida así de golpe. No conocía a Abel, pero mi tía era familia.

—Maite, no soy ninguna desconocida —se defendió ella—. Soy tu hermana y Olga es mi sobrina. Abel se ha preocupado por Olga y la ha protegido. No merecemos que nos hables así.

—Seguro que nada de esto hubiera pasado si Olga no se dejara influenciar por ti —le espetó mi madre.

—Maite... —le reprendió por fin mi padre.

Mi tía tenía la cara desencajada y se tocaba el pecho afligida. Mi madre se había pasado tres pueblos. Salió llorando de la habitación y Abel fue tras ella. Me giré y me enfrenté a mi madre:

—Mamá, te quiero más que a nada en este mundo. Estoy pasando el peor momento de mi vida, pero lo que acabas de hacer es cruel. Mi tía ha sido mi ancla en todo este marrón; si no fuera por ella, Abel, Olivia y otras personas que ni siquiera conoces puede que hoy no estuviera viva. Ni te has dignado a saludar a Olivia, que ha recibido un golpe por mí y luego ha

evitado que ese maníaco me violara y me secuestrara. Pero tú te empeñas en atacar a tu única hermana, una hermana maravillosa cuyo único pecado es ser diferente a ti.

Mi madre abrió la boca de par en par. Mi padre y Olivia me miraban desde la cama, asombrados por mi tono y mis palabras. Tenía las emociones a flor de piel y ya no aguantaba las injusticias ni las falsedades, aunque vinieran de la persona que más quería en el mundo.

—Hija ... —Su voz estaba quebrada.

—Mamá, haz las paces de una vez con tu hermana y disfruta de ella. Y tú, papá, te recomiendo que la aceptes también, porque a partir de ahora va a estar presente en mi vida.

Salí de la habitación y fui en busca de Abel y mi tía, que estaban hablando con el inspector Santos. Me acerqué y sus miradas chocaron con la mía. Algo había ocurrido. El corazón empezó a darme sacudidas violentas en el pecho. Abel estiró el brazo para que me agarrara a su mano. La apreté fuerte como si fuera mi salvavidas.

—Tengo noticias sobre Omar Suárez. Me acaban de llamar de central hace un rato y quería venir a informarles personalmente. Mejor vayamos donde esté Olivia y así se enteran todos de una vez.

Santos caminó en dirección a la habitación de Olivia. Mis padres seguían dentro y mi mente empezó a descontrolarse, pensando de todo. Apreté la mano de Abel con fuerza y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Él se detuvo y puso sus manos sobre mis hombros.

—Tranquila, no dejaré que te ponga una mano encima nunca más. Ya no estás sola.

Se inclinó y me dio un suave beso. Me relajó el tacto de sus labios en los míos. Abel era un bálsamo para las heridas de mi alma. Había sido engañado como yo y sabía mi verdad con Omar. Sin embargo, estaba a mi lado.

—Gracias.

Era lo único sincero que podía decirle.

Entramos en la habitación y mi madre parecía más tranquila, aunque seguía afectada por mis palabras. La tensión entre mi tía y ella seguía siendo muy fuerte. Eso me afectaba y me dolía muchísimo. Hicimos una especie de corro alrededor de Santos y este empezó a repasar los acontecimientos de la noche. La agresión que sufrimos Olivia y yo y la

paliza que recibió él por nuestra cuenta, cómo escapó malherido en su coche a toda velocidad y enseguida se puso una alerta de busca y captura contra Omar Suárez .

—Eso ya lo sabemos inspector, ¿puede ir al grano? —le pedí impaciente.

Ya no aguantaba más el suspense. No quería oír más una película que me sabía de memoria porque yo era la protagonista. El inspector Santos asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Su coche fue detectado a la salida de la ciudad —empezó a relatar—. Paró a repostar en una gasolinera y una patrulla de tráfico que pasaba por la zona lo identificó y dio la alerta.

—¿Lo han detenido?

Ahora la que no reprimió la impaciencia fue mi madre. Sería cosa de la genética.

—No, se dio a la fuga. Lleva un coche muy potente y consiguió despistar a los agentes.

—Joder —maldije en voz alta.

—Pensaron que intentaría salir de la ciudad, así que varias patrullas cortaron los accesos de las principales salidas y carreteras secundarias.

—¿Lo han encontrado?

Mi tía Fini era la tercera persona de la familia que interrumpía al inspector Santos.

Él sonrió y metió las manos en los vaqueros .

—Si dejáis de interrumpirme puede que termine lo que os he venido a contar.

—No se lo tome a mal, pero es que se lía un poquito. Si fuera más al grano... —le insinué con una sonrisa.

—Está bien —accedió por fin—. En la carretera secundaria donde está el río, la del puente rojo, una patrulla localizó a Omar. Iniciaron una persecución y él aceleró el coche a una velocidad no apta para esa carretera tan estrecha. Cuando se acercaba al puente un camión venía en dirección contraria y le cortaba el paso. Dio un volantazo y cayó al río. El coche se sumergió de inmediato.

—Dios mío —exclamó Olivia—. ¿Está muerto?

—No lo sabemos, pero las probabilidades de salir vivo de esa caída y en su estado... son prácticamente nulas. Hemos mandado un equipo especial

para sacar el coche y buscar el cuerpo. De todas formas, ahora es de noche y habrá que esperar a que amanezca. En cuanto sepa más noticias os las iré comunicando.

Me quedé inmersa en mis pensamientos. No me alegraba la muerte de nadie. Todavía no se había confirmado, pero el hecho de pensar que Omar ya no estaba en este mundo me proporcionaba cierto grado de tranquilidad y bienestar, aunque no sabía cómo analizarlo. ¿ Me convertía eso en mala persona? Sin embargo, no podía luchar contra ese sentimiento tan agradable que me hacía sentir de nuevo libre. Solo deseaba que me confirmaran que sí había muerto de verdad.

Había pasado una semana desde el trágico accidente de Omar. Los bomberos consiguieron sacar el coche del río, pero estaba vacío. Hubo una búsqueda intensiva por los alrededores, con buzos profesionales dragando durante dos días el río, pero el cuerpo de Omar no apareció. La hipótesis que barajaron antes de suspender la búsqueda y declarar oficialmente muerto a Omar fue que el caudal era considerado, las corrientes eran fuertes y, al estar herido, no tuvo posibilidad de salir a la superficie. Lo más probable es que su cuerpo fuera arrastrado hasta el mar, así que podría aparecer varado en cualquier playa días o meses después; y eso si aparecía.

Lo peor de todo fue darle la noticia a Alicia. La niña se desmoronó y tuvieron que administrarle un sedante. En ningún momento se le comentó nada de las atrocidades que había cometido su padre. Para ella, Omar había fallecido en un accidente. Olivia regresó a casa porque la niña así se lo pidió. Los de protección de menores la dejaron bajo su tutela, ya que, según la ley, Olivia era pareja de hecho de Omar y, además, Alicia quería estar con ella. Amelia no las dejó ni un solo instante. Yo había pasado a visitarlas y, a pesar de todo el mal ambiente que se había producido, ahora en aquella casa se respiraba calma.

Olivia y yo nos sentamos a tomar un café. Alicia dormía la siesta.

—Cuéntame, ¿cómo lo estás llevando? —me preguntó.

Olivia dio un sorbo a su taza y me miró esperando a que le respondiera.

—Llevo una semana de retiro —suspiré—. Me fui a casa de mis padres para que se relajaran las cosas y apenas he salido. Si te soy sincera, veía a Omar por todas partes y no me atrevía a salir a la calle. Empiezo a asimilar ahora que realmente no está. ¿Crees que soy mala persona por sentir alivio de que...? —Me costaba decirlo en voz alta.

—¿Haya muerto? —terminó Olivia.

—Sí.

—Para nada. Yo conviví con él cuatro años y no siento ningún remordimiento. No somos malas personas por eso, Olga. Somos supervivientes de una persona desequilibrada. Era o él o nosotras. No me alegra su muerte, pero me tranquiliza que se haya ido.

Oír los pensamientos de Olivia, que eran como los míos, me hizo sentir menos mal. La conciencia me estaba matando y aquellas palabras me sosegaron.

—Voy a ir a ver a Tensy y a mi tía. Estos dos al final... Quién me lo iba a decir. —Solté una risita.

—Tú tía es fantástica, normal que se haya colado por ella. Así la tendrás cerca y podrás disfrutar más de su compañía.

—Ya te digo. Ahora falta que mi tía y mi madre limen asperezas. Estoy cansada de discutir por el mismo tema. Yo creo que lo único que tiene mi madre son celos.

—Acabarán por arreglarlo, son hermanas. —Olivia se mordió una uña—. Hablando de hermanos... quería comentarte una cosa antes de que te enterases por otra persona.

—No me asustes... —me llevé la mano al pecho burlándome.

—No he roto con Sandro. Estoy enamorada y él no sabía nada del plan de Anyelis. Sí es verdad que ella lo metió a trabajar como masajista y quiso utilizarlo en los últimos días, pero él se negó. Los sentimientos que nacieron entre nosotros son reales. Está destrozado y no hace más que llamarme y pedirme que no lo deje, que no puede vivir sin mí.

—¿Tú le crees?

—Me ha enseñado los mensajes de su hermana increpándole para que me utilizara y he visto las respuestas negativas de él. No la soporta y dice que ojalá la encierren de por vida. Sí le creo, Olga. Podía haberme hecho daño si hubiera querido, pero no lo ha hecho. Está destrozado por verse salpicado con todo este tema.

Miré a Olivia y vi que estaba sufriendo por Sandro. Se había enamorado y le dolía no estar con él.

—Chica, vive y disfruta de tu mexicano. Tendrás que apostar si quieres ganar.

—Olga...

Olivia me abrazó conmovida y aliviada por poder desahogarse conmigo. Anyelis nos había hecho daño a las dos, pero no por eso tenía que pagar su hermano las consecuencias.

—Bueno, creo que voy a ir a casa de mi futuro tío. —Sonreí—. ¿Por qué no te vienes con Alicia? Eso la animará, es una fan incondicional suya.

—Buena idea.

Olivia avisó a Amelia para que despertara a la niña y se preparara para salir. Mientras esperábamos nos servimos otra taza de café y seguimos parlotando.

—¿Y Abel? ¿Lo has visto en esta semana?

Casi se me cae la taza de café encima. Olivia echó una risotada al ver mi nerviosismo.

—No te rías, borde. No lo he visto, pero hemos hablado por teléfono. Está muy liado reforzando la seguridad del hotel. Mila y Bruno lo están ayudando. Tú y yo llevamos una semana sin aparecer y aquello tiene que seguir funcionando. Mila se está ocupando de tu puesto y Abel ha tomado el control del hotel. Están haciendo grandes cambios... eso me ha dicho.

Olivia levantó una ceja y volvió al ataque.

—Eso ya lo sé. Me refiero a cómo está tu relación amorosa con Abel. ¿No has vuelto a quedar con él?

Intenté disimular el rubor, pero Olivia era muy perspicaz.

—No he podido —contesté—. Me muero por él, pero cuando me imagino el momento de intimar, de hacer el amor con él... entro en pánico. La cara de Omar se me cruza en la mente y... es horrible.

—Joder, Olga. Lo siento. Sé que lo ha pasado muy mal, yo misma lo he visto, pero no puedes seguir dándole el poder a Omar. Tienes que rehacer tu vida y seguir adelante. Llama a Abel, queda con él, empieza poco a poco, pero no lo pierdas por culpa de ese desgraciado... o habrá ganado.

Olivia me sujetó las dos manos con fuerza y me estaba dando donde más me dolía, pero decía la verdad. Omar, aun estando muerto, seguía arañándome con sus garras desde el puto infierno y acabaría saliéndose con la suya si no le ponía remedio. Le devolví el apretón de manos.

—No dejaré que gane. Esta vez no.

—¡Olga! —Alicia gritó de alegría.

La niña se tiró a mis brazos y yo me eché a llorar como una idiota. Me alegraba tanto de verla. Le acaricié su bonita y larga melena y la separé

para poder admirarla. Llevaba el Tensy multicolor que le regalé.

—Estás guapísima. Hoy vas a ir a un lugar que te va a hacer mucha ilusión —le dije.

Su cara estaba un poco demacrada por la pérdida de su padre. Me partía el corazón que un ser tan maravilloso fuese hija de alguien tan demoníaco.

—¿Dónde vamos y por qué lloras?

—Lloro de la alegría que tenía de verte. Y adónde vamos es una sorpresa.

*

Llegamos bien entrada la tarde. Alicia no tenía ni idea de dónde estábamos cuando Olivia aparcó su Mercedes delante de la casa de Tensy. Yo le había mandado un mensaje avisando que íbamos hacia allá y que nos esperasen. Bajamos del coche y el imponente Borja salió a recibirnos, seco como el esparto. Alicia se escondió detrás de Olivia.

—Buenas tardes, señorita, la están esperando.

Le seguimos y Alicia no se soltaba del brazo de Olivia, mirándolo todo con curiosidad, con los ojos muy abiertos. Mi tía salió, toda divina, vestida de azul turquesa a recibirnos a la mitad del jardín.

—Olga, Olivia. Por fin os dejáis ver. —Entornó un poco los ojos—. ¿Y esta preciosidad?

Alicia salió tímidamente de detrás de Olivia y le tendió la mano a mi tía.

—Soy Alicia.

—Mmm... —Torció la boca mi tía—. Ven aquí y dame un abrazo. Me moría por conocerte, jovencita.

Mi tía despachurró a Alicia y se la llevó en volandas hacia el interior de la casa. La niña giró la cabeza hacia atrás para ver si la seguíamos. Mi tía parecía una lunática y Olivia y yo nos reíamos al ver la cara de terror de Alicia. Las seguimos a paso ligero.

Alicia se quedó de piedra al entrar en el salón. Tensy estaba en su sillón orejero de terciopelo gris. Levantó la mirada y vio el rostro de sorpresa de Alicia. Yo estaba a su lado y me estaban dando ganas de llorar al ver la emoción que estaba sintiendo.

—Chiquilla, acércate que no muerdo. Me han hablado mucho de ti, pero no imaginaba que fueras tan guapa.

Tensy se levantó y fue hacia Alicia. Ella me miró alucinada, incapaz de decir nada. Se había bloqueado. Le puse la mano en la espalda y le di un pequeño empujón para que se moviera. Dio un paso y luego otro y ya salió la efusiva Alicia. Se lanzó a los brazos de Tensy con una alegría desbordante.

—Eres Roman Tensy. Dios, no me lo puedo creer —gritaba mientras lo estrangulaba con un fervoroso abrazo.

Él la separó, tosiendo y riéndose por aquella reacción. Todos estábamos emocionados.

—Sí, soy Roman Tensy. Y me gustaría seguir siéndolo unos cuantos años más. Ten cuidado con esos abrazos, que puedes lesionar a alguien.

Alicia se sonrojó y empezamos a reírnos. Nos sentamos en el sofá y nos sirvieron una succulenta merienda. Alicia estaba pletórica y feliz.

*

Mi tía me llevó aparte un momento, pues quería comentarme algo en privado. Salimos al bochorno del jardín.

—Mi niña, quiero saber cómo estás. Esta semana solo hemos hablado por teléfono y te noto distante.

Miré a mi tía y le di un abrazo para que se relajara.

—Estoy bien, solo tengo que sacarme muchas paranoias de la cabeza, pero lo voy superando. No ha sido fácil.

Me encogí de hombros y caminamos agarradas del brazo por el jardín.

—Me siento un poco culpable por no estar contigo esta semana, pero ya sabes cómo es tu madre... No cede ni la más mínima y no quería crearte más tensión.

—Lo entiendo.

—Roman y yo hemos entablado una relación. Sé que no es el mejor momento, pero ha sucedido. Me siento mal, porque mientras tú estás sufriendo, yo estoy viviendo uno de los mejores momentos personales de mi vida.

—Tía, eso es fantástico. Me alegro por los dos. No todo va a ser negativo.

Me alegraba de verdad. Si alguien se merecía ser feliz, esos eran mi tía y Tensy. Era la mejor noticia que me podían dar.

—¿En serio te alegras?

—¡Por supuesto! —afirmé.

—Pues me alegra que estés tan contenta, así no creo que te molestes cuando te diga que he invitado a Abel a que se una a esta merienda-cena.

Me paré en seco y me giré hacia mi tía. Estuve a punto de enfadarme, pero luego lo pensé y no me pareció mala idea. Me apetecía verlo y tenía que enfrentarme a mis miedos.

—Me parece bien —asentí tranquilamente.

Mi tía resopló aliviada.

Entonces oímos gritos dentro de la casa. Era un alboroto fuera de lo normal. Hasta un guarda de seguridad que rondaba por el jardín salió corriendo hacia el interior. Nosotras hicimos lo mismo.

Alicia daba botes y corría por el salón como si se hubiese metido algo. Yo miraba con los ojos desencajados sin entender nada. Olivia estaba tirada en el sofá agarrándose la barriga, muerta de la risa, y Roman estaba en la misma posición.

—¿Qué pasa aquí? —grité sin entender nada.

Alicia vino hacia mí como un terremoto. Se me tiró encima y las dos caímos al suelo. Mi trasero se resintió y la niña siguió gritando y riéndose como una pirada descontrolada. La sujeté por los hombros y la sacudí.

—Alicia, relájate ya, coño.

Fui un poco brusca, pero todavía estaba muy sensible a las emociones y a los movimientos violentos. A la niña se le cortó el buen rollo de golpe y me sentí fatal al instante. La abracé y me eché a llorar.

—Lo siento. No debí hablarte así.

Alicia me secó las lágrimas de la cara con sus manos. Me miraba con curiosidad, sin entender nada, pero una sonrisa suya hizo que se me pasara todo.

—No pasa nada, Olga. No llores, todo va a ir bien.

Volví a apretarla contra mi cuerpo. Las dos estábamos sentadas en el suelo y era consciente de que todos en el salón nos estaban mirando. De lo que no me había percatado era de la llegada de Abel, que lo había presenciado todo. Vino hacia mí y me tendió la mano para que me

incorporase. Luego ayudó a Alicia. Su mano era suave y cálida, como todo él.

—¿Qué me he perdido?

Lo dijo en un tono divertido, como para quitarle hierro al asunto, y Alicia enseguida recuperó la alegría.

—Alicia. —Miré a la niña—. Te presento a Abel: un buen amigo.

Ella lo miró y le brillaron los ojos. Era muy guapo e imponente, y más para una jovencita de su edad.

—Hola, Alicia, encantado de conocer a una chica tan guapa como tú. Bueno, ¿qué me he perdido? —repitió.

Se puso roja como un tomate y empezó a jugar con la melena. Madre mía, estaba tonteando con Abel. No pude evitar sonreír.

—El señor Tensy quiere que haga de modelo en alguno de sus desfiles —gritó Alicia, que volvió a la euforia y a la agitación.

Miré a Tensy con cariño y le hice un gesto de aprobación. Olivia estaba muy emocionada, porque era un auténtico regalo para esa niña.

—Siempre y cuando saques buenas notas y apruebes todo —puntualizó Tensy.

—Sí, sí. De eso no se preocupe. Voy a ser la número uno en clase.

Alicia volvió a abrazar a Tensy y luego a mí.

—Sabía que podrías conseguir lo que te propusieras. Siempre te lo dije. Ahora a disfrutar del momento.

Le di una palmada en el trasero. Alicia se me acercó al oído.

—Olga, ¿crees que podré conseguir un novio como Abel?

Abrí la boca de asombro. Ella se rio con malicia y lo miró con descaro.

—Serás desvergonzada... —le susurré, apretando los dientes—. Déjate de chicos y centra tu cabeza en lo que tienes que centrarla.

Se fue riendo hacia Olivia y empezó a devorar un montadito de jamón.

—¿Te apetece dar un paseo?

Abel me pasó la mano por la cintura y me invitó a salir de nuevo al jardín.

—Sí, por favor.

Estaba guapísimo con unos vaqueros gastados que llevaban un roto en la rodilla y una camiseta de manga corta color verde que le sentaba como anillo al dedo. Y es que a Abel le quedaba todo bien.

—Llevas una semana sin salir de casa —me dijo—. Me ha sorprendido cuando me ha llamado tu tía para decirme que estabas aquí. Te he echado de menos. Mila también te echa de menos. Me ha dado recuerdos para ti. No hace más que trabajar y lo está haciendo de miedo.

Dimos la vuelta alrededor de la casa y nos sentamos al borde de la piscina. Me quité las sandalias y puse los pies a remojo. Me gustaba hacer eso, me hacía sentir bien. Abel se sacó sus mocasines de piel azul marino, se remangó los vaqueros e hizo lo mismo. Empecé a mover los pies bajo el agua. Llevaba puesta la tobillera con el símbolo del infinito que él me había regalado el día de mi cumpleaños. Me la puse cuando salí del hospital y ya no me la había quitado del tobillo. Era mi forma de sentir a Abel cerca de mí. Él se fijó en el detalle y sonrió, pero no dijo nada.

—Necesitaba estar a solas conmigo misma —respondí—. Mis padres también se sentían mal y pensé que era mejor quedarme cerca de ellos.

Era una excusa barata, pero no quería entrar en detalles. Abel se acercó más, arrimando su cuerpo al mío. Sus caderas estaban pegadas a las mías y empezó a jugar con mis pies en el agua. Sus dedos rozaban la pulsera de mi tobillo.

—Todo ha terminado. Ya no tienes nada que temer —me susurró al oído. Sus palabras hicieron que me estremeciera.

—Lo sé, me siento bien a tu lado.

Abel me giró levemente la cabeza y me besó con suavidad. Sus labios eran puro fuego encima de los míos. Dios, deseaba a ese hombre, pero estaba muerta de miedo.

Me aparté y bajé la cabeza. Abel se quedó desorientado, sin entender mi reacción.

—Si no quieres estar conmigo, solo tienes que decírmelo. Yo no pienso coaccionarte ni hacer nada que tú no quieras.

—No es eso, Abel, pero no estoy lista. Hay algo en mí que aún no está bien.

Abel se calzó y se puso en pie. Ahora la que estaba descolocada era yo.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo al trabajo —me dijo—. Me he acercado porque me moría por verte. Te echo de menos, pero cada vez que intento acercarme a ti levantas un muro entre nosotros. No pretendo ser un bastardo y meterte prisa, sé que lo que has sufrido es muy jodido, pero si te anclas en el pasado y no

avanzas le habrás dado la victoria a él. En estos momentos, Olga, estás con él, no conmigo.

—Abel, yo...

Me acababa de lanzar un rechazazo directo y conciso, pero todo lo que había salido de su boca era la puta verdad.

—Ya sabes dónde estoy. Te esperaré, Olga, pero todo tiene un tiempo y su momento.

Me dio un beso y se fue.

Me quedé como una gilipollas viéndole partir. Era el hombre de mis sueños, el que quería y deseaba, pero como él muy bien había dicho: no era con el que estaba. Todavía seguía ligada a Omar y eso se tenía que terminar.

Todo el mundo estaba rehaciendo su vida menos yo. Olivia se arriesgaba con Sandro a pesar de lo que había pasado, que no era poco. Mi tía empezaba una relación con Tensy. Mila lo intentaba con Bruno. Y yo... Yo me comía una mierda.

36

—¡Levántate!

La voz de Mila hizo que diera un bote en la cama. Llevaba dos días inmersa en mi tristeza y su estridente voz me dio un susto de muerte.

Tenía las manos en la cintura y cara de pocos amigos. Tiró de las sábanas de la cama con muy mala leche y yo intentaba despegar los ojos y entender qué coño estaba pasando.

—¿Sabes lo malo que es despertar a una persona de esta manera? Casi me da algo. ¿Qué mosca te ha picado? —refunfuñé.

—Pues la que te no te picó a ti, desde luego. Estás agilipollada. Si vas a repetir la historia de hundirte en una depresión por un hombre es que no te valoras una mierda, y tampoco a los que te queremos.

Miré a Mila con rabia y me dieron ganas de abofetearla. No estaba siendo justa. Esto no era como lo de Hugo, era mucho peor.

—No necesito tus consejos —le reproché—. Ya superaré esto a mi manera. Gracias por la visita.

—Vale. Cuando veas que has perdido a Abel para siempre, tus amigos, tu trabajo, todo... luego llora con motivo y acaba de hundirte en lo que quiera que sea que estés metida. No digas que no te he avisado.

Mila se dio media vuelta para irse.

—Espera —la llamé—. ¿Qué quieres decir con perder a Abel y todo?

Mila sonrió y se volvió hacia mí. Había metido el dedo en la llaga.

—Eso te ha dolido, ¿eh? Que sepas que tu apuesto rubio puede tener la paciencia del santo Job, pero hay demasiadas lagartas rondándole. —Me miró de arriba abajo—. Francamente, Olga, ya tiene que estar colado por ti, porque las pintas que tienes... Yo ya te hubiera dado puerta hace tiempo.

Mila estaba siendo muy dura conmigo. Pero la entendía: quería que reaccionara y abriera los ojos. El peligro ya no existía y tenía la oportunidad de rehacer mi vida con alguien maravilloso. Y yo lo estaba dejando pasar. Rompí a llorar y me vine abajo. Mila me consoló y su tono hacia mí se suavizó.

—Olga, siento haber llegado a estos límites contigo, pero soy tu amiga y te quiero. Te conozco y solo reaccionas cuando te dan duro. No puedo dejar que te hundas en la miseria. Hemos llegado muy lejos para que, por culpa de un maníaco, abandones todas tus ilusiones. Has ganado tú, ¿no te das cuenta? Tú eres la que estás aquí y él es el que se ha ido a tomar por culo. Siento ser tan bruta, pero es la realidad.

—Dios, Mila, ¡cómo la he cagado! No hago más que meter la pata una y otra vez. No aprendo...

Me sorbí los mocos de la nariz y suspiré.

—Lo que tienes que hacer es ir a la peluquería. Tienes una raíz que das pena. Ponte guapa, depílate y sorprende a Abel. Luego reincorpórate a la vida. En el hotel estamos haciendo cambios y necesitas trabajar. Abel es un crack y mi Bruno... ni te cuento.

—No sé si podré estar con Abel...

Por fin lo decía en voz alta. Mila me clavó la mirada.

—Es eso lo que te está atormentado, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Me sentí aliviada de poder decírselo a mi mejor amiga.

—Escucha. —Me cogió de las manos—. Cuanto antes superes eso mejor. Creo que la persona más indicada para ayudarte con ese problema es Abel, porque te quiere. Él lo entenderá. No lo apartes de tu vida, hazme caso.

—Tengo tanto miedo —confesé.

—Lo sé —dijo meciéndome entre sus brazos—, ahora lo sé.

*

Entré en casa y me encontré a mis padres cenando. Cuando me vieron entrar se quedaron mudos. Mi padre esbozó una sonrisa al ver la cara de asombro de mi madre.

—Olga, hija. Estás...

Mi madre no sabía expresar lo que veía.

—Estás preciosa, hija —concluyó mi padre.

—Gracias, papá.

Había hecho caso a Mila y fui al salón de belleza. Me depilé, me hice la manicura, la pedicura y recuperé mi color de pelo original. Ahora lo llevaba castaño oscuro. El cambio había sido muy radical, pero lo necesitaba. Un vestido blanco con un generoso escote atado al cuello y la espalda al aire me daba el aire fresco y renovado que iba buscando.

—¿Vas a salir?

La pregunta de mi madre transmitía preocupación.

—Sí, y no me esperes levantada porque dormiré en mi apartamento.

Cogí un trozo de apio de la ensalada y me lo llevé a la boca.

—¿Cómo que no vienes a casa? —se asustó mi madre.

—Maite... —añadió mi padre en mi defensa—, Olga tiene que regresar a la normalidad. No la agobies.

—Alejandro, ¿es que has olvidado todo lo que ha pasado?

Miré a mi madre con mirada inquisitiva. Tenía el don de fastidiarlo todo. Cogí mi bolso y las llaves del coche.

—Desde luego, mamá, teniéndote a ti cerca va a ser difícil olvidarlo. Me voy.

—Olga...

—Déjala, Maite —oí que decía mi padre.

Salí con paso firme hacia el coche y me fui con las ideas claras. No iba a dejar que nadie volviera a limitar o a coaccionar mi vida, ni siquiera mi madre. Iba a apostar al rojo y, si me equivocaba, no pasaría nada, porque, a partir de ahora, mis errores serían míos y estaba preparada para afrontarlos.

*

En primer lugar, si quería afrontar mis miedos nada mejor que hacerlo que yendo a la fuente de su origen, donde todo empezó. Cuando aparqué el coche en el aparcamiento del hotel Red Pleasure tuve que concentrarme mucho e intentar respirar con normalidad. Salí del coche y me apoyé en la puerta. Mi voluntad quería doblarse, al igual que mis piernas. Estaba fuera, no hacía

ni pizca de aire y el calor era insoportable. La imagen de Omar intentaba colarse en mi cabeza y yo me negaba a dejarlo entrar.

—¡Basta! —me dije a mí misma—. Estás muerto, ya no puedes hacerme daño.

Me alisé el vestido y levanté la cabeza. Fui caminando con paso firme y entré en la recepción del hotel. Francis, el muchacho rubio de pelo rizado y cara de querubín, me recibió con una cálida sonrisa.

—Buenas noches, Francis, vengo a ver a Abel.

No hizo falta que lo llamara, pues antes de que descolgara el teléfono para avisarlo, Abel se plantó en recepción. Llevaba un traje negro con raya diplomática y una camisa blanca. Estaba impecable y vino como un dirigible hacia mí.

—He visto llegar tu coche por la cámara. No estaba seguro, pero... — Me miró con detenimiento—. Estás asombrosa.

Su mano fue hacia mi pelo y luego bajó por mi espalda hasta descansar en mi cintura.

—Quería hablar contigo, si tienes un minuto.

Abel inclinó su cabeza hasta llegar a mi oído.

—Para ti tengo todo el tiempo del mundo —me susurró.

Mi piel se erizó y me estremecí al escucharlo.

—Gracias.

—Francis, que no me molesten ni me pases llamadas —ordenó al recepcionista.

Abel me condujo hasta su despacho sin despegar su mano de mi cintura. Era extraño estar de nuevo en el hotel. El peor recuerdo que tenía era horrible, pero la mayoría de las cosas allí vividas eran buenas. No podía dejar que el fantasma de Omar me arrebatara también eso.

Entramos en su despacho y, de repente, los nervios empezaron a traicionarme. Creía estar preparada para todo, pero empecé a sentir de nuevo inseguridad y una sensación muy rara.

—Quería disculparme contigo —empecé a hablar—. Sé que mi comportamiento deja mucho que desear, pero no he sabido reaccionar de otra forma. Tenía y sigo teniendo miedo, aunque ya no voy a dejar que me domine.

Abel me observaba, escuchando con atención todo lo que le decía. Mis paranoias, mis fobias y, sobre todo, las ganas y mi decisión por cambiar

todo eso.

—Olga, sabes que puedes contar conmigo. No hay nada que desee más en este mundo que estar contigo, pero...

No le dejé terminar. Esta vez fui yo la que me enganché a su cuello y sellé su boca un beso.

Abel se sorprendió, no se lo esperaba. De inmediato su deseo se encendió y me atrapó entre sus brazos. Su boca se abrió para devorar la mía como un desesperado. Sus ansias y su hambre por mí eran más que una necesidad. Yo suspiraba y le deseaba, pero su incontrolable deseo hizo que diera un paso atrás sin poder evitarlo. Me asusté de nuevo.

—Olga, no es necesario —su voz era pausada—. Creo que aún no estás preparada.

Lo miré. Lo deseaba con toda mi alma. Mi cuerpo ardía en deseo y me quemaba la piel. Yo también sentía la necesidad de amarlo, de poseerlo, de abrirme para él. Quería limpiarme de Omar y purificarme con Abel. Lo necesitaba y no iba a prolongar más esta agonía.

Así que me llevé la mano al hombro y deslicé los dedos entre el tirante de mi vestido. Este rodó por mi hombro. Luego hice lo mismo con el otro, haciendo que mi vestido resbalara por mi cuerpo hasta llegar al suelo. No llevaba ropa interior y me quedé solo con las sandalias blancas de tacón y la cadenita que él me había regalado en el tobillo. Lo miré y vi que me observaba boquiabierto.

—Sí estoy preparada —ronroneé con voz melosa.

—Dios mío, estoy soñando.

Abel se acercó para admirarme. Sus manos acariciaron mis hombros y sus labios besaron mi cuello. Siguió recorriendo cada centímetro de piel sin prisas. Mi espalda, mis pechos. Cogió uno y se lo llevó a la boca. Se me escapó un gemido y me tambaleé delante de él. Me sujetó por la espalda y luego deslizó su lengua hacia arriba, pasando por mi escote, quemándome el cuello y abrasándome los labios.

Mis manos fueron hacia su camisa y empecé a luchar con los botones. Conseguí abrirla y me restregué desesperada contra su pecho. Me fundí en ese torso lleno de músculos y abdominales para sentir su piel contra la mía. Abel me cogió en brazos y me tumbó sobre el sofá de su oficina. Se arrancó los pantalones y se quedó desnudo ante mí. Era tan hermoso y jodidamente perfecto.

Se acopló encima de mi cuerpo, apoyando una rodilla en el suelo y tirando de mis caderas para adaptarse justo a la altura para que su polla pudiera entrar dentro de mí sin dificultad. Me sentí húmeda y excitada. Abel iba con cuidado, pero su boca era insaciable. Su lengua cálida y suave entraba dentro de mi boca como pronto lo haría él también en mi cuerpo. Notaba su polla resbaladiza encima de mi sexo. Se movía y la dureza de su capullo luchaba por entrar entre las paredes de mi húmeda vagina. Gemí ante aquellos restregones.

—¿Lo notas? ¿Sientes cómo me tienes? —me murmuraba en la oreja.

Abel se movía y su polla se guiaba sola hacia la abertura de mi vagina. Gemí de placer al notar el ancho capullo intentando entrar. Me abrí todo lo que pude y, con un movimiento certero, empujó y penetró en mi vagina, suave y ardiente.

—Dios... —gemí de placer.

—Ni siquiera me ha hecho falta ayudarlo. Sabe bien cuál es su casa.

Abel embistió y su polla me folló placenteramente. Me moría del gusto. Omar ya no era ni un recuerdo.

Su lengua se enrollaba con la mía, nuestras salivas se mezclaban, nos besábamos impacientemente y Abel me embestía cada vez con más pasión. No me importaba, yo lo ansiaba y lo quería así, con vehemencia. Le clavé las uñas en el culo, instándole a que me follara con más brío.

—Olga, cuánto te he echado de menos. Te necesito.

Abel gemía y emitía unos gruñidos que me excitaban todavía más.

—Yo también te necesito —gemí caliente y ardorosa.

Él apuró el ritmo de sus acometidas y sus pelotas cargadas rebotaron en mi culo. Aceleró de una manera desorbitada, como nunca lo había sentido en mi interior.

—Abel, sí, oh, mmm, me corro... —chillé inundada por mi orgasmo.

Hizo vibrar hasta la última célula de mi cuerpo. Mi espalda se arqueó y mi cuerpo estalló en un sinfín de emociones. Abel seguía empujando y apretaba los dientes, conteniendo su orgasmo. Quería aguantar y seguir disfrutando del momento.

Tenía el pelo empapado y el sudor corría por nuestros cuerpos. Estaba desesperado y notaba cómo su polla gruesa se hinchaba por la excitación. Otro orgasmo repentino me llegó y me convulsioné entre sus piernas.

—Dios mío, Abel —volví a gritar, retorciéndome bajo su cuerpo.

Pude notar cómo mi vagina apretaba su polla mientras me convulsionaba y casi perdía el conocimiento ante tanto placer. Las paredes de mi sexo se contraían y se hacían más estrechas, notando la polla de Abel deslizándose en mi interior. La sensibilidad era bestial.

—Olga...

Mi nombre en su boca sonaba a puro deseo. Emitió un sonido de lo más excitante que me erizó el vello. Me agarró de las caderas y se pegó a mí como una lapa. Y empezó a bombear con fuerza hasta vaciarse en mi interior. Sus sacudidas me proporcionaban un placer que no podía describir. Me llenó literalmente con su orgasmo y nos desplomamos los dos sobre la alfombra del despacho. Abel me sujetaba con tanta fuerza que no me dejaba respirar. Estábamos sudados y pegajosos, pero no me importaba. Me sentía feliz y segura a su lado.

—¿Y ahora qué hacemos? —Esbozó una sonrisa—. Estamos hechos un desastre.

Abel me rodeó con su brazo y me puso encima de él. Yo puse mis manos sobre su pecho. Sonreía y me quedé hipnotizada viendo lo guapo que era, allí tumbado en la alfombra, despeinado, sudando y recién follado. Sentí que el estómago me daba un vuelco y que mi excitación empezaba a emerger de nuevo. Me ruboricé yo sola y Abel lo notó.

—Podemos quedarnos toda la noche haciendo el amor, pero prefiero tenerte en una buena cama y practicar posturas indecentes.

Sus ojos brillaron y se tornaron de un azul más intenso. Noté que estaba teniendo de nuevo una erección. Los ojos se me pusieron como platos.

—Abel, ¿otra vez? —pregunté atónita.

Me dio la vuelta y rodó sobre mí quedando encima de mi cuerpo.

—Me has tenido mucho tiempo sin comer. Ahora que me has dado un poco soy incapaz de saciarme.

—Escucha, nos vamos a romper la espalda. —Me reí y le revolví el pelo—. ¿Cómo salimos de aquí?

Abel tenía un pezón mío en la boca y sus piernas estaban separando las mías. Solté un gemido y le tiré del pelo para levantarle la cabeza y así me mirara.

—¿Qué? —protestó.

—Te he dicho que cómo vamos a salir de aquí. Mira la pinta que tengo. No pueden verme de esta manera.

Abel seguía restregándose y ronroneaba como un gatito. Su polla crecía y se ponía dura por momentos, al igual que el calentón que me estaba provocando.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado.

Rozó su nariz contra la mía de manera mimosa. Me estaba emocionando el corazón y todo lo demás.

—Abel...

—¿Sí?

—Nada.

Me dio igual que estuviéramos pringados y sudados. Le besé y enseguida activé su deseo. Su mano fue a su polla y la guio para insertarla de nuevo en mi vagina. Fue un movimiento rápido y preciso. Elevé mis caderas para darle la profundidad que ambos anhelábamos. Gemimos a la vez.

—Te quiero —me susurró apoyando su cara en mi cuello.

Le abracé con fuerza y rodeé su cintura con mis piernas. Abel me penetró y pude sentirlo todo dentro de mí.

—Te quiero —lo sentía de verdad.

Le besé como nunca. Mis manos enrollaban su cabello mientras me hacía el amor con pasión. Se deslizaba dentro y fuera de mí aferrándose a mi cuerpo, besándome hasta cortarme la respiración. Jamás pensé que esas palabras saldrían de mi boca, pero las sentía de verdad y me gustaba cómo sonaban.

—Abel, te quiero —repetí.

—Joder, Olga, no hay nada más excitante que oírte decir eso. Yo también te quiero, mi amor.

Se salió y me dio la vuelta. Solté un grito de excitación. Me puse de rodillas y apoyé mi cuerpo en el asiento del sofá. Abel se colocó detrás de mí también de rodillas, me agarró por las caderas y me penetró, encajando nuestros sexos a la perfección.

—¡Dios! —grité de placer.

Abel se quedó inmóvil un momento.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Más que bien. Sigue, mi amor, y no pares.

—Tú mandas, cariño.

Me sujetó con sus grandes manos y me folló con brío y pasión. Los gritos tenían que oírse fuera del despacho, pero entonces todo me importaba una mierda. Estaba con el hombre que quería y con él no existían las preocupaciones, solo la felicidad y el buen sexo.

Su mano masajeó mi clítoris y yo me perdí en otro orgasmo más que épico. Nuestras caderas colisionaban una y otra vez y mi vagina vibraba entre su polla.

—Dios, mío, Dios mío... —grité.

—Ya voy, ya, ya... — Abel volvió a sacudirse dentro de mí mientras se vaciaba en mi interior.

Cuando ni el incómodo sofá ni la alfombra resistieron más, Abel llamó a Francis para que acercara el coche a la puerta. Salimos disparados en cuanto nos dio vía libre y Abel me llevó a su casa para seguir saciando su hambre de mí.

Despertarme rodeada por los brazos de Abel era un regalo de la divinidad. Tenía su pecho pegado a mi espalda y podía sentir su respiración relajada mientras dormía. Sus piernas entrelazadas con las mías me sujetaban como si tuviera miedo a que pudiera escaparme en mitad de la noche. Nada más lejos de mi imaginación. Intenté separar muy lentamente sus brazos de mi cintura para ir al baño, pero al mínimo movimiento que hice Abel se despertó y se arrimó más a mi cuerpo.

—No pretenderás salir huyendo, ¿no?

Estaba muy zalamero de buena mañana. Me di la vuelta y me encantó su imagen desaliñada de los revolcones que nos dimos durante toda la noche. Su pelo rubio estaba enmarañado y sus ojos adormilados hacían palpar mi corazón de alegría. Aun así, seguía siendo el hombre más apuesto que había visto en la vida.

—Eso jamás. ¿Dónde voy a encontrar a un amante como tú?

A Abel le brillaron los ojos y me dio un ligero beso en los labios. Ese simple roce hizo que mi instinto sexual se despertara al instante. Era endiabladamente tentador y mi cuerpo estaba dolorido de la noche anterior. Abel puso mi pierna encima de su cadera y fue arrimándose en busca de más sexo.

—Cielo, puedo amarte y satisfacerte cuando me lo pidas. —Me estaba seduciendo de nuevo—. Siempre estoy dispuesto para ti. Todavía no me creo que esto esté sucediendo de verdad.

—Pues sí es real y nada lo va a estropear.

Le revolví el pelo y le besé las mejillas, la nariz y toda su hermosa cara. Abel pasó su mano por mi nuca y encajó su boca en la mía. Me besó tan apasionadamente que todo mi cuerpo se aceleró y empecé a entrar en calor.

Su mano tiraba de mi pierna y ya notaba su dura erección presionando la entrada de mi vagina. Me separé para recuperar el aliento.

—Olga, te deseo, no puedo evitarlo.

Esa sonrisa seductora anulaba mi voluntad.

—Yo también te deseo, pero necesito un café y una buena ducha para poder lidiar con tío tan grande como tú. Me duelen hasta las pestañas.

Me apretó el trasero con las dos manos y acercó mi cuerpo al suyo, presionando su polla contra mi coño. Solté un gemido de sorpresa y excitación.

—Te concedo media hora, pero luego tendrás que hacer algo para remediar esto.

Abel se restregó contra mi vagina y mi entrepierna empezó a echar fuego de lo caliente que me estaba poniendo.

—No seas malo... —jadeé.

Sonrió y su mano bajó hasta el interior de mis muslos. Un hormigueo recorrió mi cuerpo y clavé la mirada en sus ojos azules.

—Abre las piernas, Olga. Solo un ratito. Este es para ti.

Obedecí y abrí las piernas mientras Abel metía los dedos en mi coño.

—Abel... —gemí.

Empezó a besarme y su mano se perdió en el interior de mi vagina. Me humedecí al momento mientras él entraba y salía con sus dedos, proporcionándome placer y más placer. Ahogaba mis gemidos con sus cálidos besos y su maravillosa lengua me desbordaba en el interior de mi boca. Me notaba los labios hinchados y la barbilla dolorida. Abel devoraba mi boca con ansia y sin piedad. Agarré su polla y empecé a masturbarlo. Abel se tensó y soltó un gemido. Notaba el tronco de su polla tieso y erecto, sus venas palpitaban bajo las caricias de mi mano. Su excitación aumentó al igual que el ritmo del movimiento de sus dedos. Profundizó en mi interior y me follaba con la mano llevándome al límite del orgasmo. Yo también empecé a mover con más intensidad mi mano y recorría su polla desde la base hasta el capullo, notando el líquido preseminal que asomaba y me anunciaba que estaba a punto.

—Joder, Olga, esto era para ti —gruñó, cachondo perdido.

Abel empezó a mover las caderas y mi mano iba frenética alrededor de su empalmada polla. Él empezó a estimular mi clítoris con un dedo mientras el

otro se hundía en mi vagina. Empecé a frotarme y a moverme en busca de mi orgasmo y lo hallé.

—Joder —grité fuera de mí.

Me retorcí y le empapé la mano con un demoledor orgasmo. Cerré las piernas y le aprisioné ,dejándole prisionero entre mis muslos. Mientras, seguí masturbándolo como una posesa y le miré con cara de loca tras mi orgasmo. Lo amaba, lo deseaba, lo quería todo de él.

Entonces paré de hacerle la paja y me abrí de piernas. Quería sentirlo dentro de mí y que se corriera en mi interior. Abel saltó como un lince y se adaptó a mi cuerpo a la perfección. Cuando me penetró me estremecí entera.

—Me encanta sentirte dentro. Te quiero, Abel.

—Dios, Olga. Cada vez que me dices eso haces que me corra.

Empezó con sus fuertes empellones y me inundó con su orgasmo. Fue algo maravilloso. Sentí que Abel formaba parte de mí y que ya no imaginaba mi vida sin él. Me dolía haber tardado tanto en darme cuenta del significado que ese hombre le daba a mi vida.

—Ahora sí que nos vamos a la ducha y a por un buen desayuno.

Los dos empezamos a reírnos y nos dimos cuenta de lo felices que éramos juntos.

*

Después de que Abel me llevara al apartamento a por ropa limpia nos dirigimos al hotel Red Pleasure. Tenía que ponerme al día con el trabajo y quería saber cómo estaba la situación. Había citado a Bruno, Mila y Olivia. Todavía estaba un poco nerviosa, pero con Abel todo era más fácil y se me pasaba todo.

Íbamos en el coche cuando me llegó un mensaje al móvil. Lo miré y volví a dejar el teléfono en el interior del bolso. Abel me observó y arrugó la nariz con un gesto de preocupación. Me puso la mano en el muslo.

—¿Todo bien?

—Mi madre —respondí—. Tengo un millón de mensajes de ella... Ayer discutimos y ahora no para de llamarme. Me quiere proteger de todo y lo único que consigue es meterme más miedos en la cabeza.

—Si quieres luego pasamos y habláis. Ahora estás conmigo y es bueno que lo sepa.

Giré la cabeza se sopetón. Lo miré alucinada.

—¿Quieres presentarte ya a mi madre como mi novio oficial?

Abel echó la cabeza hacia atrás y su carcajada retumbó en todo el coche.

—Pues claro —me dijo—. Ahora que he conseguido que entres en razón no voy a dejar que te me escapes. Tendré que ganarme a los suegros.

Abel se burlaba de mí, pero hablaba completamente en serio.

—Serás capullo. —Le di un golpe en el hombro—. ¿Y qué más?

La verdad es que no me molestaba. Me sentía orgullosa de que fuera mi pareja y quería gritarlo a los cuatro vientos. Abel ahora era mi pilar y no iba a perderlo por nada del mundo.

—Ya se me ocurrirá algo.

Llegamos al hotel y aparcó cerca de recepción. Sabía que no bajaba al aparcamiento subterráneo porque eso era algo que reviviría el peor momento de mi vida y aún no estaba superado. Me ayudó a bajar del Jeep y me cogió de la mano. Cuando entramos, Bruno, Mila y Olivia estaban en el bar cerca de la recepción tomando algo. Al vernos llegar tan acaramelados se quedaron un poco traspuestos. Cuando mi amiga reaccionó se tiró a mi cuello, gritando de la alegría.

—¡Cuánto me alegro de que por fin estéis juntos!

Bruno le dio la enhorabuena a su hermano y Olivia también lo felicitó. Mila se tiró al cuello de Abel y Olivia me abrazó y me dijo:

—Me alegro mucho. Os lo merecéis los dos.

—Gracias, Olivia. No ha sido fácil, pero estoy muy contenta y enamorada.

Olivia se retiró y dejó paso a Bruno. Me cogió de la mano y me dio dos besos. Al estar cerca de la mejilla me susurró:

—Me alegro mucho. Es lo mejor que le podías pasar a mi hermano. Espero que puedas perdonarme algún día. Lo siento muchísimo.

No pude evitar ponerme tensa ante Bruno, pero no le guardaba rencor. Sus palabras eran sinceras y veía el cambio que había dado con Mila y con todo.

—Gracias, Bruno.

—Bueno, ya están hechas las felicitaciones. Vamos al tema que nos concierne —dijo Abel dando una palmada al aire.

Nos sentamos en los sofás de color rojo donde estuve la primera vez para la entrevista de masajista y empezamos a hablar de los cambios y novedades del hotel. Estuvimos hablando y debatiendo varios temas y asuntos importantes. Un punto que implantó Abel y me gustó en particular era que los clientes no podían repetir con la misma persona en el hotel. Si pulsabas el botón y te aparecía un chico X, el sistema guardaría esa cita para que no volvieran a coincidir. Ya una vez dentro en la habitación, si se gustaban y querían quedar fuera era asunto suyo. Así evitaríamos obsesiones y malos entendidos. Se suponía que al hotel ibas a satisfacer tu fantasía sexual con un desconocido; y dos veces con la misma persona... ya no era un desconocido.

Olivia, Mila y yo quedaríamos como encargadas de supervisar y formar masajistas. Además, ayudaríamos en la gestión del hotel a Abel y Bruno. Aparte de nuestro sueldo se nos haría socias con una pequeña participación. Esto haría que, al ser tres encargadas, nuestros turnos fueran más reducidos, y así podríamos disponer de más tiempo libre para estar con nuestras parejas. Eso sí, no podíamos dar masajes; únicamente a Sandro, Abel, Bruno y, como caso excepcional, a Tensy.

—¿Qué os parece los cambios qué hemos decidido mi hermano y yo? — preguntó Abel al tiempo que se recostaba contra el sofá echando los brazos hacia atrás.

—A mí me parecen estupendos.

Mila le dio un beso en los labios a Bruno.

—A mí también. Así podré estar más tiempo con Alicia.

Abel me miraba fijamente; esperaba mi respuesta.

—¿Olga?

—Es fantástico y un tanto egoísta por vuestra parte. Sobre todo, tú... — Le guiñé un ojo.

Se incorporó y me sentó en su regazo. Se me escapó un grito de sorpresa. Los demás se rieron por la escena.

—Por supuesto que soy egoísta. Voy a procurar aprovechar todo el tiempo posible para estar contigo. Ni lo dudes, preciosa.

Me plantó un beso en los morros y las risas de los demás se extendieron por todo el bar.

—Abel —le reñí avergonzada.

—Muy bien —aplaudió Mila—, ponla en su sitio, que es muy cabezona.

Intenté sin éxito bajar de su regazo.

—Por cierto, tendréis que estar una semana sin nosotros —añadió Abel—. Me llevo a esta belleza de vacaciones. Tenemos que recuperar tiempo perdido.

Me quedé paralizada mirándole intentando encajar la noticia.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Totalmente en serio, preciosa. Ahora vamos a casa de tus padres, que hay que contarles muchas cosas y luego tenemos que hacer las maletas.

—Pero, Abel...

Se levantó y me dio un cachete en el culo para que me pusiera en marcha.

—No hay pero que valga. Andando...

*

Tenía la puntería de llegar a la hora de la comida. Mi madre era muy impredecible y no sabía cómo se tomaría lo de mi noviazgo con Abel. Lo había visto en el hospital una vez y no tenía ni idea de cuánto le habían contado de nuestra historia. Me negaba a hablar con ella de lo sucedido con Omar y desconocía lo que podía saber. Llamé al timbre, porque no quería entrar de golpe y porrazo con Abel y que se llevara una impresión. Los nervios empezaban a rondarme por el estómago. Abel me sujetó la mano con firmeza.

—Tranquila, yo siempre estaré a tu lado. Pase lo que pase.

Su voz siempre era un bálsamo para mí, conseguía tranquilizarme al momento.

Abrió la puerta mi padre. Su mirada fue directa a Abel y luego bajo hacia mí.

—¿Por qué tocas al timbre? ¿Es que no tienes llaves?

Su mirada volvió inmediatamente a los ojos de Abel.

—Tengo llaves, pero no vengo sola y no he avisado.

—Usted es Abel Garrido. Me acuerdo del hospital. Por favor, pase, es bienvenido a mi casa.

Mi padre le ofreció la mano y Abel se la estrechó con firmeza.

Cuando entramos oí la voz de mi madre.

—¿Quién es, Alejandro?

—Olga y su amigo Abel. Prepara dos platos, que se quedan a comer.

Giré la cabeza hacia Abel con cara de pánico. Sus ojos azules me miraron con tranquilidad.

Mi madre apareció al instante con la mejor de sus sonrisas.

—Abel, ¡qué alegría verle en casa! ¿Una copa de vino? Olga, podías haber avisado... Hubiera preparado algo especial. ¿Te pongo una copa de vino a ti también?

Asentí con la cabeza y Abel aceptó la copa de vino que mi madre le ofreció.

—Ha sido por mi culpa —dijo él—. He sido yo quien le ha dicho de venir. Quería hablar con ustedes.

Abel lo soltó de una forma tan natural que me dejó sobrecogida. Mi padre lo invitó a sentarse y mi madre sirvió el vino y se sentó también en el sofá del salón. Abel me cogió de la mano y la mirada de mis padres se clavaron en ese gesto.

—Tú dirás —le invitó mi padre.

—Quería que supieran que estoy enamorado de su hija y que mis pretensiones son serias. No es de ahora, es de hace tiempo, pero Olga no me daba la oportunidad de acercarme. No les estoy pidiendo permiso; solo les comunico que su hija está conmigo y que la amo.

Mi madre se llevó la mano al pecho, impresionada. Mi padre permanecía tranquilo, observando a Abel.

—Me parece muy honorable y correcto lo que hace —dijo—. Yo no voy a poner ningún impedimento siempre y cuando Olga sienta y quiera lo mismo. ¿Es así, cariño?

Mi padre me miró y esperó a que contestara.

—Sí, papá. Estoy enamorada de Abel y le quiero con locura.

Noté que Abel me apretaba la mano, emocionado.

—Pues entonces está todo claro. Cuando dos personas se aman no hay que poner impedimentos entre ellos...

—¡Alejandro! —la voz atronadora de mi madre interrumpió a mi padre.

—¿Qué pasa ahora, Maite?

—¿No ves precipitado que se meta tan pronto en otra relación?

Mi madre ni siquiera se dirigía a mí. Me levanté nerviosa y apreté los puños.

—Esta es la primera relación seria que tengo en mucho tiempo. Lo otro fue una aberración. Abel es lo mejor que me ha ocurrido en la vida, pero tú solo te encargas de recordarme lo malo. Así haces con todo, igual que con la tía Fini. Me voy con Abel te guste o no, no necesito tu aprobación. —Me puse en pie para irme.

Abel se levantó y me abrazó para tranquilizarme. Mi madre se quedó consternada por todo lo que le había soltado. Mi padre la consolaba. Todo era un remolino de sensaciones.

—Lo siento, hija, no pretendía herirte —dijo mi madre—. Tienes razón... No me he portado como merecías y te he fallado. —Entonces miró a Abel—. Perdóname tú también. Sé que eres un buen hombre y que cuidarás de mi hija. Es que me da mucho miedo que le hagan daño. E intentando protegerla y la que le hace más daño resulta que soy yo.

Mi madre se derrumbó y empezó a llorar. La abracé y lloramos las dos.

—Mamá, te quiero mucho. Deja de hacerte la heroína y sé solo mi madre. Es lo único que necesito.

—Perdóname, Olga. Hablaré con tu tía Fini también. Lo siento...

Por fin mi madre había entrado en vereda y un rayo de luz parecía que le había abierto los ojos a mi progenitora. Después de tantas lágrimas y abrazos nos tomamos un respiro y pudimos sentarnos a comer. El ambiente se relajó y Abel se metió a mis padres en el bolsillo. Les comunicó que nos íbamos de viaje sorpresa y se lo tomaron hasta bien. Lo que empezó como una velada tortuosa terminó siendo un reencuentro maravilloso. Abel era adorable, guapo y un amante maravilloso. ¿Qué más se podía pedir?

*

Cuando horas después llegamos a casa de Abel, se lanzó como un vampiro a mi cuello. Sus labios ardían y su lengua tibia recorría el lóbulo de mi oreja. Me escapé de él riéndome como una cría, pero siempre lograba alcanzarme. Me puso encima de su hombro como si fuera un saco de patatas y me dio un azote en el culo.

—Abel, por Dios, bájame.

No podía parar de reír y él me llevaba directo a la habitación.

—De eso nada. Llevo demasiadas horas sin comer y necesito mi ración.

—¿No se supone que tenemos que hacer unas maletas?

Me tiró en la cama y se quitó la camiseta por encima de la cabeza. Su torso desnudo era una visión que aceleraba las pulsaciones a cualquiera.

—Pensándolo mejor, no te lleves maletas. No vas a necesitar ropa, no voy a dejar que salgas de la habitación del hotel. Te quiero desnuda las veinticuatro horas del día.

Le tiré un cojín a la cabeza.

—Serás capullo...

—Ahora sí que vas a ver un capullo de verdad...

Cuatro meses pasaron en un suspiro. El ambiente navideño se respiraba por todas partes. Abel y yo acabábamos de colocar el árbol de Navidad en casa. Vivíamos juntos en su casa y nuestra relación iba viento en popa. Alguna vez nos enganchábamos en discusiones tontas, pero no había nada que no lo solucionara un buen polvo... o dos.

Bruno y Mila también vivían juntos, así que cedimos el apartamento de la playa a Gema y a Nadia. Gema por fin había aprobado las oposiciones y trabajaba con su padre en la comisaría y a Nadia la habían contratado en el departamento de delitos informáticos. Era muy buena en su trabajo y al final encontró su lugar dando caza a los malos.

En cuanto a mis padres, estaban más que encantados con Abel. No les importaba que tuviéramos el hotel del pecado y mi madre fue abriendo la mente un poco. Incluso hizo las paces con mi tía y se toleraban bastante. Además, ese día teníamos comida familiar y había invitado a mi tía y a Tensy. Me tenía sorprendida.

El hotel funcionaba a las mil maravillas y la ventaja de trabajar con tus amigos y tu pareja es que siempre estabas rodeado de la gente que querías y con la que te sentías a gusto. De vez en cuando Abel y yo nos escapábamos a su habitación VIP y nos perdíamos para gozar de nuestro amor y nuestros cuerpos. El sexo con él era fantástico. Siempre estaba dispuesto y nunca se cansaba de mí. Cuando me llevó de vacaciones cumplió lo que dijo: me tuvo una semana dentro de la habitación follándome sin descanso. Nos traían el desayuno, la comida y la cena a la habitación, nos duchábamos y luego volvía a meterse dentro de mí para saciar los meses de mi ausencia. Aquella semana perdí cuatro kilos. Cuando regresamos del viaje más erótico y sexual de mi existencia me

pidió que me fuese a vivir con él, que ya no podría pasar una noche más sin mi contacto. Y yo acepté.

De eso hacía ya cuatro meses y cada día estábamos más enamorados.

—Mi amor, vamos a llegar tarde —me quejé—. Coge el abrigo y date prisa, o mi madre empezará a llamar como una histérica.

Abel me abrazó y me besó con pasión y amor. Hacía que mi cuerpo se estremeciera.

—Después de la comida quiero hacerte el amor delante de la chimenea. Quiero tu cuerpo desnudo sobre una manta y hacerte cosas obscenas.

Le brillaron los ojos y sus manos me apretaron con fuerza el trasero. Lo tenía duro y prieto. Había retomado el boxeo y el kárate y mi cuerpo se había tonificado bastante.

—Eres un salido y un perverso sexual, Abel Garrido.

Me puse de puntillas y le di un beso en la nariz.

—Lo sé, pero solo tú sabes sacar esa faceta mía.

Apreté mi sexo contra el suyo y su erección palpó a través de nuestra ropa. Me estaba poniendo a mil, pero no teníamos tiempo. Le pasé la mano por encima del pantalón y le agarré el paquete con firmeza.

—Madre mía, cariño, estás muy empalmado. Tienes las pelotas enormes —me reí y él me atrajo con fuerza contra su cuerpo.

—Las pelotas y la polla. No tardaremos nada, pero no me dejes así, vida.

Lo miré con lujuria y mi mano se deslizó entre sus pantalones, agarrando el grueso tronco de su polla, liberándola de la prisión de sus calzoncillos. Abel suspiró. Empecé a pajearlo mientras me besaba y meneaba las caderas al son de mi mano. Estaba muy excitado... como siempre.

—Siéntate —le ordené, empujándolo con suavidad hacia el sofá.

Sus ojos se encendieron al instante y una sonrisa curvó su boca.

—Nena, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Me puse de rodillas y empecé a hacerle una mamada. Mi boca acaparó su polla y Abel me revolvía el pelo, instándome a que chupara. Mi boca subía y bajaba a lo largo de su polla erecta y yo disfrutaba de aquella suavidad palpitante. Mi lengua notaba sus venas hinchadas por la excitación y el sabor salado del líquido preseminal anunciaba que no resistiría mucho más a mis lametones. Agarré la polla con la mano y mi

lengua se centró en su ancho y rosado capullo. Lo lamía, pasando mi lengua por la punta de su orificio haciendo círculos y jugando con su glande mientras lo miraba a los ojos.

—Joder, Olga, eres muy morbosa. Vas a hacer que me corra.

Abel puso las manos en mi cabeza e insertó su polla de lleno en mi boca. Empecé a lamerlo y a comerle el rabo como si me fuera la vida en ello. Estaba excitada y eso me producía mucho morbo. Él movía las caderas con más brío y follaba literalmente mi boca. Me llegaba hasta lo más profundo de mi garganta y yo seguí lamiendo y chupando hasta que Abel se echó hacia atrás en el sofá y soltó un grito que fue puro deleite para mis oídos. Le temblaban las piernas mientras expulsaba todo lo que tenía retenido en las pelotas. Yo me lo tragué hasta dejarlo seco.

—Ven aquí —dijo con la voz ronca.

Me senté en su regazo y me abrazó.

—Tenemos que irnos, llegamos tarde.

—Te quiero, ¿lo sabes?

Lo miré a sus preciosos ojos azules.

—Lo sé, porque yo también te quiero. —Lo amaba más que a mi vida—. Ahora aséate y vámonos.

—Te debo uno.

—No te preocupes que me lo cobraré con intereses.

*

Llegamos tarde, como era de prever. Mi tía Fini y Tensy tomaban una copa de vino con mi madre en el salón. Los saludé a todos y me disculpé por nuestra tardanza.

—No pasa nada, hija, tu padre aún no ha llegado. ¿Una copa de vino?

Abel y yo respiramos aliviados y tomamos esa copa de vino. Daba gusto ver a mi madre hablar con mi tía como dos personas civilizadas, sin tirarse los cuchillos.

Mi padre entró poco después de llegar nosotros. Se quitó el abrigo y dejó el maletín de trabajo a un lado. Venía un poco enfurruñado.

—Perdonad la tardanza. Es que me han cambiado la enfermera hace un mes y no se entera de nada. Hoy no me había apuntado en la agenda dos citas de última hora y son dos pacientes que llevan el embarazo muy

adelantado. Tenía que verlas sí o sí. —Mi padre se aflojó el nudo de la corbata—. A veces pienso que lo hace a propósito...

—¿Qué le pasó a tu antigua secretaria? Llevaba años contigo —le pregunté a mi padre por curiosidad. Estaba alterado y pocas veces se le veía así.

—Tuvo un accidente de coche y está de baja. Se rompió una pierna y un brazo. Todavía tiene para largo.

Mi padre dio un sorbo a la copa de vino que le sirvió mi madre.

—No te preocupes, cielo, lo bueno es que es provisional. Tendrás que tener un poco de paciencia.

Mi madre intentaba consolarlo pasándole la mano por el hombro y dándole un beso en la mejilla.

—Papá, ¿y por qué no la despides? Pide que te manden a otra más competente. Tú no puedes trabajar con estrés. Te noto muy alterado.

—No puede, Olga —intervino Abel—. En esos organismos los manda el Estado y, a no ser que cometa una infracción muy grave, es la persona suplente que han enviado y tiene que conformarse con lo que el sindicato le han asignado. Además, se supone que esa persona tiene que estar cualificada.

—Tu novio tiene razón. De todas formas, quizá exagero un poco. Como sabía que me estabais esperando lo he pagado con ella. La chica hace lo que puede.

—Pues zanjado el asunto. Vamos a comer, que he preparado un cabritillo al horno que está que se deshace en la boca.

Mi madre fue hacia la cocina.

—Yo te ayudo —se ofreció mi tía yendo tras ella.

—Y yo. —Las seguí.

Servimos la mesa. La comida tenía un aspecto increíble. Mi madre tendría que haber montado un restaurante, porque todo lo que cocinaba era una delicia para el paladar. Conversamos animadamente y a mi padre se le pasó el malhumor. Abel estaba totalmente integrado en la familia y mi padre y él se llevaban a las mil maravillas. Tensy también era muy querido y estaba muy enamorado de mi tía.

—Maite, eras la diosa de los fogones —la piropeó Abel—. Cada vez cocinas mejor.

Mi madre se sonrojó.

—No podía estar más de acuerdo contigo —confirmó Tensy.

Mi padre le dio un beso en los labios a mi madre, que sonrió de felicidad. Luego se dirigió a mí.

—Olga, ¿cómo llevas lo del kárate?

—Genial, estoy avanzando muchísimo.

—Cuando quieras practiquemos un poco. A mi cuerpo oxidado no le vendría mal.

—Ten cuidado, que ahora pega duro —le avisó Abel riéndose.

Todos le acompañaron con la risa y yo me emocioné al ver el buen rollo que había en mi familia.

Tensy se levantó de la mesa y me quedé mirándolo, desconcertada. Los demás nos quedamos igual.

—Quería aprovechar este momento de ambiente navideño en familia para anunciaros que Fini y yo vamos a casarnos. Por supuesto estáis todos invitados. Sois los primeros en saber la noticia.

Se me cayó el tenedor de la mano. A mi madre se le salían los ojos de la cara y los únicos que estaban serenos eran Abel y mi padre. Cuando la sangre volvió a mi cerebro salté de la alegría.

—¡Felicidades!

Abel se levantó y también los felicitó, al igual que mi padre. La única que seguía en shock era mi madre.

Mi tía se sentó a su lado y la cogió de la mano. Nos callamos y escuchábamos en tensión la reacción de mi madre.

—Maite, ¿no te alegras de que me case con Roman? —preguntó mi tía con voz cariñosa y dulce.

Mi madre la miró con lágrimas en los ojos y la abrazó. Todos respiramos aliviados.

—Pues claro que me alegro. Me he quedado tan impactada, que no he sabido cómo reaccionar. Felicidades, hermana. Te deseo lo mejor.

—Un brindis por los novios. —Levantó la copa mi adorable novio.

Alzamos las copas y brindamos por Roman y mi tía Fini. Rebosábamos felicidad y alegría en la casa. Entonces, el móvil de mi padre sonó. Hizo una mueca con la boca de desagrado.

—Dime —descolgó de mala gana.

Escuchaba al otro lado del teléfono y su cara se iba transformando en algo serio y gris.

—¿Cómo puede haberte pasado eso? Hablaré con la dirección del hospital. No voy a tolerar más estos errores.

Colgó el teléfono con rabia y fue a ponerse el abrigo. Maldecía por lo bajo y su humor era de perros.

—¿Que ha pasado, cielo?

Mi madre se acercó con preocupación hacia mi padre.

—La... inútil de mi secretaria. Tenía una cesárea programada para esta tarde y no me lo había dicho. Fallo del sistema, dice. Tengo que salir pitando para el hospital.

—Tienes que despedir a esa incompetente por el bien de tus pacientes, Alejandro.

—De hoy no pasa —respondió—. Siento fastidiaros la velada, pero tengo que irme.

—No te preocupes, papá. Te quiero.

Mi padre salió de casa, irritado. El buen rollo se terminó. Mi madre se quedó chafada y lo mejor era que nos fuéramos cada uno a su casa para descansar un poco. Nos despedimos de Tensy y de mi tía y le volvimos a dar la enhorabuena. Mi madre dijo que se iba a tumbar un rato y que ya nos veríamos pronto. Me marché con una sensación agrídulce. La buena noticia de Roman y mi tía compensaba el pequeño incidente de mi padre. ¡Menudo notición!

*

—¿Quieres que pasemos por el hotel a saludar a Mila y a Olivia? —preguntó Abel mientras conducía—. Así, de paso, hablo de un tema con Bruno. Luego regresamos a casa y te tumbo frente a la chimenea.

Yo encendí la calefacción. Hacía un frío que pelaba y, aunque llevaba un abrigo por encima, las medias y el liguero que llevaba dejaban pasar el aire gélido del invierno. Abel se negaba a que me pusiera pantalones, pues siempre quería tener rápido acceso en caso de sus urgencias sexuales.

—A partir de mañana me voy a poner pantalones afelpados —gruñí.

Subí la calefacción a tope. Abel me miró con cara de susto.

—Eso por encima de mi cadáver. Tus piernas siempre despejadas para mí. Ya te pondrás pantalones cuando tengas que ir algún sitio en el que no esté yo presente, que serán pocos —puntualizó.

—Serás machista.

Su mano se deslizó entre mis muslos hasta llegar al encaje de mis braguitas. Solté un gemido y Abel sonrió.

—Con un pantalón no podría hacer esto que tanto te gusta. Así que no me llames machista, cariño.

—Te odio —le solté con una sonrisa llena de amor.

—Y yo te amo por los dos.

Estar con Abel era como una montaña rusa de emociones buenas, eróticas y sexuales. Mi estómago, mi cuerpo y mi sexo estaban revolucionados todo el día al mínimo contacto o al simple susurro de su voz. Me hacía sentir viva con una sola mirada de aquellos profundos e intensos ojos azules. Lo amaba más que mi vida y no podía vivir sin él.

Bajamos del coche y entramos en el hotel mientras el viento helado nos azotaba en la cara. Saludamos a Francis brevemente y él se fue a ver a Bruno. Yo entré en la zona de masajes.

—Olga, ¿qué haces aquí? —Mila me miró extrañada—. Hoy es tu día libre.

Estaba fantástica. Llevaba el pelo más largo y de color negro. Sus ojos azules resaltaban ante aquella oscuridad.

—He venido con Abel, que tenía que hablar unas cosas con Bruno y he pasado a verte. ¿Ya se ha ido Olivia?

Era el cambio de turno y quizá estuviera por allí. Mila se echó a reír como respuesta; yo no entendía nada.

—Todavía no se ha ido. Ya ha terminado el turno, pero está ocupada. Ha cogido una hora y media con Sandro.

—¡Joder! —exclamé.

Nos echamos a reír. Me imaginaba a Olivia follando a Sandro sobre el tatami. Era comprensible, había asumido toda la responsabilidad de Alicia y Sandro seguía de masajista. No tenían mucho tiempo para estar juntos y ella iría con cuidado a la hora de meter un tío en su casa.

—Déjala —me dijo Mila—. Yo también, de vez en cuando, hago lo que puedo con Bruno.

—¿Estás bien con él? —Me preocupaba su felicidad.

—Muy bien. Me da mucha tranquilidad y ya he perdido el interés de follarme a todo lo que se mueve. Bruno es mi hombre. Al final acabaremos siendo cuñadas. Quién nos lo iba a decir.

—Ya ves. Yo estoy muy bien con Abel. No imaginé sentirme así, pero ahora me moriría sin él.

—Pues hala, que yo tengo que seguir y tú mañana curras y yo libro. Nos vemos por aquí. Podríamos quedar un día los cuatro a comer.

—Hecho —respondí—. Dile a Olivia que la veo mañana por la tarde.

Fui en busca de mi amor. Llamé al despacho y Bruno ya estaba de pie para irse. Lo saludé con dos besos. La relación entre nosotros era cordial y había mejorado notablemente. Me había demostrado que ya no era el mismo, que había cambiado.

—Me alegro de verte —dijo Bruno—. Yo voy a seguir con lo mío. Hasta luego.

Salió del despacho y Abel pasó el pestillo de la puerta.

—¿Qué haces?

—Te debo uno. No podemos ir a la chimenea con desventaja...

Abel empezó a besarme. Me quitó el abrigo y fue llevándome paso a paso con sus besos frenéticos hasta que mi espalda chocó contra la pared.

—Abel... —gemí —, vamos a casa, por favor.

Sus manos levantaban mi falda y yo movía la cabeza hacia los lados, presa del deseo. Mi entrepierna empezaba a dolerme por la excitación que me estaba provocando. Él se arrodilló y apartó mis braguitas hacia un lado. Hizo que abriera las piernas y me pasó la lengua por todo mi sexo con lentitud y agonía para mis sentidos. Separó mis labios vaginales y metió un dedo en mi coño hasta lo más profundo. Un grito de gozo salió de mi boca.

—Cariño, estás tan mojada...

—Como para no estarlo con lo que me haces...

Hundió su cara entre mis piernas y enterró su lengua entre mi coño, abierto y preparado para su deleite. Su lengua me inspeccionaba por dentro y no dejaba hueco de mi vagina sin lamer. Sus chupetones y lametones eran precisos y certeros. Me follaba con la lengua, ahora rígida, y me penetraba con voracidad.

Agarré su pelo y dejé caer mi peso sobre su cara. Las piernas me temblaron y Abel me sujetó por las nalgas. Me impulsaba y me devoraba metiéndose todo mi coño dentro de su boca; su lengua poseía el orificio de mi blando tejido. Empecé a contonearme y a frotarme sobre su cara, deslizándome sobre su afilada lengua. Sus labios succionaban mi clítoris y

chillé. Le tiré del pelo con violencia y mordisqueó mi abultado e hinchado clítoris.

—¡Dios! —chillé mientras me corría sobre su cara, llenándolo con mi orgasmo.

Abel me bebía y me succionaba, mientras yo me retorcí bajo su boca. Mi espalda se fue contra la pared. Parecía un animal hambriento que no saciaba su hambre y me estaba matando de gusto. Me quedé sentada en el suelo, exhausta, y lo miré. Se limpió la boca con la manga de la camisa y pude ver lo cachondo que estaba. Sus ojos eran pura lujuria. Dios, cómo amaba y deseaba a aquel hombre.

Me dio la mano y me incorporó del suelo.

—¿Estamos en paz?

Su voz me ponía a cien.

Tenía la falda por la cintura y las bragas puestas y empapadas. Me incliné sobre la mesa del despacho, dándole la espalda. Me abrí de piernas y puse el culo en pompa. Me giré para observarlo: no había dinero en el mundo que pagara su cara de asombro y deseo desorbitado.

—Todavía no. Arráncame las bragas y dame lo que a ti te gusta y a mí me pone loca.

—Joder, nena...

Vino hecho un basilisco hacia mí. De un tirón las bragas salieron volando. Mi excitación se incrementó cuando su pantalón resbaló hasta sus tobillos. Me asió por las caderas y elevó mi trasero hasta ponerme a su altura. Su polla entró de una embestida en mi coño y me hizo ver el paraíso en 3D. Mi vagina recibía la polla de Abel, apretándola, mientras él se deslizaba con movimientos salvajes y primitivos para que yo pudiera sentir que era mío. Me penetraba, me follaba, me poseía, me hacía el amor... todo a la misma vez.

Los dos gozábamos y gemíamos, sentíamos que nuestros cuerpos se fundían en uno solo. Abel me dio una estocada tan profunda que me arqueé y chillé entre una mezcla de placer y dolor. Su polla había crecido demasiado y la noté entera hasta en las paredes de mi útero. Me separó las nalgas y mi vagina se abrió todavía más, dejándome totalmente expuesta ante aquella enorme erección.

—¡Dios! —grité.

Abel me embistió apasionadamente y tuve la sensación de que sus testículos podían entrar dentro de mí. Jamás me sentí tan húmeda ni el coño se me había dilatado tanto en la vida.

—Olga, estás tan... abierta. Tu excitación me está volviendo loco. Te amo, mi vida. —Y empujó de nuevo con fuerza.

—Abel, no pares, tú también me vuelves loca. Te amo, mi vida. Te amo —grité presa de la pasión.

Lo que vino después no sé cómo describirlo. Sus dedos se metieron dentro de mí para abrirme más mientras seguía empotrándome contra la mesa de su despacho. Sentía su polla y sus dedos follándome al mismo tiempo. Aquello hizo que mi cabeza diera vueltas de placer. Era una puta locura que me llevó a un orgasmo frenético. La velocidad de las posesiones de aquella polla se volvió vertiginosa. Mi coño chorreaba y se convulsionaba en múltiples orgasmos, elevándome al éxtasis. Abel empezó a sacudirse en mi interior y su líquido caliente y espeso me llenó como siempre hasta que se vació por completo.

—Te quiero, te amo, te necesito...

Sus palabras me abrumaban. Luego me abrazó. Abel seguía dentro de mí ,sin querer despegarse de mi cuerpo.

—Yo también te quiero —respondí con hilo de voz.

—Creo que te sigo debiendo uno, cariño —dijo saliendo de mi interior.

Hizo que me riera.

—Yo creo que estamos más que en paz...

—Bueno... Lo discutiremos en casa.

—Te veo después del gimnasio. Cuidadito con los tíos cachas que hay por allí, que sé que te miran el culo.

Abel me dio un beso mientras salíamos de casa. Él iba hacia el hotel y yo iba a entrenar al gimnasio. Por fin había recuperado el hábito y no quería perderlo. Estaba guapísimo con su traje oscuro y su camisa azul celeste, como sus ojos.

—Cuidado tú. Que no me entere que te arrimas por la zona de masajes sin estar yo. Que he visto cómo te miran las masajistas nuevas.

—Te llamo luego...

Miré el móvil y vi que tenía muy poca batería. Hice una mueca con la boca.

—Mierda.

—¿Qué pasa? No me digas que has olvidado cargar el móvil otra vez.

Abel me miró serio. No le hacía gracia que estuviera incomunicada.

—Se me ha olvidado, pero no te preocupes. Llevo cargador en el coche.

Le sonreí haciéndole ojitos. Abel resopló y meneó la cabeza, dándome por imposible.

—Está bien —resopló—. Enchúfalo ya y que sea la última vez, Olga. No me hace ni pizca de gracia.

—Pero si ya sabes dónde voy a estar. No te enfades, amor. Ahora mismo lo pongo a cargar en el coche.

Lo agarré del cuello y lo besé. Abel enseguida se entregó a un profundo beso donde su lengua se apoderaba de mi boca y los dos nos encendíamos con facilidad.

Puso los ojos en blanco y entró en su Jeep. Yo seguía conservando el Opel que me regaló mi padre y fui hacia el gimnasio. Se separó con un gruñido y maldijo entre dientes.

—Me tengo que ir. No me líes, que te empotro contra la pared.

La idea se me pasó por la cabeza y mi entrepierna se quejó.

—Vete ya o te tomo la palabra.

Tuve que meterme en el coche y bajar el cierre, porque Abel venía derecho hacia mí. Sonreí y lo vi marcharse calentito hacia su coche.

Puse el móvil a cagar y enfilé hacia el gimnasio. Encendí la calefacción y la radio y me fui tarareando una canción que sonaba de Sting.

*

Cuando terminé el entrenamiento la ducha caliente me esperaba. Mejoraba por días y mi cuerpo no se resentía como las primeras veces. Ahora tenía flexibilidad, agilidad y una musculatura de la cual me sentía orgullosa. Me estaba vistiendo cuando sonó el móvil. Era un número largo de centralita, parecía el del hospital. Descolgué de inmediato.

—Hola, ¿eres la hija de Alejandro Ferrándiz?

Era una voz de mujer que no conocía.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Disculpa. —Se rio nerviosa—. Soy Lisi, la secretaria de tu padre. No le enciende el coche. ¿Puedes venir a buscarlo?

»Así que esta era la petarda incompetente«, pensé.

—¿Por qué no me ha llamado él?

—Porque se ha quedado sin batería y no se sabe los números de memoria. He llamado a tu madre, pero me salta el buzón. La segunda opción eras tú.

Típico de mi padre. Cuando estaba en el hospital hacía como yo, pasaba de los móviles hasta el culo. Y en casa porque se los cargaba mi madre, que si no...

—Vale, voy hacia allá, estoy aquí al lado.

A pesar de cargarlo en el coche, no había sido suficiente y me daba miedo quedarme sin batería, así que llamé a Abel para que no se preocupara. Me lo cogió al primer tono.

—¿Has terminado, preciosa?

—Sí, pero me ha llamado la secretaria de mi padre. Dice que el coche le ha dejado tirado, así que voy a recogerlo. Tardaré un pelín. Te aviso por si me quedo sin batería.

Otro gruñido de Abel sacudió mi oreja.

—Está bien, pero no tardes. Te espero en mi despacho. Te quiero.

—Y yo.

Un bip-bip y mi teléfono expiró. Por lo menos me había dado tiempo a avisar a Abel. No tendría que aguantar sus regañinas. Me despedí de Arturo y cogí el coche para ir a buscar a mi padre.

*

No pude llamarlo para saber dónde estaba. Quizá la grúa ya se hubiera llevado el coche, así que subí a la primera planta, donde mi padre pasaba consulta. Así de paso conocería a la tonta que le estaba amargando la existencia.

Cuando entré en la sala de consultas solo había dos personas esperando y una chica joven, de pelo castaño y largo, con los ojos almendrados y unos treinta años. Era una chica guapísima y llamaba la atención. Me acerqué a ella para preguntar.

—Hola, soy Olga Ferrándiz. Me han avisado de que viniera a por mi padre.

La chica me sonrió y se levantó para saludarme. Era más alta que yo y tenía un tipazo imponente.

—Hola, soy Lisi, su secretaria. Yo te he avisado.

Mi cara, más que de asombro, era un poema. No me imaginaba que mi padre tuviera ese pibonazo de secretaria y se quejara tanto. Tendría que estar loco de contento. Mirarla era una delicia para los ojos.

—Ah, bueno... —Me quedé noqueada—. ¿Y dónde está?

—Ha bajado un momento a urgencias. Ya sabes lo inquieto que es, nunca para. Pasa al despacho y ahora le digo que estás aquí.

Su sonrisa era deslumbrante. Todo en ella era belleza pura y dura.

—Puedo esperar aquí fuera, no importa.

—Él sube por la puerta interior de personal. Aquí no te va a ver. Espérale dentro mejor; yo le avisaré de que estás aquí. ¿Quieres un café?

—No, gracias, lo esperaré en su despacho.

Lisi salió y me acompañó hasta el despacho de mi padre. Llevaba una falda negra de tubo ajustada y la chaqueta a juego. Sus tacones hacían que sus caderas se contonearan de una manera sensual y provocativa. ¿Y si mi

padre tenía un rollo con ella y se inventaba toda esa historia de la incompetencia? La chica no podía ser más agradable y estaba bastante buena. Me abrió la puerta y me invitó a entrar, instándome a que me sentara. Me señaló la puerta interior por donde solían entrar los médicos sin tener que pasar por la sala de espera.

—Por ahí entrará tu padre.

—Gracias, Lisi, eres muy amable.

—Es un auténtico placer, Olga.

Cerró la puerta y me puse a curiosear por el despacho. Tenía fotografías de los bebés que había traído al mundo, cuadros en los que salía él operando, regalos de madres agradecidas. La decoración era muy sencilla, como él, con muebles rústicos de madera noble. Un premio al mejor ginecólogo del año era el único artículo ostentoso que había en la consulta. Parecía la bola del mundo, pero representaba una mujer embarazada en posición fetal, haciendo un ovillo. Era de plata maciza y pesaba un huevo.

Miré el reloj y vi que se me hacía tarde. Sonreí al imaginarme la cara de desesperación de Abel al ver que no llegaba. Se ponía tan guapo cuando se enfadaba...

Empezaba a impacientarme cuando oí que se abría la puerta del despacho.

—Papá, Abel me va a matar por llegar tar...

Mi mundo se paralizó en un instante. El aire se hizo tan denso que me costaba respirar. Mis ojos miraban hacia la puerta del despacho que se abrió para dar paso a la peor de mis pesadillas. Omar estaba allí de pie, sonriéndome tan espectacular e impresionante como me lo pareció la primera vez que lo vi. Entonces solo me produjo un miedo atroz e hizo que mi cuerpo se paralizara del terror.

Me levanté y fui hacia la otra puerta, pero estaba cerrada con llave. Me giré y volví a mirarlo. No podía ser, tenía que estar alucinando.

—Llevo meses soñando con este momento —siseó—. Estás más bonita aún que la última vez que te vi. Te favorece ese color de pelo.

Me desnudaba con la mirada mientras se acercaba con prudencia. Yo me iba escabullendo hacia la parte interior de la mesa de mi padre.

—Deberías estar muerto —le espeté.

Soltó un suspiro y levantó las manos en el aire, como rindiéndose.

—Por poco no lo cuento. Olivia y tú me disteis una buena paliza. Eso me puso muy cachondo, pero me jodisteis bien las dos, aunque no de la manera en que yo hubiera querido.

Se levantó la camiseta y me enseñó las cicatrices de la barra de hierro con la que le atizó Olivia.

—No te dimos suficiente —gruñí—. ¿Cómo coño escapaste del río?

Dio un brinco y saltó por encima de la mesa. Lo vi venir y pude escabullirme. Nos habíamos intercambiado y ahora estábamos en lados opuestos de la mesa. Omar se pasó la mano por la comisura de los labios.

—Te dije que no te ibas a librar de mí tan fácilmente y he venido a buscarte. No he esperado todos estos meses en vano. Sigo teniendo mis recursos y mis amistades. Uno tiene su encanto, ¿o acaso lo has olvidado?

Puse cara de asco al recordarlo tocándome y follando con él. Al principio era maravilloso; hasta que se convirtió en loco psicópata.

—Ni me acuerdo ni quiero recordarlo. Para mí estás muerto y así es como quiero recordarte.

Omar giró la cabeza para los lados y levantó el dedo índice, haciendo un movimiento de negación.

—No, no, no, pequeña. He vuelto a la vida por ti y voy a hacer que recuerdes lo mucho que te gustaba que me metiera entre tus piernas.

Puse cara de asco.

—Dios, estás loco.

Sus ojos se encendieron y se echó como un animal enrabiado sobre mí. Le golpeé en la cara y me arrastré por el suelo, huyendo desesperada de sus garras. Tiró de mi tobillo y me aplastó con su cuerpo. Estaba boca abajo y Omar ejercía todo su peso sobre mí. Me mantenía inmóvil y su presión casi no me dejaba respirar.

—Vas a venir conmigo quieras o no —susurró—. Si te niegas, Lisi irá a por tu Abel y le pegará dos tiros en la cabeza. Luego me encargaré de Olivia, de Mila y hasta de tus queridos papás.

Me quedé quieta, aterrorizada ante sus amenazas. Pasó su lengua por mi cuello y luego me la metió en la oreja. Cerré los ojos por el asco. No podía perder el control y mucho menos a la gente que me importaba.

—¿Lisi es quien te ha estado ayudando este tiempo?

—¿Por qué preguntas eso?

Omar parecía descolocado.

—Lo entiendo —dije—. Una mujer tan atractiva, guapa y deseable... Yo no le llego ni a la suela de los zapatos. Seguro que estará deseando que te libres de mí para que seas solo suyo.

Me dio la vuelta y me sujetó por las muñecas. Me separó las piernas y se acopló a mi cuerpo. Me fulminaba con la mirada. Había conseguido desestabilizarlo. Empujó sus caderas y clavó su polla excitada y dura contra mi sexo. Sentí ganas de vomitar, pero fingí una sonrisa.

—¿Notas cómo me tienes? —Presionó más fuerte su erección—. Eso no lo consigue el zorrón que está ahí fuera. Solo la he utilizado para llegar hasta ti. Provocó el accidente de la otra secretaria solo porque yo se lo pedí. Ni siquiera me la he follado.

Omar se estaba poniendo furioso. Cuanto más crecía su ira más cachondo se ponía. El contacto de su cuerpo con el mío era la peor sensación que le podía desear a cualquiera. La persona que más odiaba y a la que más asco le tenía se estaba restregando contra mi sexo. Era nauseabundo.

—Omar, vámonos tú y yo. Empecemos de nuevo y olvidémonos de todo.

Jugaba a su psicología y me estaba metiendo en arenas movedizas.

—Olga... —susurró.

Se relajó y bajó la guardia para besarme. Al sentir sus labios contra los míos y su erección contra mi entrepierna no pude soportarlo más. Le mordí el labio. Él gritó dolorido y se llevó las manos a la herida. Al soltar las mías le golpeé fuerte en la cara y cayó hacia atrás. Volví a ir a rastras hacia la puerta y él reaccionó con un nuevo ataque. Tiraba de mis piernas y yo pataleé con fuerza.

—Suéltame, hijo de puta —grité.

—Ni lo sueñes. Eres mía. Vas a venir conmigo lo quieras o no.

Me lanzó un golpe en la pierna que me dejó tibia. Grité de dolor.

Entonces oí un ruido. Las cosas caían, no sabía que era. Pensé que Omar se tiraría de nuevo sobre mí y me haría de todo.

—No es tuya, bastardo. Es mi hija.

Me giré y vi cómo mi padre le asestaba en la cabeza con el trofeo de plata macizo. Omar cayó en el suelo, muerto al instante. La sangre empezó a manar de su cabeza y yo miraba aquellos ojos inertes mientras mi padre me levantaba del suelo y me giraba la cabeza para que no mirase.

La puerta de afuera se abrió y apareció Abel. Me eché a sus brazos, llorando desconsoladamente.

—Olga...

Detrás venía el inspector Santos.

Abel me repasó con sus manos, por si estaba herida o me había hecho daño.

—¿Cómo supiste...?

Las palabras me salían entrecortadas por los sollozos. Vi cómo se llevaban esposada a Lisi.

—Cuando me llamaste para decirme lo de tu padre —explicó Abel—, poco después me llamó tu madre para invitarnos a comer. Le comenté que habías ido a buscar a tu padre al hospital.

—¿Y?

—Tu padre estaba en casa. Hemos venido cagando leches para aquí los dos. Sabíamos que algo no iba bien. Como tenías el móvil sin batería no pudimos localizarte. Llamé al gimnasio, pero ya te habías ido.

—Lo siento... —Empecé a llorar de nuevo.

Mi padre se acercó y me abrazó de nuevo.

—Doctor Ferrándiz —dijo el inspector Santos poniéndole una mano en el hombro a mi padre—, tenemos que ir a comisaría a tomarles declaración a usted y a su hija.

—Papá, todo esto es por mi culpa. Has matado a un hombre por mi culpa... Dios, ¿cómo he podido hacerte esto?

Mi padre me levantó el mentón y me miró a los ojos, diciendo:

—Eres mi hija y lo volvería a hacer mil veces. En cuanto a eso que ves ahí en el suelo, perdió su humanidad hace mucho. Ahora podrás vivir tranquila, porque yo, desde luego, lo haré.

Miré a mi padre con admiración. Me había salvado la vida, liberándome del monstruo de Omar para siempre. Si no fuera por él y Abel, por su insistencia y su intuición, Dios sabe lo que ese demente hubiera hecho conmigo y con mis seres queridos. La pesadilla había terminado.

*

—Sí quiero.

—Pues por el poder que me ha sido otorgado os declaro marido y mujer. Ya puede besar a la novia.

Roman besó a mi tía Fini, que estaba preciosa con un vestido de Rosa Clará. Él llevaba un clásico Armani. Habían pasado meses de la tragedia y la primavera invadía de alegría nuestros corazones. Estábamos todos reunidos y celebrando el evento del año. Mila, Bruno, Gema, Nadia y, por supuesto, el inspector Santos. Olivia y Sandro se habían comprometido y Alicia era una niña feliz, ajena a toda la tragedia de su padre. La leal Amelia disfrutaba de la fiesta y del banquete. Abel y yo bailábamos agarrados, más felices y enamorados que nunca. Y mis padres nos seguían el ritmo. Nunca olvidaré lo que mi padre hizo por mí.

Mi tía Fini se colocó para lanzar el ramo y vino directo a mis manos. Me quedé empanada mirándolo mientras todos aplaudían. Abel me abrazó y me dio un beso de esos que te quitan el aliento.

—Cielo, habrá que ir pensando en una fecha...

Yo lo miré alucinada, con los ojos como platos.

—¿Qué...?

—Mi amor, ya va siendo hora de tomar ejemplo de los mayores. Te amo.

Y volvió a besarme con aquellos labios que sabían a gloria y te llevaban al paraíso. Subí al cielo y me quedé en la tierra con el ser más adorable que podía existir en el planeta.

FIN

«Transformemos con matemática
de espejo cóncavo
las normas clásicas».

MAX ESTRELLA

